
Anna
May
MI DIRECTOR GENERAL & JEFE
AMOR CON CONSECUENCIAS

Mi Director General y Jefe

Amor con consecuencias

Anna May

Anna May

1ª edición 2024

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing

Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon: https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Leer más...
Gracias

Capítulo 1

Erica

"Orden lista", dije, enderezando los trozos de pollo a la parrilla que yacían sobre un lecho de pasta Penne con salsa Alfredo. Había preparado el plato miles de veces. Era sólido, fiable, incluso, pero poco inspirador. Sin embargo, no iba a dejar que saliera de la cocina sin darle un buen aspecto, por mucho que anhelara dar rienda suelta a mi creatividad. Si alguna vez volvía a encontrar mi chispa.

"¿Has hablado ya con Gerry de tu idea para el nuevo plato?" Preguntó Carly, mi compañera de trabajo y mejor amiga, refiriéndose a nuestro jefe.

Jugueteé con el cuello de la camiseta para evitar pasarme la mano por el pelo castaño ondulado. Estaba atrapado bajo una redecilla, pero más de una década trabajando con comida aún no me había librado del impulso de juguetear con mi pelo cuando me ponía nerviosa. Echaba de menos mi chaqueta de chef por muchas razones, incluida la posibilidad de juguetear con los botones cuando no podía tocarme el pelo.

"Debería olvidarme de todo el asunto; no es lo bastante bueno, sólo es una idea pasajera", dije, echando un vistazo a mi puesto de trabajo para asegurarme de que no estaba retrasando la cadena de producción. El jefe de cocina seguía ocupado supervisando algo en la sartén, y alguien se ocupaba de la comida en el gran horno industrial de la esquina.

"¿Me tomas el pelo? Tu comida es increíble; sería un tonto si no le encantara", frunció el ceño como si se sintiera personalmente ofendida por mi falta de fe en mí misma. "Sé que las cosas han sido difíciles desde que Vince... Bueno..."

Me engañó con mi sous chef y me robó mi empresa de catering.

"Sí", dije brevemente.

Ninguna de las dos quería decir las palabras en voz alta.

"Pero es como decía siempre mi abuelo, no dejes que los cabrones te depriman", me animó.

"Tienes razón. Es que hace tiempo que no consigo conectar con mi pasión; todo lo que hago me sale mal", expliqué. "Para mí, la comida siempre ha sido amor, y ahora..."

"Sé que ha sido duro, pero mereces darte una oportunidad", sonrió con tristeza.

Suspiré. Empecé a cocinar porque amaba a mi familia. Sólo quedábamos mi hermana y yo, pero normalmente llegaba a casa demasiado agotada como para cocinar algo especial esos días. Luego había cocinado para Vince y había hecho de ello todo un negocio. Yo había sido la chef, él se ocupaba del negocio, y me cambió por una nueva modelo y se llevó el negocio con él. Fue difícil encontrar mi chispa de nuevo después de eso, pero yo quería encontrarla.

"Tienes razón, pero no estoy segura de estar preparada..."

"Será mejor que te prepares", un brillo travieso brilló en sus ojos. "Oye, jefe, Erica tiene algo que quiere hablar contigo".

Me giré y vi a Gerry caminando hacia nosotras con el ceño fruncido.

Hablando del diablo.

"¿Qué hacen ustedes dos ahí paradas?" Preguntó bruscamente.

"Sólo recogía mi pedido", sonrió alegremente Carly, cogiendo sus platos y retirándose al interior del restaurante como una traidora.

"¿Y bien?" Preguntó Gerry con un suspiro.

"He estado pensando en el menú", dije, con la voz un poco temblorosa. La expresión de Gerry no

cambió, pero el aire de la cálida cocina pareció enfriarse. "No es que el menú tenga nada de malo, pero me preguntaba si no le vendría bien algo un poco más aventurero. Un añadido a una... gran selección".

"Escúpelo", dijo, "tengo un restaurante que atender".

Asentí rápidamente.

"Hay algo de origen Balinés..."

"¿Boloñesa?"

"No, Balinés, de Bali..."

"Sé lo que significa esa palabra", su ceño se frunció.

"Bien", tragué saliva. "Entonces, este plato, pollo satay - uh, brochetas - con especias balinesas y una salsa de maní. El jengibre, el ajo, la cúrcuma y la hierba de limón combinan muy bien con la salsa de maní, y podríamos servirlo sobre una cama de arroz con coco".

Empezaba a emocionarme. Había perfeccionado el plato el año pasado antes de que todo cambiara. Por supuesto, mi ex lo había odiado. Pero aparté esos recuerdos.

"¿Has estado alguna vez en Bali?" Preguntó Gerry, enarcando una ceja.

"Pues no, siempre he querido ir, pero una vez tuve un vecino Balinés que me enseñó..."

"Entonces deja la planificación del menú a la gente que sabe lo que hace. Ahora vuelve al trabajo".

"Sí, señor", dije, mirando al suelo.

"No serías nada sin mí".

Las palabras de mi ex resonaron en mi cabeza. Respiré hondo y volví a mi puesto, emplatando el siguiente pedido y concentrándome en lo que sabía hacer bien. Era reconfortante concentrarse en

emplatar y nada más, aunque fuera aburrido.

Unos minutos después, Carly regresó.

"¿Cómo te fue con Gerry?" Preguntó en voz baja.

"No estaba interesado", dije.

"Lo siento", respondió ella, con los ojos llenos de compasión.

"No importa", dije, intentando sonreír. "Volvamos al trabajo antes de que Gerry se enoje de nuevo".

Le di los toques finales al plato en el que estaba trabajando.

"¿Ese es mi pedido para la mesa cinco?" Carly preguntó.

El hecho de que mi mejor amiga trabajara de camarera en el mismo restaurante hizo que mi tiempo como cocinera fuera infinitamente mejor. Sus rizos rubios eran tan alegres como su personalidad, y no sabía dónde estaría sin ella. Fue ella quien me habló de la vacante en el restaurante después de que mi vida explotara, y le estaba eternamente agradecida. Puede que su acento sureño se haya desvanecido un poco desde que se mudó a Nueva York hace casi diez años, pero su sentido de la comunidad no.

"Sí, la pasta Penne al dente envuelta en una aterciopelada sinfonía de crema de parmesano y pecorino, besada con un toque de pimienta negra recién molida. El pollo a la parrilla, tierno y suculento, descansa sobre la pasta como un..."

Carly me miró con una ceja levantada y una sonrisa dibujada en los labios. "Sí, es la pasta Penne con salsa Alfredo y pollo a la parrilla para la mesa cinco. Y la lasaña vegetariana, que, para que lo sepas, es una armoniosa danza de texturas y sabores, que ofrece un reconfortante abrazo con cada bocado".

"Me aseguraré de contarle todo eso a la mesa cinco", se rió Carly y cogió los platos. Esperaba que se fuera corriendo, pero se detuvo y sus ojos azules se llenaron de compasión. "Sé que echas de menos dirigir tu propia cocina, hacer tus propios platos..."

"Está bien", dije porque tenía que estarlo. "Estoy contenta de tener un trabajo; sólo estoy un poco

aburrida de hacer las mismas cosas".

Carly sonrió con simpatía antes de irse a servir su mesa.

"¿Eh Erica?" Miré a Jeff, el jefe de cocina. Siempre había sido amable conmigo.

"¿Sí, chef?"

"Si te sirve de algo, he probado tu cocina cuando te presentaste aquí. Es estupenda. Fui yo quien insistió en que Gerry te contratara. Tienes un verdadero don para el sabor, y eso no es algo que se pueda enseñar", dijo en voz baja. "Y oye, quizá algún día también llegues a Bali".

Sonreí ante su amabilidad.

"Gracias, eso significa mucho, pero por ahora me conformo con agachar la cabeza y coger mi sueldo. Los sueños pueden venir después".

"Eso he oído", dijo Jeff, volviendo al trabajo.

Pero mientras disponía otra pechuga de pollo a la parrilla en abanico sobre cremosa pasta Penne, me pregunté qué haría falta para reavivar mi pasión. Una imagen me vino a la cabeza, de improviso. Un hombre misterioso que me tratara bien y me amara apasionadamente, que me rodeara con sus brazos y me besara el cuello mientras yo cocinaba para él, creando platos increíbles que mantenían mi barriga tan llena como mi corazón cuando él estaba cerca.

Parpadeé y aparté la imagen mental. No era más que una fantasía inalcanzable. No estaba preparada para volver a tener citas, y mucho menos para abrir mi corazón. No estaba segura de poder volver a hacerlo.

"Uf, necesitaba esto", dije, poniéndome de puntillas para ver por encima de la línea de entrada al club y calculando mentalmente cuánto tiempo más tendríamos que esperar.

"Ni siquiera estamos dentro todavía", Carly, aún más baja que mi modesto metro setenta, se inclinó de lado en vez de intentar ver por encima de las cabezas de la gente.

"Pero lo estaremos pronto, además llevo un vestido por primera vez en no sé cuánto tiempo. Vamos a divertirnos esta noche. No aceptaré nada menos", dije, tambaleándome en mis tacones por un momento. Yo también hacía tiempo que no me los ponía.

"Sí, señora", se rió.

"Me sorprende que la cola sea tan larga. Pensé que entraríamos sin problemas, ya que nuestro turno terminó tan tarde", dije, ansiosa por entrar, tomar algo y bailar con mi mejor amiga.

"Oye, me alegro de que Gerry nos dejara ir antes de medianoche", sacudió la cabeza. "Supongo que eso nos pasa por elegir un club de moda, aunque este fuera el más cercano".

"Es mejor que el bar de mala muerte que está cerca de nuestros apartamentos; he oído que sobornaron al inspector de sanidad para seguir laborando", resoplé.

"Debe haber sido un gran soborno; ese lugar es un basurero", dijo, inclinándose de lado otra vez mientras avanzábamos. "Oh, mira aquel tío de allá, está bueno..."

Seguí la línea de visión de Carly. Dos hombres estaban entrando en el club por delante de la cola, ambos vestían trajes bien confeccionados y parecían costar un millón de dólares. Uno era ligeramente más alto que el otro, de complexión atlética y pelo negro corto. Parecían dos tipos posando en la portada de alguna revista de lujo o en un anuncio de perfumes, y no entrando en el club con simples mortales como nosotras. Prácticamente podía oír la voz en off en mi cabeza: *"Seductor, enigmático, sofisticado. Sr. Alto, Moreno y Guapo, de Dior".*

"¿El tipo de pelo negro? Sí, te juro que parece un modelo", dije.

"¿Qué? No, el chico del pelo castaño", dijo Carly, lanzándome una mirada de desconcierto.

Parpadeé y volví a centrar mi atención. Podía ver por qué Carly estaba interesada. Era musculoso, más montañés que modelo, pero no mi tipo. Los dos hombres desaparecieron en el club y la fila avanzó lentamente.

Golpeé con el pie en la acera agrietada. No me gustaba estar sin hacer nada. Mantenerme ocupada era una buena forma de evitar pensar en dónde estaba en la vida. O dónde no estaba.

"¡Piérdete!" El repentino grito me sobresaltó y miré al principio de la cola, donde el portero miraba a una mujer mayor vestida con ropas harapientas. La mujer avanzó por la fila haciendo

sonar una lata.

"¿Te sobra alguna moneda para mí?" Preguntó con voz delgada y ronca. Se me encogió el corazón cuando la gente que nos precedía se apartó como si ella fuera a dejar de existir si no le prestaban atención.

Abrí mi pequeño bolso y saqué la cartera. Sólo tenía dos billetes de veinte dólares, suficientes para uno o dos cócteles. La semana que viene me pagarían, pero hasta entonces me las apañaba con los céntimos.

Me acerqué a la mujer. Carly me puso la mano en el hombro.

"¿Segura que quieres darle tanto?" Preguntó en voz baja. "Con Ivy que acaba de perder su trabajo..."

"Estoy segura", dije rápidamente, intentando deshacer el nudo que se me formaba en el estómago cada vez que pensaba en las circunstancias de mi hermana. Mis circunstancias. Juntas habíamos podido permitirnos alquilar un pequeño apartamento en la frontera entre Brooklyn y Queens. Estaba en la parte alta de nuestro presupuesto, lo que significaba que las ventanas eran casi impermeables y el edificio tenía una puerta de seguridad que funcionaba de verdad. Pero había gente mucho peor que nosotras.

"Aquí tiene, señora", dije acercándome a la mujer. Le tembló la mano al ver cuánto dinero le regalé.

"Muchas gracias", dijo con mucha más gratitud de la que me sentía cómoda.

La persona que estaba en la cola delante de mí me miró mal, pero la ignoré.

"Toma esto también", dijo Carly, entregándole a la mujer otros diez dólares.

"Son unos ángeles", dijo la mujer sonriendo. Su rostro arrugado era hermoso cuando sonreía.

"Difícilmente. La bondad no debería ser tan rara", dije, lo bastante alto como para que me oyeran todos. Pero no fue suficiente para avergonzarles y que hicieran lo correcto.

La mujer asintió y se marchó arrastrando los pies, abrazando su lata contra el pecho.

"¿Segura que estarás bien, después de darle esa cantidad?" Carly preguntó una vez que la mujer estaba fuera del alcance del oído.

"Estaré bien", dije. "Mejor que lo tenga ella a que me lo beba yo. Haré algunos turnos extras en el restaurante si es necesario. Ya me las arreglaré".

Siempre he cuidado de Ivy y de mí misma.

Carly asintió. Sabía lo que quería decir.

"De todas formas, puedes encontrar a algún chico que te invite a unas copas esta noche", sugirió.

Resoplé: "Lo dudo. Y además, quiero divertirme bailando contigo esta noche, aunque esté completamente sobria".

"Oh, por favor, la mayoría de los tíos se morirían por invitarte a una copa", frunció el ceño.

"No estoy tan segura", dije, pensando en mi ex. No había sido suficiente para evitar que me engañara. Sacudí la cabeza para librarme de los recuerdos. "De cualquier manera, no me gustaría engañar a nadie. Sabes que no soy el tipo de chica que se enrolla con un desconocido, y cualquiera que me invite a una copa podría esperar eso".

"Yo tampoco soy ese tipo de chica, pero es una copa, no un contrato", dijo poniendo los ojos en blanco. "Además, ¿qué pasaría si conocieras al Sr. Ideal ahí dentro y lo rechazaras?"

"En primer lugar, no creo que el Sr. Ideal esté en un club como este", la miré de reojo. "Y en segundo lugar, no voy a meterme en una relación a corto plazo. El amor romántico sólo conduce al dolor. Las tengo a Ivy y a ti. Es todo lo que necesito".

Carly me agarró la mano. "Lo que Vince hizo fue despreciable, pero el verdadero amor no se supone que sea así. Se supone que te construye, no..."

"¿Destruye mi vida?" Pregunté con una sonrisa triste.

"Exacto", dijo con un enfático movimiento de cabeza. "Sólo que aún no has encontrado al hombre adecuado".

"Tal vez, pero eso no va a ser esta noche ni pronto", dije. "Sólo quiero divertirme con mi mejor amiga".

"¿Ah, sí? ¿Sigue con nosotras, o...?"

"Cállate", me reí, haciéndola reír a ella también.

Se abrieron las puertas del club y salió un montón de gente borracha, riendo y chillando. La cola empezó a moverse y el portero por fin nos dejó entrar a todos. Cuando sentí las luces parpadeantes y el bajo retumbante, pensé en lo que había dicho Carly. ¿Había realmente un "hombre ideal" para mí? ¿O era sólo un cuento de hadas que nos contábamos a nosotras mismas?

Capítulo 2

Nathan

"Feliz cumpleaños, Nathan", dijo mi amigo Angus, chocando su vaso de whisky de sesenta años contra el mío.

"No me lo recuerdes", gemí. Di un largo trago a mi whisky, sin saborearlo.

"¿Por qué has salido esta noche si no querías celebrarlo?" Se echó hacia atrás la mata de pelo castaño.

"Para perderme en el fondo de una copa y, con suerte, en la cama de alguna jovencita sexy que no quiera hablar demasiado", refunfuñé. Las luces del club parpadeaban en azul y morado, convirtiendo a las mujeres de la pista de baile en seres etéreos, pero ninguna de ellas tenía el canto de sirena que yo buscaba.

"Esa no es forma de encontrar esposa", bromeó, muy consciente de mis circunstancias.

"Me alegro de que mi situación te parezca tan divertida", vacié mi vaso e hice una señal a la camarera para que me trajera otro. Volvió rápidamente. Siempre daba buenas propinas. Puse otros cien en su bandeja por el buen servicio y ella me correspondió con un guiño. Era guapa, pero mi mal humor me quitaba interés.

"Sólo intento animarte", dijo moviendo la cabeza. "¿En serio los abogados no encontraron la manera de eludir la cláusula del testamento?"

"Después de los millones que les he arrojado, uno pensaría que habrían encontrado algún juez amigo que lo anulara, pero mi padre era un astuto hombre de negocios; se aseguró muy bien", respondí, apretando la mano en torno al vaso de whisky.

"Entonces, ¿realmente va a suceder? Si no te has casado para estas fechas el año que viene, ¿pierdes la empresa?" Angus dejó escapar un suspiro que resumía mis sentimientos al respecto.

"He sido Director General durante casi una década; se podría pensar que eso importa más que si estoy casado a los treinta y cinco", hice una mueca, tanto por mi situación como por la idea del matrimonio.

"Tío, ¿y si contratas a alguien?" Dijo inclinando la cabeza.

"¿Para hacer qué?"

"Casarse contigo, alguien como una escort o algo así", sugirió.

"Estoy desesperado, pero no tanto", resoplé antes de dar un sorbo a mi bebida. "De todas formas, no funcionaría. Alguien indagaría en su pasado, y en cuanto descubrieran que se trata de una escort, sería bastante obvio lo que me traía entre manos".

Las estipulaciones de mi padre habían sido claras: quería una unión amorosa. Como él y mamá. La misma pareja que había dejado rota cuando él murió. Yo no quería tener nada que ver con eso.

"Bueno, entonces, espero que hayas estado construyendo tu cartera fuera de la empresa", se encogió de hombros Angus, pensando como el contable forense que era.

"¿Estás preocupado por mí?" Bromeé. La verdad era que, financieramente, estaría bien. Había estado haciendo exactamente lo que Angus sugirió. Pero no se trataba del dinero, sino del legado. Quería conservar la empresa que mi padre había fundado para demostrar que yo valía la pena. Pero el testamento de mi padre lo había hecho imposible.

"Siento haber decidido venir esta noche", dijo con un divertido movimiento de cabeza. Su mirada se desvió hacia la pista de baile, donde dos chicas bailaban, chocando entre sí.

"No, no lo sientes".

Escudriñé a la multitud, buscando a alguien que me distrajera de las cosas. Había muchas mujeres guapas, pero ninguna captó mi atención.

"Tienes razón, no lo siento", dijo Angus, poniéndose de pie. "Voy a ver si esas chicas quieren tomar algo. Si no te importa..."

"No dejes que te detenga", dije con una media sonrisa, levantando mi copa para desearle suerte en su conquista.

Desvié mi atención de la pista de baile y eché un vistazo a la barra. Estaba a punto de rendirme cuando de pronto la vi. Era morena y tenía una figura de reloj de arena. Su vestido rosa apagado se ceñía sin esfuerzo a sus curvas, haciéndola destacar entre los vestiditos negros y los monos metálicos. Sus labios carnosos se abrían en una pequeña sonrisa y sus ojos se arrugaban cuando la rubia que estaba a su lado decía algo. Parecía un reto, el tipo de chica inocente que estaba esperando a que un hombre desatara su lado salvaje. Normalmente no soy de los que se esfuerzan tanto, pero esta noche era justo lo que necesitaba para distraerme.

Me puse en pie, enderezando mi chaqueta azul marino oscuro. Aún no tenía una copa en la mano; era el momento perfecto. La multitud se separó mientras caminaba con decisión hacia la mujer con la que quería perderme esa noche. Me moví entre las mesas de cócteles, con la intención de ignorar a todo el mundo excepto a ella, con la emoción de la anticipación corriendo por mis venas. No había nada como la persecución. Era como jugar al póquer, pero con menos suerte.

Por el rabillo del ojo, un movimiento furtivo hizo saltar mis alarmas. Me giré para ver a un hombre sonriente, con la mano cerca de la bebida de una mujer que estaba distraída.

"Oye", dije en voz alta, agarrando su muñeca. "¿Acabas de echar algo en su bebida?"

Intentó apartarse de mí, pero mi agarre era demasiado firme.

"Vete a la mierda, tío", gruñó.

La mujer me miró con los ojos muy abiertos, insegura de en quién de los dos confiar.

"Entonces toma un sorbo si eres tan inocente", dije, deslizando el vaso hacia él con la mano libre.

"No he hecho nada. Quítame tus manos de encima", intentó zafarse de mí, pero le sujeté. Le di la

vuelta a la mano y vi un vial vacío en su mano.

"Justo lo que pensaba", gruñí. Casi me dieron ganas de abrirle la mandíbula y echarle la bebida en la boca. Lo habría intentado si no hubiera aparecido la seguridad.

"¿Qué está pasando aquí?" Dijo el gorila alto, incluso más que yo, mirándome como si yo fuera el agresor. Su suplente no era tan alto, pero era mucho más ancho, construido como un cagadero de ladrillos.

"Este tío acaba de echarle algo a mi bebida", dijo la mujer, decidida a creerme más que a la basura que había pillado.

"Sólo cumplo con mi deber cívico", dije, soltando la muñeca del hombre. Su mano había empezado a ponerse blanca. "Tipos como este lo hacen más difícil para el resto de nosotros".

Ambos tipos de seguridad agarraron al hombre por el hombro y lo escoltaron fuera del club, hablando sobre llamar a la policía y profiriendo advertencias de que no querían volver a verle la cara.

"Muchas gracias", dijo la mujer con los ojos llenos de lágrimas.

"Ni lo menciones", dije, retrocediendo. No estaba preparado para lidiar con esto. "¿Estás aquí sola?"

Me maldije por preguntar. Quería llegar a la barra, no hacerme el héroe.

"No, mis amigos están en el baño", dijo, secándose los ojos.

"Bien, ve a buscarlos", mis palabras fueron más suaves de lo que pretendía. Intentaba ignorarla, pero tampoco quería empeorar su mala noche. Ella asintió y caminó rápidamente por el club. Lejos de mí, por suerte.

Volví a mirar hacia la barra, buscando a la mujer que realmente quería.

Allí está.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando sus ojos se posaron en mí. Ahora que ya no estaba en

la otra punta del club, pude ver lo ambarinos que eran sus ojos, ricos y cálidos. Casi me paré en seco.

Parece demasiado inocente para mí.

Pero eso sólo me hizo desearla más. Tendría que esforzarme más de lo normal si quería ir a casa con ella esta noche, pero bueno, sin riesgo no hay recompensa.



Erica

"Parece que te vendría bien un descanso de lo ordinario esta noche".

No podía creer que el tipo de fuera que parecía un modelo me estuviera hablando. Sr. Alto, Moreno y Guapo, de Dior. De cerca era aún más atractivo, con una barba de un día que acentuaba su rostro anguloso y unos ojos tan azules que sentí que podía caer en ellos. Se alzaba por encima de mí, su presencia audaz era tan intimidante como seductora.

"¿Qué te hace decir eso?" Pregunté, con el corazón latiéndome en el pecho. Actuaba como si no acabara de salvar a una chica de que le echaran algo en la bebida.

¿Al menos me vio mirando?

Soltó una carcajada profunda y me miró de arriba abajo. El calor me inundó.

"Tómate un trago conmigo y te lo contaré", sonrió satisfecho.

Miré a Carly. Había venido aquí para pasar el rato y relajarme con ella después del trabajo. Pero me miró como si fuera a matarme si le decía que no.

"Está bien, un trago", dije. Al menos sabía que no era un asqueroso. "Siempre y cuando me digas tu nombre".

"Nathan Darby", se presentó. "¿Qué te gustaría beber...?"

"Erica Miller", respondí. "Y tomaré un vodka con arándanos".

"Oh, creo que podemos hacerlo mejor que eso, Erica", dijo, dirigiéndose al camarero. "Un Cosmopolitan para mi amiga, yo tomaré un Dark and Stormy".

"Discutiría contigo sobre cambiar mi pedido, pero sé que un Cosmopolitan es mejor bebida", comenté, preguntándome si conocía la diferencia o sólo quería invitarme a algo más caro.

Levantó una ceja y me dijo: "Esperaba que le vieras el sentido común. El triple seco y la lima realmente elevan el sabor".

Impresionante, la mayoría de la gente no tiene un paladar tan refinado.

"También es una bebida más fuerte", no pude evitar comentar. Se inclinó hacia mí.

"No intento emborracharte. Puedo seducirte yo solo", me dijo al oído, con sus finos labios lo bastante cerca como para que pudiera sentir las cálidas bocanadas de su aliento. Un escalofrío de interés me recorrió la espalda.

Me salvé de tener que responder porque el camarero nos sirvió las bebidas. Nathan le dio las gracias y dejó una propina extra de cincuenta dólares. Tuve que evitar quedarme boquiabierta.

"¿Por qué brindamos?" Pregunté.

"Un descanso de lo ordinario", sus ojos azules centellearon juguetones.

"¿Vas a decirme ya a qué te refieres?" Pregunté. Di un largo sorbo a mi bebida. Estaba deliciosa. Me miró como un espejo, sin apartar los ojos de mí mientras su nuez de Adán se movía.

"No te ofendas, pero no parece que seas de aquí", dijo, apoyándose en la barra y dando un sorbo a su bebida.

"¿Qué se supone que significa eso?" Fruncí el ceño.

"Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?" Me ordenó.

Miré. "Veo... gente".

"Claro", se rió. "¿Y la gente?"

"Están bailando, divirtiéndose", comenté. "¿Estás diciendo que soy una alhelí?"

"No", negó con la cabeza y ocultó una sonrisa en su vaso.

"Ordinaria entonces", resoplé, frustrándome.

Su espalda se enderezó. "¿Me estás tomando el pelo? ¿Realmente crees...? ¿Por qué estaría hablando contigo ahora si sintiera...?"

"...¿Lástima?" Cuestioné, cubriendo mi sonrojo dando un gran trago a mi bebida.

¿Por qué si no alguien como él hablaría con alguien como yo? Es increíblemente atractivo. Aparentemente, también es rico. Y yo sólo soy yo. Ordinaria.

"No seas ridícula", dijo, acercándose una vez más. Le miré, al menos una cabeza más alto que yo, con sus intensos ojos clavados en mí como si no existiera nada más en el club. "Aquí todo el mundo busca algo. Hombres y mujeres al acecho, desesperados por ligar. Y ahí estás tú, guapa en rosa, como la viva imagen de la inocencia. No se suele encontrar belleza como la tuya entre tanto pecado".

Se me cortó la respiración.

"Entonces, pregunto", dijo, acomodando un mechón de mi cabello ondulado detrás de mi oreja, "¿Estás lista para ponerte un poco salvaje?"

La forma en que ladeó la cabeza me hizo flaquear. Asentí con la cabeza antes de tomar una decisión consciente. Tomó mi copa y la dejó sobre la barra junto a la suya antes de cogerme de la mano y llevarme a la pista de baile.

"Sólo relájate. Te cuidaré", me dijo, poniéndome las manos en las caderas mientras empezábamos a movernos al ritmo de la música. No era mala bailarina, pero con Nathan

guiándome era como descubrir un mundo nuevo. Me dejé llevar por la música y por Nathan, entregando mi cuerpo y liberándome de las tensiones que solían acecharme, listas para atacarme. Ni siquiera tuve que apartarlas, se derritieron bajo su contacto.

"Tú..." Me dijo, agachándose para que pudiera oírle por encima del bajo atronador, sus labios rozándome la concha de la oreja. "...eres cualquier cosa menos ordinaria".

Mi corazón martilleaba en mi pecho mientras el deseo fluía por mis venas, más poderoso de lo que creía posible.

"¿Qué tal si salimos de aquí?" Me preguntó, pasándome las manos por los muslos y por el culo. Su tacto me produjo un cosquilleo en la piel. "Hay un hotel cruzando la calle".

Mi cuerpo me pedía a gritos que aceptara.

"No puedo", le dije, separándome de él. Sus ojos se abrieron de sorpresa. "Lo siento".

Me abrí paso entre la multitud, necesitaba alejarme de él antes de hacer algo de lo que me arrepintiera. Yo no era esa persona. No tenía aventuras de una noche. Sólo me había acostado con un hombre, y este me había roto el corazón.

Busqué a Carly en la barra, pero no la vi. Saqué el teléfono del bolso para llamarla y vi un mensaje esperándome: una notificación de pago de la tarjeta de crédito que solía compartir con mi ex. No tenía acceso a la tarjeta, pero el banco aún no había arreglado las notificaciones. Entrecerré los ojos e intenté entender lo que veía. Me dio un vuelco el corazón.

Mi ex acababa de comprarse un anillo de compromiso. Siempre me había dicho que no quería precipitarse, que nuestro negocio de catering era suficiente compromiso.

Y seis meses después, ¿está listo para proponer matrimonio?

Se me revolvió el estómago y se me nubló la vista. Llamé a Carly con las manos temblorosas.

"Hola, Erica, estoy en el baño", dijo. "¿Cómo van las cosas con ese bombón?"

Tenía intención de decirle que quería irme a casa. Que había una pinta de helado en el fondo de mi congelador con mi nombre.

"Me invitó a un hotel. Me voy con él".

Capítulo 3

Erica

Volví entre la multitud, con las palabras de Carly resonando en mis oídos.

"¿Segura que quieres hacer esto?"

No estaba segura, pero sabía que no quería irme a casa y lamentarme. Probablemente no volvería a tener una oportunidad así, no con un tipo como Nathan. Había perdido mis veinte años por un hombre que me había traicionado. Tal vez era hora de ver lo que me estaba perdiendo.

Encontré a Nathan cuando volvía a la barra. Se me secó la boca.

Espero no haber desperdiciado mi oportunidad.

"Oye", dije, insegura de cómo decirle que en realidad sí quería acostarme con él después de todo.

¿Cómo lo hace la gente?

"Hola", me dijo, dirigiéndome una mirada interrogante. Tragué saliva.

"Mi respuesta es sí", dije rápidamente antes de perder los nervios. "Eso si la oferta sigue ahí".

Casi esperaba que se riera y me dijera que ese barco ya había zarpado. En lugar de eso, una sonrisa socarrona se dibujó en su rostro.

"¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?" Preguntó.

Miré sus profundos ojos azules y mis dudas desaparecieron.

"Sólo quiero olvidarme de todo por una noche".

"Puedo hacer que eso ocurra", dijo, confiado y serio. "Cuando termine contigo, ni siquiera recordarás tu propio nombre".

Tiró de mí para besarme, tomando el control mientras me acariciaba la nuca con la mano. La discoteca se desvaneció, la música a todo volumen era un zumbido lejano comparado con el sonido de los latidos de mi propio corazón en mis oídos. El deseo volvió a florecer en mi interior, aún más fuerte que cuando bailamos. Cuando nos separamos, estaba casi mareada. Iba a cumplir su promesa, y la idea era tan desalentadora como tentadora.

"Ven conmigo", me dijo, poniéndome la mano en la espalda. En ese momento, le habría seguido a cualquier parte.

El hotel de enfrente era uno de los mejores de Manhattan. El edificio Art Déco se alzaba sobre la calle, prometiendo el tipo de lujo con el que yo sólo podía soñar.

Excepto que esto no es un sueño. Por una noche, esta es mi realidad.

Me sentía un poco mareada mientras caminábamos por el suelo de mármol del vestíbulo. Nathan se acercó a la recepción como si fuera el dueño del lugar y reservó la suite del ático como si nada.

"¿Sólo por una noche, señor?" Preguntó el conserje, vestido con un traje profesional y con los ojos brillantes a pesar de lo tarde que era. Ignoró educadamente mi sonrojo.

"Así es", respondió Nathan sin pudor. Ni siquiera pestañeó cuando le cargaron miles de dólares en la tarjeta.

¿Qué tan rico es este tipo?

"¿Puedo enviar champán para usted, señor?"

"No será necesario", respondió Nathan, cogiendo la tarjeta.

Nos acercamos a los ascensores e intenté no parecer una turista mirándolo todo. No tuvimos que esperar más que unos segundos para que llegara a estas horas de la noche. No podía creer que estuviera a punto de hacerlo: dormir con un completo desconocido.

"Entonces, ¿a qué te dedicas?" Pregunté, jugueteando con un mechón de pelo, rizando una de mis ondas sobre mi dedo.

"¿En serio estamos hablando de tonterías?" Se rió.

Apreté los labios, pero aguanté la vergüenza. No sabía cuáles eran las normas para los rollos de una noche.

"Me sentiría mejor sabiendo algo de ti aparte de tu nombre", le dije.

"Bien, pero una vez que estemos en la suite, se acabó la charla", declaró. "No quiero que pienses en otra cosa que no sea lo que te estoy haciendo sentir".

Tragué saliva. Apenas me había tocado -un baile y un beso- y yo estaba tan llena de deseo que casi olvidé el hilo de mis pensamientos.

"Soy el Director General de Darby BioTech", afirmó, enderezando la espalda.

"Biotecnología, eso es..."

"Dispositivos médicos, tecnología sanitaria para llevar puesta, terapia génica, productos farmacéuticos", enumeró despreocupadamente mientras mis ojos se abrían de par en par. Pensé brevemente en mi hermana Ivy. Había estado trabajando como ayudante en el departamento de marketing de una empresa farmacéutica antes de que la despidieran sin contemplaciones y sin ni siquiera una indemnización. BD Pharmaceuticals estaría para siempre en mi lista de mierda. Pero eso era lo último en lo que quería pensar ahora.

"Vaya", dije. "Es impresionante. Y el nombre Darby, ¿es tu segundo nombre o...?"

"Un negocio familiar", dijo brevemente. No me pareció que estuviera disfrutando mucho de la charla. "¿Y qué hay de ti, Erica Miller? ¿A qué te dedicas?"

Desvié la mirada un momento. Mi trabajo de cocinera apenas parecía nada comparado con el suyo.

"Soy chef", le dije, decidiendo utilizar términos amplios por si se daba cuenta de que estaba a punto de acostarse con alguien por debajo de él. "Trabajo en un pequeño restaurante cerca de aquí".

Asintió con la cabeza como si le interesara, pero tuve que preguntarme si era sólo cortesía.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

"Se acabó el tiempo", dijo. "Espero que haya sido suficiente información para ti, porque la próxima pregunta que hagas mejor que sea; ¿Qué tal me sabe?"

Me sonrojé, con la excitación corriendo por mis venas. Nathan no esperó respuesta y se adelantó para abrir la puerta de la suite. Me quedé clavada en el sitio un segundo, mientras mi cerebro se reiniciaba, antes de apresurarme a acompañarle.

La suite era incluso mejor de lo que podía imaginar, una mezcla de clásico y moderno, con suficiente arte y esculturas como para hacerme pensar que nos habíamos equivocado de camino y habíamos ido a parar a una galería. Pero antes de que pudiera maravillarme con las alfombras de felpa o los muebles de alta gama, Nathan me empujó contra la pared y sus labios buscaron los míos.

Mis labios se abrieron para él automáticamente, como si mi cuerpo lo deseara más que el aire. Sus manos recorrieron mis costados, mis caderas y muslos. Lo único que podía hacer era aferrarme a sus solapas y rezar para que mis rodillas no cedieran.

"Voy a tomarme mi tiempo contigo", dijo antes de arrastrar sus labios por mi mandíbula y succionar besos en mi cuello.

"Sí, por favor", respondí, sorprendiéndome a mí misma por lo jadeante y necesitada que sonaba. Me habría avergonzado, pero Nathan se apartó lo suficiente para dejarme ver el fuego en sus ojos. Me apretó las caderas.

"Oh, voy a divertirme contigo esta noche", ronroneó. "Ven conmigo".

Me condujo al dormitorio e, incluso en mi embriaguez de lujuria, tuve que tomarme un momento para apreciar el lujo. La gran cama dominaba la habitación, adornada con suaves y crujientes sábanas blancas que pedían a gritos que me tumbara sobre ellas. El cabecero estaba acolchado con suave terciopelo verde bosque. La vista de Manhattan a través de la ventana, el río Hudson centelleando con el reflejo de las luces, daba a la ciudad un aspecto mágico. Al otro lado de la puerta que daba al baño estaba el cuarto de baño más bonito que había visto nunca. Casi tuve que preguntarme si estaba soñando.

Los labios de Nathan en mi cuello me devolvieron a la Tierra, la inconfundible realidad de su barba incipiente haciéndome cosquillas en la piel. Se colocó detrás de mí y sus manos recorrieron mis muslos, mi vientre y mis pechos. Tarareó contra mi cuello, un sonido de placer que me hizo saber lo mucho que disfrutaba tocándome.

Aún no podía creerme que estuviera aquí, en la suite del ático de uno de los mejores hoteles de la ciudad, a punto de acostarme con un hombre al que acababa de conocer.

"Estás demasiado tensa", comentó, haciéndome darme cuenta de lo rígida que estaba.

"Lo siento, no estoy acostumbrada a hacer esto", murmuré, esperando que no se diera por vencido.

"Sé cómo hacer que te relajes", dijo, tan seguro que no pude evitar confiar en él.

Se apartó y al instante eché de menos su calor en mi espalda. Sus dedos encontraron la cremallera de mi vestido, y cada chasquido de los dientes metálicos al bajarla lentamente hizo que mi corazón latiera más deprisa.

Mi vestido cayó al suelo, dejándome sólo en sujetador y bragas. Miré el sencillo conjunto de algodón blanco, esperando que no estuviera decepcionado conmigo o con mi elección de ropa interior. Tenía un conjunto de encaje rojo a juego, pero no lo había usado desde la ruptura con mi ex.

Me desabrochó el sujetador con facilidad y lo dejó caer. Cuando sus manos se dirigieron a mis bragas, las detuve automáticamente, mis manos pequeñas sobre las suyas grandes. Ya no había vuelta atrás.

"No tienes ni idea de las cosas que quiero hacerte", me gruñó al oído. Apartó las manos de la

cintura de mis bragas. Una se dirigió a mis pechos desnudos, buscó mis pezones y los acarició con el pulgar hasta que se endurecieron. "¿Querías que te hiciera olvidarlo todo? Pues déjame".

Su otra mano me acarició a través de las bragas y me rodeó el pubis mientras sus dedos se enroscaban entre mis piernas. Me frotó en círculos lentos y metódicos, y un grito ahogado se escapó de mis labios mientras el placer fluía a través de mí.

"Eso es", murmuró. Me recosté contra él, permitiéndole más acceso. "Buena chica".

No esperaba la descarga de excitación ni la forma en que mis caderas se balanceaban, buscando sus dedos. Mi cuerpo hablaba por mí, aunque mi mente aún no se había puesto al día. Su suave risita me llegó al alma, y estaba disfrutando demasiado de sus caricias como para preocuparme. Me pasó los dedos por el coño cubierto de algodón, subiendo y bajando desde el clítoris hasta la entrada.

"Puedo sentir lo mojada que estás, incluso a través de tus bragas", dijo, apretando sus caderas contra mi espalda. Estaba muy excitado. *Para mí.* "¿Estás lista para que te deje boquiabierta?"

Asentí con la cabeza y me apretó más fuerte en la espalda por un momento antes de dejarse espacio para bajarme las bragas. Esta vez no se lo impedí.

"Súbete a la cama, guapa", me dijo en un tono que no admitía discusiones. No quise protestar. Quería lo que me había prometido.

Me subí a la cama, el firme colchón y las suaves sábanas eran tan cómodos que casi quería quedarme dormida si no hubiera sido por el fuego en mi vientre y la forma en que Nathan me miraba como si quisiera devorarme.

Apreté las piernas, sintiéndome expuesta y necesitada a la vez. Quería lo que él me ofrecía.

Nathan se desnudó rápidamente, su traje inmaculado se unió a mi ropa en el suelo como si no hubiera costado cientos de dólares en comparación con los cinco que yo había pagado en una tienda de segunda mano. Pero me importaba mucho menos su ropa que lo que había debajo. Cuando se despojó de la camisa, pude ver su pecho y su vientre tonificados. El vello de su pecho era oscuro, como el de su cabeza, y descendía por un camino tentador sobre su vientre hasta desaparecer en sus pantalones.

Cuando se quitó los pantalones y los calzoncillos de un tirón, necesité toda mi fuerza de voluntad para no quedarme mirando. De acuerdo, sólo había estado con otro tío, pero Nathan la tenía

enorme. Casi intimidante. La sonrisa que se dibujó en sus finos labios me dijo que no estaba ocultando mis sentimientos tan bien como quería.

"¿Disfrutando del espectáculo?" Se rió entre dientes, acechándome como un gato salvaje, y yo era su presa.

"Disfrutaría más con la participación del público", bromeé, mis ojos se abrieron de par en par cuando me di cuenta exactamente de lo que estaba insinuando.

Me siento ridícula. No es como si nunca hubiera tenido sexo antes.

Pero la serena confianza de Nathan y su atracción sexual me hacían sentir como una adolescente inexperta. Tampoco es que supiera exactamente lo que se sentía. Había perdido la virginidad a los veinte.

"Puedo arreglarlo", dijo, uniéndose a mí en la cama.

Los labios de Nathan volvieron a mi cuello, pero esta vez no se detuvieron ahí. Me besó el pecho y no paró hasta que me chupó el pezón izquierdo y me acarició el derecho con sus hábiles dedos. Me mordí el labio y cerré los ojos mientras mi cuerpo cobraba vida bajo sus caricias.

Bajó y su boca siguió a sus manos por mi vientre hasta separarme las piernas. Su cálido aliento me recorrió como un fantasma, haciéndome estremecer de expectación.

"Hermoso", dijo, mirando fijamente mi lugar más íntimo.

Me pasé las manos por la cara mientras el calor me recorría y mis piernas intentaban cerrarse contra sus fuertes manos.

"No te escondas de mí", me dijo, con voz suave pero autoritaria. Me aparté las manos de la cara y él me miró con sus penetrantes ojos azules. "¿Quieres esto?"

La pregunta me pilló desprevenida, pero la respuesta no fue difícil de encontrar.

"Sí", dije, con los nervios a flor de piel.

"Entonces no me quites los ojos de encima", dijo Nathan, con su voz profunda que me produjo

escalofríos.

Asentí, y él bajó sus labios hacia mí, el aliento caliente convirtiéndose en una lengua caliente. Algo parecido a un gemido se escapó de mi garganta mientras me invadían sensaciones maravillosas. Ni siquiera pude enfadarme cuando una mirada de suficiencia llenó los ojos de Nathan. El hombre se lo merecía por la forma en que prácticamente se había enrollado con mi coño.

Sus dedos apretaron mis muslos, separándome aún más mientras me devoraba. No rompió ni una vez el contacto visual, respondiendo a cada suspiro mío, a cada lamida de mis labios, a cada leve movimiento que le decía lo que me gustaba sin palabras.

Mis piernas se abrieron, ya no necesitaba las manos de Nathan para abrirme.

"Eso es", ronroneó, sustituyendo por un momento su boca por sus dedos. Me dieron el mismo placer, alternando entre frotar mi clítoris y jugar con mi entrada burlonamente. "Dios, qué bien sabes".

No sabía cómo tomarme los cumplidos de Nathan, si los decía en serio o era sólo el calor del momento. Pero no podía perder el tiempo preocupándome porque su boca estaba de nuevo entre mis piernas y, esta vez, sus dedos se deslizaban dentro de mí.

Mis caderas se agitaron en su boca, haciendo que sus dedos penetraran más profundamente y aumentando mi placer en espiral. No reconocía los sonidos que escapaban de mis labios, gemidos, jadeos y quejidos que nunca antes había emitido. Pero tampoco sabía que podía sentirme así.

"Córrete para mí", me ordenó Nathan, apartándose apenas lo suficiente para hablar, con sus labios rozando los míos.

Redujo sus esfuerzos, dejándome retorciéndome y jadeando hasta que mi orgasmo me golpeó como un huracán azotando mi cuerpo. Grité, mis manos agarraron las sábanas y mi espalda se arqueó. Nathan no cejó en su empeño, comiéndome y metiéndome los dedos hasta que dejé de sentir espasmos a su alrededor y me desplomé sin fuerzas sobre la cama, prácticamente derritiéndome.

Se apartó, con un brillo orgulloso en los ojos, y sus labios se curvaron. Estaban húmedos por mis fluidos, y la erótica imagen bastó para enviarme otra oleada de placer.

"¿Se siente bien?" Preguntó.

"Como si tuviera que decirlo", dije, con la respiración entrecortada.

"Pero me gusta oírlo", dijo, dándome otra lamida en el clítoris y haciéndome jadear.

Tragué saliva. "Demasiado bien".

Me lamió otra vez. Y otra vez. Su lengua se movía lentamente, pero me hacía estremecer.

"Para", dije con una risita ahogada.

Se echó hacia atrás.

"¿No quieres correrte otra vez?"

Apreté con avidez.

"Yo... Um..."

"¿Eso es un sí?" Preguntó, recorriendo mis pliegues con los dedos.

"...Sí".

"Bien", dijo, levantándose.

Fruncí el ceño, pero rápidamente me di cuenta cuando encontró su cartera en sus pantalones desechados y sacó un preservativo. Mi corazón latió un poco más deprisa. Abrió el envoltorio y me mordí el labio mientras se lo ponía, acariciando su considerable longitud.

Se reunió conmigo en la cama y se acomodó entre mis piernas con una mirada hambrienta. Agarró la almohada que tenía al lado.

"Levanta las caderas", dijo, y yo seguí sus instrucciones rápidamente, sorprendiéndome a mí misma de lo mucho que deseaba esto, sobre todo cuando acababa de dejarme boquiabierta por él.

Colocó la almohada bajo mis caderas y yo volví a acomodarme, con las rodillas dobladas y deseando tenerlo dentro de mí. Se agarró por la base y frotó su punta sobre mis sensibles pliegues antes de alinearse finalmente con mi entrada. Se deslizó lentamente, con la mirada fija entre mis piernas, observando cómo desaparecía en mi interior.

No supe que estaba conteniendo la respiración hasta que sus caderas se apoyaron en las mías y jadeé cuando otra oleada de placer irradió desde mi interior. Me rodeó las caderas con los dedos y me miró.

"Por favor", dije.

Empujó despacio, pero a un ritmo que me dejó aturdida.

"¿Es esto lo que necesitabas?" Me preguntó, apretando más fuerte sus caderas.

Me había prometido hacerme olvidar todo, y con cada movimiento de sus caderas, deslizándose profundamente y haciéndome sentir hasta el último centímetro de él, mi mente se vaciaba más y más. Sólo estaba Nathan y las exquisitas sensaciones que me provocaba.

"Sí", respondí, mi férreo control se escapaba cada vez más de mi alcance. Y no me importaba lo más mínimo, no cuando Nathan me estaba doblando prácticamente por la mitad, moviéndose cada vez más rápido y con más fuerza.

Gruñó y sus caderas me golpearon al empujarme contra la cama. Le corría el sudor por las sienes y sus bíceps se hinchaban.

Me estaba acercando. Moví la mano para tocarme, pero él negó con la cabeza.

"Uh, uh, uh," dijo, puntuando su protesta con un empujón extra fuerte. "No dije que pudieras tocar".

"Estoy tan cerca", argumenté, la desesperación me invadía.

"Te llevaré hasta allí", me dijo, rodeando su cintura con mis piernas e inclinándose más hacia mí. Sus caderas no vacilaron, manteniendo el ritmo que me tenía al borde del orgasmo. El cambio de ángulo intensificó todas las sensaciones, sus caderas martilleantes presionaban justo donde más lo necesitaba.

"Casi", me quejé.

"Sí, eso es", gruñó, sus ojos se oscurecieron. "Suéltate para mí. Muéstrame lo bien que te hago sentir".

Quería tocarme de nuevo, empujarme hacia el éxtasis que me esperaba. Nunca me había corrido sólo con la penetración. Mi cuerpo no funcionaba así. Pero Nathan me estaba demostrando que sí, que podía tocar mi cuerpo como un músico experto, creando melodías que yo no creía posibles.

"Eso es, preciosa", me instó. "Yo también estoy cerca, y tu bonito coño se aprieta a mi alrededor. Está lista; sólo tienes que rendirte a ella".

Fueran las palabras de Nathan o la forma en que movía las caderas, fue todo lo que necesité para llegar al límite y caer en las profundidades del éxtasis. Mis piernas se aferraron a su cintura, mis caderas se agitaron y mi espalda se arqueó, libre y salvaje por una vez en mi vida.

"Joder, sí", gimió Nathan, y sus embestidas no cesaron. "Tu coño se siente tan bien".

Cerró los ojos y apretó la mandíbula mientras me seguía. Empujaba fuerte y profundo, gimiendo de placer mientras yo seguía cabalgando las olas del mío.

Cuando por fin se calmó, me relajé debajo de él, con los miembros más sueltos que nunca. Eché de menos el peso de su cuerpo cuando se retiró.

"Eso fue..." Me costó encontrar la palabra.

"¿Increíble?" Me ofreció con una sonrisa perezosa, apretándome el muslo con su gran mano antes de levantarse para ocuparse del condón.

Me quedé mirando el techo un momento. Hasta las lámparas parecían lujosas. Aparté las mantas y me metí debajo.

¿Debo coger mi ropa? ¿Se espera que me vaya?

Nathan regresó, caminando con confianza a pesar de su desnudez. O tal vez a causa de ella. No podía creer que acabara de acostarme con él. Este dios de hombre, con su mandíbula cincelada y su cuerpo atlético, *me había* deseado. Los restos del placer aún me retumbaban en las venas, me

daban sueño y probablemente estaba más tranquila de lo que había estado en meses.

"¿Estás bien?" Preguntó, metiéndose en la cama a mi lado.

"Sí", dije, sorprendiéndome de lo cierto que era.

"Bien", murmuró, alejándose de mí y quedándose dormido. No tardé mucho en tener los párpados demasiado pesados para mantenerlos abiertos y los pensamientos adormilados dándome vueltas en la cabeza.

¿Cómo puede ser esto real?

Capítulo 4

Nathan

El timbre de un teléfono me despertó de un sueño de miembros enredados y deliciosos sonidos eróticos. La cama se movió y me di la vuelta.

Tal vez no era un sueño.

Abrí los ojos y vi a Erica, desnuda e igual de sexy a la luz de la mañana, agachándose para coger el móvil del bolso. Mi erección matutina se agitó y esperé que el segundo asalto estuviera sobre la mesa. Por la forma en que había reaccionado ante mí la noche anterior, no podía imaginar que me rechazaría.

"¿Diga?" Contestó al teléfono mientras buscaba su ropa. Para mi decepción, empezó a tirarse de las bragas. "¿Ivy? Cálmate, dime qué ha pasado".

Se me aceleró el pulso al oír el cambio de tono de Erica. Se tensó antes de volver a mirarme.

"Dame un segundo", murmuró, cogiendo su ropa y corriendo al baño.

Oí el revolver de la ropa y luego la voz baja de Erica, que claramente intentaba mantener su intimidad.

"Lo siento", dijo en voz baja. "Entonces, ¿el cheque rebotó?"

Lo más educado sería salir de la habitación y dejar que Erica se ocupara de sus asuntos personales, pero entre el calor que aún quedaba en la cama desde donde ella yacía y más que un poco de curiosidad, me quedé quieto.

"No, no, esto no es culpa tuya", dijo suavemente. Sus suaves pasos resonaron en el suelo de baldosas. ¿Estaba dando vueltas? "Eh, deja eso. No es culpa tuya que te despidieran. Ya lo hemos hablado".

¿Qué nombre había dicho? ¿Ivy? De repente, me arrepentí de que lo único que sabía de Erica era que era cocinera.

"Haré un plan", dijo con calma forzada. "Cogeré turnos extra. Me pagan la semana que viene... Mierda. De acuerdo. Tenemos esos pendientes de diamantes que nos dejó mamá... Lo sé, pero es mejor que estar sin casa".

Así que Ivy era su hermana. Se me encogió el corazón. Debería haber reconocido el tono de una hermana mayor, y no tenía ninguna duda de que Erica era la mayor. Había usado ese tono suficientes veces para saberlo.

"Hemos superado momentos difíciles antes y superaremos este, lo prometo", continuó, tan amable a pesar de lo que eran claramente circunstancias difíciles. Había visto a gente en circunstancias mucho menos difíciles reaccionar mucho peor.

No es sólo una cara bonita, también tiene corazón.

Normalmente, eso sería suficiente para mandarme a paseo. No me involucraba emocionalmente, ya no. Pero la forma en que Erica hablaba con su hermana me hizo sentir un extraño parentesco con ella. A pesar de mis reglas de mantener las distancias, quería ayudarla.

Eso es estúpido. Apenas la conozco.

Me levanté y cogí mis calzoncillos. No era de los que se ponen sentimentales. Probablemente se debía a que mi cumpleaños me hacía pensar en mi propia pérdida inminente.

"Ahora vuelvo a casa", dijo Erica.

Me puse los calzoncillos y saqué el móvil del bolsillo del pantalón. El fino lino de mi traje italiano estaba arrugado. Normalmente cuidaba más mi ropa, pero con Erica desnuda y

esperándome en la cama, la había tirado a un lado sin pensármelo dos veces.

Me esperaba un mensaje de Angus preguntándome qué había hecho anoche.

"Te quiero", dijo Erica, terminando su llamada.

¿Y si simplemente contratas a alguien?

Las palabras de Angus resonaron en mi cabeza. Su idea sobre contratar una escort había sido ridícula, pero quizá había una forma de que Erica y yo consiguiéramos lo que necesitábamos.

Erica salió del cuarto de baño, con el vestido arrugado lo más arreglado que pudo y una sonrisa falsa en la cara.

"Debería irme", dijo, sin mirarme a los ojos.

"Espera", alcancé su brazo, sin llegar a agarrarla.

"No puedo quedarme. Tengo muchas cosas que hacer, y esto ha sido divertido, pero deberías saber que no suelo ser este tipo de chica", divagó. Había esa inocencia que me atrajo de ella por primera vez. No me fiaba fácilmente, pero si alguna vez había una mujer con la que pudiera contar para llevar a cabo esta loca idea... además, por cómo sonaban sus circunstancias económicas, se sentiría obligada a ser leal.

"No he podido evitar oír tu conversación", le dije. Su expresión decayó.

"Eso era privado", dijo, soltándose de mi agarre.

"Tengo una propuesta mutuamente beneficiosa para ti", dije, ignorando su comentario. "Algo que podría ayudarnos a ambos".

"¿Qué podrías querer de alguien como yo?" Preguntó, cruzando los brazos de forma protectora.

¿Además de lo que hicimos anoche?

Pero sabía que ahora no era el momento de proponer sexo, no si quería que esto funcionara.

"Si el año que viene por estas fechas no me he casado, perderé la empresa de mi padre", le dije, con la misma amargura en la boca todos estos años después. "Pero no tengo ningún interés en sentar la cabeza. Me gustaría pagarte para que finjas una relación conmigo. Tendrá que ser convincente, un romance relámpago que acabe en matrimonio antes de mi próximo cumpleaños. Podríamos estar casados durante... digamos un año. Eso debería funcionar. Luego nos divorciamos y te llevas una buena indemnización por las molestias".

Erica me miró como si estuviera loco, y puede que lo estuviera. Pero también estaba seguro de que esto funcionaría si lo hacíamos bien.

"Perdona, pero ¿qué tiene que ver estar casado con mantener tu compañía?" Preguntó ella, desconcertada.

"Es una estipulación en el testamento de mi padre".

Se le cayó la cara de vergüenza.

"Oh, lo siento", dijo ella. "Sé cómo..."

"Ni lo menciones", la interrumpí. Cerró la boca, pero no parecía molesta. "Entonces, ¿qué piensas?"

"Creo que esto es una locura", dijo, jugando nerviosamente con un mechón de su pelo. "¿Fingir una relación? La gente se daría cuenta".

"No si lo hacemos bien", dije, y en mi cabeza empezaron a surgir ideas sobre cómo podríamos lograrlo.

"¿Por qué haría tu padre una estipulación así?" Preguntó.

Era lo mismo que me cuestionaba casi a diario.

"Aunque mi padre era un buen hombre de negocios, también era un romántico empedernido que pensaba que yo necesitaba un ancla como mi madre lo era para él", dije, apartando la mirada. Su decepción hacia mí aún se sentía como ácido en mi pecho. "Pero no necesito que me agobien".

La muerte de mi padre le había afectado tanto a mi madre que no estaba seguro de que sobreviviera. Me las había arreglado mientras cuidaba de mi hermano y me adaptaba a ser

Director General. ¿Por qué demonios iba a ponerme voluntariamente en una posición así?

"Entonces, ¿qué me dices?" Le pregunté.

Erica

Me quedé mirando a Nathan. Su plan era absurdo a muchos niveles.

"Puedo pagarte cien mil por adelantado", dijo despreocupadamente, como si esa no fuera una cantidad de dinero alucinante. "Si las primeras citas van bien, lo doblaré. Cuando nos casemos, firmarás un acuerdo prenupcial que te garantiza cinco millones si seguimos casados un año".

No podía creer lo que oía. Cien mil dólares me cambiarían la vida, por no hablar del resto. Pero apenas conocía a Nathan y todo esto era increíblemente arriesgado.

¿De verdad voy a poner mi futuro financiero en manos de otro hombre?

Estaba entre la espada y la pared, con aquel cheque del alquiler sin fondos pendiendo sobre mi cabeza. Ivy y yo no teníamos ahorros, y no era como si pudiera encontrar un trabajo y cobrar en los próximos tres días. La oferta de Nathan era más que tentadora, pero no eran sólo las cicatrices que me había dejado mi ex lo que me hacía dudar.

"No estoy segura de poder mentir así", confesé. "¿Y no se supone que el matrimonio significa más? No es sólo una transacción financiera".

"Según mi experiencia, el dinero hace posible muchas cosas", dijo Nathan con una sonrisa socarrona. "Y el matrimonio es un contrato legal, no una unión sagrada. Las tasas de divorcio deberían darte una pista al respecto".

Apreté los dientes. No me gustaba que me hablaran así, pero me callé.

"Tienes un día para decidirte", dijo Nathan, dando un paso atrás y recogiendo su ropa del suelo. "Buscaré en otra parte si no te interesa, pero si voy a sacar esto adelante, necesitaba empezar ayer".

"Me lo pensaré", dije, ignorando la forma en que sus músculos ondulaban al moverse. El estrés casi había acabado con mi libido, pero Nathan estaba demasiado bueno para ignorarlo durante mucho tiempo.

Necesito llegar a casa.

Nathan asintió y me dio una tarjeta de visita de su cartera. "Llámame si decides aceptar mi propuesta".

Despedida sumariamente, cogí mi bolso, me puse los tacones y me fui. El hotel no era menos impresionante a la luz del día. Salir a la calle fue como despertar de un sueño y volver a la realidad.

Si acepto la oferta de Nathan, podría pagar por alojarme en un hotel así.

Pero eso no era suficiente motivación para comprometerme con una treta. Estaría dedicando más de un año de mi vida a una relación falsa con un desconocido. Tendría que estar desesperada para considerarlo.

¿Como si ahora no estuviera desesperada?

Ojalá pudiera llamar a un taxi, pero la tarifa de vuelta a Brooklyn vaciaría por completo mi cuenta. Nunca antes había hecho un paseo de la vergüenza. A pesar del total desinterés de mis compañeros neoyorquinos, no podía deshacerme de la sensación de que me observaban y juzgaban mientras caminaba hacia la estación de metro más cercana.

Iba en contra de la hora punta, la mayoría de la gente entra en Manhattan en lugar de salir de ella, pero los vagones de metro seguían bastante llenos, y tuve que quedarme de pie, agarrada al raíl mientras me tambaleaba con mis tacones altos.

Me sentí aliviada al cruzar por fin la puerta de mi casa media hora después, pero el alivio se desvaneció rápidamente cuando vi la cara afligida de Ivy.

"Lo siento", dijo, con el labio tembloroso. "Te juro que pensé que tenía suficiente dinero en mi cuenta para cubrirlo".

"No pasa nada. Haré un plan", dije, abrazando a mi hermana pequeña. Sólo era dos años más joven que yo y unos centímetros más alta, para mi consternación, pero había estado cuidando de

ella desde que éramos niñas, y eso no iba a parar ahora.

"Haremos un plan", señaló. "Esto también es responsabilidad mía".

"Déjame ponerme algo más cómodo y luego podemos hablar", dije. Todavía podía oler la colonia de Nathan en mí.

"Hablando de eso, ¿qué pasó anoche?" Preguntó Ivy, siguiéndome a mi habitación mientras me cambiaba.

"He... conocido a alguien", dije, quitándome el vestido y cogiendo unos pantalones de chándal y una camiseta.

"¡Erica!" Dijo mi hermana, escandalizada e intrigada a partes iguales.

"Lo sé", dije, bajándome la camiseta. "No es mi momento de mayor orgullo".

La verdad es que no sabía qué pensar de mi noche con Nathan. No era propio de mí, pero ¿cómo podía ignorar la euforia que Nathan me había provocado? No es que fuera a decirle eso a Ivy.

"¿Estaba bueno?" Preguntó, mientras mi cama chirriaba al sentarse en ella.

"Dios mío, sí", dije, con las mejillas encendidas. "Pero no estamos hablando de eso".

"Mira, he estado pensando, ¿y si vendo mi coche? No vamos a sacar mucho dinero por él; sé que está destrozado y que tendremos que aceptar la primera oferta si queremos conseguir el pago del alquiler antes del martes, pero es mejor que ser desalojadas".

Se me revolvió el estómago. Ivy había ahorrado durante años para comprarse un coche; no podía soportar la idea de que renunciara a él.

"En realidad, puede que tenga una solución diferente", dije, la idea de Nathan parecía cada segundo más viable. "Ese tipo con el que estuve anoche, me hizo una oferta..."

"Erica, no, te estoy dejando vender tu cuerpo por..."

"¡Guau!" Dije, levantando las manos. "Esto *no* iba en absoluto por ahí".

"Vale, bien", dijo, con las mejillas enrojecidas. La tendencia a ruborizarnos era algo que Ivy y yo teníamos en común, junto con nuestro pelo castaño chocolate. Pero mientras que yo tenía los ojos ámbar y el pelo ondulado de nuestro padre -algo en lo que intentaba no pensar desde que se había marchado sin despedirse cuando éramos niñas-, Ivy tenía los ojos avellana y el pelo liso de mamá. Cada vez que la miraba, me acordaba de la promesa que le había hecho a mamá de cuidarla.

"Parece una locura, pero quiere contratarme para que finja ser su novia. Y eventualmente casarme con él. Tiene algo que ver con el testamento de su padre, no sé. Los ricos son raros".

Ivy me miró fijamente con la misma expresión que imaginé que le había puesto a Nathan cuando me contó su idea por primera vez.

"¿En serio?" Preguntó. Asentí con la cabeza. "¿Y eso es diferente de vender tu cuerpo porque...?"

"No es que vaya a acostarme con él", dije, tirándome de la camiseta. No podía creer que estuviera hablando con Ivy de esto.

"¿Cómo sabes que puedes confiar en él?" Preguntó.

Era una pregunta justa. Lo único que sabía del tipo era que era rico, que tenía una empresa del sector médico y que me había hecho sentir un placer que no creía posible.

Y salvó a esa chica de ser drogada anoche.

¿Pero era suficiente un acto de bondad? Pasaría mucho tiempo con el tipo si accedía a esto. Diablos, terminaría legalmente casada con él.

"Es nuestra mejor opción", dije, esquivando la pregunta. "Me ofrece cien mil dólares por adelantado si acepto".

Ivy abrió mucho los ojos y se quedó boquiabierta.

"Lo sé", dije ante su momento de enmudecimiento.

"Esto es demasiado bueno para ser verdad", dijo, recuperándose del shock. "Te juro que va a acabar siendo un traficante de personas o algo así".

"Vale, has estado escuchando demasiados podcasts de crímenes reales", me reí. Cuanto más lo pensaba, más me decía mi instinto que podía confiar en Nathan.

"No puedes hacerlo", dijo, pareciéndose mucho a mamá. Y ese era mi papel. "Venderemos mi coche. Venderemos el sofá y nos sentaremos en el suelo. Venderé mi cama y nos alojaremos aquí; será como cuando éramos niñas. ¿Recuerdas cuánto nos divertíamos cuando mamá trabajaba en turnos de noche?"

Recordaba cuando tenía doce años y me aseguraba de que mi hermana pequeña, de diez, no sintiera tanto miedo como yo al pasar la noche sola. Había comprobado dos veces las cerraduras, tal y como mamá me había enseñado, y luego hicimos un fuerte de mantas en la cama de mamá y cenamos Twinkies porque todavía no me dejaban usar el horno y el microondas estaba estropeado.

Cuanto más hablaba Ivy de hacer sacrificios, más segura estaba de que debía estar de acuerdo con la idea de Nathan. Mi hermana se merecía algo mejor que esto, y yo estaba en condiciones de dárselo por fin.

"Esto no es una discusión", le dije, cruzándome de brazos. "Aceptaré la oferta".

Capítulo 5

Erica

"Erica, no puedes hacer eso", dijo Ivy, poniéndose de pie. Siempre utilizaba sus centímetros de más para darse la razón, pero casi nunca funcionaba.

"Por supuesto que sí", repliqué, recordándome las discusiones del tipo "lo hice, no lo hice" que solíamos tener de pequeñas antes de que nuestro padre se largara y tuviéramos que crecer deprisa. Mamá hacía todo lo posible por mantenernos, pero conservar nuestro destartalado apartamento -no mucho mejor que el que Ivy y yo compartíamos ahora- significaba tener dos trabajos y apenas pasar tiempo en casa. Pero aún así nos consideraba afortunadas. Teníamos un techo bajo el que cobijarnos, una madre cariñosa y la una a la otra. Y así iba a seguir siendo.

"Por favor, soy yo quien ha perdido el trabajo y quien ha jodido a las dos", dijo Ivy, con los ojos rebosantes de lágrimas.

"Ojalá me creyeras que no fue culpa tuya", tomé sus manos entre las mías y las apreté. "Te dejaste la piel por esa empresa, y te juro que la forma en que te despidieron así sin más probablemente fue ilegal".

"Sí, si pudiéramos contratar a un abogado para demostrarlo", murmuró, apartando las manos.

"¿No lo ves? Precisamente por eso tengo que aceptar esta oferta", le dije. Haría esto con o sin el acuerdo de Ivy, pero prefería tenerla de mi lado. "Podría demandar a la empresa o tener tiempo para encontrar otro trabajo sin perder todo lo que tanto nos ha costado tener. Diablos, después de

divorciarme de este tipo, podríamos hacer lo que quisiéramos".

"Podrías abrir el restaurante con el que siempre has soñado", dijo, con una sonrisa dibujada en los labios. Se me encogió el corazón al pensarlo, y las mariposas, más que revolotear, me dieron guerra en el estómago.

"Exacto", respondí, tragándome los nervios por mi posible futuro. Incluso con esa cantidad de dinero, no estaba segura de que valiera la pena arriesgarse a abrir un restaurante. No tenía experiencia en los negocios y probablemente lo estropearía todo. Pero tenía asuntos más urgentes de los que preocuparme. "Por eso necesito hacer esto. ¿Cuándo más vamos a tener la oportunidad de tener tanto dinero?"

"De acuerdo", suspiró Ivy. "Pero más vale que este tipo esté a la altura. Y si hace algo que te haga daño, tendrá que responder ante mí".

Ivy era tan amenazadora como un gatito, pero, de algún modo, le creí. Se había enfadado como una serpiente cuando descubrió lo que me había hecho Vince, pero yo la convencí de que no se enfrentara a él.

"Lo llamaré ahora. Cuanto antes acabe con esto, antes podremos relajarnos", dije, dándome ya la vuelta para buscar mi bolso, donde estaba guardada la tarjeta de visita de Nathan.

"¿Y dices que está bueno?" Preguntó Ivy.

"Sí, no es que importe. Es su dinero lo que me interesa", dije. "¡No es que sea una persona obsesionada con el dinero, superficial! Ni siquiera estaría considerando esto si no estuviéramos en una situación desesperada".

Ivy se rió: "No creo que nadie que te conociera más de cinco minutos pudiera confundirte con eso. Sólo quería asegurarme de que no vas a pasar el tiempo con un patán".

"Desde luego que no, créeme", dije, recordando la noche anterior. La forma en que Nathan me había penetrado, esos ojos azules clavándome en la cama con su intensidad.

Me aclaré la garganta. Ahora no era el momento de pensar en eso. De hecho, si esto iba a funcionar, tenía que olvidarme por completo del sexo.

Encontré la tarjeta de Nathan y puse su número en mi teléfono.

"Necesito un poco de intimidad, por favor". le dije a Ivy, que seguía rondando.

"Bien", puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para salir de mi habitación.

"¿Y algo para desayunar?" Pregunté esperanzada. "Me muero de hambre".

"Oye, tú eres la chef", protestó, cerrando mi puerta al salir. Me tocó a mí poner los ojos en blanco.

Me senté en el borde de la cama, con cuidado de no chirriar, y llamé a Nathan. Contestó al cabo de unos timbres.

"¿Hola?" Dijo, con un tono corto y formal, casi como si le molestara al llamar.

"Um", dije, preguntándome si estaba cometiendo un error. "Hola, soy Erica. De esta mañana. Y de anoche, supongo".

Me cubrí la cara con la mano.

Suave, muy suave.

"Erica Miller", dijo mi nombre como si sumara algo más que yo. "No esperaba que llamaras tan pronto".

"Sí, bueno..." No estaba segura de cómo responder a eso. "¿Sigue en pie tu oferta?"

"Por supuesto, no ha pasado ni un día, ¿no es así?"

Sólo hacía veinticuatro horas que lo conocía, pero ya podía imaginarme la sonrisa de satisfacción en su rostro.

"Mi respuesta es sí", dije, apresurándome a soltarla antes de que me agobiara demasiado. "Pero primero tengo algunas estipulaciones".

"Claro", dijo con indiferencia, como si no estuviéramos hablando de engañar a la gente haciéndoles creer que éramos novios y que acabaríamos casándonos. La relación podía ser falsa,

pero el contrato que firmáramos sería legalmente vinculante.

Oh Dios, ¿en qué me estoy metiendo?

"Así que en primer lugar..."

"¿Qué tal si lo discutimos durante la cena?" Me interrumpió.

Hubiera preferido acabar de una vez, pero el hombre me ofrecía una gran cantidad de dinero. No estaba exactamente en posición de discutir.

"Muy bien, ¿cuándo y dónde?"

"Siete y media en el Elysian. Esta noche", dijo.

Parpadeé sorprendida. Siempre había soñado con trabajar en Elysian; era uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Sus giros innovadores en la cocina clásica americana me habían inspirado durante años. Bueno, hasta que perdí la inspiración tras mi ruptura. Nunca pensé que tendría la oportunidad de cenar allí.

"Perfecto", dije, tratando de contener mi sorpresa y emoción. "Te veré allí".

"Lo estoy deseando", dijo, colgando y dejando mi cabeza nadando.

Me quedé mirando el teléfono un momento.

Realmente estoy haciendo esto.

Parecía un sueño loco.

Abrí la puerta y sentí el olor a tortitas. Ivy estaba ocupada en nuestra pequeña cocina. Se volvió para mirarme por encima del hombro.

"Qué oportuno", sonrió. "El desayuno está casi listo".

Sonreí, ignorando las lágrimas que se me agolpaban en las comisuras de los ojos.

"¿He mencionado alguna vez que eres la mejor hermana del mundo?" Pregunté.

"Cállate. Los dos sabemos que ese título te pertenece", resopló. "Además, aún no has probado mis tortitas".

"Es verdad", dije, corriendo a su lado. "¿Tal vez debería hacerme cargo?"



Me puse el único vestido que tenía, aparte del que me había puesto para ir al club la noche anterior. Lo había comprado hacía seis años, cuando me gradué en la escuela de cocina. El vestido era de color crema con un delicado estampado de flores azules, llegaba hasta la rodilla y tenía un cuello redondo que, según Carly, hacía resaltar mis clavículas. Yo, con veintidós años, tenía grandes sueños después de haberme dejado la piel para pagarme los estudios y conseguir becas. Mis profesores también esperaban grandes cosas de mí. Pensaba que a estas alturas estaría trabajando en un lugar como Elysian, si no en el propio Elysian.

Me detuve frente a la entrada. A pesar del calor de principios de junio, sentía frío. Una vez dentro y ultimados los detalles con Nathan, ya no había vuelta atrás. En cierto modo, sentí que me rendía, que renunciaba a mi vida y tomaba este camino extraño pero fácil. Por otro lado, acabaría teniendo dinero suficiente para alcanzar mis sueños. De alguna manera, eso era igualmente inquietante. Pero cuando pensé en Ivy y en su sugerencia de vender su coche y su cama y los pendientes de diamantes de mamá... Ni siquiera era una pregunta.

Me cuadré de hombros y entré en el restaurante, decidida a poner límites con Nathan y conseguir el dinero que me había prometido si aceptaba.

"Buenas noches", dijo el maître con una pequeña y educada sonrisa. "¿En qué puedo ayudarle?"

"He quedado con alguien", le expliqué, preguntándome si percibía que yo no pertenecía a un lugar como éste. "Se llama... Nathan Darby"

"Ah, el señor Darby ya ha llegado. Haré que un camarero le lleve a su asiento", dijo, chasqueando los dedos a uno de los camareros que se acercó rápidamente. "Por favor, lleve a nuestra invitada a la mesa del señor Darby".

Al parecer, aquí conocían a Nathan por su nombre.

¿Quién demonios es un cliente habitual del Elysian? Sé que es rico, pero maldita sea...

Me indicaron el camino a la mesa de Nathan, que, como era de esperar, tenía la mejor vista por la ventana. Pero no estaba prestando atención al centelleante río Hudson. Vi a Nathan antes de que él me viera a mí. Su pelo oscuro y su fuerte mandíbula eran inconfundibles. Llevaba un traje gris oscuro, tan bien confeccionado como el traje que había visto por última vez en el suelo de la habitación del hotel. Me vio y una expresión de satisfacción se dibujó en su rostro, como si le complaciera que yo estuviera allí. Mis mejillas se encendieron al recordar la noche anterior. Ya había visto esa mirada antes, justo después de correrme. Por segunda vez.

"Erica", me saludó, poniéndose de pie. Todavía no me había acostumbrado a su estatura; me superaba en casi medio metro. Pero supuse que estaba a punto de acostumbrarme.

"Nathan", dije, incapaz de mirarle directamente a los ojos mientras aún me hormigueaban los recuerdos de haberme acostado con él. Necesitaba sacármelos de la cabeza.

El camarero me acercó la silla para sentarme. No estaba acostumbrada a este tipo de servicio.

Otra cosa a la que supongo que me iré acostumbrando.

"¿Puedo tomar su pedido de bebidas, o necesitan algo de tiempo?" Preguntó el camarero.

"¿Te parece bien el vino blanco?" Nathan me preguntó.

"Sí, beberé lo que sea", dije, aunque prefería un blanco seco. No iba a armar un escándalo cuando Nathan era quien pagaría la cuenta.

"Tomaremos una botella de Château Montrachet Grand Cru", dijo con un perfecto acento francés, al menos para mis inexpertos oídos. Le entregó al camarero la carta de vinos que debió de estar leyendo antes de que yo llegara.

No era una aficionada al vino, pero había aprendido lo suficiente en la escuela de cocina para arreglármelas. Ni siquiera pude sentir alivio de que Nathan hubiera elegido una botella de chardonnay seco porque estaba demasiado ocupada con la idea de que acababa de pedir una botella de vino que costaba la mitad de mi alquiler.

El camarero se marchó y hubo un momento de silencio.

¿Cómo entablar una conversación trivial con un tipo con el que te has acostado pero no conoces? Tal vez debería ir al grano.

"He estado pensando en nuestro... acuerdo", empecé.

"Sí, yo también", dijo Nathan, inclinándose hacia delante. "Tenemos que vender nuestra relación. La gente de mi vida conoce mi aversión a las relaciones, así que tendré que explicar este repentino cambio de opinión. Por lo tanto, tenemos que hacerlo público lo antes posible. La semana que viene hay un partido de polo al que me han invitado; es un evento lo bastante informal para nuestra primera aparición".

¿Un partido de polo es informal?

Pero Nathan no había terminado de hablar, ni parecía haberse dado cuenta de que mis ojos se abrían de par en par.

"También usaremos las redes sociales, publicaremos esas asquerosas fotos de pareja con algo creíblemente ñoño", prosiguió. Me imaginaba que así era Nathan en una sala de juntas. "Así no serás sólo un caramelo para mí en los eventos. Obviamente, eso significa que también tendremos citas privadas. Necesitamos que esto parezca auténtico. En unas semanas, hay una gala de premios a la que tengo que asistir. Vendrás conmigo. Entonces parecerá que vamos en serio, y nos aseguraremos de tener publicaciones en las redes sociales a la altura".

Asentí, pero Nathan no esperaba mi respuesta.

"Cuanto antes nos crea la gente, antes podré declararme y casarnos", dijo apretando los dedos. "He impugnado el testamento de mi padre en los tribunales lo suficiente como para que mi junta directiva se dé cuenta de nuestra farsa si no lo hacemos bien. Un año de matrimonio debería bastar para convencer a la gente de que vamos en serio, pero no pudimos seguir adelante. No creo que nadie se sorprenda de que el matrimonio no me convenga".

Parpadeé y esperé a que Nathan siguiera hablando, pero al final parecía que se había convencido a sí mismo. Me sentí como si acabara de informarme un general del ejército.

"Vaya, lo tienes todo planeado", dije sacudiendo un poco la cabeza.

"¿Qué esperabas? ¿Que estaba en esto sólo para follar contigo?" Dijo, sus labios tirando con diversión.

"No, yo..." Tartamudeé, avergonzada y nerviosa a la vez. Puede que los recuerdos de la noche anterior aún estuvieran frescos en mi mente, pero no quería que él lo supiera. "Esa es una de las reglas que quería establecer. No soy una prostituta a la que puedas pagar para tener sexo".

El camarero llegó con el vino justo a tiempo para oír mi última frase. Me sonrojé cuando se aclaró la garganta.

"¿Le gustaría probar primero, señor Darby?" Preguntó de un modo que me hizo pensar que estaba rogando internamente a Nathan que dijera que no.

"No hace falta", respondió Nathan, lanzándome una mirada divertida.

El camarero nos sirvió el vino mientras estábamos sentados en un silencio incómodo. Bueno, incómodo para mí. Nathan parecía estar absolutamente bien.

"¿Están listos para ordenar?" Preguntó el camarero, echando un vistazo a los menús sin abrir que había sobre la mesa.

"Danos diez minutos", dijo Nathan. El camarero asintió y se retiró, mientras Nathan se recostaba en la silla y me miraba.

"No necesito pagar por sexo", continuó la conversación como si no nos hubieran interrumpido. Levantó una ceja. "Ni contigo ni con nadie".

La mención de cualquier otra persona hizo que mi estómago se retorciera dolorosamente.

"Mejor que no sea con nadie más", dije un poco demasiado enérgicamente. "Si quieres que la gente crea que estamos enamorados".

La diversión que le quedaba a Nathan se esfumó al instante.

"No voy a estar sin sexo durante más de un año", dijo. Estaba claro que era un hombre acostumbrado a dar órdenes y a que se cumplieran.

Como anoche.

Pero el recuerdo del placer que Nathan me había dado palidecía frente al recuerdo de mi ex.

"Y no voy a dejar que me humillen otra vez", dije, con el dolor familiar recorriéndome el pecho.

"¿Otra vez?" Preguntó ladeando la cabeza.

No iba a desnudar mi alma ante él. Especialmente sobre esto. Podría estar de acuerdo en casarme con él - eventualmente - pero no iba a hacerme vulnerable. O decirle lo triste y patética que era.

"Esas son mis condiciones", dije, cruzándome de brazos. "Tómalo o déjalo".

Dios mío, ¿qué estoy haciendo? Si Nathan cancela esto ahora...

"Puedo ser discreto", dijo. "Nadie lo sabría. Nunca me acuesto dos veces con la misma chica".

Esperaba haber ocultado mi mueca al pensar que yo no era más que otra muesca en su cinturón. No es que esperara otra cosa de él que no fuera una aventura de una noche. Pero había una diferencia entre eso y saber que yo no significaba nada.

"Serías una buena Directora Ejecutiva con habilidades negociadoras como esta..." Dijo, afortunadamente confundiendo mi silencio con mantenerme firme y no con el enloquecimiento que era. "Bien, pero lo mismo va para ti".

Tardé un segundo en darme cuenta de que se refería a que tampoco podía acostarme con nadie más.

"Eso no será un problema", dije, conteniendo una carcajada. Nathan seguiría siendo mi única aventura de una noche. Tanto porque, a pesar de la última noche, seguía sin ser ese tipo de chica, como porque nadie podría estar a su altura.

"¿Por qué no sería un problema?" Dijo desconcertado. "¿No tienes necesidades? ¿Deseos? ¿De verdad te conformas con masturbarte?"

Me sonrojé, la palabra me evocaba imágenes indecentes y vergüenza por mi falta de experiencia. Se metía en mi piel con tanta facilidad.

Capítulo 6

Nathan

Nunca había visto a una mujer sonrojarse tan fácilmente. De hecho, me pareció refrescante y muy divertido. Resultaba difícil conciliar el hecho de que la noche anterior se hubiera enroscado en mi dedo, gimiendo y retorciéndose debajo de mí, y la timidez que mostraba ante la mención de la masturbación.

Si me concentro, aún puedo saborearla en mi lengua.

"Bueno, si quieres saberlo", dijo torpemente, como si no estuviera segura de querer decírmelo. "Antes de ti, sólo me había acostado con otro hombre. Un novio de mucho tiempo".

Cristo, la había catalogado como del tipo inocente, pero nunca esperé esto. Cuando dijo que no estaba acostumbrada a los rollos de una noche pensé que era por pudor.

La miré fijamente, observando sus labios carnosos y besables, sus inocentes ojos color ámbar y su pelo castaño ondulado que enmarcaba su rostro sin esfuerzo. Por no hablar de su cuerpo, esa preciosa figura de reloj de arena, sus pechos turgentes y su impresionante culo. Debería haber estado ahuyentando a los hombres con un palo y, sin embargo, yo era uno de los dos que sabían lo realmente sexy que era. Oír sus gritos de pasión, conocer su sabor.

Me removí en el asiento, acomodándome.

"Sé que debe haber sido obvio", dijo, con los ojos fijos en la mesa mientras jugaba con el pie de

su copa de vino. "Que no tenía la experiencia a la que probablemente estás acostumbrado".

Quería poner mi mano sobre la suya, hacer que me mirara y viera que era cualquier cosa menos una decepción. Nunca había sentido esa sensación de protección hacia un extraño, que normalmente reservaba para mi hermano y mi madre. Llevaba una década siendo el cabeza de familia; era algo natural. Pero esta era una nueva frontera.

"Estuviste genial", dije, guardándome las manos.

Tal vez la mejor que he tenido.

Sus dedos se detuvieron y me miró a través de sus largas pestañas, con los ojos llenos de una mezcla de esperanza y desconfianza.

"De verdad", le dije, pero ése era todo el ánimo que iba a recibir de mí. No estaba por la labor de ayudarla, ni física ni metafóricamente.

"Gracias", dijo, animada. Me dieron ganas de arrastrarla de vuelta a la habitación del hotel y empezar el segundo asalto. ¿O técnicamente sería el tercer asalto? Saber que sólo había estado con otro hombre me hizo pensar en todo lo que podría enseñarle.

Joder, ¿de verdad voy a aceptar no tener sexo? No he estado más de un mes sin sexo desde que tenía dieciocho años, excepto en dos ocasiones.

Reprimí un suspiro y di un sorbo a mi vino. Era de una cosecha excelente.

"Acepto tus condiciones", dije. *Tal vez esto sea bueno para mí; me dará algo de claridad. Hay gente que lo jura, junto con levantarse a las cinco cada mañana, dejar el alcohol y darse baños de hielo. Sí, nada de eso va a suceder.* "Pero si alguna vez necesitas alivio, sólo tienes que pedirlo".

Los ojos de Erica se abrieron de par en par, pero intentó ocultar su sorpresa dando un sorbo a su vino. Pude ver el momento exacto en que le llegó el sabor. Sus párpados se agitaron igual que la noche anterior cuando di en el clavo.

Estoy a punto de familiarizarme de verdad con mi mano derecha.

Esta vez, cuando llegó el camarero, fue un alivio que me interrumpieran.

Erica

"Probaré los macarrones con queso, bogavante y trufa", le dije al camarero.

Pedir comida fue una distracción bienvenida de la oferta de Nathan. Lo peor era lo tentador que resultaba. Pero yo no estaba en el negocio de vender mi cuerpo por dinero, y eso es exactamente lo que se sentiría si incluimos el sexo en nuestro acuerdo. Todavía me estaba haciendo a la idea de que me había acostado con un desconocido, por muy bueno que fuera.

Supongo que Nathan ya no es un desconocido, aunque no sepa mucho de él.

"El costillar de cordero en costra de pistacho con pesto de menta para mí", pidió Nathan.

El camarero asintió y se fue. No era el tipo de sitio en el que los camareros anotan las cosas; se espera que las recuerden. Nunca había entendido por qué los restaurantes se consideraban más elegantes cuando ocurría eso. Por supuesto, en el pequeño restaurante en el que trabajaba, todos los camareros anotaban las cosas.

"Necesitaré las fechas de los eventos a los que quieres que vaya para asegurarme de que no tengo turnos en esos días", dije, dándome cuenta de que esto iba a requerir algunos malabarismos.

"¿Turnos?" Dijo Nathan, frunciendo el ceño. "Oh no, dejarás tu trabajo".

"No puedo hacerlo", me apresuré a decir. Puede que mi trabajo no fuera gran cosa, pero me daba una sensación de seguridad si las cosas se torcían.

"Puedes y lo harás", insistió. "Te necesito disponible para mí. ¿Qué sentido tiene hacer esto si no puedes aparecer donde te necesite porque estás trabajando?"

"Puedo cambiar mis turnos para adaptarme a ti", razoné.

"Este restaurante, ¿cómo se llama?" Preguntó.

Fruncí los labios.

"Se llama Gerry's", dije. Se llamaba como mi jefe.

"Nunca he oído hablar de él", dijo Nathan con desdén. No era una sorpresa; probablemente estaba muy por debajo de su nivel habitual. "No, vas a renunciar. Eso no es negociable".

Después de establecer mis propias condiciones, no me sentía en posición de discutir, pero seguía pareciéndome un gran salto sin una red de seguridad.

"¿Qué se supone que debo hacer con mis días? ¿Simplemente esperar a que me llames?" Pregunté, esperando que viera lo que me estaba pidiendo que hiciera.

"No me importa, mientras no hagas nada que pueda descubrirnos", se encogió de hombros. "Búscate un hobby, aprende algo nuevo, lo que sea. Sólo debes estar disponible para mí, y estaremos bien".

No podía creer que me lo estuviera planteando, pero no tenía muchas opciones. Podía pasar más tiempo en el jardín comunitario. Carly y yo éramos voluntarias allí en nuestros días libres.

Esto significa que dejaré a Carly sola en el trabajo.

Ya era mayorcita y sabía cuidar de sí misma, pero eso no me hacía sentir menos culpable por abandonarla.

"¿No podemos llegar a un acuerdo?" Le supliqué. "Es mucho renunciar sin otro plan".

"Quizá te sientas mejor si ves el dinero", dijo, sacando su teléfono. "Te daré los cien mil dólares ahora mismo".

Mis ojos se abrieron de par en par, pero le di mis datos y me transfirió el dinero como si para él no fueran más que cinco pavos. Me costó hacerme a la idea del saldo reflejado.

"Vale", dije cuando me di cuenta de lo real que era.

"Bien", asintió con firmeza.

El camarero llegó con nuestra comida y el olor parecía sacado de un sueño. Dejó los platos en la mesa y me tomé un momento para hacer algunas fotos, admirando el arte.

"La comida es para comer", comentó Nathan, que ya estaba cortando su cordero. Me di cuenta de que estaba cocinado a la perfección, y me pregunté si yo podría llegar a ser tan buena como los chefs que trabajaban aquí. Eso esperaba.

"Sólo me tomo mi tiempo para disfrutarlo", dije, cogiendo el tenedor. "También comemos con los ojos; todo forma parte de la experiencia".

Nathan se encogió de hombros y volvió a su comida. Cogí un trozo de macarrones con bogavante, todo cubierto de una cremosa salsa de queso y trufa que olía a tierra y hacía la boca agua. Los macarrones con queso siempre habían sido un alimento reconfortante para mí, pero esto no se parecía a nada que hubiera probado antes. El primer bocado fue celestial, rico, ácido, con un toque de salmuera de la langosta. Hizo que todas mis preocupaciones se desvanecieran. Bueno, eso y los cien mil dólares que hacían un agujero en mi cuenta bancaria. Mañana pagaría el alquiler a primera hora e Ivy no tendría que vender nada. Estábamos a salvo, tal vez por primera vez en nuestras vidas.

"Gracias", le dije a Nathan. Por extraña que fuera la situación, no podía perder de vista el hecho de que acababa de salvarme a mí y, lo que es más importante, a mi hermana de la indigencia.

"Claro, habría comido aquí de todos modos", dijo, malinterpretándome. Pero entonces, ¿cómo podría un hombre como Nathan entender algo de mi vida? "Me alegro de que estés disfrutando de la comida".

Asentí y di un largo trago a mi vino. Mi vida había cambiado en una noche y aún intentaba ponerme al día. Necesitaba poner al corriente a Carly. Mi mejor amiga sabía cómo ayudarme a ver las cosas con perspectiva.

¿Así va a ser mi vida durante el próximo año o más? ¿Restaurantes de lujo y estar a la entera disposición de un ricachón exigente?

Me metí otro bocado de macarrones con queso y bogavante en la boca, dejando que los deliciosos sabores calmaran mis nervios.

Capítulo 7

Nathan

Mi despacho en la sede de Darby BioTech tenía las mejores vistas de la ciudad: Central Park por una ventana y el East River por la otra. Pero normalmente estaba demasiado ocupado para disfrutar de ellas. Hoy había girado mi sillón de cuero y contemplado la ciudad, calculando mentalmente lo rápido que podría casarme con Erica sin que nadie se diera cuenta. Quería asegurar mi herencia de una vez por todas.

Y tal vez pueda convencer a Erica de ir contra sus reglas y tener sexo de nuevo. Un año sin sexo suena desalentador.

Su confesión de que yo era sólo su segunda pareja sexual no había salido de mi cabeza por mucho tiempo. ¿Cómo podía soltarme un bombazo tan sabroso y luego negarme otra probada?

"Veo que trabajas duro", dijo una voz ronca detrás de mí.

Me giré y vi a mi tío John en la puerta de mi despacho, con cara de diversión. Le gustaba tocarme las narices y pasarse por aquí sin avisar, por mucho que le hubiera pedido a mi ayudante que me avisara antes de dejar entrar a alguien en mi despacho.

"Ya me conoces, tío John", dije, poniéndome de pie. "Todo trabajo, nada de juego".

Se rió, entrando a grandes zancadas como si fuera el dueño del lugar: "Siempre supe que eras aburrido, muchacho".

"Extremadamente", dije. "¿Te traigo algo? ¿Café, agua? Si me avisas antes de pasar por aquí, puedo hacer que Duncan te prepare algo".

"¿Duncan?" Preguntó, sentándose en la silla del lado opuesto de mi escritorio de cristal negro.

"Mi asistente", dije, moderando el tono. Aparte de ser mi tío, John también era el Director de Operaciones de Darby BioTech, y merecía mi respeto en ambos frentes. Puede que mi padre hubiera fundado la empresa, pero mi tío había sido vital para convertirla en el negocio multimillonario que es hoy.

"Eh", dijo, rechazando mi intento de mantener la paz en mi despacho. Odiaba las visitas inesperadas, pero John nunca entendía la indirecta. "Sólo vine a ver cómo estabas después del fin de semana".

Fruncí el ceño, las imágenes de mi noche con Erica llenaron mi cabeza por un momento antes de darme cuenta de que se refería a mi cumpleaños.

"Bien", dije. Ni siquiera era mentira, ahora que tenía un plan para cumplir mis obligaciones con el testamento de mi padre.

El tío John no parecía convencido.

"Mira, hijo", dijo, inclinándose hacia delante en su asiento con una mirada comprensiva. O tan comprensivo como podía parecerlo un hombre de su generación. "Sé que esa cláusula del testamento ha sido un punto delicado. Me gustaría que pudieras eludirla más que nadie. Pero ahora que queda menos de un año y no has encontrado a una mujer adecuada para casarte, por el bien del negocio, tenemos que empezar a pensar en un sucesor".

Si hubiéramos tenido esta conversación el viernes, habría perdido la calma ante cualquier mención de un sucesor. Pero tal y como estaban las cosas, no era algo a lo que tuviera que enfrentarme.

"En realidad, he conocido a alguien", dije, sin esperar tener que soltar esa bomba tan pronto.

Más vale que Erica sea una buena actriz porque puede que tengamos que adelantar la línea temporal.

"¿Oh?" Dijo el tío John, levantando sus pobladas cejas. De niño, siempre me había parecido una

versión alargada de mi padre. El parecido familiar estaba ahí, con los mismos ojos azules y el mismo pelo oscuro que yo, pero donde mi padre era alto, ordenado y anguloso, el tío John era ancho, despeinado y redondo.

"Aún es pronto", le dije, controlando sus expectativas. "Pero me gustaría ver cómo van las cosas antes de empezar a hacer planes sobre mi sucesor".

Hubo una breve pausa en la que el tío John me miró fijamente. Se le unió el retrato de mi padre, que colgaba en un rincón de mi despacho, observándome desde más allá de la tumba. Me decía a mí mismo que debía quitarlo, pero no lo hacía.

"Es una gran noticia", dijo, con tono llano.

"No pareces muy contento", comenté. Si algo de esto fuera real, podría haberme ofendido.

"Claro que no", dijo, agitando la mano como si pudiera alejar la idea. "Eres como un hijo para mí; quiero que seas feliz. Es sólo que..."

Enderecé la espalda, esperando a que continuara.

"Me preocupo", dijo, soltando un gran suspiro. "Después de la última vez... bueno, no me gustaría que te precipitaras en una relación sólo por el tic tac del reloj del testamento".

Apreté los dientes e intenté bloquear el aluvión de recuerdos que amenazaba con llenar mi mente.

¿Me libraré alguna vez de mi error?

"Como he dicho, aún es pronto", me aclaré la garganta. "Queda un año. Es tiempo de sobra para encontrar a mi sucesor".

"No quiero que te vuelvan a hacer daño, pero también tenemos que tener en cuenta a la empresa", insistió. "No podemos permitirnos otro problema. Reducir esos departamentos fue un parche, pero necesitamos innovación si queremos crecer. Tenemos una responsabilidad con nuestros accionistas..."

"Lo sé", espeté, interrumpiéndole. "Soy muy consciente de lo que hay que hacer, y estoy trabajando en ello. Sigo siendo el Director General de esta empresa, al menos un año más".

Los ojos del tío John se entrecerraron.

"Hijo, sólo miro por ti", dijo, inclinándose hacia delante en su asiento. "Sólo asegúrate de que no se repita lo de la última vez".

Apreté los puños, pero hablé con calma: "Gracias. Sé que lo quieres. Y yo también quiero lo mejor para la empresa. No volveré a meter la pata".

Tras un momento de tensión, la expresión del tío John se suavizó. "Por supuesto, hijo mío. Y oye, ¿por qué no vienes al yate conmigo este fin de semana?"

"No puedo", dije con más dureza de la que pretendía. "Voy a un partido de Polo".

"Quizá la próxima vez", dijo, poniéndose en pie. Le seguí. "Será mejor que vuelva al trabajo; esta empresa no funciona sola".

Asentí con la cabeza y le miré marcharse, sin moverme hasta que se cerró la puerta.

"Joder", murmuré para mis adentros, deseando haberme puesto de acuerdo con el interiorista que había hecho mi despacho sobre poner aquí un sofá con cojines. Al menos así tendría algo que golpear.

La foto de mi padre me miraba fijamente, recordándome el momento en que se enteró de lo que había hecho. Me sentí como si tuviera ocho años, no veinticuatro. La decepción silenciosa había sido peor que la ira. Y seis meses después, había muerto.

Me acerqué a la fotografía y la arranqué de la pared; la tachuela se desprendió con un soplo de yeso y dejó una grieta blanca en la pintura azul oscuro. Agarré el cuadro, con los nudillos blancos, y eché un vistazo a la papelera de la esquina.

"¿Señor Darby?" La cabeza de mi asistente asomó por detrás de la puerta.

"¿Qué?" Gruñí.

"Su madre está en la línea uno", dijo Duncan, sin mirarme a los ojos.

Mi agarre se tensó y el cristal que cubría la fotografía de mi padre se resquebrajó.

"Cogeré la llamada", respondí.

Duncan asintió y emprendió la retirada.

"¿Y Duncan?" Dije, haciendo que se detuviera.

"¿Sí, señor?"

"No vuelvas a dejar entrar a nadie en mi despacho sin cita previa", le advertí.

"Sí, señor", desapareció tras la puerta, que se cerró con un sonoro chasquido.

Metí la foto en la estantería, entre el ejemplar de *El arte de la guerra* de mi padre y mi máster enmarcado. Dejé escapar un largo suspiro y volví al escritorio, con la mano sobre el teléfono. La luz roja parpadeaba, recordándome que mamá me estaba esperando.

"Hola, mamá", dije cogiendo el teléfono.

"Nathan, querido", me saludó cariñosamente. "¿Cómo estás?"

Me froté la cara con la mano. "Estoy bien, mamá. ¿Y tú? ¿Cómo te va en Nápoles?"

"Me lo estoy pasando muy bien", respondió. Podía oír la sonrisa en su voz. "El lago Como es precioso en esta época del año. Vi a Robbie ayer, pero se fue esta mañana a Ibiza".

Mi hermano llevaba meses en Europa, de fiesta y malgastando su juventud.

"¿Cómo está Robbie?" Pregunté, cuestionándome si alguna vez maduraría y empezaría a actuar como un adulto. Pero entonces, a los veintitrés años, había estado a punto de cometer el mayor error de mi vida, así que tal vez salir de fiesta por Europa no era tan malo.

"Es el mismo Robbie de siempre", se rió mamá. "Se ha puesto muy moreno".

Miré mi reflejo en la ventana y resoplé. No estaba pálido, pero tampoco había tomado mucho el sol desde que había empezado el calor. Algunos teníamos negocios que atender.

"Seguro", dije. "Podría haber pasado más tiempo contigo. No es como si tuviera citas".

"Es joven", dijo ella, excusándolo. "Cuando yo tenía su edad, no hubiera querido pasar tiempo con mi madre, especialmente en este crucero de viudas".

"No lo llames así", gemí. Mamá había hecho amigas en el grupo de apoyo a viudas al que la había hecho ir, y habían empezado a irse de vacaciones juntas hacía dos años. A mamá le parecía gracioso llamarlo "crucero de viudas", y a mí en absoluto.

"Eso es lo que es", argumentó. "Pero no he llamado para hablar de mis vacaciones".

"¿No?" Me recosté en la silla.

"Llamé porque odio no haber estado en la ciudad para tu cumpleaños", dijo. "Apenas he pegado ojo desde el sábado".

Fruncí el ceño. Mamá rondaba casi los sesenta años, pero estaba frágil desde que murió papá.

"Mamá, no hay problema. Sabes que odio celebrar mi cumpleaños", suspiré. "Reservé tu viaje para que te lo perdieras a propósito".

"Lo sé, pero me preocupa que estés solo", se lamentó.

"Vale, en primer lugar, tengo treinta y cuatro años", dije, poniendo los ojos en blanco. "Y en segundo, no estaba solo".

De hecho, había pasado la noche con Erica teniendo sexo alucinante. Pero no se lo iba a decir a mamá.

"¿Oh?" Expresó. "¿Hiciste algo bonito?"

Sí, hice algo bueno, de acuerdo.

"Vi a Angus", contesté de inmediato.

"Bien", dijo ella, sonando apaciguada.

Sabía que era el momento de contarle lo de Erica, pero no esperaba que fuera tan difícil mentirle. Era mejor que se enterara por mí que cuando empezara a publicarlo en las redes sociales.

"En realidad, mamá, anoche conocí a alguien", dije, mordiendo la bala.

"¿Oh?" El tono esperanzado de su voz me hizo clavarme las uñas en la palma de la mano. Era el peor de los hijos. Pero necesitaba aferrarme a la compañía de mi padre y esta era mi única manera.

"No sé si se convertirá en algo serio", mentí. Sabía exactamente cómo iba a ir esta "relación", hasta el divorcio.

"Por supuesto", dijo mamá. Me di cuenta de que se estaba conteniendo. "Sólo mantén la mente abierta".

"Espero que duermas esta noche", le dije, cambiando de tema. ¿Cuántas noches después de la muerte de papá la había encontrado dando vueltas por la casa o el jardín? Pero los peores días eran cuando no se levantaba de la cama.

"Seguro que sí", dijo. "Tomaré un vaso de sangría en tu honor".

"Eso es de España, no de Italia", la corregí.

"¿Qué?"

"No importa", dije. "Tengo una reunión; tengo que irme. Hablaremos pronto, ¿de acuerdo?"

"Por supuesto", dijo ella. "Te quiero".

"Yo también te quiero".

Colgué el teléfono y cerré los ojos un momento. Giré la cabeza de un lado a otro, escuchando cómo crujía. Suspiré y consulté el calendario en el portátil. Mi próxima reunión sería hasta después de comer. Tendría cuatro horas para trabajar.

Mis ojos volvieron a desviarse por la ventana.

Las cosas serán más fáciles cuando Erica y yo nos casemos y no tenga este plazo acechándome.

Erica

"Dios mío, tenemos mucho de qué hablar", dijo Carly en cuanto crucé la puerta del huerto comunitario. A menudo nos reuníamos aquí en nuestros días libres, de primavera a otoño, para ayudar a cultivar frutas y verduras para la comunidad. Al final de la temporada, solíamos volver a casa con una cesta de productos por nuestro trabajo.

Los rizos rubios de Carly estaban ocultos bajo un sombrero de paja para el sol y su mono vaquero ya estaba salpicado de rico abono.

"Uf, pues sí", respondí, todavía aturdida por todo lo que había pasado desde el sábado por la noche. "Pero primero, ¿qué estamos plantando?"

Me uní a Carly en el bancal elevado en el que estaba trabajando y me puse los guantes de jardinería llenos de agujeros. Suponía que ahora podía comprarme unos nuevos, pero no me atrevía a gastar el dinero que Nathan me había dado en algo que no fuera absolutamente necesario.

"Grace nos tiene a cargo de las zanahorias", dijo Carly, entregándome un paquete de semillas. "Ahora derrama, quiero escuchar todo sobre ese tipo con el que fuiste a casa y cómo demonios terminaste aceptando ser su propuesta".

"Calla", le dije, echando un vistazo al jardín. Por suerte, no había nadie tan cerca como para oírme. Grace, la mujer que había fundado el huerto, estaba ocupada enseñando a un grupo de niños a plantar patatas. "Se supone que es un secreto, así que guárdatelo para ti, ¿vale?"

"Bien, pero me prometieron detalles y voy a conseguirlos", Carly hundió su paleta en la tierra, cavando un surco para las semillas de zanahoria.

"Básicamente, tiene que estar casado para su próximo cumpleaños, o pierde su herencia", empecé a explicar, vertiendo algunas semillas en la palma de mi guante y colocándolas a unos centímetros de distancia.

"Eso ya lo sé", dijo Carly, haciendo una pausa mientras cavaba el siguiente surco. "¡Quiero los detalles jugosos! Como que un rollo de una noche acabó en proposición y cómo es él".

"No sé cómo se le metió la idea en la cabeza", dije, todavía preguntándomelo. "Y es... difícil de leer, supongo. No sé qué pensar de él".

"Aceptaste casarte con el tipo. Tienes que tener más que eso", presionó, terminando la fila y comenzando una nueva.

"Es directo, seguro de sí mismo, dominante", enumeré, aún tratando de descifrar a Nathan en mi cabeza.

"¿Dominante?" Sus cejas se alzaron. "¿Quieres decir en la cama o en general?"

Culpé al sol del calor de mis mejillas.

"Las dos cosas", dije en voz baja, mirando de nuevo a mi alrededor. Grace se había acercado, dejando a los niños cavando hoyos para las patatas mientras ella colocaba las espalderas para los tomates que empezaban a brotar.

"¿Estás segura de que es una buena idea?" Preguntó, cavando el siguiente hoyo demasiado profundo. "Sé que es mucho dinero; tampoco creo que yo pudiera rechazarlo, pero..."

"¿Pero qué?" Pregunté.

Carly suspiró, como si no quisiera decirlo pero siguiera adelante a pesar de todo. "Eres mi mejor amiga, y eres increíble, pero lucharás en la esquina de otra persona menos en la tuya. No quiero que este tipo te pisotee".

El *"como hiciste con tu ex"* fue silencioso, pero lo oí alto y claro. Me ardió ácido en el estómago, pero asentí.

"No quería molestarte", dijo ella, sonando dolida.

"No lo hiciste. Pero no voy a cometer el mismo error esta vez, y no es como si fuera una relación real".

Su excavación se ralentizó. "Sabes que me alegro por ti, en serio. Pero sólo ... Ten cuidado, ¿de acuerdo? No conoces a este tipo, y no quiero que te vuelvan a hacer daño".

Asentí con la cabeza. Carly me había ayudado a recomponerme cuando todo había estallado con mi ex. Tenía motivos para ser protectora.

"Lo haré", prometí. "Antes de aceptar, me aseguré de que entendiera que esto es estrictamente un acuerdo de negocios. Nada de sexo. Y pagó la primera cuota inmediatamente, así que sé que es legal".

Dejó escapar un largo suspiro y sus hombros se relajaron: "Bien. Porque si no tendría que patearle el culo".

Carly era dos centímetros más baja que yo, pero me incliné a creerle.

"Me aseguraré de decírselo", bromeé.

"Hablando de sexo... ¿lo pasaste bien con él?" Insistió, frunciendo las cejas.

"Sí", dije, vertiendo más semillas en mi palma. "Honestamente, no sabía que el sexo podía sentirse tan bien".

"Vaya, ¿buen mozo, genial en la cama y rico? ¿Estás segura de que no quieres casarte de verdad con este tío?" Bromeó.

Me reí: "Sí, estoy segura de que lo único que le importa de verdad es su empresa. Yo no querría un matrimonio así, por mucho que me pagaran".

"Cierto", asintió con fingida gravedad. "Quiero decir, quién quiere buen sexo y dinero"

"Exacto", sonreí.

"En serio", dijo, mirándome a los ojos. "Me alegro mucho por ti. No conozco a nadie que se merezca más una ganancia inesperada como ésta. Ahora que estás libre de los grilletes del salario mínimo, ¿qué vas a hacer?"

"No lo sé", dije mientras esparcía las semillas de zanahoria en el resto de los surcos. Había visto en Internet una receta de pasta hecha con zanahorias. Las cáscaras de color naranja brillante habían aguantado de maravilla la cremosa salsa de cebollino. Ahora que había dejado mi trabajo, tendría tiempo para probar nuevas recetas. Ya sabía que podía modificar esa receta para incluir algo de ralladura de limón, quizá un poco de pimentón, para elevar el dulzor de la zanahoria.

"Solías hablar de abrir un restaurante", me dijo Carly mientras cubría las semillas de zanahoria con tierra. En unos meses, estos parterres estarían cubiertos de exuberantes hojas verdes. La vitalidad del verano era una de mis cosas favoritas.

"Sí, todavía quiero eso", dije, cogiendo la regadera para empapar el bancal y que esas semillitas pudieran crecer y prosperar. "¿No sería genial colaborar con huertos comunitarios como éste? De la granja a la mesa en pleno centro de la ciudad, ayudando a los agricultores locales y sirviendo productos ecológicos frescos. Yo sólo..."

Me quedé pensativa, vacié lo que quedaba de agua y vi cómo se hundía en la tierra.

"¿Qué?" Preguntó Carly.

"No sé nada de negocios", suspiré. "Es un bonito sueño, pero ¿cómo voy a hacer despegar algo así?"

Levanté la vista y vi que Grace se había trasladado al bancal junto al que estábamos trabajando. Estaba plantando guisantes, pero había hecho una pausa. Debía de haber captado sólo el final de la conversación, y no me importó. Grace era una gran persona.

"Sabes, cariño", me dijo, secándose la frente con el dorso del brazo para no mancharse la cara de tierra, "he soñado con estos huertos comunitarios durante años, y siempre me decía a mí misma: 'Oh, no estoy preparada', 'aún no sé lo suficiente', 'probablemente fracasaré, así que no tiene sentido empezar'..."

Asentí con la cabeza. Me resultaba familiar.

"Si no hubiera sido porque mi marido me animó a creer en mí misma", continuó Grace, "probablemente nunca habría empezado. Seguiría atrapada en el trabajo que odiaba y soñando con 'un día' que nunca llegaría. Y ahora tengo seis huertos comunitarios en Brooklyn y Queens. Dirijo talleres y vendo las salsas que hago con cosas cultivadas aquí, y estoy ayudando a alimentar a nuestra comunidad. Los sueños pueden hacerse realidad".

Tragué saliva, con los ojos escocidos, mientras crecía mi admiración por Grace.

"Es realmente increíble, Grace", le dije. Yo había sido una de los miembros de la comunidad que ella había ayudado a abastecer cuando mi ex me había quitado el negocio. "Te lo juro, eres un ángel".

"No lo soy, pero gracias", sonrió. "Hazme caso. A veces, todo lo que necesitas para alcanzar tus sueños es tener un poco de fe en ti misma".

"Tienes razón", dije, esperando que fuera cierto. Era más fácil decirlo que hacerlo, pero aceptar este trato con Nathan significaba que tenía una oportunidad.

Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en el próximo fin de semana. Nuestra primera "cita" oficial. Necesitaba que saliera bien. Mi futuro y mis sueños dependían de ello.

Capítulo 8

Erica

Debería haberme comprado un vestido nuevo. No quería gastar nada del dinero de Nathan -mi dinero- salvo en lo absolutamente necesario. Estaba tan acostumbrada a prescindir de él que ni siquiera se me pasó por la cabeza hasta que llegué al campo de polo de Connecticut con el mismo vestido que me había puesto en el restaurante. Todas las mujeres estaban vestidas de punta en blanco, con trajes glamurosos, joyas caras y hermosos sombreros para el sol. Los hombres vestían finos trajes de lino y algodón en tonos beige y gris. Era como entrar en otro mundo.

"¡Erica!" Nathan salió de entre la multitud, con un aspecto sofisticado y seguro de sí mismo, vestido con una americana azul marino, pantalones chinos caqui y una camisa blanca desabrochada hasta el cuello.

Probablemente parezco una idiota llevando el mismo vestido que la última vez.

"Nathan, hola..." Mis palabras se desvanecieron cuando Nathan se inclinó para besarme la mejilla y me puso la mano en la cintura. El inesperado e íntimo contacto me puso rígida. Se quedó, sus dedos apretándome.

"Trata de no actuar como si te estuviera asustando, si puedes lograrlo", dijo en voz baja.

Si pudiera oír mi corazón acelerado o sentir el cosquilleo de mi mejilla con el eco de su beso, sabría que sentir escalofríos era lo último que estaba experimentando.

"Yo no..."

Parecía decidido a no dejarme terminar una frase.

"Tenemos que vender esta relación", me regañó. Se me hundió el estómago. Ya estaba metiendo la pata. Nathan probablemente se estaba arrepintiendo de haberme pagado.

Tardé un segundo en controlar mi rostro cuando se apartó, pero esbocé una suave sonrisa, la que solía dedicar a mi ex antes de que me rompiera el corazón.

"Así está mejor", dijo Nathan, su mirada de aprobación hizo lo mismo que su beso.

"Debo advertirte que no sé nada de polo", dije, tratando de recuperar el equilibrio.

"Sinceramente", dijo Nathan riendo entre dientes, "yo tampoco sé mucho; sólo estoy aquí para dar la mano a los socios y aplaudir cuando mi colega Theo marca".

"¿Conoces a alguno de los participantes?" Pregunté, aunque Nathan acababa de decir lo mismo. Supuse que era algo que hacían todos los ricos, pero no se lo iba a decir a Nathan. Todavía estaba tratando de encontrar mi equilibrio en esta situación extraña. "Tendrás que señalarlo, así sabré que estoy animando al equipo correcto".

"Lo haré. No se lo digas a nadie, pero por muchas veces que me explique las reglas, nunca le presto atención. Golpean una pelota mientras montan a caballo; eso es todo lo que sé", dijo, empezando a guiarme hacia el edificio del club. "Yo soy más de boxeo".

Hice una mueca ante la mención del boxeo antes de poder contenerme. Nathan me lanzó una mirada divertida.

"¿No te gusta ese deporte?" Preguntó.

"¿De ver cómo la gente se hace daño? No", respondí. Apenas soportaba ver cómo se placaban los jugadores en el fútbol americano, y mucho menos cómo se daban puñetazos y se noqueaban.

"Es una visión muy reduccionista", argumentó.

Me encogí de hombros y deseé no haber dicho nada. El silencio que se hizo me hizo desear dar

media vuelta y volver a casa. No hablamos hasta que llegamos a la sede del club, un edificio grande, ornamentado y blanco con una gran placa que representaba un escudo de armas y la fecha de fundación, hace unos ciento cincuenta años.

"¿Puedo ofrecerte algo de beber?" Preguntó Nathan, con un tono cuidadosamente educado.

"Una limonada estaría genial", dije, aceptando su rama de olivo si eso era lo que era.

"Claro, ahora vuelvo", dijo, y empezó a zigzaguear entre la gente hacia el bar. Estrechó la mano de algunas personas a su paso, pero dejé de observarle cuando un hombre de aspecto importante vestido con un traje gris entabló conversación con Nathan.

Volví mi atención al campo, rodeado por una valla blanca y la hierba casi imposiblemente verde. A mi alrededor se filtraban retazos de conversación. Las dos mujeres que estaban a mi lado, ataviadas con preciosos vestidos largos y más diamantes de los que jamás había visto en persona, discutían sobre si Grecia era la nueva Italia o sólo una nueva moda monetaria. Al otro lado, tres hombres de negocios hablaban sobre la bolsa de valores, y la conversación me sobrepasaba por completo.

Nunca había entendido tan intensamente la frase "como pez fuera del agua". Boqueaba entre gente que respiraba sin esfuerzo. Cuando Nathan regresó, me sentí aliviada al ver una cara conocida.

"Aquí tienes", me dijo, tendiéndome el vaso, cuya fría condensación me aterraba. Nathan sostenía un vaso de whisky con hielo.

Pronto nos iremos al garete si no hago algo mejor para encajar.

"Gracias", dije, esperando que Nathan supiera que lo decía en serio. "Y siento lo de antes; supongo que estoy nerviosa".

Nathan asintió y miró a la gente que nos rodeaba. "Acerquémonos a la acción. El partido está a punto de empezar.

Seguí a Nathan fuera de la sede del club y, efectivamente, los equipos a caballo entraron en el campo. Pero Nathan no estaba concentrado en el partido, sino mirándome a mí.

"Creo que hoy hemos empezado con mal pie", dijo, con cara de dolor. "Me juego mucho en esto

y... sí".

Miré a Nathan. Probablemente para él también era raro. De alguna manera, eso me hizo sentir mejor.

"Es una curva de aprendizaje", ofrecí. "Prometo que me esforzaré".

Me dedicó una pequeña sonrisa: "Es un trabajo de equipo".

"Cierto", dije. Finalmente di un sorbo a mi bebida. Hacía calor y la limonada era refrescante. Nathan hizo lo mismo con su bebida. "Hablando de equipos, ¿en cuál está tu amigo?

"El lado de las camisas rojas", dijo. "En realidad, ese de ahí es él".

No pude distinguir mucho mientras galopaba a nuestro lado, persiguiendo la pelota y blandiendo un mazo, aparte del pelo castaño y los hombros anchos.

"El partido es más físico de lo que esperaba", dije por encima del estruendo de los cascos y el entusiasmo de la multitud.

"Claro, pero los caballos hacen la mayor parte del trabajo", se rió, y yo también resoplé.

"Sí", asentí, justo cuando el equipo rojo marcó. Les aplaudimos. El polo no fue tan malo como pensé que iba a ser, y ahora que Nathan y yo teníamos algún tipo de conversación en marcha, me sentí mucho más a gusto.

"Cuidado, hay alguien que conozco que viene hacia nosotros", murmuró. "Voy a poner mi brazo alrededor de ti".

Hice un pequeño gesto con la cabeza y Nathan me rodeó la cintura con el brazo, suelto y despreocupado.

"Nathan", dijo una mujer alta, de aspecto regio y acento británico. Parecía tener unos sesenta años. "Me alegro de verte. ¿Qué tal estás? Y tu madre, echamos de menos verla por aquí".

"Vivian, encantado de verte a ti también", dijo, apretándome un poco. "Estás estupenda. Le enviaré tus saludos a mi madre. Te presento a Erica, mi novia".

Vivian me miró con frialdad, como si supiera que era una impostora.

"Encantada de conocerte", dijo.

"Igualmente", respondí, inclinándome hacia Nathan. Sus ojos se entrecerraron.

"¿Y es tu primer partido de polo?" Preguntó sin esperar respuesta. "Por supuesto, mi Amelia juega al polo desde que tuvo edad para subirse a un caballo. ¿Sabías que también hacía doma clásica? Estuvo a punto de clasificarse para las Olimpiadas, pero, claro, había demasiada política por medio. La gente no entra por méritos propios".

"Creo que ya lo habías mencionado", respondió Nathan, con las comisuras de los labios crispadas como si intentara no reírse.

"Amelia está en la sede del club por si querías saludarla; estoy segura de que a Emily no le importaría que hablaras un rato con una vieja amiga, ¿verdad, querida?"

"Se llama Erica", la corrigió suavemente. "Saluda a Amelia de mi parte, pero no me gustaría renunciar a esta vista".

Nathan me miró a mí en vez de al partido de polo, y no fue nada sutil. Si hubiera sido una cita de verdad, mientras que el principio me habría hecho salir corriendo, este momento me habría acelerado el corazón.

"Bien, bueno..." Dijo Vivian con torpeza. Parecía acostumbrada a salirse con la suya y no sabía qué hacer cuando no era así. "Será mejor que vuelva".

"Por supuesto", respondió Nathan, dedicándole una mirada antes de volver a centrar su atención en mí.

Vivian se fue y nos quedamos callados unos segundos.

"¿Se ha ido?" Preguntó, sin mirar atrás por encima del hombro.

"Sí", confirmé, pero Nathan no apartó el brazo de mí.

"Esa mujer siempre me da dolor de cabeza", comentó. "Lleva años intentando liarme con su hija.

Es vergonzoso".

"Supongo que piensa que eres un buen partido", murmuré.

Nathan se rió: "Vergonzoso para ella. No sólo no estoy interesado, sino que a Amelia no le gustan los hombres".

"¡Oh!" Dije, riendo también. "¿Lo sabe Vivian?"

"Sí", dijo, resoplando. "No es que suponga una diferencia".

"Pobre Amelia", suspiré.

"Ha aprendido a manejar a Vivian, pero sí", estuvo de acuerdo. "No soporto a esa mujer; cada vez que la veo dice echar de menos a mi madre, pero..."

Nathan se detuvo y su brazo se apartó de mi lado. A pesar del caluroso día, echaba de menos su calidez. Era extraño lo rápido que me había acostumbrado a que me tocara así.

"¿Pero?" Pregunté en voz baja. Íbamos a pasar mucho tiempo juntos; tenía sentido que nos conociéramos.

"Digamos que no ha intentado hablar con mi madre ni una sola vez desde que murió mi padre, más allá de una tarjeta de condolencias", explicó. Luego sacudió la cabeza. "No importa. Deberíamos hacernos unas fotos juntos para las redes sociales".

Quería ofrecer mis condolencias. Sabía lo que era eso desde que murió mi madre. Toda esa gente que fingía preocuparse pero en realidad sólo estaba interesada en su propia vida. También quería hacer preguntas, como cuándo había ocurrido y cómo era el padre de Nathan, pero Nathan había dejado muy claro que ya no quería hablar de ello.

"Claro, porque todos sabemos que si no lo publicas, es como si no existiera", bromeé. Nathan consiguió esbozar una sonrisa.

"Toma", me dijo, sacando su teléfono y pasándome el brazo por los hombros. Me incliné hacia él y sonreí, esperando ser lo bastante convincente. Cuando me enseñó la foto, intenté mirarla con objetividad. Si no conociera la verdad, ¿pensaría que somos pareja?

Sí.

"¿Te gusta?" Preguntó.

"Sí", le dije. Publicó la foto sin pie de imagen.

Casi esperaba que sugiriera que nos fuéramos. Nos había visto gente de aquí, nos habíamos hecho una foto convincente. ¿Qué más podíamos conseguir hoy? Pero no tenía ninguna prisa, parecía contento de seguir observando.

Y así permanecimos observando en silencio durante unos minutos antes de que volviera a hablar.

"Tengo que llevarte de compras", me dijo, haciendo que casi hiciera una doble toma ante la falta de sentido.

"¿Perdón?" Dije antes de recordar que llevaba el mismo vestido.

Así que se dio cuenta.

"Conozco el tipo de eventos a los que vamos y lo que se espera", explicó como si fuera perfectamente lógico. "No quiero que te sientas incómoda".

Fue muy dulce y me hizo darme cuenta de que me sentía mucho más a gusto que cuando llegué. Nathan tenía la habilidad de llevarme a situaciones en las que estaba completamente fuera de mí y hacerme sentir como en casa. Como en aquella habitación de hotel hace una semana.

"Tiene sentido", respondí, tratando de sacarme las imágenes explícitas de la cabeza. Tenía que dejar de asociar a Nathan con el buen sexo o no conseguiría pasar de año.

A nuestro lado, una bebé empezó a llorar. Nathan se puso tenso. Me giré y vi a una madre con un suave vestido amarillo que llevaba a su bebé en la cadera. Hablaba con dulzura a la niña, que llevaba un body blanco y rosa.

"No pasa nada, Beth, mira, papá va a caballo", señaló a uno de los hombres de camisa blanca que pasaba corriendo. Los lamentos de la bebé se hicieron más fuertes. "Acabas de comer y te han cambiado. ¿Qué más podrías necesitar?"

Me sorprendió mirándola y sonreí con simpatía.

"Lo siento", dijo. "Creo que le están saliendo los dientes".

"No te preocupes por eso", dije. "Es adorable".

Hubo un tiempo en que planeaba un futuro que incluía tener hijos. Ahora, no estaba segura de que eso fuera a ocurrir. No iba a tener una relación pronto. Al menos, no una de verdad.

"Ahora mismo no es tan adorable", me dijo, mitad a mí y mitad al bebé.

Nathan dio un paso hacia la madre y su bebé. Fruncí el ceño cuando vi que llevaba la cartera en la mano.

"¿Cuánto por llevarte a tu hijo a otro sitio?" Dijo bruscamente, sacando varios billetes de cien dólares. "¿Con quinientos bastará?"

La madre le miró estupefacta.

"¡Nathan!" Dije con incredulidad.

La bebé gritó más fuerte.

"Cualquier cosa para detener ese ruido", presionó.

La madre se subió más a su bebé por la cadera, retrocediendo ante Nathan.

"Quédate con tu maldito dinero", espetó, alejándose.

"Lo siento mucho", le dije cuando se iba, pero se limitó a fulminar a Nathan con la mirada y siguió caminando.

Me abalancé sobre Nathan y le espeté: "¿Qué demonios te pasa?"

"No soporto el ruido del llanto de los bebés", dijo, volviendo a meter el dinero en la cartera.

"Entonces aléjate si tanto problema te supone", me crucé de brazos.

"La mayoría de la gente estaría encantada de aceptar tanto dinero por moverse unos metros", se defendió.

"No puedo creerlo", sacudí la cabeza. Nathan no se inmutó ante mi enfado y decepción.

"Estamos aquí para pasarlo bien. Este es un evento para adultos", volvió a guardar la cartera en la chaqueta y se pasó las manos por la frente para alisársela. "No finjas que te encanta el sonido del llanto de los bebés".

"No se trata de si el sonido es agradable o no; se trata de ser respetuoso con los demás", intenté explicar, pero era como hablar con una pared de ladrillos.

"El respeto funciona en ambos sentidos", dijo. "Al menos ahora podemos seguir disfrutando del partido".

Se volvió para seguir mirando, observando con más atención que hasta entonces. No sabía qué hacer. Aunque había intentado prepararme para esta cosa extraña que estábamos haciendo, estaba fuera de mí. Sobre todo con Nathan, porque en un momento estaba disfrutando de su compañía y al siguiente me preguntaba si había cometido un gran error al aceptar hacer esto.

Pero mi alquiler estaba pagado, e incluso si las cosas no funcionaban y no completábamos el plan, tenía más dinero del que había visto nunca. Encontraría otro trabajo. Unos momentos incómodos con un hombre al que no podía entender valían eso y más. Necesitaba empezar a pensar en esto como un trabajo y no como una cita.

Me quedé mirando la sede del club, sin asimilarlo realmente. El mundo de Nathan me era ajeno, pero tendría que adaptarme si quería que esto funcionara.

Un relincho de angustia y unos gritos llamaron mi atención. En el campo, un caballo se encabritaba, se desprendía del jinete y salía corriendo. Corrió a todo galope, directo hacia nosotros.

"Erica, ¡cuidado!" Dijo Nathan, apartándome justo cuando el caballo saltaba la valla. Sentí la ráfaga de aire cuando pasó a toda velocidad junto a nosotros, con los gritos y chillidos de la multitud. Nathan me estrechó contra su pecho, con el corazón golpeándome la mejilla.

"¿Estás bien?" Preguntó.

"Estoy bien", dije, con el corazón tan acelerado como el suyo.

Los brazos de Nathan se aflojaron, pero no me apresuré a soltarlo. Estaba tan cálido contra mí, y podía sentir sus músculos a través de su suave camisa blanca. Era tan sólido.

¿Cuándo fue la última vez que me abrazaron de verdad?

Di un paso atrás, tirando de sus brazos antes de que los dejara caer a su lado.

"Gracias", dije, sin mirarle a los ojos. "Probablemente me habría pisoteado si no fuera por ti".

"Ni lo menciones", dijo, y me dio la impresión de que no era modestia, sino su verdadero deseo. "Quizá deberíamos volver a la ciudad. Creo que van a suspender el partido".

Miré a mi alrededor. El caballo desbocado había sido atrapado y su domador lo estaba calmando. El público parecía inquieto y el juego se había detenido. No teníamos nada más que hacer aquí.

Entonces, ¿por qué me siento casi triste por irme?

Capítulo 9

Nathan

La cita del partido de polo fue un éxito desigual. Si bien cumplió mis objetivos de ser visto con Erica, y creí que fuimos razonablemente convincentes, no quedé satisfecho. La incomodidad del principio, el incidente del bebé y el caballo desbocado me dejaron un sabor amargo. Estaba decidido a mejorar la siguiente.

Mi chófer se detuvo ante la dirección de Erica y miré por la ventanilla el destartalado edificio de apartamentos. Pintura descascarillada, fachada anticuada, ventanas agrietadas: el lugar era una pocilga. No me extrañaba que hubiera aceptado mi oferta. Estuve a punto de decirle que le pagaba lo suficiente como para vivir en una casa mejor, pero no tenía por costumbre entrometerme. Ella podía hacer lo que quisiera.

Salí y encontré su nombre en el pequeño muro de timbres de la puerta principal. Unos instantes después, su voz sonó en el interfono, apenas audible.

"¿Hola?"

"Erica, soy Nathan", dije.

Otra pausa.

"¿Por qué...? En seguida bajo".

Esperé en el escalón delantero. Una hierba crecía por una rendija en el centro. La puerta se abrió y Erica salió con una camiseta blanca y unos pantalones cortos de mezclilla. Sólo la había visto con vestidos, pero el look informal le sentaba bien. Sobre todo los pantalones cortos, que le llegaban hasta la mitad de los muslos bronceados.

"¿Qué haces aquí?" Preguntó. "¿He olvidado que teníamos planes?"

"No hay planes", dije, tratando de ocultar mi sonrisa. Esto le iba a encantar. "Pero quiero que vengas a algún sitio conmigo este fin de semana".

"¿Dónde?" Preguntó ella, frunciendo las cejas.

"A París".

Me miró fijamente.

"No puedo. Nathan, yo... No puedes soltarle esto a alguien, necesito más anticipación que esto", las palabras le salían a borbotones. "No puedo dejar el país de un momento a otro".

No es la reacción que esperaba.

"¿Tienes pasaporte?" Pregunté. Lo único que permitiría que hiciera mella en mis planes era un tecnicismo como ése, de lo contrario me llevaría a Erica a Francia conmigo.

"Sí", dijo, con los ojos desviados. "Lo tengo porque... No importa".

"Entonces, ¿cuál es el problema?" Me pasé los dedos por la barba incipiente. Esperaba que estuviera excitada.

¿Por qué no quiere ir a París?

"¿No has pensado en que sí ya tengo planes?" Preguntó, encontrándose por fin con mi mirada desafiante.

Ya he tenido suficiente.

"Cancélalos", le ordené. Dejé escapar un suspiro frustrado. "Te pago suficiente dinero como para que yo sea tu única prioridad".

La mirada de Erica se deslizó hacia el suelo y asintió con los labios finos. "Tienes razón. Iré a hacer la maleta".

Volvió a entrar y me dejó en la puerta sin darme las gracias. Caminé arriba y abajo por el corto sendero de la acera. Para mi sorpresa, prefería que Erica discutiera conmigo a la mansa actuación que acababa de presenciar.

Tal vez hacer mención del dinero fue una jugada un poco estúpida.

Si quería que disfrutara del viaje, tenía que cambiar el ambiente.

Cuando reapareció en la puerta, cogí su bolso. Su destartalada bolsa de lona contrastaba con mi maleta Louis Vuitton. Anoté mentalmente que añadiría una maleta a la lista de cosas que compraríamos en París.

Le abrí la puerta del coche y murmuró un apagado "Gracias".

"¿Has estado alguna vez en París?" Pregunté, subiéndome al asiento trasero junto a ella. Con las puertas cerradas, mi chófer arrancó y nos dirigimos al aeropuerto.

"No, nunca había salido del país", confesó.

Y aun así tiene pasaporte, interesante.

"Te va a encantar", insistí porque nunca había conocido a nadie que no disfrutara de París. "Pensé que te debía una después del fiasco en el partido de polo".

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Me llevas a París por *eso*?"

Lo hizo sonar ridículo. No lo era.

"En parte", me encogí de hombros. "También está el asunto de la ropa que dije que te compraría".

"¿Qué?" Se giró hacia mí tan rápido que se le trabó el cinturón de seguridad y rebotó contra el asiento. "Me imaginé que me enviarías un vestido de unos grandes almacenes o algo así".

Negué con la cabeza: "Nunca lo haría. No, si quieres buenas prendas, vete a París".

Recordaba los viajes de compras de mi madre, cómo mi padre la enviaba con la tarjeta platino y nos traía a mi hermano y a mí helado o pain au chocolat mientras esperábamos, a veces horas.

"Eso no es algo que haga la gente con normalidad", se rió, pero ahora había emoción en sus ojos ámbar.

"Lo es cuando estás conmigo", le contesté. De pequeño, si las madres de mis amigas no iban de compras a Francia, era porque se habían ido a Italia. La mayor diferencia era que mi hermano y yo íbamos a menudo con ellas, en lugar de estar con una niñera.

Erica sonrió, y mis hombros por fin empezaron a relajarse.

¿Cuándo me puse tan tenso?

"¿Sólo vamos a París de compras?" Preguntó.

"Imaginé que haríamos turismo, nos haríamos unas cuantas fotos estúpidas de pareja que hicieran pensar a la gente 'vaya, ¿cuándo se pusieron tan serios?' Ya sabes, vender de verdad eso del romance relámpago".

"Es la ciudad del amor, ¿no? Así que tiene sentido", dijo, asintiendo con la cabeza.

"Me alegro de que pienses así".

Nos instalamos en un cómodo silencio, pero a medida que nos acercábamos al aeropuerto, Erica se removió en su asiento.

"Siempre he querido viajar", comentó mirando por la ventana. "Se suponía que iba a hacer un viaje, pero... eso no ocurrió".

"¿Qué te detuvo?" Pregunté.

Enrolló un mechón de su ondulado pelo castaño alrededor de su dedo antes de desenvolverlo y comenzar de nuevo el proceso, repitiéndolo una y otra vez.

"No importa", acabó diciendo. Por lo general, evitaba oír hablar de la vida privada de alguien, pero me picó la curiosidad. No tuve tiempo de interrogarla: mi chófer estaba parando el coche a la salida del aeropuerto.

Cargó nuestras maletas en un carrito y se marchó cuando ya lo teníamos todo.

"¿A qué puerta vamos?" Preguntó Erica.

"Oh, no vamos a embarcar por la puerta de embarque", le dije, conduciéndola a una sección separada del aeropuerto.

"¿Qué? ¿Cómo?" Preguntó, siguiéndome.

"Mi avión embarca directamente en la pista", le expliqué.

"¿*Tu* avión?"

"Claro, mi jet privado", le dije con indiferencia. Se quedó con la boca abierta. Tomarle el pelo así a Erica era demasiado divertido.

"¿Me tomas el pelo?" Preguntó.

No respondí, sino que la conduje por la salida que había utilizado muchas veces y salí a la pista, donde nos esperaba mi avión. Miré a Erica, disfrutando de la expresión de sorpresa y asombro de su rostro.

"Esto es una locura", se rió.

Su humor era contagioso. Llevaba viajando así desde niño, era *de rigor* para mí. Esperado. Erica me permitía verlo con ojos nuevos y apreciar lo que tenía. Sobre todo cuando subimos al avión.

"Juro que esto casi parece más grande que mi apartamento", dijo, haciéndome desear que me hubiera invitado a subir antes. "Y mucho más bonito".

Me pregunté cómo sería su casa. Parecía el tipo de persona que añadía toques sentimentales, fotografías y chucherías. No soportaba el desorden.

"Es de gama alta", dije, dándome cuenta de que para Erica probablemente no había diferencia entre los jets privados. Pero yo había elegido esta distribución para poder trabajar en los vuelos, ya que Darby BioTech comerciaba mucho con la Unión Europea y Asia. El cuero oscuro y las incrustaciones de caoba me recordaban a mi despacho, y al fondo había un escritorio para trabajar.

Erica casi salta a uno de los asientos de felpa cercanos a la parte delantera y chilla al sentarse.

"Nunca me había sentado en algo tan cómodo", dijo radiante.

"Y los asientos se inclinan hasta atrás, a diferencia de esas monstruosidades económicas", dije, sentándome a su lado mientras el personal de vuelo cargaba las maletas.

"¿Has volado alguna vez en clase turista?" Preguntó escéptica.

"Claro que sí", dije con fingida ofensa.

"Ajá", no me creyó.

"Una vez", añadí.

Soltó una risita, negando con la cabeza. Tenía una risa agradable.

"Apuesto a que hay una historia ahí", dijo perspicazmente.

"La hay", me reí. No me había hecho gracia en aquel momento. "Tenía veintipocos años. Mis amigos y yo habíamos estado de fiesta en las Bahamas cuando un huracán truncó el viaje".

Los ojos de Erica se abrieron de par en par: "Oh, no".

Asentí con la cabeza: "Sí, teníamos que salir volando de allí rápidamente. Me senté con las rodillas prácticamente pegadas a la cara en el estrecho asiento mientras la persona de delante reclinaba el suyo y se quedaba prontamente dormida, roncando todo el camino de vuelta".

"Pobrecito", dijo sin mucha compasión. "Al menos no tendrás que volver a sufrir así",

dio una palmada en el asiento.

Si Erica está impresionada por el avión, va a perder la cabeza cuando vea lo que tengo planeado para ella en París.

Erica

Llegamos a París de madrugada, aunque en casa era alrededor de la 1 de la mañana. Había dormido unas horas en el avión, pero estaba demasiado emocionada para descansar. Pasé mucho tiempo mirando el océano Atlántico, negro como la tinta, preguntándome cómo había pasado de no poder pagar el alquiler a volar en un jet privado a *París*.

"¿Lista para ver el paisaje?" Preguntó Nathan.

Nos habíamos alojado en un hotel, en la suite del ático, por supuesto, porque era Nathan, pero apenas había podido disfrutar del lujoso entorno. La verdadera experiencia estaba en las calles de París, no en la habitación del hotel, por muy elegante y lujosa que fuera.

"Déjame cambiarme; estaré lista en un segundo", dije, corriendo a mi dormitorio. La suite tenía dos dormitorios y un salón con el televisor más grande que jamás había visto. Incluso había una tumbona en un rincón y un balcón con vistas al Sena. Me sorprendió y me alivió que Nathan no esperara que compartiéramos la misma cama. Cuanto más espacio pudiera poner entre nosotros, mejor, al menos hasta que el recuerdo de nuestra noche juntos se desvaneciera.

Me puse unos pantalones capri celestes y cambié la camiseta blanca por una blusa crema que había cogido del armario de Ivy con las prisas. Puede que Nathan me llevara a comprar ropa, pero yo quería ir bien por París, sobre todo al lado de Nathan. Se veía tan sofisticado como siempre con un traje gris claro que no me ayudaba a superar la atracción que sentía por él.

"¿Adónde vamos primero?" Le pregunté al salir de mi habitación.

"Tendrás que esperar y ver", dijo Nathan con una sonrisa de satisfacción. "Lo bueno de París es que puedes hacer turismo y comprar al mismo tiempo".

Seguí a Nathan por las calles de París, luchando por creer que realmente estaba allí. Todo parecía un sueño maravilloso.

Capítulo 10

Erica

Un coche urbano nos llevó a nuestro primer destino, el Arco del Triunfo. Dimos la vuelta al impresionante arco y el tráfico de primera hora de la mañana se ralentizó lo suficiente para que pudiéramos disfrutar de una vista de 360 grados. El gran tamaño del arco, adornado con intrincadas tallas y estatuas, me dejó asombrada.

"Impresionante, ¿verdad?" Preguntó Nathan con una pequeña sonrisa. "Incluso la parte superior está decorada".

"Oh, no puedo ver la parte superior desde aquí", dije. El lado del coche de Nathan estaba más cerca. Desde mi punto de vista, el techo del coche bloqueaba la parte superior del arco.

Nathan le dijo algo en francés al chófer y, de repente, se detuvo al lado de la plaza donde estaba el arco.

"Echemos un vistazo más de cerca", dijo Nathan, desabrochándose el cinturón de seguridad. Le seguí hasta el cálido sol de París.

Ver el Arco del Triunfo por la ventanilla del coche había sido una cosa, pero no era nada comparado con verlo de cerca. Las intrincadas tallas parecían cobrar vida. Levanté la vista y me fijé en las tallas de la parte superior.

"No sabía que fuera tan grande", dije mirando el enorme arco.

"Las fotos no le hacen justicia", dijo. "Espera a ver la Torre Eiffel y el Louvre".

"¿Vamos allí después?" Pregunté, emocionada por lo que la ciudad nos tenía reservado.

"Iremos de compras primero, ya que estamos en los Campos Elíseos", respondió. Para ser un viaje improvisado, tenía el itinerario bien planeado. "Llegaremos a los otros lugares de interés mañana".

Asentí, aunque me apetecía más explorar la ciudad que ir de compras. Miré a mi alrededor, observando los viejos edificios franceses y la telaraña de calles que salían de la plaza.

"Por alguna razón, creía que el Arco del Triunfo estaba junto al Louvre", dije, y las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera darme cuenta de lo ignorante que debía sonar.

"El arco cerca del Louvre es el Arco del Triunfo del Carrusel", explicó. "Entiendo por qué te confundiste".

Nathan tuvo la amabilidad de no reírse de mí y un escalofrío me recorrió la espalda cuando me di cuenta de que me había acostumbrado a que mi ex se burlara de mí cada vez que no sabía algo. Nathan tenía mucha más experiencia que yo en casi todo, pero no me había menospreciado por ello.

"Vamos a hacer unas fotos para las redes sociales", dijo, ajeno a mi cambio de humor.

"Claro", dije, entusiasmada por conseguir algunas fotos turísticas, aunque fueran sólo de adorno.

Nathan convenció a alguien para que nos hiciera una foto delante del arco. Me pasó el brazo por los hombros y yo me incliné hacia él. Una vez hecha la foto, Nathan volvió a lo suyo.

"Hora de irnos. Tenemos mucho que hacer".

Asentí con la cabeza y volvimos al coche, que nos condujo un corto trecho por los Campos Elíseos antes de encontrar aparcamiento frente a uno de los muchos escaparates de marcas de lujo.

Salimos y los Campos Elíseos se extendían ante nosotros, una ancha y elegante avenida bordeada de altísimos árboles y boutiques de lujo. Los sonidos de animadas charlas y los ocasionales bocinazos de los coches llenaban el ambiente.

"Primero iremos aquí", me dijo, guiándome hacia una tienda de ropa. El escaparate estaba lleno de elegantes maniquíes vestidos con magníficos trajes de noche.

Cuando entramos, dos elegantes dependientas se fijaron en nosotros. Parecía que estuvieran en una pasarela y no vendiendo ropa.

"Bonjour", nos saludaron.

"Hola", sonreí, esperando no parecer completamente fuera de lugar. No me devolvieron la sonrisa, se limitaron a mirarme.

"¿Sólo miramos alrededor o...?" Le pregunté a Nathan. No sabía cómo funcionaban las tiendas de lujo, ni siquiera en Nueva York, y mucho menos en un país extranjero.

"Sí, elige lo que quieras", dijo. "El dinero no es problema".

Las dependientas intercambiaron miradas y enarcando las cejas. Supongo que entendían el inglés, porque aunque yo no supiera francés, la expresión de *"vaya, este tío debe de estar forrado en dinero"* era universal.

Los percheros eran escasos y cada vestido tenía espacio suficiente para destacar. Me incliné por un vestido ciruela hasta el suelo, pero me detuve al darme cuenta de que era de seda auténtica.

"¿Estás seguro de que no podemos buscar simplemente unos grandes almacenes?" Pregunté, aunque me picaban las manos por tocar la hermosa tela. "No necesito algo así".

"¿Pero lo quieres?" Preguntó. Me mordí el labio. "Lo tomaré como un sí. Tienes buen ojo; este vestido será perfecto para la gala de premios".

Nathan se dirigió a las dependientas y les dijo algo en francés. Una de ellas se acercó y cogió el vestido del perchero. Me lo enseñó, no sé si para ver el tamaño o el color. Emitió un sonido en el fondo de su garganta antes de alejarse de mí, chasqueando los dedos para que la siguiera. La seguí como un patito feo.

Dijo algo que no pude entender.

"Lo siento", le dije. "No hablo francés".

Puso los ojos en blanco y me hizo señas para que entrara en el vestuario.

"Vale, lo siento", murmuré, cogiéndole el vestido y entrando. Cerró la cortina con fuerza.

Mordiéndome el labio y preguntándome por qué me estaba haciendo pasar por esto -*ah, claro, dinero*-, me puse el vestido de seda. Luché con la cremallera, aterrorizada de pillar la delicada tela con sus afilados dientes y estropearla. Pero después de dar muchas vueltas, por fin conseguí subirla.

Nunca había sentido algo tan suave, y me cubría el cuerpo como si estuviera hecho para mí. Al mirarme en el espejo, apenas me reconocía. Llevaba el sujetador equivocado; un sujetador de camiseta no combinaba con el escote halter, pero aun así era el vestido más bonito que había visto en mi vida.

"Sal y enséñamelo cuando estés vestida", llamó Nathan a través de la cortina.

Me tomé un momento para girarme y mirarme en el espejo desde todos los ángulos antes de salir. Nathan y las dos dependientas me estaban esperando.

"Es perfecto", dijo Nathan, pero una de las asistentes soltó una risita. Le dijo algo a la otra mujer, que también se rió. La única palabra que pude distinguir en el rápido francés fue *sujetador*. Di un paso atrás y quise volver al vestuario.

El rostro de Nathan se ensombreció y les dijo algo en francés. No pude entender ni una palabra, pero el tono era inconfundible. Estaba cabreado. Las dos mujeres se encogieron de hombros antes de asentir disculpándose, acobardadas por la ira de Nathan.

La que me había acompañado al vestuario se adelantó, sin mirarme a los ojos.

"*Perdón, Madame*", dijo ella. "En Francia, es costumbre llevar un vestido así sin *sujetador*, que estoy segura le sentaría bien. ¿Le gustaría probarse otro vestido? Creo que algo en color champán le sentaría bien, ¿o quizá un verde oscuro?"

Me habría encantado saber qué había dicho Nathan para provocar semejante cambio. Lo miré y lo único que hizo fue asentir. No estaba acostumbrada a que nadie me defendiera así, excepto Ivy y Carly. No sabía qué hacer con el calor que me invadía el pecho.

"Sería estupendo, gracias", respondí. No tenía sentido complicar aún más la situación.

Las dos mujeres entraron en acción, sacaron varios vestidos de los estantes y me condujeron al probador. Esta vez hicieron que Nathan saliera de la habitación y empezaron a ayudarme a quitarme el vestido que llevaba y a ponerme otro.

"¿Quieres quitarte el sujetador?" Preguntó la segunda. "Sé cómo son los americanos con el pudor, pero el vestido caerá mejor".

Me detuve un momento. Podía contar con los dedos de una mano la cantidad de gente que me había visto desnuda. Nunca me había sentido cómoda sin sujetador. Mis tetas no eran enormes, pero tampoco lo bastante pequeñas como para salirme con la mía. Pero ellas eran las expertas. Al final, podía comprar un sujetador que se adaptara a los vestidos cuando volviera a casa.

"Claro", dije antes de quitarme lentamente el sujetador y no hacer contacto visual con ellas. Mi desnudez les dio completamente igual y siguieron vistiéndome como si nada.

Asintieron con la cabeza cuando me pusieron el vestido, que se abrochaba en la espalda con pequeños botones forrados de satén que tardaron un rato en abrochar, incluso con sus ágiles dedos.

"Creo que a tu novio le encantará éste", dijo la primera mujer. Tenía la boca abierta para decir que Nathan no era mi novio cuando me di cuenta de que, para los demás, era exactamente lo que era, lo que tenía que ser para que esto funcionara.

Sonreí y salí del vestuario para enseñarle a Nathan el vestido champán, cuyo escote sin hombros era mucho más atrevido de lo que yo estaba acostumbrada.

"Vaya", dijo Nathan, con una expresión similar a la que tenía cuando me vio tumbada en la cama del hotel hacía dos semanas.

Miré hacia abajo. Mis pezones se estaban endureciendo, haciendo fuerza contra la suave tela. Me moví un poco el vestido, intentando ocultarlos, pero sólo conseguí endurecerlos más. Nathan se aclaró la garganta.

"Dos vestidos son probablemente suficientes", dije, dispuesta a volver a ponerme el sujetador y esconderme en mi blusa no tan ajustada.

"Pruébate el verde", dijo Nathan.

Probablemente sólo quiere más tiempo para verme.

La idea no me molestó, aunque sabía que debería. La regla de no tener sexo existía por una razón. Pero no había nada de malo en mirar.

Volví al vestuario por última vez, donde las dos asistentas me pusieron un vestido verde oscuro, éste con un corpiño de encaje que se me pegaba y mostraba tanta piel que un movimiento en falso haría que me detuvieran por exhibicionismo.

Mi corazón se aceleró cuando se lo enseñé a Nathan. Su mirada hambrienta era evidente.

"Nos llevaremos los tres", dijo, con un tono que no admitía discusión. Y yo no quería discutir. Cuanto más tiempo llevaba estos vestidos elegantes y reveladores, más cómoda me sentía. El deseo desnudo de Nathan hacía que me resultara difícil sentirme mal.

Traviesa, sí. ¿Pero mal?

Me apresuré a volver al vestuario y, esta vez, las carcajadas de las asistentas no fueron malvadas, sino cómplices.

"Oh, Madame," dijo una de ellas en voz baja. "Estoy segura de que Monsieur la arrastrará de vuelta al hotel después de esto".

Solté una carcajada hueca, incapaz de corregirlas. Casi deseaba que tuvieran razón.

Cuando volví a vestir mis ropas, me sentí más yo misma. Era fácil dejarse llevar por el glamour y creer que esa vida que fingía vivir era realmente la mía.

Nathan pagó el astronómico precio de los vestidos -más del doble de mi alquiler mensual- como si nada. Me sacó las bolsas, que por sí solas eran como pequeñas obras maestras. El logotipo de la tienda estaba rodeado de filigranas doradas sobre una tarjeta verde menta, con cinta de raso a modo de asas. Había un lugar para ellas en la destartalada cómoda de mi habitación; no podía imaginarme tirando las bolsas a la basura.

"Ahora que tenemos la ropa formal que necesitábamos", dijo Nathan, poniendo las bolsas en la parte trasera del coche de la ciudad, "Seguiremos con la ropa casual y trajes de baño".

"Realmente no es necesario", dije, sintiéndome ya culpable por lo mucho que estaba gastando en

mí.

"Ahorraremos tiempo si no discutes", dijo, ya caminando hacia la siguiente tienda.

Le seguí y, esta vez, Nathan tomó el control absoluto. Seleccionó vestidos de verano vaporosos y tops elegantes, pantalones con estilo y faldas preciosas, antes de añadir varios bikinis y bañadores a la creciente pila de ropa.

"¿Cómo sabes tanto de ropa de mujer?" Pregunté, boquiabierta ante las preciosas prendas que había seleccionado.

"Mi madre pasaba la mayoría de los veranos de compras por Europa con el resto de nosotros a cuestas", explicó. "Aprendes algunas cosas. Y bueno, he quitado suficiente ropa de diseñador para saber lo que me gusta".

Aparté la mirada ante la mención de las aventuras sexuales de Nathan. No me consideraba una mojigata, pero no me gustaba pensar con cuántas mujeres se habría acostado.

"Si hay algo más que quieras, añádelo ahora", me dijo.

Caminé por la tienda, agradeciendo el momento lejos de Nathan para poner los pies en la tierra. Cogí varios artículos que me gustaban, pero los devolvía cada vez.

¿De qué tengo tanto miedo? ¿De disfrutar de esta vida?

Mucha gente vería esto como un ticket de comida gratis, y estaba claro que Nathan tenía toneladas de dinero por la forma en que lo gastaba como si fuera agua. No quería aprovecharme de él. Pero en el fondo, lo que me asustaba era lo mucho que me gustaba. No el dinero, sino la forma en que Nathan me trataba. No estaba acostumbrada a que me cuidaran de esta manera.

Cogí algunos conjuntos de la estantería, cosas que sabía que les gustarían a Ivy y a Carly. Si yo tenía una oportunidad increíble como esta, mis seres queridos también se iban a beneficiar.

"Buenas elecciones", dijo Nathan cuando volví con las prendas que había elegido.

Pagó por la montaña de ropa, tan enorme que hicieron falta dos personas para empaquetar las numerosas bolsas mientras la tercera se dedicaba únicamente a cobrarlas. Nathan parecía haber añadido más cosas mientras yo elegía mis pocas prendas, que pasaron borrosas mientras las

eficientes dependientas llenaban las bolsas. Me llamó la atención un vestido de verano, de suave algodón verde salvia.

"¿Me dejarán llevar eso fuera de la tienda?" Pregunté a Nathan, decidiendo no intentar conversar directamente con las asistentas.

Nathan habló en francés y el hombre de la caja asintió. Una dependienta me entregó el vestido y me dirigí a la parte trasera de la tienda, a los probadores. Me desnudé rápidamente y me puse el vestido verde salvia por encima de la cabeza. Al menos con este no necesitaba ayuda.

El vestido era sencillo, estaba bien hecho y me sentía totalmente yo.

Salí a las calles parisinas con la cabeza bien alta. Si quería pasar el próximo año o más, tenía que encontrar la manera de abrazar esta nueva vida.

Capítulo 11

Erica

Después de pasar la mayor parte del día de compras, Nathan decidió dejar las maletas en el hotel y salir a cenar. Sería la primera vez que probaría la auténtica cocina francesa y prácticamente vibraba de emoción.

Una cálida ola de aromas nos envolvió al entrar en el clásico restaurante francés. La suave iluminación proyectaba un suave resplandor sobre las mesas adornadas con mantelería blanca y delicada cubertería de plata. En un rincón, una banda de jazz con un acordeonista animaba el ambiente.

"Me siento como en una película", le dije a Nathan mientras el camarero, vestido con un uniforme blanco y negro, nos acompañaba a la mesa.

"Una buena película, espero", esbozó con una media sonrisa.

"Supongo que tendremos que esperar al final para averiguarlo", me reí. Nathan sonrió y sus ojos azules centellearon a la luz de las velas.

El camarero nos presentó los menús, encuadernados en cuero, y en mi interior bullía la expectación por las delicias culinarias que nos esperaban. Dijo algo en francés y Nathan asintió.

"¿Has estado aquí antes?" Pregunté, mirando alrededor del restaurante y asimilándolo todo. Las paredes estaban adornadas con carteles antiguos enmarcados y espejos intrincados, que

reflejaban el encanto de una época pasada. La decoración del restaurante reflejaba la quintaesencia de la estética francesa, con asientos íntimos que creaban una atmósfera de refinada intimidad. Cada mesa estaba adornada con pequeños jarrones de flores frescas, que añadían un toque de vitalidad a la paleta de colores, por lo demás apagada. El suave murmullo de las conversaciones en francés y el tintineo de las copas contribuían al ambiente.

"No, pero me lo recomendaron mucho", dijo, mirando la carta de vinos. "Disfrutaste el Chardonnay la última vez, ¿verdad?"

"Sí", dije, sorprendida de que Nathan lo recordara.

"Estupendo", dijo. "El blanco seco es mi favorito, aunque no rechazaría un buen tinto".

"Sólo uso tinto para cocinar", confesé. "Sabe mejor cuando está reducido, lleno de hierbas y emparejado con un buen corte de carne".

"¿Sí? Entonces probablemente te encantará lo que hay en el menú", dijo, pareciendo complacido.

Abrí el menú encuadernado en cuero, emocionada por ver lo que me esperaba. Aunque no hablaba ni una palabra de francés, sabía lo suficiente de comida como para reconocer la mayoría de los platos.

"Ojalá pudiera probar un poco de todo", exclamé mientras ojeaba la lista. Era un tapiz culinario que mostraba lo mejor de la gastronomía francesa. Desde los delicados caracoles hasta el coq au vin meticulosamente preparado, Nathan tenía razón cuando dijo que me encantaría el menú.

"¿Necesitas que te ayude a leer el menú?" Preguntó, pasando de la carta de vinos. "No me gustaría que pensaras que estás pidiendo pollo y acabaras con caracoles".

"¿No te gustan los escargots?" Pregunté. Sin duda estaban fuera del alcance de muchos paladares, pero bañados en mantequilla y ajo, me parecían deliciosos.

"Son caracoles", dijo como si fuera obvio lo repugnantes que eran.

"Puedes hacer que cualquier comida suene asquerosa si piensas en ella demasiado tiempo", señalé.

"No, algunas cosas son simplemente asquerosas".

No quería reírme de él, pero sonaba como un niño.

"¿Qué?" Preguntó, mirándome fijamente.

"Nada", intenté recuperar la sobriedad, pero eso sólo lo hizo más gracioso. "Lo siento, es sólo que... Eres Nathan Darby; elegante, sofisticado, bien viajado. Los simples mortales sólo podemos deleitarnos con tu presencia. Pero los caracoles son 'asquerosos'".

Hice comillas con los dedos. Nathan frunció el ceño.

"Hablas como una verdadera chef", dijo de una manera que no sonaba como un cumplido. "Lo juro, la escuela culinaria deforma el cerebro de la gente. De repente es todo, 'oh, ¿qué pasa si hubiera bistec infundido con niebla, y te golpeamos en la cara con un espárrago y lo llamamos una comida?' Es ridículo".

Si Nathan quería que dejara de reírme, ésta no era la forma de hacerlo.

"Vale, pero en lo que respecta a la gastronomía molecular, estoy de acuerdo", dije entre risitas. "Por lo que a mí respecta, eso es un poco de ciencia escolar mezclada con un montón de estafar dinero a gente rica. Pero los escargots son patrimonio, participación en una tradición cultural, celebración del arte y la pasión que definen la cocina francesa".

Nathan parecía apaciguado. Principalmente.

"Aun así, no comeré caracoles", dijo, pero la lucha se le había ido de las manos.

"Y no te obligaré", dije con fingida seriedad.

El camarero llegó y sirvió nuestro vino, que Nathan probó primero. Con la aprobación de Nathan, llenó las dos copas y dijo algo que no entendí.

"¿Estás lista para pedir?" Nathan me preguntó.

Asentí con la cabeza. Aunque era difícil elegir entre los platos, algunos destacaban.

"Comenzaré con los Escargots de Bourgogne de aperitivo", dije, con mi pronunciación francesa sin duda terrible. Nathan me miró mal, pero hice caso omiso. "Y de plato principal, Beef

Bourguignon".

Hablar de vino tinto me había provocado un antojo y no tenía ninguna duda de que la ternera asada a fuego lento con champiñones, cebolla y beicon estaría deliciosa. Tampoco pude resistir las ganas de pinchar a Nathan con los escargots, pero probablemente lo habría pedido de todos modos.

Nathan hizo su pedido en francés, pero pude distinguir las palabras "Foie Gras" y "Confit de pato".

Esperé a que el camarero se hubiera marchado para decirle: "¿No comerás caracoles, pero sí Foie Gras?"

"Como pato, su hígado no es una exageración", se defendió. Yo sólo negué con la cabeza y tomé un sorbo de mi vino.

"Esto está muy bueno", comenté. O a Estados Unidos le estaban enviando vinos de calidad inferior, o simplemente el vino sabía mejor en edificios más antiguos que todo nuestro país, con un acordeón y un contrabajo llenando la sala de música francesa.

"¿Qué te hizo querer ser chef?" Preguntó de repente Nathan.

"Empecé a cocinar muy joven y me gustaba mucho experimentar", le dije, preguntándome si alguna vez entendería lo contenta que me puse cuando mi madre por fin me dejó usar los fogones cuando ella trabajaba en los turnos de noche. Con una despensa limitada, había tenido que ponerme creativa. "Y a los dieciséis trabajé en una charcutería. Fui ascendiendo de lavaplatos, a voltear tortitas, a hacer de todo. El cocinero reconoció mi talento y me recomendó a una escuela culinaria. Probablemente porque siempre le estaba dando la lata para que probara cosas nuevas".

Nathan sonrió: "Espero que no estuvieras intentando poner escargots en el menú".

"No", resoplé. "No creo que nadie quiera sus papas fritas servidas junto a eso".

"Entonces, ¿es tu pasión?" Preguntó ladeando la cabeza.

"Oh, absolutamente", respondí, inclinándome hacia delante en mi asiento. "La comida es expresión, comodidad, cuidado, cultura. Es hermosa".

"Tendrás que cocinar para mí alguna vez", dijo despreocupadamente, pero la sugerencia me heló la sangre. Había una cosa que la comida representaba para mí y que no le había dicho a Nathan: el amor. Y había pasado demasiado tiempo cocinando para mi ex y sin que lo apreciara. A menos que fuera por trabajo, no cocinaba para nadie a menos que pudiera decir que lo hacía de corazón.

"¿Y tú?" Dije, cambiando de tema. "¿Siempre quisiste dedicarte a la biotecnología y la farmacia?"

Las oscuras cejas de Nathan se arrugaron.

"Supongo que nunca pensé en otra cosa", contestó. "Es el negocio familiar; siempre supe que algún día tomaría el relevo de mi padre. Sólo que no pensé que fuera a ser tan pronto".

Podía ver el dolor que ocultaba porque yo misma lo conocía.

"Lo siento. ¿Cuándo falleció?" Pregunté. "En realidad, no tienes que responder a eso. No quiero entrometerme, es sólo que... Mi madre murió hace ahora unos seis años, así que sé lo que es perder a un padre tan joven".

Acababa de terminar la carrera de cocina cuando sufrió un infarto. Tener dos trabajos y el estrés de criar sola a dos hijas le habían agotado el corazón antes de los cincuenta.

"Siento lo de tu madre", dijo en voz baja. Respiró hondo antes de continuar. "Murió hace diez años. Cáncer cerebral. Llevaba mucho tiempo enfermo, venció al cáncer una vez hasta que volvió. Murió el día de mi cumpleaños".

"Oh", jadeé, con los ojos llenos de lágrimas. Puse mi mano sobre la suya. "Lo siento, es horrible. Realmente debes odiar tu cumpleaños, entre eso y la fecha límite para tu herencia".

"Odiar es quedarse corto", se rió. "Aunque tengo que agradecerte que el de este año haya sido mucho mejor".

"¿Qué quieres decir?" Fruncí el ceño.

"La noche que nos conocimos en el club", dijo con una media sonrisa.

"Espera, ¿qué?" Mis ojos se abrieron de par en par. "¿Era tu cumpleaños esa noche?"

"Sí, y sin duda fue el mejor que he tenido en mucho tiempo", dijo. Se lamió los labios y supe que debía de estar recordando aquella noche, igual que yo.

"Me alegro de haber podido ayudar", dije, esperando que la escasa luz de las velas ocultara el enrojecimiento de mis mejillas.

El camarero llegó con platos humeantes y el aroma más divino a ajo y mantequilla.

"Bon Appétit", dijo, dejándonos con el primer plato.

"Esto tiene una pinta increíble", dije. Mi plato era una obra maestra de mantequilla de ajo rociada sobre las conchas de caracol rellenas sobre un lecho de perejil fresco.

"Si tú lo dices", dijo Nathan.

Apartó la mirada cuando clavé un tenedor en una de las conchas.

"¿Seguro que no quieres probar?" Pregunté, disfrutando de burlarme de él.

"Prefiero clavarme este tenedor en el ojo", me dijo, y pensé que incluso hablaba en serio.

El silencio se apoderó de nosotros durante un rato, pero ni siquiera el ambiente tranquilo del restaurante pudo detener mis pensamientos arremolinados. Desde oír hablar del padre de Nathan hasta la revelación de que nos habíamos conocido el día de su cumpleaños, la cabeza me daba vueltas.

"¿Cuál es tu color favorito?" Le pregunté.

Hizo una pausa con un tenedor de comida a medio camino de la boca. "¿Por qué me preguntas eso?"

"Porque estaba pensando en que básicamente no sabemos nada el uno del otro y..."

Quiero conocerte mejor.

"Pensé que probablemente deberíamos saber estas cosas el uno del otro si vamos a convencer a la

gente de que somos pareja".

Nathan asintió y siguió comiendo.

"El verde", dijo, y sus ojos se fijaron en mi vestido nuevo.

"El mío también", sonreí.

La conversación marcó el tono del resto de la velada y, durante la cena, hablamos de música, películas y libros. Nathan sólo leía libros que no fueran de ficción, lo que me pareció una lástima y se lo dije. Yo me inclinaba por las novelas policíacas, que él calificaba de basura.

"Apuesto a que tú también escuchas podcasts de Crimen Real", dijo en tono acusador, señalándome con un tenedor de Confit de pato.

"No, la verdad es que me ponen los pelos de punta", dije con un escalofrío, cortando mi ternera cocinada a fuego lento que estaba tan tierna que se cortaba como la mantequilla. "Mi hermana los escucha todo el tiempo y los odio".

"Lees novelas policíacas", dijo, sacudiendo la cabeza. "¿Qué tan diferente es eso?"

"Hay una diferencia entre realidad y ficción; espero que lo entiendas", dije, poniendo los ojos en blanco. "Además, los misterios de asesinatos nunca son truculentos, y siempre terminan con la justicia prevaleciendo".

"Supongo que puedo verlo", cedió. Lo consideré una victoria.

La conversación fluyó durante toda la noche, sólo se detuvo cuando el camarero vino a recoger nuestros platos y a tomar nuestra orden de postres. Para mí, no había competencia. Tuve que pedir Crème Brûlée, pero Nathan eligió Tarte Tatin, y la tarta de manzana caramelizada parecía absolutamente deliciosa. Hice un montón de fotos para las redes sociales.

"¿Necesitas un rato a solas con mi postre?" Preguntó Nathan sugestivamente.

"Sólo estoy admirando el arte", dije, volviendo mi atención a mi propio postre. Grabé un vídeo de mi cuchara atravesando el azúcar perfectamente caramelizado hasta llegar a las frías natillas de vainilla que había debajo. Probé una cucharadita y no pude evitar que se me escapara un gemido. "Oh, Dios, esto es increíble".

"Empiezo a sentir celos", dijo, la diversión en su voz socavada por la forma en que sus ojos se posaron en mis labios.

"Prueba esto y lo entenderás", le dije.

"Sólo quieres engañarme para que te deje probar el mío", enarcó una ceja.

"Me has pillado", me reí.

Estaba a punto de empujar mi cuenco hacia él, pero Nathan pinchó un trozo de tarta de manzana con un tenedor y me lo ofreció. Me incliné hacia delante y abrí la boca, dejando que me diera de comer. Sus ojos no se apartaban de mis labios.

"Vale, sabe tan bien como parece", dije. Siguió mirándome fijamente, su mirada era como un contacto físico que me calentaba el corazón. Empujé mi cuenco hacia él. "Aquí tienes".

Nathan utilizó el tenedor para sacar un poco de Crème Brûlée. Sus ojos se cerraron un instante.

"Vale, sí, ahora entiendo el gemido pornográfico", dijo.

"No era pornográfico", siseé en voz baja. Estaba segura de que los demás clientes, aunque no hablaran inglés, entenderían esa palabra.

"Claro", contestó, goteando sarcasmo. "Te he oído gemir cuando te corres, y sonaba exactamente igual".

"Ni de cerca", insistí.

"Ajá".

Me metí otra cucharada en la boca y no pude evitar que se me cerraran los párpados.

"Nada sugerente", dijo.

"Cállate".

Cuando Nathan pagó la cuenta, deseé que la noche no se acabara. Tal vez fuera el desfase horario, pero a pesar de no haber dormido nada en el avión, según el reloj de mi cuerpo, eran las tres de la tarde en casa.

"¿Quieres volver andando al hotel?" Le pregunté. "No está lejos".

"Sí, por supuesto", aceptó con facilidad. Fuera, Nathan despidió al chófer por esta noche y nos pusimos en marcha por la calle adoquinada. Nuestro hotel estaba en la parte más antigua de la ciudad, a pesar de su interior lujoso y contemporáneo.

"Esto es precioso", comenté mientras caminábamos entre los cálidos charcos de farolas doradas.

"Lo es", dijo. "Había olvidado lo mucho que me gusta esta ciudad. Solíamos venir aquí siempre. Supongo que me acostumbré".

"Tiene sentido", me encogí de hombros. "Los turistas vienen a Nueva York todo el tiempo y se maravillan con cosas que nosotros pasamos todos los días y no miramos dos veces".

"Quedarse embobados, querrás decir", se rió. "Y atascar las aceras".

"Y caminan tan condenadamente despacio", me quejé.

"¿Verdad? Si vas a pasarte el tiempo mirando hacia arriba, al menos ponte en el lado en el que no causes problemas a nadie".

Solté una risita.

"¿Qué?" Preguntó.

"Estaba pensando en la visita al Arco del Triunfo. Me pasé todo el rato mirando hacia arriba. Si había algún parisino allí, seguro que me odió por eso".

Se rió entre dientes: "Supongo que los turistas son iguales en todas partes; es sólo cuestión de perspectiva".

"Sí", murmuré, echando una mirada furtiva a Nathan mientras nos acercábamos al hotel. Nunca imaginé que me divertiría así con él. "Gracias por lo de hoy".

"No fue nada", se encogió de hombros, sin darse cuenta de lo mucho que significaba para mí. Mi primera vez fuera del país no podía haber sido mejor. "Mañana veremos mucho más. Y tendremos las fotos que lo demuestren, para que todo el mundo sepa que hemos pasado un fin de semana romántico en París".

Asentí con la cabeza y aparté la mirada un momento. Para él esto no era más que un acuerdo; tenía que recordarlo.

"Esas dependientas de antes", dije, cambiando de tema. "¿Qué les dijiste para que fueran amables conmigo?"

Nathan sonrió: "Les dije que iba a pedirte matrimonio esta noche y que si alguien hacía infeliz a mi futura prometida, me aseguraría de que dejara de tener trabajo".

Mis ojos se abrieron de par en par.

"Sinceramente", continuó Nathan, "creo que solo el comentario de la proposición podría haber bastado, pero quería asegurarme de que te trataran con el respeto que merecías, aunque fuera una amenaza vacía".

Me puse la mano sobre el corazón y me froté el pecho.

"¿Qué?" Preguntó Nathan, dándose cuenta de mi reacción.

"Supongo que no estoy acostumbrada a que alguien me defienda así", dije. "O a nada de esto en realidad. Viajar, ser mimada".

Nathan se detuvo un momento.

"Bueno", dijo, aclarándose la garganta. "Te lo mereces".

No supe qué responder, así que entramos en el hotel y subimos en silencio en el ascensor hasta la suite del ático. En el pasillo entre nuestras dos habitaciones, nos detuvimos. Los ojos de Nathan me acariciaron, esa mirada hambrienta volvió a su rostro. Por un momento, pensé que intentaría seducirme.

"Buenas noches, Erica", se dio la vuelta y desapareció en su habitación, dejándome de pie y mirando la puerta cerrada.

Con el corazón acelerado, hice lo mismo y me apoyé en la puerta una vez que estuve a salvo en mi habitación. Solté un largo y profundo suspiro.

Tengo que recomponerme. No debería decepcionarme que se atenga a las condiciones que yo puse.

Era natural dejarse llevar por el momento durante un segundo.

Las docenas de bolsas con ropa nueva se agolpaban en mi habitación y me distraía revisándolas. Ir de compras había sido abrumador, pero ahora que estaba viendo todo mi vestuario nuevo, no podía ignorar la emoción del entusiasmo, sobre todo porque compartiría la ropa con Ivy y Carly.

Había una bolsa en la que no había reparado en el torbellino de compras. La abrí y un mar de encajes y sedas negras, rojas y blancas me devolvió la mirada. Frunciendo el ceño, saqué las prendas de la bolsa. Lencería. La lencería más bonita y suave que jamás había visto.

La metí de nuevo en la bolsa. Nathan me había comprado lencería, y había juzgado mi talla a la perfección. Recordé cómo me había tocado, cómo me había quitado el sujetador y las bragas aquella noche en que nos conocimos. Echaba de menos el contacto de sus dedos, sus labios, su lengua...

Nathan era increíblemente atractivo y el mejor sexo que había tenido nunca. Pero yo había puesto las reglas por una razón, y necesitaba recordar que esto no era más que un trabajo. Además, sólo tenía otra persona con quien compararlo, y mi ex apenas atendía a mis necesidades. Probablemente estaba exagerando las habilidades de Nathan, exagerándolas en mi cabeza.

Sabía que lo último era mentira, pero me aferré a ello por mi cordura.

Capítulo 12

Nathan

Erica iba a acabar conmigo. Salió de su habitación con un vestido de gasa azul grisáceo, el escote más bajo que nunca le había visto. Uno de los vestidos que le había comprado ayer. Sus pechos asomaban por encima y se movían ligeramente al andar. Quería llevarla a su habitación, tirarla en la cama y enterrar mi cara entre sus preciosos pechos. O mejor aún, entre sus piernas.

Tal vez debería haber elegido algo más modesto para ella.

"¿Vamos primero al Louvre?" Preguntó, sin darse cuenta del efecto que causaba en mí. De alguna manera, eso sólo me hizo desearla más. Iba a ser un día largo.

"Sí", dije, metiéndome las manos en los bolsillos para no apretarla contra la pared.

Desayunamos en una típica cafetería francesa al final de la calle del Louvre. El café era fuerte y los cruasanes mantecosos, y mantuve la mirada fija en la calle mientras comíamos porque no podía aguantar otra exhibición de Erica. Parecía tan a punto de correrse cuando comía bien que me costó toda mi fuerza de voluntad no cogerla allí mismo, en público. El hecho de que fuera tan inocente no ayudaba lo más mínimo.

"¿Qué quieres ver primero?" Pregunté cuando terminamos de desayunar y nos dirigimos a la pirámide de cristal de la entrada.

"¡La Mona Lisa!" Dijo, radiante. "Siempre he querido verla en persona".

"Te vas a decepcionar", no pude evitar señalar. Recordé haber visto el cuadro por primera vez. Yo había tenido alrededor de siete años; incluso antes de que Robbie hubiera nacido. Papá me había levantado y se había reído cuando no me había impresionado. "Siempre está muy concurrido, y el cuadro es más pequeño de lo que te imaginas".

No me gustó cómo se desinfló Erica.

"Sigo queriendo verla", murmuró. "No puedo venir a París, ir al Louvre de verdad y no ver el cuadro más famoso que hay".

"Cierto", concedí. "Iremos allí primero. Tal vez venceremos a las multitudes".

Sonrió y la opresión de mi pecho se relajó.

Una vez dentro, guié a Erica por las salas, pero no tan rápido como me hubiera gustado. No dejaba de detenerse para admirar los cuadros de los antiguos maestros: Da Vinci, Rembrandt, Vermeer... Todos merecían más de una pausa. Casi había olvidado lo poderoso que era estar en presencia de los cuadros. Hacía una década que no visitaba París.

Cuando por fin entramos en la sala donde se exponía La Gioconda, Erica me agarró del brazo.

"Es precioso", dijo.

El enigmático cuadro nos devolvía la mirada por encima de la bulliciosa multitud de gente, retándome a retractarme de mis palabras.

"¿Quieres acercarte?" Pregunté.

"Oh, no, está bien", dijo ella, pero sus ojos no se habían apartado del cuadro.

"Ven", la cogí del brazo y la guié entre la multitud. Se separó fácilmente. No me detuve hasta que estuvimos delante, junto a la barandilla. "Es más impresionante cuando realmente puedes ver el cuadro a esta distancia en lugar de estar de pie allá atrás".

"Lo es", aceptó asombrada. Sus ojos escudriñaron el cuadro, viendo en él un significado que a mí se me escapaba. "Nunca pensé que llegaría a ver esto. Ni París. Gracias, Nathan".

Me aclaré la garganta. "No es nada".

Los ojos de Erica se clavaron en mí y sentí el peso de sus palabras.

"Quizá deberíamos hacernos un selfie, parece algo que haría la gente enamorada", añadí.

"Por supuesto", aceptó en voz baja.

Saqué mi teléfono y la rodeé con el brazo. Estaba tan calentita a mi lado y sus suaves pechos me apretaban. Incliné el teléfono para que tanto el cuadro como nosotros saliéramos en el encuadre.

"¿Me la enviarás?" Preguntó Erica cuando nos separamos. "Me gustaría conservarla. Ya sabes, como recuerdo por haber visto a La Mona Lisa".

"Sí, no hay problema", dije, enviando la foto en ese momento. Más tarde colgaría la foto en las redes sociales. "¿Quieres ver más?"

"Por supuesto", sonrió.

Ver el Louvre a través de los ojos de Erica fue una experiencia totalmente diferente. Nada le aburría y apreciaba cada momento. Me hizo darme cuenta de lo gris que había sido mi vida últimamente. O estaba en el trabajo o buscando a alguien con quien enrollarme. No es que esas noches no fueran agradables -dos semanas sin sexo empezaban a pesarme-, pero la rutina era sólo eso: una rutina. Y no era sólo reverencia lo que traía al museo.

"Dios mío", resopló. "¿Ves ese gato en el cuadro de ahí?"

Entrecerré los ojos y miré el cuadro, una obra medieval con connotaciones religiosas. Lo vi, escondido en un rincón tras un montón de sábanas bellamente pintadas.

"¿Se supone que eso es un gato?" Pregunté, incrédulo.

"¿Eso creo?"

"Parece como si le hubieran puesto una cara humana a una ardilla", sacudí la cabeza.

Erica soltó una risita, pero dijo: "Quiero decir, no es como si yo pudiera pintar algo mejor".

"Claro, pero ¿cómo pueden acertar tanto con la gente y luego fallar tan estrepitosamente con un gato?"

"No tengo ni idea", dijo.

Empezamos un juego, recorrimos el museo buscando las peores representaciones de animales, riéndonos tanto que los otros turistas empezaron a mirarnos mal.

"Vas a conseguir que nos echen", dijo Erica, sujetándose los costados mientras se reía.

"¿Yo? Fuiste tú quien empezó esto", dije, me dolía la cara de sonreír.

"De todas formas", dijo, tratando de calmarse.

"Haré una gran donación y probablemente se olvidarán de todo", señalé mientras pasábamos a la siguiente sección del museo. Ante nosotros, la escultura de Venus de Milo se alzaba con los pechos desnudos, el mármol tan finamente trabajado que parecía piel.

"Esto sí que es arte", dije mirando la antigua escultura.

"No es que no esté de acuerdo contigo, porque esto es increíble, pero es la primera pieza que te ha gustado exteriormente, y creo que sé por qué", dijo Erica, dirigiéndome una mirada cómplice.

"¿Por qué dices eso?" Pregunté tan inocentemente como pude.

Erica negó con la cabeza y seguimos caminando. Me mordí la lengua mientras pasábamos por delante de una notable cantidad de desnudos. Pero cuando nos topamos con una estatua de Zeus, no pude callarme.

"Uno pensaría que le habrían hecho la polla un poco más grande. Es el rey de los dioses", comenté, sintiendo un gran placer cuando las mejillas de Erica empezaron a sonrosarse.

"No creo que los antiguos griegos lo vieran de la misma manera", dijo, con la voz un poco tensa.

"Hacían todo tipo de cosas pervertidas", insistí. "Tenían un dios llamado Príapo. Todo lo suyo eran pollas. Pollas erectas. Deberías ver las estatuas de él; tiene esta enorme..."

"Quieres dejar de hablar de... de...", susurró la siguiente palabra, "penes. Estamos en el Louvre".

"Acabamos de pasar por delante de una veintena de estatuas desnudas, no creo que la palabra polla o pene sea lo más escandaloso que hay aquí. ¿Has visto la escultura del Hermafrodito Durmiente?"

Me encantaba ver a Erica retorcerse. Sólo deseaba que fuera en mi cama en lugar de delante de un Zeus de baja dotación.

Me fulminó con la mirada y lo único que hice fue devolverle la sonrisa, serena.

"Entonces, todo lo que estoy tratando de decir", dije, volviendo a mi punto anterior, "es que uno pensaría que el rey de los dioses la tendría más grande".

"Bueno, supongo que no todo el mundo puede ser como tú", dijo ella, cuyos ojos se abrieron de repente al darse cuenta de lo que había dicho. Su cara pasó del rosa al rojo.

Podría haberle dicho una docena de cosas, desde preguntarle si quería un repaso de lo grande que yo la tenía, hasta preguntarle cuántas pollas había visto para poder hacer semejante afirmación. Conocía su historia sexual, pero de repente tenía preguntas.

¿Ella ve porno?

Tal vez fuera el entorno, o la forma en que Erica parecía querer que se la tragara el suelo, pero en lugar de eso, respondí: "Lo que oigo es que soy mejor que un dios".

Eso le permitió reír y sacudir la cabeza: "Por supuesto que así lo interpretarías".

"No veo otra forma de hacerlo", me burlé de ella.

"Creo que ya es suficiente arte por hoy", resopló de buen humor.

"Vale, si ya has tenido bastante comparando, podemos seguir adelante", me reí mientras ella ponía los ojos en blanco.

Nos dirigimos a la salida y salimos al sol radiante. Los últimos días de junio en París eran realmente hermosos. Atravesamos la plaza, nos cruzamos con multitud de turistas que hacían fotos y con un hombre que tocaba el violín para pedir monedas.

"¿Llevas algo de dinero encima?" Preguntó Erica. "Normalmente intento dar a los artistas callejeros, pero no he podido conseguir euros para el viaje".

"Claro", dije, aunque no era algo que tuviera por costumbre hacer. Eché cincuenta euros en el sombrero y el hombre dejó de tocar bruscamente. Intentó decirme que me había equivocado al darle tanta propina, pero le aseguré que debía quedársela. Me gustó cómo me sonrió Erica después de aquello.

Nos alejamos de la música juguetona, con la mente puesta en el almuerzo y en nuestro próximo destino, la torre Eiffel.

"Hacen una pareja preciosa", dijo un hombre con marcado acento francés. Estaba delante de un caballete con ejemplos de caricaturas clavados en el exterior de un lienzo en blanco.

"Gracias", dijo Erica cortésmente.

Le puse la mano en la espalda, decidido a alejarla. Como en cualquier ciudad, en París abundan los estafadores y los que cobran precios desorbitados por chorradas turísticas.

"Me encantaría pintarles", dijo, como yo esperaba.

"Lo siento, pero no..." Empecé a decir, pero Erica no era receptiva a mi dirección.

Me miró con sus ojos de cierva. "¿Podemos?"

Reprimí un suspiro y dije: "Claro, ¿por qué no?"

El hombre asintió agradecido y nos indicó que tomáramos asiento. El pequeño banco que nos había proporcionado era pequeño, lo que obligaba a Erica a sentarse casi encima de mí. No era una postura que me molestara, excepto porque llevaba todo el día con los pelos de punta con Erica dando vueltas con aquel vestido y por la forma en que me había burlado de ella.

"Siempre he querido uno de estos", soltó, inclinándose hacia mí. De repente, ya no me importaba tanto.

Al otro lado de la plaza, un padre balanceaba a un niño pequeño en el aire mientras éste reía a carcajadas. Reboté la pierna hacia arriba y hacia abajo.

¿Cuánto tiempo va a llevar?

Sentí un suave toque en la rodilla y miré hacia abajo para ver la pequeña mano de Erica. Me miró interrogante y me callé. Sin embargo, no dejó de fruncir el ceño y no quise que su caricatura reflejara otra cosa que no fuera su alegre sonrisa. Me incliné para susurrarle al oído.

"Pene".

Sentí más que oí su risita.

"Polla".

"Basta", siseó en voz baja.

"Picha".

"Nathan", me regañó.

Me reí y, al cabo de un momento, se unió a mí, inclinándose hacia mi dirección mientras se estremecía.

"Eres terrible", dijo, secándose los ojos. Lo tomé como un cumplido.

El artista terminó con una floritura y nos mostró su cuadro. Era mucho menos caricaturesco de lo que imaginaba, un dulce retrato de Erica y yo girados el uno hacia el otro. Parecíamos una pareja de verdad. Era bueno saber lo convincentes que éramos.

"Oh, es hermoso", dijo Erica. "Gracias. Gracias".

Pagué al artista y le di el doble de propina. Por un retrato tan bueno, en realidad cobraba poco. Enrolló el cuadro y lo metió en un tubo de cartón para guardarlo. Estuve a punto de quedármelo, la obra encajaría en mi salón con los tonos apagados que había utilizado, pero se lo entregué a Erica.

"Ahora puedes decir que tienes un cuadro de París", le dije, y su sonrisa valió mucho más que lo que había pagado por el cuadro. No hacía feliz a mucha gente. En el trabajo, apagaba fuegos y pedía cuentas a la gente. Con mi familia hacía más o menos lo mismo. Desde luego, siempre me aseguraba de que las mujeres con las que me acostaba estuvieran satisfechas, pero aquí había algo diferente. Algo en la forma en que Erica podía iluminar una habitación me hacía querer seguir complaciéndola. Tal vez porque parecía tan inocente.

"¿Adónde vamos ahora?" Preguntó.

"Iremos a almorzar, luego a la Torre Eiffel", dije, empezando a caminar en dirección al restaurante que había elegido para almorzar. "Deberíamos tomar más fotos allí, realmente vender el ángulo de pareja".

Durante el almuerzo me torturó una vez más la afición de Erica por la comida. Si fuera cualquier otra persona, sospecharía que intentaba seducirme, provocarme para que la follara. No estaba seguro de que nada me hiciera sentir tanta pasión y placer fuera del sexo, como lo que Erica sentía por la comida. Me hacía apreciar más la comida y prestar más atención a la forma en que los sabores y las texturas trabajaban en tándem, incluso con algo tan simple como un sándwich de rosbif.

Al caer la tarde, nos dirigimos a la Torre Eiffel. Erica se quedó mirando la estructura de hierro.

"Es preciosa", me dijo, y al igual que con su amor por la comida, su disfrute me hizo apreciar de nuevo cosas que daba por sentadas. Había visto la Torre Eiffel infinidad de veces, pero nunca así, a través de los ojos de otra persona que la veía por primera vez.

"¿Quieres subir?" Pregunté.

"¿Podemos?" Dijo, con sus ojos ámbar brillantes de emoción.

Asentí y nos pusimos a la cola para coger el ascensor. Por suerte, no había mucha gente, y llegamos arriba cuando el sol bajaba y bañaba París de luz dorada.

"Esto es perfecto para las fotos que tenemos que hacer", comentó Erica. Saqué mi teléfono y la acerqué, con la vista de París de fondo. Cuantas más fotos sacaba, más natural me parecía.

"Deberíamos tomar más cuando volvamos a bajar", sugerí. "Iluminan la torre por la noche y sería un buen telón de fondo".

"Me parece perfecto", dijo ella, con sus labios rosados curvándose en una sonrisa.

Contemplamos la puesta de sol desde la cima y bajamos en ascensor en un cómodo silencio. Una vez que encontramos un lugar lo suficientemente lejos como para ver la torre, las luces se habían encendido, creando un contorno brillante de esta misma.

"De noche es aún más impresionante", dijo frotándose los brazos desnudos con las manos.

"¿Tienes frío?" Pregunté.

"Un poco", se encogió de hombros. "No es para tanto".

Ojalá hubiera traído una chaqueta, pero el día había sido demasiado cálido para ello.

"Ven aquí, podemos hacer varias cosas a la vez. Te calentaré mientras hacemos las siguientes fotos", sugerí, abriendo los brazos.

Erica vaciló, pero se echó a mis brazos abiertos y dejó que la envolviera en ellos. Se relajó y emitió un sonido de satisfacción en el fondo de su garganta.

"Mmm, qué bien", dijo con un suspiro de felicidad.

Nos quedamos así un momento antes de que ella añadiera: "Ni siquiera has sacado el móvil".

"No podemos permitir que tengas un aspecto frío y miserable en nuestro fin de semana romántico", señalé.

"No me sentía miserable", murmuró contra mi pecho.

"Bien, triste", le ofrecí. Ella sólo se rió en respuesta.

La verdad era que me había parecido adorable, y quería que se acabara. Estábamos aquí con un propósito y no podía perderlo de vista. La sugerencia de mi tío de que empezaría a buscar un sucesor me había hecho comprender lo rápido que tenía que hacerlo.

"Tenemos que subir la apuesta con estas fotos", dije, sacando mi teléfono. "Asegúrate de que no

haya dudas sobre lo que está pasando entre nosotros".

"¿Y cómo vamos a hacer eso?" Preguntó Erica, apartándose de mí. Intenté no perderme la suavidad de su cuerpo.

"Bésame", le dije, saboreando la forma en que sus ojos se abrían de par en par. Su sorpresa se vio atenuada por un destello de deseo.

"Nathan", dijo, convirtiendo mi nombre en súplica y reprimenda al mismo tiempo.

"Nadie que me conozca creerá que te llevé a París y mantuve las cosas castas", señalé. "Si estuviera tratando de seducirte, no jugaría".

Respiró hondo, temblorosa. Sus ojos se clavaron en mis labios.

"De acuerdo", aceptó. "Un beso".

Coloqué mi teléfono de forma que la Torre Eiffel quedara enmarcada en el fondo y me incliné para besarla. Hice la foto cuando nuestros labios se encontraron, sin intención de ir más allá, por mucho que lo deseara. Pero entonces los labios de Erica se separaron como una invitación, y mis cuidadosos planes se evaporaron. Me abalancé sobre ella, le cogí la cara y capturé sus labios en un beso abrasador. Bajé el brazo y dejé el móvil a mi lado mientras nuestros labios se deslizaban juntos. Erica me devolvió el beso con la misma pasión y me rodeó el cuello con las manos.

¿Cómo he podido resistirme a ella tanto tiempo?

Erica

Me perdí en el beso de Nathan, el deseo que había estado latente todo el día salió a la superficie como una erupción volcánica. La fuerza me asustaba, pero no podía detenerme, no mientras los labios de Nathan se deslizaban contra los míos, su lengua me provocaba con breves lametones que me dejaban lista para suplicar más.

Se apartó, sus ojos azules llenos del mismo deseo que yo sentía.

"Te dije que sólo tenías que pedirlo", dijo Nathan. "Podemos hacer que el próximo año sea divertido. Sólo tienes que decirlo".

Pero el aire fresco de la noche era aleccionador, y el recordatorio de que esto no era más que un contrato me dejó más fría. Yo era conveniente, y Nathan estaba acostumbrado a tener mucho más sexo que yo. No era a mí a quien quería, sino al sexo.

"No puedo", dije, aunque mi pulso seguía acelerado por el beso. "Lo siento".

Nathan soltó un suspiro, pero asintió.

"Volvamos al hotel", dijo. "Tenemos lo que necesitábamos".

El viaje de vuelta fue silencioso y, por mucho que intentara distraerme, el beso seguía sonando en bucle en mi cabeza. No sabía si me había equivocado al rechazar a Nathan. Lógicamente, sabía que tenía que ser fiel a mis principios. Era fácil dejarse llevar por el romanticismo de París y la atracción que sentía por Nathan. Pero era mejor que no nos dejáramos llevar por nuestros deseos y no atravesáramos los límites. En poco más de un año, tomaríamos caminos separados, y no quería confundir lo que estábamos haciendo.

Sólo deseaba que mi cuerpo captara el mensaje. Incluso cuando nos dimos las buenas noches y me escapé a mi habitación, no podía dejar de pensar en Nathan. Me toqué los labios con las yemas de los dedos, el eco de su beso aún persistía.

"Esto es ridículo", murmuré para mis adentros.

Me puse el pijama y me acurruqué en la cómoda cama. Pero el sueño no llegaba. Cada vez que cerraba los ojos, me imaginaba a Nathan. No sólo esta noche, sino aquella primera noche que compartimos en un hotel no muy distinto de éste.

"Sé cómo hacer que te relajes".

Eso me había dicho Nathan antes de enterrar su cara entre mis piernas. Me estremecí al recordarlo y sentí un cosquilleo al imaginarme a Nathan, con su pelo oscuro moviéndose mientras me acariciaba con la boca.

Me puse de lado y mullí la almohada. Estos pensamientos no me ayudaban. Necesitaba despejarme y dormir. Pero un dolor crecía en mi interior y las visiones de Nathan se sucedían

con rapidez.

Enterré la cara en la suave almohada, pero eso sólo me trajo más recuerdos.

"No te escondas de mí".

Me sonrojé al recordar cómo me había hecho ver cómo me daba placer. Con él era otra persona, atrevida y sexual. No sabía cómo había encontrado la fuerza para resistirme a él esta noche cuando era tan embriagador.

Apreté las piernas y balanceé las caderas, pero no conseguí el alivio que buscaba. Introduje la mano en el pantalón del pijama y me mordí el labio al notar lo mojada que estaba.

"Tu coño se siente tan bien".

Toqué donde él había tocado, pasando los dedos por mis pliegues y rodeando mi clítoris. Imaginé sus manos, sus dedos más gruesos que los míos, trabajándome como si supiera exactamente lo que me gustaba.

Se me escapó un gemido y me quedé helada. No había hecho mucho ruido, pero Nathan estaba al otro lado del pasillo. Agucé los oídos, pero no oí nada.

A Nathan también le afectó nuestro beso. ¿Se está tocando como yo?

Casi no quería adularme pensando que lo hacía, pero las imágenes que me venían a la mente eran demasiado buenas para no disfrutarlas. Sus grandes manos alrededor de su polla aún más grande.

Me di la vuelta, tumbada boca arriba, y me quité los pantalones. Me froté el clítoris y balanceé las caderas, dejándome deslizar sobre mis dedos mientras imaginaba a Nathan masturbándose. ¿Y si estuviera aquí, mirándome?

La traviesa idea me hizo estremecerme de deseo. ¿Podría ser tan atrevida? Si lo fuera, podría montar un espectáculo para él. Abriría más las piernas, introduciría los dedos y le haría ver cuánto lo deseaba. Se agarraría más fuerte y diría: *"Eso es, fóllate con los dedos para mí".*

Me estremecí al imaginármelo dándome instrucciones. Cómo me diría que fuera más despacio o más deprisa. Que añadiera otro dedo o me frotara el clítoris con la otra mano. Se acariciaría más rápido, a mi ritmo. ¿Me dejaría correrme o me haría esperar como en aquella habitación de

hotel? Insistiría en que fue él quien me hizo llegar al orgasmo.

"Suéltate para mí; muéstrame lo bien que te hago sentir".

Me mordí un gemido y moví los dedos más deprisa, mis muslos se cerraron alrededor de mis manos y apretaron. Si él estuviera aquí, probablemente me ordenaría que abriera las piernas. La idea me hizo retorcerme contra la cama. Estaba tan cerca.

Recordé cómo era correrse sólo con su polla. Me había empujado a un terreno desconocido y me había mostrado algo que no sabía que era posible.

Volví la cara hacia la almohada para ahogar mis gemidos. Estaba tan cerca.

"Córrete para mí".

Las palabras de Nathan retumbaron en mi cabeza justo cuando me llegó el orgasmo. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no hacer ruido mientras me agitaba contra mis manos y deseaba que fueran las de Nathan. Me froté el clítoris hasta que estuve demasiado sensible y me relajé lentamente en la cama, con la respiración agitada.

La niebla de mi excitación empezó a disiparse y volví a ponerme los pantalones del pijama. Me hice un ovillo, abrazando la otra almohada y sintiendo lo vacía que estaba la cama. Mañana volábamos a casa, y yo no estaba preparada para dejar París y volver al mundo real.

No fueron sólo las experiencias y la forma en que probablemente podría pasar semanas deambulando por las calles y probando toda la increíble comida francesa. Era la compañía de Nathan. Me lo había pasado mejor con él en los dos últimos días que en toda mi vida.

¿Estoy siendo una idiota al resistirme a él?

Sólo llevábamos dos semanas de acuerdo y las cosas ya se estaban poniendo difíciles. Pero la lujuria no era razón suficiente para que cediera. Todo esto era tan nuevo. Y París era un cuento de hadas, lo que hacía más difícil entrar en razón. Los sentimientos se desvanecerían.

Probablemente.

Capítulo 13

Erica

En las dos semanas siguientes a nuestro viaje a París, no supe mucho de Nathan, salvo para hablar de la próxima gala de entrega de premios a la que quería que asistiera con él. La distancia me ayudó a recordar cuál era el objetivo de nuestro acuerdo y me alegré de no haber cedido a mis deseos.

Al menos, eso me decía a mí misma cada vez que miraba la lencería que me había comprado Nathan o el cuadro que habíamos comprado a la salida del Louvre y que aún no me había atrevido a colgar.

Nathan vino a recogerme en su coche y me encontré con él en la calle, con el vestido de seda ciruela que me había comprado en París. Había pensado en ponerme el vestido verde, mucho más revelador, pero me acobardé. Además, el vestido ciruela me permitía llevar uno de los sujetadores que Nathan me había comprado. Me preguntaba si él sabía que el estilo multiway era perfecto o si había sido una casualidad. El satén burdeos se ocultaba perfectamente bajo el cuello halter del vestido.

"Estás preciosa; el vestido te sienta bien", dijo Nathan, abriéndome la puerta del coche.

"Gracias", dije, recordando cómo Nathan había disfrutado viéndome probarme los vestidos. Especialmente el verde, que había llevado sin sujetador. París me parecía un sueño, y había sido más fácil sentirme liberada allí. Me alegraba de haber mantenido la cabeza fría al final, aunque era más difícil creerlo cuando Nathan llevaba esmoquin.

"Tú también estás genial".

La sonrisa de Nathan como respuesta hizo que mi corazón latiera un poco más rápido.

Una vez de camino al evento, me di cuenta de que sabía muy poco sobre este.

"¿Para qué es exactamente la gala de entrega de premios?" Pregunté mientras cruzábamos el puente de Queensboro y entrábamos en Manhattan.

"Es por la excelencia en ingeniería farmacéutica y biotecnológica", explicó Nathan, ajustándose los gemelos de oro mientras miraba por la ventana. "Darby BioTech ha sido nominada a Dispositivo Médico Innovador del Año. Llevamos todo el tiempo que llevo como Director General desarrollando un dispositivo neurológico portátil y lo hemos lanzado el año pasado. Monitoriza la actividad cerebral y permite la detección precoz de anomalías".

No sabía mucho de medicina y menos aún de tecnología, pero no podía evitar preguntarme si la enfermedad del padre de Nathan le habría inspirado.

"Suena increíble; Eso tiene que cambiar la vida de las personas que lo necesitan", dije, observando el perfil de Nathan. Tenía los labios fruncidos e incluso de perfil podía ver la tensión alrededor de sus ojos. No respondió a mi comentario. "¿Estás nervioso por ganar?"

Nathan me miró con una ceja levantada.

"En absoluto", dijo, pasándose la mano por la barba incipiente.

"Espero que ganes".

Nathan se limitó a encogerse de hombros. "Ya veremos".

Cuando llegamos al exterior de la gala, mis ojos se abrieron de par en par. Se parecía más a los Oscar que a unos premios médicos de los que probablemente nadie fuera del sector había oído hablar. Una alfombra roja recorría el recinto y hombres y mujeres elegantemente vestidos entraban en el vestíbulo con aspecto de estrellas de primera fila.

Salí del coche tras Nathan y me cogió del brazo.

"¿Estás lista? Me preguntó, notando la sorpresa en mi cara.

"Sí", dije, agarrándole el brazo un poco más fuerte. Si el partido de polo había estado fuera de mi zona de confort, esto estaba en otro planeta completamente distinto.

Atravesamos la gran entrada de la gala de entrega de premios y nos adentramos en un reino de glamour. El lugar estaba adornado con detalles dorados y brillantes lámparas de araña, y una amplia escalera decorada con exuberantes arreglos florales conducía al salón de baile donde tendría lugar la ceremonia de entrega de premios.

La sala estaba bañada por un cálido resplandor dorado, con mesas cubiertas de mantelería blanca y vajilla reluciente. El escenario era el centro de atención bajo una cascada de luces.

Un camarero se acercó con una bandeja llena de copas de champán. Nathan cogió dos copas y me dio una a mí.

"Gracias", murmuré, sin dejar de mirar el hermoso local y la gente que lo llenaba. Ya entendía por qué Nathan había hecho caso omiso de mis sugerencias de ir de compras a unos grandes almacenes. Con mi vestido de diseño parisino, encajaba perfectamente. Excepto que, a diferencia del resto de las mujeres, no llevaba joyas. Casi deseaba ponerme los pendientes de diamantes de mi madre, pero siempre había pensado que sólo debían llevarse en ocasiones muy especiales.

Nathan habló con varias personas conocidas, presentándome siempre como su novia. Las reacciones iban del interés más cortés a la sorpresa más absoluta.

Después de terminar la copa de lo que sabía a champán muy caro -si las notas de brioche y la cremosidad en boca eran algo a tener en cuenta- y sonreír durante más presentaciones de las que podía contar, empecé a sentirme un poco más cómoda en mi entorno.

"¿Vienes a muchos eventos como éste?" Le pregunté a Nathan durante una pausa en la charla.

"Por suerte, no", dijo, alisándose las manos sobre la chaqueta. "Mi tío suele encargarse de esto, especialmente la parte de networking. Tiene todas las conexiones gracias a haber trabajado junto a mi padre desde el principio. Creo que muchos de estos tipos todavía me consideran el joven advenedizo que no tiene nada que hacer al frente de la empresa".

No había pensado mucho en el aspecto profesional de la vida de Nathan. Estaba acostumbrada al Nathan encantador y vividor. Aquí no estaba menos seguro de sí mismo, pero el legado de su padre se cernía sobre él.

"Supongo que les has demostrado lo contrario", dije con una sonrisa. "No te habrían nominado si no estuvieras haciendo un buen trabajo".

"Quizá si llego a ganar", dijo irónicamente.

"Entonces, ¿tenías veinticuatro años cuando te hiciste cargo?" Pregunté, cuestionándome cómo sería entonces. No podía imaginarme asumir ese tipo de responsabilidad ahora, y mucho menos a esa edad. Apenas había manejado mi negocio de catering, y que mi ex me lo quitara era una prueba de lo poco cualificada que estaba. Sabía que no tenía que ser nada comparado con una empresa enorme como Darby BioTech.

"Si te lo puedes creer", se rió Nathan. "Apenas distinguía mi culo de mi codo".

"Esa parte no me la creo", dije, sacudiendo la cabeza con una sonrisa. "Seguro que el *Nathan Darby* nació vestido de traje y entró directamente en la sala de juntas".

"¿Al igual que Erica Miller nació chef de *Cordon Bleu*?"

"Difícilmente", me reí. "Seguía una dieta de bocadillos y macarrones con queso en caja de otras marcas hasta que probablemente cumplí los quince años".

Los ojos de Nathan se arrugaron de diversión, pero nuestra conversación se vio interrumpida por una mujer que se acercaba a nosotros.

"¿Nathan?" Preguntó como si ya supiera la respuesta. "Sabía que eras tú".

La mujer llevaba un vestido azul con un escote pronunciado que dejaba muy poco a la imaginación. Llevaba el pelo rubio recogido en un elegante recogido francés que dejaba ver sus pendientes de diamantes y zafiros.

A diferencia de las otras personas con las que Nathan había hablado, no había ninguna sonrisa cortés en su rostro. Sus hombros se tensaron y su boca formó una fina línea.

"Jennifer", dijo; su voz como acero frío. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Sonrió, pero sus ojos grises permanecieron fríos.

"Lo mismo que tú, supongo", dijo con el tono que tiene alguien que conoce un secreto divertido. "Dispositivo médico innovador del año. Si no recuerdo mal, ¿tú también estás nominado?"

Nathan apretó la mandíbula y la fulminó con la mirada.

¿Qué me estoy perdiendo?

"¿No está el tío John para cogerte de la mano?" Preguntó.

Nathan cerró las manos en puños: "No, no está".

Sea lo que sea, parece personal.

"La última vez que lo comprobé, Nathan era el Director General de Darby BioTech", señalé, con los pelos de punta.

Jennifer apartó la mirada de Nathan y me miró como si yo no fuera más que un insecto molesto. "¿Y tú eres?"

"Erica Miller", dije, obligándome a mantenerme firme. "Soy la novia de Nathan".

Los labios de Jennifer se crisparon, una grieta en su máscara fría y perfecta.

"¿Novia?" Repitió como si no pudiera creérselo. "¿Y qué es lo que haces?"

Quería marchitarme bajo su mirada, pero Nathan irradiaba tensión y yo no estaba dispuesta a derrumbarme a su lado.

"Soy cocinera", respondí, omitiendo la parte en la que tomaba un descanso de mi oficio y era la novia falsa a tiempo completo de Nathan.

"Ah, eso lo explica", dijo, mirándome de arriba abajo. "Sí, eres mucho más de la velocidad de Nathan".

Estaba claro que lo decía como un insulto, pero me costó tomármelo como tal.

"Sí, lo soy", dije, tomando la mano de Nathan y desenroscando sus dedos fuertemente apretados. Él rodeó la mía como si fuera un tornillo de banco.

Quienquiera que sea esta mujer, son malas noticias.

El movimiento en el escenario captó toda nuestra atención.

"Ah, deberíamos tomar asiento", dijo, sonriendo como un tiburón. "Que gane el mejor".

Se alejó serpenteando entre las mesas. Nathan me soltó la mano y se pasó los dedos por el pelo.

"¿De qué iba eso?" Pregunté en voz baja. Nunca había visto a Nathan ser otra cosa que suave y tranquilo. "¿Quién es ella?"

"Mi ex", dijo Nathan.

Mis ojos se abrieron de par en par. Nunca me había imaginado a Nathan con una ex, solo con una serie de aventuras de una noche.

"Oh", dije en voz baja.

"Fue hace mucho tiempo", dijo, dejando escapar un suspiro frustrado. "Antes de... convertirme en Director General".

Antes de que su padre muriera.

Quise volver a coger la mano de Nathan, pero ya se estaba dando la vuelta y se dirigía hacia la mesa que nos habían asignado. Lo que sea que haya pasado entre ellos, debe haber sido malo. O tal vez ella sólo le recordaba un momento difícil.

No perdí de vista a Nathan cuando empezaron los premios. Miraba fijamente al escenario, con la espalda recta. Cuando se anunció su categoría, lo único que hizo fue mover los músculos de la mandíbula.

"Y la ganadora es..." Dijo el corpulento hombre del podio, "Jennifer West, de NexGen Biosystems, por el dispositivo neurológico MindTune. Este dispositivo ha revolucionado el sector del bienestar con su tecnología de neurofeedback diseñada para anticipar y prevenir el

estrés, gestionar los estados de ánimo y mejorar la memoria, encarnando los ideales de que más vale prevenir que curar".

"Esto es una puta mierda", murmuró Nathan. "¿Cómo pudo usar tecnología como esa para la puta industria del bienestar?"

Yo no habría considerado a Nathan un mal perdedor, pero estaba claro que Jennifer se había metido en su piel.

Jennifer subió al escenario, fingiendo una sonrisa humilde. Agarró el premio y se acercó al micrófono.

"Qué honor", dijo mirando la estatua de cristal que tenía entre las manos. "Hay demasiada gente a la que dar las gracias, especialmente a NexGen Biosystems por arriesgarse con una estudiante de medicina recién licenciada y creer en mi visión. También tengo que dar las gracias a mi compañero nominado, Nathan Darby. Nate, nunca olvidaré nuestras charlas nocturnas que me dieron esta idea en primer lugar".

Nathan se levantó y su silla patinó tras él. Salió de la habitación sin mirar atrás mientras Jennifer se reía entre dientes: "¡Los hombres y sus egos! Creo que todas las damas de la sala esta noche saben de lo que hablo".

Hubo carcajadas en la habitación dominada por hombres, pero mi única preocupación era Nathan. Me puse en pie y le seguí hasta el final de las escaleras, casi fuera de la puerta principal.

"Nathan", lo llamé, pero no se detuvo.

Bajé las escaleras lo más rápido que me permitieron mis tacones y le seguí al exterior. El aire seguía caliente y húmedo. Lo encontré de pie en la acera, con la mirada fija en el cielo oscuro. Me quedé allí un momento, esperando a que Nathan dijera algo, pero permaneció en silencio.

"Lo siento", le dije. "Sé que debe ser difícil perder contra tu ex".

"Tú no sabes nada", me espetó, negándose a mirarme.

Me mordí el labio.

"Lo entendería mejor si me lo dijeras", le dije, odiando verle tan disgustado.

Nathan apartó por fin los ojos del cielo y me miró, con sus ojos azules oscuros de ira.

"Ella me traicionó", dijo, con la voz tensa.

Se me encogió el corazón.

No me extraña que esté enfadado.

"Lo siento", di un paso adelante e intenté poner la mano en el brazo de Nathan, pero se apartó. "Sé por experiencia propia lo que se siente. Mi ex novio me engañó también y sé el dolor que eso causa".

Nathan negó con la cabeza. "No importa. Lo que pasó fue hace mucho tiempo".

"Sí importa", intenté decirle, pero no me escuchaba.

"Necesito estar solo", dijo, con cara de caballo a punto de desbocarse. O un toro listo para embestir. "Llamaré a mi chofer para que te lleve a casa".

"Pero, ¿y tú?" Pregunté, deseando poder ayudar más.

Nathan se encogió de hombros y sacó el teléfono para llamar a su chófer. Esperamos en silencio los pocos minutos que tardó. En cuanto subí al coche, Nathan comenzó a caminar, avanzó rápido por la acera y desapareció al doblar la esquina.

Me enrosqué el pelo alrededor del dedo mientras el chófer de Nathan me llevaba a casa. No me correspondía preocuparme por él ni sentir que me estaba alejando. Nuestra relación era estrictamente transaccional: yo convencía a la gente de que éramos pareja y Nathan me pagaba. De todos modos, eso es lo que se suponía que debía ser, pero ya fuera por el hecho de que habíamos tenido sexo o por la cantidad de tiempo que habíamos pasado juntos, no podía mover la roca que se había instalado en mi estómago después de verlo así.

Capítulo 14

Nathan

La puerta de mi despacho se abrió sin previo aviso y levanté la vista de mi trabajo -al menos, del trabajo en el que intentaba concentrarme sin éxito- para ver entrar al tío John con cara de trueno. Detrás de él, mi ayudante Duncan parecía aterrorizado.

"Lo siento, señor Darby, no quiso esperar", dijo Duncan apresuradamente.

"Está bien, Duncan", le dije, haciéndole un gesto con la mano para que se fuera. Salió de mi despacho y cerró la puerta tras de sí.

"Nathan", dijo el tío John, blandiendo mi nombre como un garrote. No me inmuté como él quería.

"John", respondí, reclinándome en la silla y mirándole fríamente.

"Deberías haber ganado anoche", dijo como si fuera culpa mía.

"No controlo las votaciones, pero estoy de acuerdo en que nuestra tecnología es superior", dije, deseando no estar teniendo esta conversación. Ver a Jennifer ya había sido bastante duro; no necesitaba revivirlo.

"No me refiero a eso, y lo sabes", espetó. "NexGen no tendría esa tecnología en absoluto. Si no

hubiera sido porque estabas tan cegado por el amor, Jennifer nunca se habría enterado de nuestra tecnología y se la habría llevado a nuestros competidores".

Me levanté, golpeando el escritorio con el puño: "¿Cuánto tiempo vas a mantener eso sobre mi cabeza?"

Los recuerdos de aquella noche amenazaban con consumirme. Jennifer, con las maletas hechas, riéndose en mi cara cuando me dijo que se iba. Nunca me había amado; sólo me había utilizado para obtener información. Me la había sacado; me había empujado a abrirme a ella sobre mi trabajo. Cada vez que empezaba a sospechar, ella clavaba más sus garras. Las mentiras que me dijo...

"Mientras esta empresa pague por tus errores", bramó, con el rostro enrojecido por la ira. "Si el precio de nuestras acciones baja porque has perdido, nuestros accionistas no estarán contentos. Esto podría significar más recortes".

Se me revolvió el estómago.

"No vamos a despedir a más empleados. Nuestros accionistas pueden aguantar el golpe, pero la gente que trabaja aquí no", dije apretando los dientes. John parecía olvidar convenientemente que yo era el mayor accionista de la empresa, seguido de él. Un dividendo menor nos afectaría más a nosotros, y podríamos soportarlo.

"¿Cuándo te volviste tan blando?" Sus ojos se entrecerraron.

Tragué saliva. Nuestra primera ronda de despidos había sido un fracaso, pero no me había quitado el sueño. Les habíamos dado indemnizaciones. Lo que nuestros ex empleados hicieran después era asunto suyo, pero después de pasar tiempo con Erica, había adquirido una nueva perspectiva de lo que era vivir al día. Sin embargo, no era un argumento que pudiera darle a John.

"No es ser blando, es ser prudente. La reducción nos hace parecer débiles, y abandonar más de nuestros intereses farmacéuticos sería una locura".

"No es ese lado de las cosas el que estoy mirando. Si las cosas se ponen difíciles, deberíamos abandonar el dispositivo neurológico. Cuesta demasiado y, de todos modos, hay más dinero en el sector del bienestar. La debacle de anoche es prueba de ello".

El dispositivo con el que Jennifer había ganado se basaba en nuestro diseño. Ella había

modificado la tecnología para usarla con fines ridículos de bienestar. Nuestro dispositivo podría salvar vidas.

"No haremos nada de eso", dije, manteniéndome firme. "Si hubiéramos tenido este dispositivo cuando papá estaba enfermo..."

Todavía no había vuelto a colocar su retrato en la pared. En su lugar, la astilla que ocupaba el gancho del cuadro me miraba con tanto juicio como su retrato.

John dejó escapar un profundo suspiro. "No podemos tomar decisiones empresariales con el corazón. Tú más que nadie deberías haberlo aprendido ya".

"Sigo siendo el Director General de esta empresa", dije en tono de advertencia, negándome a postrarme. Ya había hecho bastante de eso hacía una década.

"Sólo por otros once meses", señaló. "No ayudé a tu padre a construir esta empresa desde los cimientos sólo para verla arruinada".

Mi padre había sido el cerebro de la operación. Tenía una mente médica brillante y habilidades empresariales que lo respaldaban. Ver cómo se desvanecían a medida que avanzaba su enfermedad había sido demasiado para soportarlo.

"A nadie le importa su legado más que a mí", dije en voz baja, con los ojos clavados en el portarretratos enterrado. De eso se trataba todo este asunto con Erica.

El tío John se aclaró la garganta. "Entonces asegúrate de que se mantenga intacto".

"Eso hago", respondí. Mi padre nunca habría aceptado anteponer los beneficios a ayudar a la gente, a pesar de la fortuna que había amasado.

El tío John asintió con la cabeza y salió de mi despacho, cerrando la puerta detrás de él con fuerza.

Me froté la cara con las manos. En todo caso, la conversación no había hecho más que reforzar mi compromiso con lo que estaba haciendo. Me casaría, aseguraría mi puesto y mantendría la empresa tal y como papá había imaginado. Puede que incluyera las condiciones de mi herencia como castigo, pero demostraría a todos que era más que capaz. Había pasado la última década con un hacha colgando sobre mi cabeza, y la junta - el tío John incluido - me trató como si fuera

temporal. Después de casarme con Erica, no tendrían más remedio que respetar mi posición.

Volví a sentarme con un suspiro. No debería haber alejado a Erica anoche. Ver a Jennifer me había traído tantos malos recuerdos que sólo podía pensar en ellos. Pero Erica no merecía lidiar con las consecuencias de mi error.

Debería llamarla. Probablemente aceptaría una disculpa, pero yo no tenía costumbre de disculparme, y no era como si tuviéramos una relación de verdad. ¿Era diferente a cuando hablaba de esa manera con Duncan?

Se siente diferente.

Cogí el interfono para hablar con mi ayudante.

"Duncan, quiero que encargues un ramo de flores para Erica, envíalo hoy a su dirección. El más caro".

"Sí, señor, ¿quiere que incluya una nota?" Preguntó.

Hice una pausa. "No, sólo una nota que diga que son de mi parte".

Con eso fuera del camino, traté de concentrarme en el trabajo. Entre la noche anterior y mi discusión con el tío John, era difícil concentrarse. Unas horas más tarde, cuando sonó mi móvil, fue un alivio. Sonreí cuando el nombre de Erica apareció en la pantalla.

"Hola Erica", dije, esperando que fuera por las flores.

"Nathan", su voz era tan cálida como sus ojos ámbar. "El ramo que me enviaste era increíble. ¿Cómo sabías que me gustan las orquídeas?"

"Un golpe de suerte", mentí, haciendo una nota mental para darle las gracias a Duncan.

"Gracias", dijo ella. "Y acepto tus disculpas".

"No es una disculpa", lo negué automáticamente. "Pero me alegro de que te gusten".

"Seguro que no", se rió.

Me sorprendía lo fáciles que eran las cosas con Erica. Por supuesto, mi única comparación era Jennifer, que esperaba que me arrastrara por cualquier nimiedad.

Esto no es una relación real; por eso es fácil.

Pero entonces, resultó que mi relación con Jennifer tampoco había sido real. Sólo me había estado utilizando para robar secretos de Darby BioTech y asegurarse un trabajo con nuestros competidores. Y como yo se lo había contado de buena gana y quería evitar la posible mala prensa que hubiéramos tenido, se había salido con la suya. Mi empresa había estado jugando a ponerse al día desde entonces. Pero estábamos a punto de adelantarnos.

"Tengo una cena de negocios para la que te necesito este fin de semana", le dije. "Te recogeré el sábado por la mañana".

"¿Por la mañana?" Preguntó Erica. "¿Dónde es esta cena de negocios que tienes que recogerme tan temprano?"

"En casa de mi familia", respondí. "En los Hamptons".

Erica

"Cuando dijiste que me recogerías temprano, supuse que era por el largo viaje", grité por los auriculares mientras el helicóptero rugía.

"Ahora, ¿dónde estaría la diversión en eso?" Respondió Nathan con una sonrisa.

El helicóptero se elevó en el aire y Nueva York se encogió bajo nosotros. Me apoyé en la ventanilla, observando cómo la cuadrícula reglamentada de las calles neoyorquinas dejaba paso a las curvas naturales de los ríos. Comprendí a qué se refería Nathan.

"¿Por qué vamos hasta los Hamptons para una cena de negocios?" Pregunté. Tenía curiosidad desde que Nathan lo había mencionado. "¿No sería más fácil tenerla en la ciudad?"

"Este es un caso especial", respondió. "La reunión es con un hombre que posee una pequeña pero exitosa empresa de biotecnología. Nunca entenderé por qué nunca se hicieron grandes, pero es una empresa familiar y el propietario está a punto de jubilarse sin hijos. Todas las grandes empresas médicas que se precien han intentado comprarle en algún momento, pero si alguna vez ha llegado el momento, es ahora".

"Entonces, ¿estás tratando de engatusarlo?" Le pregunté.

"Pensé que enseñarle la casa de mi familia y utilizar las similitudes no le vendría mal", se encogió de hombros, pero por el fuego de sus ojos me di cuenta de lo mucho que significaba para él. "Si este tipo va a vender alguna vez, un negocio familiar como el nuestro tiene la mejor oportunidad. Es un negocio importante. Necesito ganar".

Asentí, pensando en la entrega de premios. La dedicación de Nathan a su empresa era admirable.

"Intentaré ayudar en lo que pueda", dije.

"Te lo agradezco. Pero por ahora, disfrutemos de la vista".

La ciudad se había desvanecido a nuestras espaldas y Long Island aparecía a la vista. Las manzanas dieron paso a la naturaleza, y lo que podría haber sido fácilmente un viaje de tres horas sin tráfico terminó en media hora. Casi no quería aterrizar.

No sabía qué esperar cuando llegáramos, pero aterrizar en los terrenos de la finca familiar de Nathan no lo era. Me imaginaba un helipuerto en un aeropuerto pequeño. No podía imaginarme los extensos terrenos de la propiedad frente al mar ni la enorme mansión que se alzaba sobre nosotros una vez en tierra.

"El personal nos traerá las maletas", dijo Nathan cuando salimos al verde césped. Me había dicho que planeara pasar la noche aquí. "Déjame darte un tour por la casa".

Tuve que contenerme para no quedarme boquiabierta mientras me la enseñaba. Llamarla casa familiar me parecía absurdo, a no ser que estuviera pensada para albergar a cuatro generaciones. Y aun así, difícilmente vivirían unos encima de otros.

"Mi madre la redecoró hace unos quince años", explicó Nathan mientras subíamos la gran escalera del vestíbulo. Sobre nosotros, las arañas de cristal brillaban con elegancia al sol del mediodía.

"Oh", dije, sin saber qué responder. "Es preciosa. ¿Está tu madre aquí?"

"No, está en Europa de veraneo", dijo despreocupadamente, como si fuera completamente normal pasar varios meses en otro continente.

Mi madre no había hablado mucho de sus propios sueños, sólo de la vida que quería para Ivy y para mí. Pero una noche, cuando yo tenía unos dieciocho años y la esperaba despierta para asegurarme de que llegaba a casa sana y salva del trabajo, habló de cómo le gustaría poder visitar Bali. Nuestros vecinos balineses habían sido muy amables y nos traían comida siempre que podían. Con el dinero que Nathan me iba a pagar, quizá hiciera un viaje a Bali cuando todo esto acabara.

"Suena divertido", respondí, insegura de cómo debía responder a una información así.

"Sí", dijo, "deberíamos seguir; aún queda mucho por hacer".

Asentí y seguí a Nathan por la casa.

Aunque no podía decir que estuviera familiarizada con el lujo, el tiempo que había pasado con Nathan me había enseñado lo suficiente como para darme cuenta de que esta casa era especial. Pero entre los amplios dormitorios, la biblioteca privada, las zonas de ocio engalanadas y una cocina de última generación que casi me hacía babear, lo que realmente me interesaba eran los cuadros del vestíbulo.

"¿Es tu familia, supongo?" Le pregunté a Nathan, mirando el óleo que colgaba en el centro del escenario. Una mujer de ojos azules como los de Nathan sostenía a un niño en la cadera. A su lado, un hombre de pelo oscuro salpicado de canas en las sienes tenía la mano sobre el hombro de lo que parecía un Nathan de trece años. Su mandíbula angulosa aún no había aparecido, pero el rasgo se reflejaba en el rostro de su padre.

"Sí", respondió Nathan en voz baja, mirando el enorme retrato. "Mamá, papá y mi hermanito Robbie".

"Te pareces a tu padre", le dije, esperando que no le importara que lo dijera.

"Sí, pero tengo los ojos de mamá", señaló. "Igual que Robbie".

"¿Cuál es la diferencia de edad entre ustedes?" Pregunté. Mi hermana sólo tenía dos años menos que yo y aún me sentía responsable de ella. Me preguntaba si Nathan sentía lo mismo.

"Once años", dijo. "El primer susto de salud de papá retrasó sus planes, pero una vez que se recuperó, tuvieron a Robbie. O al menos, pensaron que estaba a salvo".

Junto al cuadro, había muchas fotos repartidas por el lugar, que mostraban las vacaciones y los hitos familiares. La foto de la graduación de Nathan estaba entre fotos de bebé y de la boda de sus padres.

"¿Es duro volver aquí?" Pregunté, aunque deseaba tener un lugar al que volver, donde la presencia de mi madre aún perdurara.

"La verdad es que no pienso en ello", dijo con firmeza, con los ojos aún clavados en el retrato. "Debería acompañarte a tu habitación. Tenemos que estar listos cuando lleguen mis invitados".

Me hubiera gustado hacerle más preguntas, pero estaba claro que Nathan había terminado de hablar. Le seguí escaleras arriba y me enseñó un dormitorio casi tan grande como mi apartamento. Mi maleta estaba perfectamente colocada sobre una cómoda a los pies de la cama de felpa.

"Ponte algo elegante. Necesito impresionar a este tipo y a su esposa si este trato va a suceder", me instruyó Nathan. "Te veré abajo".

Se marchó sin esperar respuesta. Después de que me enviara las flores, esperaba que todo volviera a la normalidad, pero ya fuera por los efectos de haber visto a su ex o por el estrés de la cena, no era el Nathan que me había caído bien.

Por suerte, había hecho la maleta para la ocasión y me puse un vestido verde oliva de línea A que esperaba que fuera lo bastante elegante para el gusto de Nathan. Después de todo, él lo había comprado.

Me retoqué el maquillaje y el pelo y, cuando bajé, la casa era un hervidero de actividad. Colocaban ramos de flores por las habitaciones, llevaban comida a la cocina y el personal ponía la mesa en el comedor. Un lugar así debe tener personal permanente para que todo funcione, pero tuve la impresión de que Nathan había contratado a más gente. Sentía que debería estar ayudando, no de pie con mi vestido caro.

"Erica", dijo Nathan, entrando desde fuera. Se detuvo en seco, con la mirada fija en mí. Después de un momento, continuó: "Ese vestido te sienta bien".

"Tienes buen gusto", sonreí.

Asintió con la cabeza, alisándose la chaqueta. Siempre iba impecablemente vestido, y hoy no era diferente. Nunca le había visto con chaleco, pero un traje de tres piezas nunca le había sentado mejor.

"Acabo de hablar con el chef sobre la comida de esta noche, ¿te importaría repasar el menú?" Preguntó. "Necesito que esta noche sea perfecta y eso incluye la comida".

"Oh", dije, sorprendida pero contenta de que quisiera mi opinión. "Sí, claro".

Me hizo pasar a la cocina, donde el chef y su equipo ya estaban comenzando los preparativos. Mis dedos ansiaban coger el cuchillo Nakiri con el que cortaba las chalotas.

"Carlos", le dijo Nathan al cocinero, que se apresuraba a preparar las verduras que tenía delante. "¿Le dirás a mi novia el menú de esta noche?"

"Por supuesto", dijo Carlos, recogiendo las chalotas en un bol. "Para el aperitivo, serviremos una vieira a la plancha y ensalada de mango, servida sobre un lecho de verduras con una vinagreta de cítricos".

Detrás de él, una de sus empleadas exprimía clementinas y limas.

"Suena delicioso", dije, soñando ya con lo bien que combinarían los sabores. Me hubiera gustado pedirle la receta, pero la cortesía profesional me lo impidió. Llevaba un negocio y pedirle la receta era casi como intentar robarle. "¿Y el plato principal?"

"Costillar de cordero con costra de hierbas, risotto de trufas y verduras asadas", me contestó, pasando a picar las trufas. Supuse que las chalotas también eran para el cordero. "El cordero es de corral, importado de Nueva Zelanda".

Se notaba que Carlos sabía lo que hacía; Nathan no tenía por qué preocuparse.

"Estoy deseando probarlo", sonreí.

Nathan se movió a mi lado: "¿Te parece bien? ¿Sin cambios?"

"Ninguno", respondí. "Está claro que estás en muy buenas manos con Carlos aquí".

"Gracias", respondió Carlos.

"Ahora mismo nos retiramos para que puedas continuar", dije, acompañando a Nathan fuera de la cocina.

De vuelta al vestíbulo, la mayor parte del personal había desaparecido, dejando tras de sí una casa inmaculadamente decorada y lista para agasajar a los invitados de Nathan.

"¿Estás nervioso por lo de esta noche?" Le pregunté.

"No me pongo nervioso", dijo, pasando las manos por delante de la ropa, planchando arrugas invisibles.

Reprimí el impulso de resoplar. Nathan no necesitaba mi opinión sobre su declaración cuando ya estaba tenso. Cuando lo conocí, nunca me habría imaginado los atisbos de profundidad que había visto en él. Estaba dedicado a su familia, quisiera reconocerlo o no, y podía imaginarme la presión a la que estaba sometido. Saber que también le habían engañado explicaba muchas cosas. Ciertamente me había puesto nerviosa.

"Tienes que ser encantadora esta noche; pon a la mujer del señor Colby de tu parte si puedes", dijo, con un surco formándose entre sus cejas.

"¿No soy siempre encantadora?" Pregunté bromeando.

"Sí, lo eres", dijo, sus hombros se relajaron un poco.

Fue un cumplido inesperado que me dejó sin palabras.

Uno de los miembros del personal se acercó a nosotros.

"Señor, sus invitados acaban de llegar a la entrada", informó a Nathan, que asintió con la cabeza.

"¿Estás lista?" Nathan me preguntó.

Extendí la mano y la estreché alrededor de la de Nathan. Él me dejó hacerlo.

"Absolutamente, lo haremos bien".

Capítulo 15

Erica

"Como puede ver, señor Colby, Darby BioTech está en una posición única para preservar su legado y fabricar su tecnología a gran escala, lo que significa que más gente podrá beneficiarse de su duro trabajo", dijo Nathan mientras el Sr. Colby sorbía un vaso de whisky.

Nos sentamos en la terraza exterior, con la vista más espectacular del mar, rodeados por una pérgola adornada con las glicinas más bonitas que jamás había visto. Lástima que la noche no estuviera a la altura de la tranquilidad.

El discurso de Nathan fue convincente, aunque no entendí ni la mitad. Le habría vendido mi empresa si tuviera una. Pero el Sr. Colby, un hombre de unos sesenta años con el pelo corto y canoso y una media blanda, no se dejó convencer tan fácilmente.

"Dejemos la charla de negocios para más tarde", dijo con una sonrisa genial y un tono firme. "Creo que hablar de negocios con el estómago vacío nunca sienta bien. Y por favor, ¿cuántas veces tengo que pedirte que me llames Mike?"

Miré a la Sra. Colby. Tenía más o menos la misma edad que su marido, el pelo castaño suave y una mirada aún más suave mientras miraba a su marido con complicidad.

"Mike, por supuesto", dijo Nathan, con voz tensa. "La cena estará servida en breve, estoy seguro".

Sorbí mi copa de vino. No sabía cómo contribuir a una velada como ésta. Estaba claro que Nathan tenía un plan, pero la insistencia del Sr. Colby en hacer vida social lo había echado por tierra.

"Estaba admirando el retrato de tu familia cuando venía hacia aquí", le dijo la Sra. Colby a Nathan.

Ahora lo conocía lo bastante bien como para ver el destello de irritación que le producía ver frustrado su plan, pero lo disimuló bien y sonrió a la Sra. Colby.

"Gracias", dijo amablemente. "Fue idea de mi madre".

"Siempre he oído hablar bien de tu madre", dijo. "Viendo el énfasis en la familia en esta casa, creo que los rumores deben ser correctos".

Un músculo de la mandíbula de Nathan se crispó. "Es muy amable de su parte".

"La familia es lo más importante del mundo", afirmó el Sr. Colby con un decidido movimiento de cabeza.

"No podría estar más de acuerdo", dije, aprovechando la oportunidad para unirme a la conversación ahora que estaba más en mi terreno. "La familia, la comunidad, no seríamos nada sin ella".

"Bien dicho", sonrió el Sr. Colby.

"¿Cuánto tiempo llevan juntos?" Preguntó la Sra. Colby y dio un sorbo a su vino.

Nathan y yo nos miramos.

"Unos meses", respondí, inclinándome hacia Nathan como lo habría hecho si esto fuera real. "Pero ha sido un romance un poco torbellino. Nathan me llevó a París hace unas semanas".

Nathan soltó un suspiro silencioso y su cuerpo se relajó un poco.

"Me encanta París", dijo la Sra. Colby, con los ojos iluminados. "Nos comprometimos allí".

Puso la mano sobre la de su marido y él enlazó sus dedos, frotando el pulgar sobre su anillo de casado.

"Es increíble; tienes que contarnos la historia", dije, conmovida por el amor que se tenían. Era raro que la gente siguiera casada tanto tiempo, y aún más raro que siguieran siendo felices.

Nos contaron historias de París en los años ochenta, de cómo el plan inicial de la proposición del Sr. Colby fracasó porque la Sra. Colby se mareó en un barco en el Sena.

"Cuando me lo propuso, Mike estaba tan estresado que pensé que iba a romper conmigo", se rió.

"Estaba tranquilo, calmado y sereno", protestó el Sr. Colby. "Casi hago que se desmaye".

"Es cierto", respondió suavemente, inclinándose para besar a su marido en la mejilla.

"Espero que Nathan y yo sigamos tan enamorados como ustedes cuando tengamos su misma edad", dije. No sabía de dónde había salido ese pensamiento.

Es la primera vez que jugamos a ser pareja durante un largo periodo de tiempo; me estoy metiendo en el papel.

"La clave de un buen matrimonio es el respeto mutuo", afirmó la Sra. Colby.

"Y recordando que la esposa siempre tiene la razón", se rió el Sr. Colby.

"Lo tendré en cuenta", rió Nathan.

"Tal vez estoy siendo presuntuoso, pero ¿ya han hablado de tener hijos?" Preguntó el Sr. Colby. "Nosotros no pudimos tener hijos, de lo contrario les habría traspasado mi negocio, como hizo tu padre contigo, Nathan".

Nathan se tensó y se separó de mí.

"No, no hemos hablado de eso", dijo secamente, haciendo que el Sr. Colby enarcase las cejas.

"Sólo llevan saliendo unos meses, cariño, dales un respiro a los niños", dijo la Sra. Colby,

suavizando el incómodo momento.

Uno de los empleados de Nathan salió de la casa, evitándonos tener que continuar la conversación sobre tener hijos. Habiendo visto la reacción de Nathan ante el llanto de los bebés, supuse que no quería tenerlos.

"¿Está lista la cena?" Preguntó Nathan, buscando un salvavidas.

"Um", dijo el hombre, sus ojos recorriendo entre nosotros. "Ha habido un contratiempo en la cocina".

Hubo una tensa pausa.

"Será sólo un momento", dijo Nathan a los Colby. Se levantó y se dirigió hacia la casa, seguido por el miembro del personal.

"Siento mucho todo esto", les dije a los invitados de Nathan. Sabía que debía quedarme con ellos y hacer de anfitriona mientras Nathan no estuviera, pero mi instinto me decía que siguiera a Nathan. "¿Está bien si los dejamos solos un momento? Soy chef de formación y me gustaría ver si puedo ayudar en la cocina".

"No te preocupes por nosotros, cariño", dijo la Sra. Colby, y el Sr. Colby asintió con la cabeza.

"Gracias", dije, levantándome y siguiendo a Nathan tan rápido como podía con los tacones que llevaba.

Nathan

Entré en la cocina y me encontré los aperitivos a medio servir, al chef al teléfono dando vueltas por la cocina y a sus dos ayudantes corriendo entre el horno, los fogones y los platos.

Estaba a punto de preguntar qué pasaba cuando Erica apareció a mi lado.

"¿En qué puedo ayudar?" Preguntó, con los ojos desorbitados al ver el caos de la cocina.

"Ni siquiera sé lo que está pasando todavía", dije, con la cara caliente a medida que aumentaba mi enfado. La velada no estaba saliendo según lo previsto y, a menos que algo cambiara, el Sr. Colby se marcharía de aquí esta noche sin cerrar un trato. Necesitaba esta adquisición para obtener una ventaja sobre NexGen y acabar por fin con las secuelas de mi fracaso con Jennifer.

El chef me miró con los ojos muy abiertos mientras continuaba hablando por teléfono: "Lo sé, mi amor, intentaré llegar a tiempo. Ya sabes lo importante que era este trabajo. No pensaba que fuera a ser esta noche. Te volveré a llamar; sólo dame un momento".

Terminó la llamada y se pasó la mano por la cara mientras caminaba hacia mí.

"Lo siento mucho, señor Darby", dijo, juntando las manos delante del pecho, suplicante. "Mi mujer acaba de llamar; se ha puesto de parto. Se ha adelantado un mes y...", se le quebró la voz, "ha habido algunas complicaciones. Tengo que ir a verla".

Se me hundió el estómago. Sin chef, la cena estaba arruinada, y toda esperanza de tener éxito esta noche se perdería. Tenía que quedarse para terminar la comida o decirle a sus ayudantes cómo hacerlo. Tardaría horas en volver a la ciudad; unos minutos no le vendrían mal.

"Por supuesto, tienes que irte", dijo Erica antes de que pudiera hablar. "Nathan, ¿podrías hacer que Carlos vuelva a la ciudad en tu helicóptero? Tardará al menos dos horas en coche, y cada segundo cuenta ahora mismo".

"Pero la comida", dijo Carlos, "aún no la he terminado".

"No te preocupes por eso; puedo terminar con la ayuda de tus asistentes, ¿verdad?", dijo ella, poniendo la mano en el brazo de Carlos. El pobre hombre estaba temblando. "Soy cocinera de formación, y parece que la mayor parte del trabajo ya está hecho".

"¿Estás segura?" Preguntó Carlos, volviéndose hacia mí.

Miré a Erica, que me miraba con sus grandes ojos saltones. Lo hacía para ayudarnos a Carlos y a mí. ¿Qué clase de hombre sería si me negaba? Me avergonzaba admitir, incluso ante mí mismo, que hace un mes podría haberlo hecho. Erica me había dado una nueva perspectiva.

"Por supuesto", asentí. "Le diré al piloto que te lleve de vuelta".

"Gracias, señor", dijo, estrechando mi mano. "Muchísimas gracias".

"Ni lo menciones", dije, esperando que Erica supiera lo que hacía. Ya se estaba uniendo a las asistentes, preguntando qué había que hacer.

"Ven conmigo", le dije a Carlos, que rápidamente cogió sus cosas.

Me giré y vi a los Colby en la puerta de la cocina.

"Siento molestar", dijo el Sr. Colby, "pero queríamos ver si había algo en lo que pudiéramos ayudar".

"Es muy amable por tu parte, pero Erica lo tiene todo controlado, sólo necesito que Carlos suba a mi helicóptero para que pueda volver a la ciudad, su mujer está de parto".

"Eso hemos oído", respondió la Sra. Colby, con cara de preocupación. Se volvió hacia Carlos. "Espero que tu mujer y tu bebé estén bien".

"Gracias, señora", dijo.

"Ahora vuelvo", les dije a mis invitados, alejando a Carlos. Hice que trajeran al piloto de la habitación de invitados y le dije que yo conduciría de vuelta. Despaché a un Carlos muy agradecido.

Volví a la cocina y encontré a Erica emplatando los aperitivos y a los Colby sentados en los taburetes de la barra de la isla, riéndose de algo que Erica les estaba contando.

"Nathan", sonrió al verme. "Les estaba contando a Mike y Carol la vez que trabajé en un restaurante cuando tenía diecinueve años. Derramé un lote entero de sopa de pollo por el suelo. Cinco galones de humeante sopa caliente por todas partes. Así que hacerme cargo esta noche no es nada. Carlos ya hizo todo el trabajo duro".

Los Colby parecían más relajados de lo que había visto en toda la noche. Podría haber besado a Erica por cómo estaba manejando esto.

"Si la cena está casi lista, ¿nos dirigimos al comedor?" Pregunté, ansioso por encarrilar la noche.

"¿Por qué pasar por todo ese alboroto?" Dijo el Sr. Colby. "Podríamos comer aquí mismo, y así Erica podría comer sin tener que correr de aquí para allá".

Parecía que mi velada, cuidadosamente planeada, estaba decidida a descarrilar, pero no iba a negarme al hombre al que intentaba comprar.

"Es una gran idea", dije mirando a Erica. Ella asintió.

Mandé a uno de los empleados a buscar los cubiertos que habían puesto en el comedor, y se dispusieron los sitios en la encimera de la isla mientras Erica comprobaba el cordero en el horno.

"Es curioso", dije mientras me sentaba en la encimera, "la verdad es que nunca he comido en esta cocina".

"¿En serio?" Preguntó Erica, colocando la ensalada de vieiras y mango frente a nosotros.

"Siempre comíamos en el comedor", dije. "Mi padre insistía en las comidas familiares".

"Es una buena regla", dijo el Sr. Colby, asintiendo con aprobación. "Es importante que las familias se unan así, las mantiene fuertes".

"Cierto", dije, aunque mi hermano y yo nos habíamos quejado a menudo de ello. Yo le había cogido aprecio sólo después de la muerte de mi padre. "De hecho, la única vez que entré en la cocina fue cuando me colé por la noche para coger bocadillos. Aunque mi madre me pillaba el cincuenta por ciento de las veces".

"¿Fue la intuición de tu madre o porque se te daba mal escabullirte?" Preguntó Erica, con sus ojos ámbar centelleando.

"Su intuición, obviamente", puse los ojos en blanco. "Soy muy bueno escabulléndome".

Los Colby se rieron de eso.

"¿Y qué diría tu madre si se lo preguntara?" Se burló Erica.

"Ella estaría de acuerdo conmigo, obviamente", me reí entre dientes.

"Eso es lo que tú crees, querido", se rió la Sra. Colby.

Los Colby y yo felicitamos a Erica por el plato.

"Por favor, han sido Carlos y su equipo", insistió. Se volvió hacia las ayudantes que controlaban las verduras asadas. "Muchas gracias, Bianca y Paula".

No me había molestado en preguntarles sus nombres. Pero Erica sí. Realmente era única.

El resto de la velada fue un vuelco total. Hablamos, reímos y no mencionamos los negocios ni una sola vez. El cordero estaba divino, y la reacción de Erica -sus párpados se agitaron igual que cuando se corrió- me hizo ajustarme sutilmente.

No fue hasta que terminamos el postre -mousse de chocolate negro con coulis de frambuesa y crumble de pistacho que estaba tan bueno que corrí el riesgo de gemir provocativamente como Erica- que el Sr. Colby devolvió la conversación a mi propósito original.

"Nathan, admito que tenía mis dudas sobre esta noche", confesó tras un sorbo de café. "Puede que Darby BioTech te haya sido transmitida por tu padre, pero nunca tuve la impresión de que fuera el tipo de asunto familiar que yo buscaba para hacerme cargo de mi negocio. Pero después de esta noche, puedo ver que estaba equivocado. Eres exactamente el tipo de persona con quien quiero dejar mi legado".

"Gracias, Sr. Colby", dije, con el corazón latiéndome un poco más rápido. Casi había renunciado a que este trato saliera adelante.

"Mike", me recordó con una palmada en la espalda. "Si te vas a hacer cargo de mi empresa, deberíamos tutearnos".

"Mike, por supuesto", dije, conteniendo la sonrisa que amenazaba con apoderarse de mi rostro. "Podemos concretar los detalles la semana que viene. Gracias por confiarme tu empresa, entiendo lo importante que es para ti".

"Ya veo que sí", dijo. "Gracias por una velada tan maravillosa. Normalmente no soporto estas cenas de negocios, pero han hecho que esta noche valga la pena. Tú y Erica, por supuesto".

Erica sonrió mucho más ampliamente que yo. Siempre lo hacía.

"Es un placer", dijo.

Terminamos nuestros cafés y acompañé a los Colby a la salida, estrechando firmemente la mano de Mike y besando a Carol en la mejilla. Erica se despidió de los dos con un abrazo.

En cuanto salieron del garaje y se cerraron las puertas, me volví hacia Erica.

"Esta noche has estado brillante", le dije, consciente de que sin ella no habría tenido ninguna oportunidad de impresionar a Mike.

"Gracias", dijo, con los ojos arrugados de felicidad. "Estoy tan emocionada por ti".

Me rodeó con los brazos y me abrazó con fuerza. Me acerqué a ella y la rodeé con los brazos también. Aspiré su aroma, dulce y avainillado, innegablemente ella. Se sentía tan suave contra mí.

Sería tan fácil levantarla y llevarla a mi habitación. Quería demostrarle lo agradecido que estaba, revivir la noche que habíamos pasado juntos. Hacía más de un mes que no tenía sexo, y el sexo de la victoria no se parecía a nada.

Pero la dejé marchar, dando un paso atrás para poner distancia entre nosotros. Erica había dejado claros sus deseos más de una vez. Esta noche era una gran victoria y no quería estropearla con otro rechazo.

"Debería irme a la cama", dije, tirando de las mangas de mi chaqueta y asegurándome de que estaban rectas. "Estaba pensando que mañana deberíamos pasar algún tiempo en la playa. Haremos más fotos para las redes sociales. La gente de mi vida entenderá la importancia de que te haya traído aquí".

"Suena genial", dijo, aparentemente inconsciente de que había estado a segundos de hacerla mía de nuevo. "Esperaba que pudiéramos pasar algún tiempo en la playa, así que empaqué mi traje de baño".

"Fantástico", respondí, deseando que se hubiera olvidado y poder convencerla de que nos bañáramos desnudos. Pero eso era sólo mi libido hablando. "Te veré mañana entonces. Buenas noches".

Me retiré escaleras arriba antes de que Erica tuviera tiempo de replicar e intenté llenar mi cabeza

de visiones de la victoria de esta noche y de todo lo que significaba para la empresa en lugar de mis recuerdos de Erica desnuda. No lo conseguí.

Capítulo 16

Erica

Teníamos la playa para nosotros solos y el cálido sol de julio brillaba en el azul intenso del mar. Las olas rompían suavemente en la arena blanca mientras yo seguía a Nathan al agua. Su bañador verde le colgaba de la cintura y la vista desde atrás era tan buena como desde delante. Los músculos de su espalda ondulaban mientras se zambullía en las aguas más profundas.

Seguí más despacio, acostumbrándome al frío.

"¿Vienes?" Preguntó Nathan, balanceándose en el agua a varios metros de mí.

"¿Por qué tanta prisa? Tenemos todo el día para disfrutar de la playa", dije, mientras el agua me llegaba casi hasta los muslos. Era refrescante en comparación con el sol abrasador, pero aún así me costó acostumbrarme.

"Es más fácil si metes todo tu cuerpo de una vez", dijo, nadando de nuevo hacia mí. "Realmente no hace tanto frío".

"Para ti es fácil decirlo, en calzoncillos", dije, arrastrando los pies un poco más hacia delante. "Debería haber empacado una pieza, no un bikini".

El bikini en cuestión era uno que Nathan me había comprado en París. Era lo más escaso que me había puesto nunca, de color salmón claro, con tirantes laterales y una parte trasera que al principio había confundido con la delantera. Solo me cubría la mitad del culo. No me lo había

probado hasta hoy. Supuse que había tenido suerte de que el top me cubriera las tetas si Nathan lo compraba.

"Sí, porque los boardshorts dan mucho calor", rió Nathan, poniéndose delante de mí.

"Es que siento mucho el frío", confesé, adentrándome más. El agua subió hasta justo debajo de mi culo.

"Los inviernos de Nueva York deben ser una tortura para ti", comentó.

"La verdad, sí", dije, poniendo las manos en las caderas. "Me encanta vivir aquí, pero la primavera nunca llega lo bastante rápido".

"No me importa el frío", dijo encogiéndose de hombros y sumergiéndose en el agua como si nada. Sus ojos se posaron en mis pechos.

"Bien por ti", resoplé. Casi quería volver a la playa. Los pezones se me estaban poniendo dolorosamente duros y Nathan se había dado cuenta. Pero a una pequeña parte de mí le gustaba saber que Nathan seguía encontrándome atractiva. Una parte aún mayor de mí no quería darle a Nathan la satisfacción de admitir su derrota.

"En serio, no está tan mal", dijo, dando un manotazo al agua y salpicándome con ella.

"Nathan", grité.

"¿Qué?" Me dedicó una sonrisa de comemierda.

"No vuelvas a hacer eso", me quejé.

"¿Hacer qué?" Preguntó con la cabeza inclinada inocentemente.

"Sabes de qué estoy hablando", dije, dando otro paso tentativo.

"¿Te refieres a esto?" Me salpicó de nuevo, el agua fría mojó la parte de arriba de mi bikini. O lo había hecho a propósito, y su puntería era increíble, o había tenido mucha, mucha suerte. "No sé de qué te quejas porque parece que lo estás disfrutando".

"Parece que tengo frío", dije apretando los dientes.

Volvió a levantar la mano.

"No lo hagas", le advertí.

Su sonrisa se hizo más grande. "¿O qué? ¿Qué vas a hacer?"

No estaba segura de tener una respuesta a eso.

"No quieres averiguarlo", me tiré un farol.

No sabía si me había calado o si le daban igual mis amenazas. Pero golpeó con fuerza el agua con la mano levantada, empapándome. Jadeé cuando el agua fría me envolvió.

"Oh, pequeño..." Me abalancé sobre él y lo empujé bajo el agua. Balbuceó y me rodeó con los brazos, llevándome con él. El agua nos envolvió y me retorcí en su agarre, pero él se mantuvo firme. Salimos a la superficie y Nathan me estrechó contra su fuerte pecho.

"No creo que esto vaya como pretendías", se rió. "Pero oye, mira eso, finalmente entraste al agua".

Con el calor corporal de Nathan, la temperatura era mucho más manejable. Pero no le diría eso.

"*¿Siempre* tienes que ganar?" Me quejé, retorciéndome entre sus brazos. No me soltó y se lo agradecí. Me apretó contra su pecho peludo y me rodeó la espalda con sus grandes brazos.

"No puedo evitar que se me dé tan bien todo", se rió entre dientes.

"Y tan modesto, también", dije.

"Me conoces", bromeó. Pero cuanto más le conocía, más cierto era. Nathan se cubría bien, pero sus heridas eran profundas y había mucha compasión y bondad ocultas bajo todo ese machismo.

Tiré de mis brazos y los coloqué alrededor de sus hombros, sin hacer ningún movimiento para zafarme. Hubo un momento de silencio mientras nos balanceábamos en el agua.

"Quizá deberíamos volver a la playa", sugirió, sin hacer ademán de soltarme. "Estoy seguro de que querrás calentarte al sol, puedo sentir tu piel de gallina".

Me pasó la mano por la espalda y me estremecí, pero no de frío. En los brazos de Nathan, apenas noté el agua fría.

"Claro", accedí porque no podía decirle que prefería quedarme en el agua, envuelta en él.

Me soltó y nadamos la corta distancia que nos separaba de la playa, ayudados por las suaves olas. De vuelta en la cálida arena, me escurrí el pelo. Levanté la vista y vi a Nathan mirándome fijamente.

"¿Qué?" Pregunté, mirando hacia abajo un momento por si se me había desabrochado el bikini. "¿Pasa algo?"

"No", respondió, sin apartar la mirada. "Ese bikini simplemente te queda bien".

"Oh", dije, sintiendo cómo se me encendían las mejillas. Los cumplidos de Nathan me ponían nerviosa como ninguna otra cosa.

Cogí las toallas que Nathan había traído y le tendí una. Mientras Nathan se limpiaba las gotas de agua del pecho, yo me quedé mirando. Estaba tan bueno sin camiseta como recordaba. Y el agua fría no había hecho mucho por reducir el bulto de sus pantalones.

Y ni siquiera la tiene erecta.

"¿Pasa algo?" Se hizo eco de mis palabras con una sonrisa burlona.

"Estaba pensando que deberíamos hacernos unas fotos para las redes sociales", dije, tratando de cubrirme.

"Claro", dijo, tirando la toalla a un lado y cogiendo su teléfono. "Ven aquí".

Me puse a su lado y nos hicimos un par de selfies, primero con su casa familiar al fondo y luego con el océano como telón de fondo.

"¿Deberíamos hacer algunas con nosotros besándonos?" No sabía qué me había llevado a

preguntar eso.

"Sí", dijo casualmente. Como si estuviéramos hablando de la cena.

Me acarició la mejilla y me atrajo hacia él para besarme. Al igual que en París, en cuanto nuestros labios se tocaron, la pasión se encendió entre nosotros. Contuve un gemido cuando sus labios se deslizaron sensualmente contra los míos. Me engañaba a mí misma, pensando que podríamos mantener las cosas completamente profesionales. El simple roce del pulgar de Nathan contra mi mejilla me hizo preguntarme por qué había querido mantener las distancias. Íbamos a estar casados durante un año; ¿podíamos mantener las manos alejadas el uno del otro durante tanto tiempo cuando un simple beso me hacía desear más?

Deslicé las manos por el pecho de Nathan, sintiendo su pelo oscuro bajo las yemas de mis dedos. Bajé por sus abdominales y le agarré las caderas. Lo deseaba como nunca antes lo había deseado. Hice un ruido en el fondo de mi garganta, un gemido reprimido por lo mucho que lo deseaba.

Nathan retrocedió bruscamente, zafándose de mi agarre.

"Lo siento, sólo necesito..." No terminó la frase y se apartó de mí con una mirada dura. Volvió a la casa con los hombros tensos y pasos pesados. Se me revolvió el estómago.

¿He hecho algo mal?

Nathan

Me metí en el baño de invitados tan rápido como pude. Hice fuerza contra mis boardshorts, con la polla dura y palpitante. Erica iba a acabar conmigo. Desfilaba como una sirena, totalmente ajena a su atracción y tentándome a estrellarme contra sus rocas. Un hombre sólo puede ser rechazado un número limitado de veces.

Me desaté los calzoncillos rápidamente. Sólo había una forma de salir del baño sin avergonzarme, y no era esperando a que mi erección bajara. No mientras la imagen de los pezones duros de Erica estaba grabada a fuego en mi cráneo. O la forma en que su culo se veía en ese bikini.

Dios, quiero arrancarle el bikini con los dientes.

Escupí en mi mano y la envolví alrededor de mi polla. Con el puño suelto, me bombeé mientras cerraba los ojos y las imágenes de Erica llenaban mi mente. La forma en que siempre parecía a punto de correrse cuando comía algo bueno, aquel vestido de encaje verde en París que apenas la había cubierto, la visión de ella, desnuda en aquella cama de hotel, con las piernas abiertas y retorciéndose.

"No tiene ni idea de lo que me hace sentir", murmuré en voz baja, apretando el agarre mientras me masturbaba.

Más de un mes sin sexo me estaba volviendo loco. Un simple beso me había puesto la polla dolorosamente dura. Aunque tener a Erica contra mí, sintiendo sus duros pezones presionando mi pecho no había ayudado. No me había masturbado tanto desde que era adolescente, y me estaba hartando de mi propia mano.

Deseaba a Erica. Quería ser enterrado dentro de su coño perfecto. Aún podía recordar cómo se había apretado a mi alrededor cuando se había corrido. Podía saborear el eco de su coño en mi lengua.

"Joder", gemí, empujando mis caderas y bombeando en mi mano.

Cerré los ojos y me la imaginé. Quería inclinarla sobre la superficie cercana y follármela hasta que gritara de placer. O tenerla de rodillas, con aquellos labios perfectos y carnosos alrededor de mi polla. Deseaba oírla gemir de nuevo, no por la comida, sino porque era mi boca, mis dedos y mi polla los que le daban todo lo que necesitaba. La llevaría a lugares que nunca creyó posibles, como le había enseñado París. Estaría arañando las sábanas, jadeando, gritando sorprendida de poder experimentar tanto placer.

"¿Te gusta?" Le preguntaba sólo para provocarla. Hacerla asentir y rogar por más.

Me acaricié la polla más rápido, bombeando las caderas y tensándome. Estaba tan cerca. Tan cerca. Me vino a la mente la imagen de sus pechos perfectos y cómo rebotaban mientras me la follaba. Si no estuviera tan desesperado por volver a sentir su coño a mi alrededor, podría simplemente follarle las tetas, hacer que las empujara a mi alrededor mientras me miraba con esos ojos ámbar que me oprimían el corazón.

Quería oírla gritar mi nombre.

"¿Nathan?"

Joder. Mis caderas se agitaron mientras me corría al mismo tiempo que Erica estaba en el pasillo, buscándome.

"¿Nathan? ¿Estás aquí abajo?"

Me derramé sobre la mano y en el fregadero, manteniendo los dientes apretados para no hacer ruido.

"Lo siento si he hecho algo que te haya molestado", llamó.

Jesucristo, ella realmente no sabe cuánto la deseo.

Respiré agitadamente mientras me lavaba las manos y arrojaba la evidencia por el fregadero. Esto era ridículo. No debería estar escondido en un baño masturbándome.

Tal vez esto con Erica fue una mala idea.

Pasaba demasiado tiempo con ella. No había pensado en otra mujer en semanas porque ella era todo en lo que podía pensar. Era como cuando alguien te dice que no pienses en un elefante blanco y, de repente, esa es la única imagen que tu cerebro puede imaginar. Erica había insistido en la ridícula regla, y ahora se estaba apoderando de mi cerebro. Necesitaba pasar algún tiempo lejos de ella; recordar lo que era ser un agente libre en lugar de esta farsa. No era mi novia. No le debía una mierda.

Salí del baño con los hombros erguidos y la respiración uniforme.

"Recoge tus cosas, nos vamos", le dije. Necesitaba volver a mi apartamento y alejarme de jugar a las casitas.

"¿Qué? ¿Por qué?" Me preguntó, lanzándome una de sus miradas de bambi de ojos grandes que no pude resistir.

Necesito aclarar mis ideas.

"Surgió algo en el trabajo", mentí.

"Oh, está bien", dijo, su voz pequeña. "Iré a empacar".

La expresión de tristeza en su rostro casi me hizo llamarla para disculparme. Pero precisamente por eso necesitaba alejarme de ella.

No soy su novio. Le estoy pagando para que finja y así poder mantener mi compañía. Este no es mi problema.

Era la verdad, pero de algún modo sonaba más a mentira que lo que acababa de decirle.

Capítulo 17

Erica

"¿Va todo bien?" Preguntó Ivy, sentándose en el sofá a mi lado.

"Por supuesto, ¿por qué lo preguntas?" Dije, jugando con un mechón de pelo. Estaban poniendo algo en nuestra televisión de mierda, pero había perdido la noción de qué.

"Has estado muy callada desde que volviste de estar con Nathan este fin de semana, ¿pasó algo?" Preguntó.

Me encogí de hombros. No podía explicar lo que había pasado cuando ni yo misma lo sabía.

"Si te ha hecho daño..." Advirtió.

Le dediqué una débil sonrisa. "No, no hizo nada. Se portó como un perfecto caballero, supongo".

Levantó las cejas. "¿Es ese el problema?"

"¿Quién dice que hay un problema?" Empecé a morderme el interior de la mejilla.

"Literalmente todo menos tus palabras", resopló. "Erica, soy tu hermana. No puedes ocultarme cosas, así que escúpelo".

"No sé, es estúpido", le dije. Ella me miró para continuar. "Es sólo que estábamos en la playa tomando unas fotos para las redes sociales..."

"Sí, las vi. Sinceramente, podría haber prescindido de ver a mi hermana enrollándose con un tío", refunfuñó.

"Lo siento", dije, avergonzada. Normalmente no era una persona que hiciera demostraciones públicas de afecto.

"Está bien", me dijo. "Entonces, ¿qué pasó después de eso?"

"No sé, se paró de repente y entró corriendo. Tardó tanto que fui a buscarle, y salió del baño y me dijo que le había surgido algo en el trabajo y que teníamos que volver a casa".

"Qué raro", frunció el ceño, golpeándose la mejilla con el dedo. "¿Crees que estaba enfermo y se sentía demasiado avergonzado para decir algo?"

No me lo había planteado. No dejaba de pensar que tal vez yo le había disgustado de alguna manera.

"Tal vez", dije.

Ivy me miró pensativa.

"Independientemente de su razón, ¿quizás querías seguir besándole?" Preguntó.

"¿Qué? No", dije demasiado rápido.

Mi hermana se rió: "Sí, vale, sigue diciéndote eso".

"Yo no..." Protesté.

"No pasa nada si querías seguir", me dijo, dándome una palmada en el hombro. "Puede que no sea mi tipo, pero el hombre *es* objetivamente atractivo. Y no es que no haya nada entre ustedes".

"Supongo", dije de mala gana.

"¿Crees que entre ustedes hay algo más que atracción?" Aventuró tímidamente.

"No puede haber", sacudí la cabeza.

"¿Por qué no?" Me dio un codazo. "Quiero decir, han pasado todo este tiempo juntos y siempre la pasan bien".

"Porque tenemos que mantener las cosas profesionales", insistí, dándole un codazo en el brazo. "Sólo vamos a estar casados un año. Todo esto es fingido".

"Nada de esto es profesional", comentó riendo. "¿No podrías divertirte un poco hasta entonces? No conozco a nadie que se lo merezca más".

"No lo sé", suspiré.

"Piénsalo", me instó. "Porque más que nada, quiero verte feliz".

Tiré de mi hermana pequeña para abrazarla. "No sé qué hice para merecerte".

"Oh, no lo sé", me dijo en el pelo, "Intenta echar un vistazo a toda nuestra vida y lo verás. Has estado cuidando de mí desde que nací".

La apreté más fuerte.

No estaba segura de lo que iba a hacer con Nathan, pero me alegraba de contar con el apoyo de Ivy pasara lo que pasara.



Nathan

Entré en el bar con un suspiro de agradecimiento. La fiesta de cumpleaños de mi amigo Theo era exactamente lo que necesitaba para olvidarme de Erica. Recientemente divorciado, Theo estaba celebrando su nueva libertad de su infiel esposa con juergas y mujeres hermosas. Tenía la idea

correcta.

Lo encontré en la barra con Angus, con los vasos de whisky casi vacíos en las manos.

"Empezando sin mí, ¿eh?" Pregunté, haciendo una señal al camarero para que me sirviera un vaso de lo que estaban tomando mis amigos.

"No es culpa nuestra que llegues tarde", rió Theo, con los ojos verdes fruncidos.

"No puedes esperar que el cumpleañero espere a que se te haga tarde", dijo Angus sacudiendo la cabeza.

"*Cumpleañero*", objetó Theo.

El camarero me sirvió la bebida y le di una propina de cincuenta más.

"Estaba ocupado en la oficina cerrando el contrato de la empresa que vamos a comprar", les dije. No tenía por costumbre llegar tarde. Levanté mi copa por Theo. Éramos amigos desde que nos conocimos estudiando en Columbia. "Feliz cumpleaños, tío".

Tomamos un largo trago cada uno, y Theo y Angus vaciaron sus vasos. Pidieron más, y yo planeaba ponerme al día con ellos pronto. El cumpleaños de Theo era una oportunidad perfecta para olvidarme de Erica. Dedicarme a trabajar toda la semana no me había distraído como esperaba, aunque había cerrado el trato con Mike Colby. Incluso el tío John había quedado impresionado.

"¿Cómo van las cosas con Erica?" Angus preguntó.

Por otra parte, tal vez esta noche no iba a ayudar.

"Sí", dijo Theo. "¿De repente, esta chica aparece en todas tus redes sociales? ¿Qué pasó con lo de seguir siendo un agente libre? Sabes que las mujeres nunca traen nada más que angustia".

El divorcio de Theo había sido amargo en el mejor de los casos.

"Lo sé, pero mi compañía es más importante que estar soltero", dije, pero no con el mismo lamento al que estaba acostumbrado. "Y sí, las cosas con Erica van por buen camino".

No estaba dispuesto a revelar mi problema. ¿Cómo podía explicar a dos hombres que estaban tan dedicados a permanecer solteros como yo -o solía estarlo- que no podía sacarme a Erica de la cabeza? Lo peor era que, si no lo hacía para mantener mi compañía, si no teníamos un contrato en vigor y no había jurado quedarme soltero, Erica era exactamente el tipo de mujer con la que me gustaría salir.

Me bebí el resto del vaso para quitarme la idea de la cabeza.

"Eso está bien, tío", sonrió Angus.

"Mejor tú que yo", dijo Theo, sacudiendo la cabeza.

"Sí", dije con una risa forzada y pedí otro trago en la barra.

"Vaya", dijo Theo de repente, "mira esas chicas de ahí".

Angus y yo seguimos su línea de visión. Tres mujeres acababan de entrar en el bar, ataviadas con vestidos escuetos y tacones altos que prácticamente gritaban que buscaban pasarlo bien esta noche. Sus miradas se posaron en nosotros tres, y la forma en que sonreían y se reían mientras se giraban unas a otras me dijo que tenían la misma idea que Theo.

"Esta noche se acaba de poner mucho más interesante", sonrió Theo.

Las mujeres, dos rubias y una morena y objetivamente atractivas, caminaban hacia nosotros. Pero a pesar de su buen aspecto, no pude despertar el interés que normalmente tendría en esta situación. No era sólo que tuviera un contrato verbal con Erica de no acostarme con nadie más. Ojalá pudiera echarle la culpa a mi sentido del deber. Pero la verdad era que no quería a nadie más que a Erica.

Esto es lo que semanas de celibato le hacen a una persona. Estoy obsesionado porque sé que no puedo tenerla.

"Esta noche no me apetece mucho, chicos", les dije a mis amigos antes de que las mujeres pudieran alcanzarnos.

Angus enarcó las cejas, pero no hizo ningún comentario.

"Tío, no puedes hablar en serio", dijo Theo.

"Ha sido un día largo; estas negociaciones contractuales son duras", mentí.

"Tú te lo pierdes", se encogió de hombros Theo. "Pero bueno, más para mí. Les diré que es mi cumpleaños".

"Hazlo tú, tío", me reí. "Tengo que irme".

"Ni siquiera has terminado tu bebida", señaló Angus.

"Como dije, ha sido un día largo. Me pondré al día con ustedes en otro momento".

Los dejé en manos de las tres mujeres y llamé a mi chófer para que me recogiera. Sabía que debía ir directamente a casa, pero le dije que me dejara en casa de Erica. Necesitaba verla y aclarar mis ideas.

Eran alrededor de las diez cuando llegué a su casa, así que llamé en lugar de tocar el timbre.

"¿Nathan?" Respondió ella. "¿Está todo bien?"

"Sí, todo está bien", dije. "Perdona, ¿te he despertado?"

"No, sólo estaba viendo la tele", dijo. "¿Qué pasa?"

Tragué saliva. Ni siquiera sabía por qué había venido aquí, no realmente.

"Estoy fuera, ¿puedo subir?" Pregunté.

Hubo una pausa. Una breve pausa.

"Claro", dijo ella. "Vivo en el apartamento 4C".

Sonó el timbre y se abrió la puerta del edificio. Entré y me di cuenta de que no había ascensor. Tuve que subir cuatro tramos de escaleras para llegar al piso de Erica. Tenía suerte de estar en forma, pero sería molesto tener que hacerlo varias veces al día.

Llamé a su puerta y se abrió de inmediato. Erica llevaba una camiseta gris de gran tamaño que le colgaba de un hombro y unos pantalones cortos pero holgados. Había visto a Erica con muchos atuendos, cada uno más glamuroso que el anterior, gracias a nuestro viaje a París. Pero nunca había estado tan sexy, ni siquiera con maquillaje y con el pelo un poco revuelto. O tal vez por eso.

"¿Qué haces aquí, Nathan?" Me preguntó, dejándome entrar.

Eché un vistazo a su apartamento. Una mezcla ecléctica de muebles que parecían más de necesidad que de diseño llenaba el estrecho apartamento. El concepto de espacio abierto se quedaba corto, la pequeña cocina estaba escondida en la esquina de la sala de estar. Me sorprendió que no se hubiera comprado un piso mejor. Le había transferido los otros cien mil hace unas semanas, pero seguía viviendo con frugalidad.

"Sólo... quería verte", respondí.

El corazón me retumbaba con fuerza en los oídos.

No puedo creer que acabe de admitirlo.

Capítulo 18

Erica

Me dio un vuelco el corazón. Después de nuestro fin de semana, no había sabido nada de Nathan. Era difícil no sentir que me estaba castigando. O dejando de lado. Ivy ni siquiera había querido salir con sus amigas esta noche. Estaba preocupada por mí. Pero yo había insistido en que estaría bien y ahora me alegraba de haberlo hecho.

"¿Quieres sentarte?" Pregunté, indicando mi destartalado sofá. Había una caja de pizza medio vacía sobre la mesa de centro que Ivy y yo habíamos construido con palés de madera. "Lamento el desorden. Y, bueno, por todo lo demás. Esto no es a lo que estás acostumbrado".

"No te preocupes", dijo amablemente.

Nos sentamos en el sofá, colocados de lado para poder mirarnos.

"¿Arreglaste todo con Mike?" Pregunté ya que no sabía qué más decir.

"Sí, todo está bien", dijo Nathan, acomodándose en mi sofá como si fuera su casa. "Hizo muy feliz a la junta. A mi tío también. Siempre está encima de mí por algo, juraría que él es el Director General y no yo. Pero no he venido a hablar de eso".

La expresión seria de Nathan me preocupó.

¿Ya está? ¿Está cancelando todo el asunto?

"¿De qué has venido a hablar?" Pregunté, aunque no quería saber la respuesta. Ni siquiera quería los cinco millones que Nathan me había prometido. Tenía unos buenos ahorros con el dinero que ya me había pagado.

No quería que esto fuera el final de pasar tiempo con Nathan.

"Salí esta noche para celebrar el cumpleaños de un amigo", dijo, dejándome confundida.

"De acuerdo", respondí con cautela.

"Mis amigos Theo y Angus son como yo, no les interesan las relaciones serias", dijo, sin ir al grano. Nunca había sabido que Nathan se anduviera por las ramas. "Llegaron estas chicas. Tres de ellas".

Se me cayó el estómago. ¿Estaba aquí para decirme que había roto nuestro acuerdo? No sería exactamente un engaño, ya que no se trataba de una relación real, pero seguiría siendo una traición.

"Nathan", dije en tono de advertencia. Si esto era una confesión, no quería oír el resto.

"Me fui", explicó, inclinándose hacia delante. "Eran mujeres atractivas, pero no quería acostarme con ninguna".

Fruncí el ceño, aunque el alivio me inundaba.

"¿Qué estás tratando de decir?" Le pregunté.

¿Quiere que le felicite por mantener nuestro acuerdo?

"Estoy diciendo..." Nathan respiró hondo como si se estuviera fortaleciendo. "No me sentí bien. No quiero acostarme con nadie más que contigo".

El corazón me dio un vuelco. Era lo último que esperaba oír de él.

"¿Quieres acostarte conmigo?" Pregunté.

"Creo que eso debería ser bastante obvio", se rió con voz ronca.

"Empezaba a pensar que ya no te gustaba", confesé.

Frunció el ceño. Profundamente.

"No puedes hablar en serio", dijo, como si le acabara de decir que no creía en la luna.

"¿De verdad no te acostaste con ninguna de esas chicas por mí?" Pregunté, necesitando oírlo de nuevo.

"De verdad", dijo. "Mira, esto no tiene que ser una cosa. Sigues rechazándome y lo respeto, pero si hay alguna posibilidad..."

Le besé, deteniendo el resto de sus palabras. Hizo un ruido de sorpresa en el fondo de su garganta antes de tomar mi cara y besarme también. Había pasado una semana desde aquel beso en la playa, incluso más desde el beso en París, pero esto lo superó todo. Fue como comer la comida más decadente preparada por el mejor chef del mundo.

Nathan se apartó un momento y dijo: "Sabes que esta vez no vamos a hacer fotos, y nadie está aquí para ver".

"Cállate", solté una risita y volví a besarle.

"Sólo digo", insistió en hablar, sus labios rozando los míos mientras hablaba, "que esto es algo que tú iniciaste. Estás rompiendo tu propia regla".

Me eché hacia atrás, enarcando una ceja.

"¿Quieres seguir besándome o restregármelo? Porque no puedes tener las dos cosas", le pregunté. Pero era una amenaza vacía.

"Esperaba poder llevarte a la cama", sonrió satisfecho.

El calor se apoderó de mi interior.

"Optemos por la tercera opción", dije rápidamente.

"Gran elección", dijo, inclinándose hacia mí y besándome de nuevo, esta vez más profundamente.

Se subió encima de mí, empujándome hacia el sofá, sus manos recorriendo mi cuerpo y deslizándose bajo mi camiseta.

"Lamento ser un desastre", dije, rompiendo el beso. "No esperaba compañía".

"A ver, ¿quién está interrumpiendo ahora?" Rió entre dientes, mientras me acariciaba el costado con la mano. Ni siquiera llevaba sujetador.

"Lo sé, pero..." No tenía ninguna explicación para él. Nathan siempre estaba tan bien arreglado con sus trajes a medida, su cuerpo espléndido y su pelo perfecto. Era difícil no sentirse inferior.

"Erica", dijo, su mano deslizándose por mi caja torácica. "Desde el momento en que abriste la puerta, todo lo que quería era hacerte mía".

"Oh", dije, tan suave que era casi un suspiro.

"Sí", dijo, con la mano en mi pecho y apretando un poco. "Ahora, ¿cuál es la puerta de tu habitación?"

"Esa", señalé la habitación más cercana a la puerta principal.

"Bien", dijo, poniéndose en pie y haciéndome echar de menos su mano.

Pero me tendió la mano, la cogí y dejé que me pusiera en pie. Me llevó a mi dormitorio y cerró la puerta tras nosotros. Quería disculparme por el estado en que estaba, por los muebles desparejados y por la ropa amontonada en el escritorio, porque había tenido que hacer sitio en el armario para la ropa nueva que Nathan me había comprado. Pero entonces volvió a besarme y a tirarme de la camiseta, y sólo podía pensar en dónde iba a tocarme a continuación.

Se separó sólo para poder quitarme la camiseta. Luego, su boca estaba en mi cuello y sus manos

en mis pechos, acariciando mis pezones hasta endurecerlos y haciéndome suspirar de felicidad. Le desabroché la corbata y empecé a desabrocharle la camisa antes de quitarle la chaqueta.

Nathan tenía ventaja: llevaba mucha más ropa que yo. Me pasó las manos por los costados y me quitó los pantalones cortos y las bragas de las caderas, y dejó que se me enredaran en los tobillos antes de que pudiera siquiera comenzar con su cinturón.

"Acuéstate en la cama para mí", dijo. "Quiero verte".

Seguí sus instrucciones con impaciencia, esperando que disfrutara de la vista mientras me arrastraba hasta la cama. Me recosté contra la almohada y lo miré con los ojos encapuchados. La mirada hambrienta de su rostro hizo que mis dudas se desvanecieran. Podría haberse acostado con cualquiera esta noche, pero me había elegido a mí.

Nathan se quitó la camisa y la chaqueta de un tirón antes de terminar lo que yo había empezado con su cinturón y quitarse los pantalones y los calzoncillos. Se rodeó la polla con la mano y se acarició perezosamente. Era como si supiera con qué había fantaseado yo en París.

"La semana pasada, en la playa", dijo, siguiéndome hasta la cama. "¿Quieres saber por qué me fui tan bruscamente?"

Supuse que si me lo decía ahora, disfrutaría con la respuesta. Asentí con la cabeza.

"Me hice una paja en el baño", dijo.

Un escalofrío de deseo me recorrió la espalda.

Cogió mi mano y la envolvió alrededor de su polla, encerrándola con la suya.

"¿Por el beso?" Le pregunté, dejando que moviera mi mano arriba y abajo por su miembro.

"El beso, el bikini, *tú*", siseó y rodeé la cabeza de su polla con la mano, retorciéndome la muñeca. "No tienes ni idea de lo que me haces sentir. Todo lo que quería era que fuera tu mano, tu coño perfecto".

Me sonrojé y él me apretó la mano, estrechando mi agarre a su alrededor.

"Yo también te deseaba", confesé. "En la playa y de vuelta en París".

"Pero me rechazaste", dijo, apoyando su mano libre en mi muslo.

"Lo sé", me lamí los labios mientras sus dedos acariciaban entre mis piernas burlonamente, sin tocarme donde más lo deseaba. "Tenía miedo".

"¿De qué?" Me preguntó, acercando sus dedos como fantasmas sobre mí. Abrí más las piernas, pero él no se movió.

"Que no quisiera parar", admití por primera vez, incluso ante mí misma.

"¿Quién dice que tenemos que hacerlo?"

Sus dedos finalmente hicieron contacto, haciéndome gemir y apretarme más a él.

"Yo también pensé en ti", dije, jadeando mientras rodeaba mi clítoris con un toque lento y ligero. "Cuando me toqué. Volvimos al hotel y no podía dormir. Me preguntaba si te estarías masturbando".

"Dios", gimió Nathan, sus caderas se balanceaban en mi mano involuntariamente. "Me estaba masturbando. El beso me hizo desearte tanto. Ni siquiera tu rechazo pudo detenerme".

"Lo siento", dije, deseando haber sido más valiente.

"No lo sientas", dijo. "Ya estamos aquí".

Arqueé la espalda cuando me metió dos dedos, pero no lo solté. Yo también quería hacerle sentir bien.

"Te deseo", dije, sorprendiéndome a mí misma. Nathan siempre tenía una forma de hacerme sentir atrevida.

"Lo sé", dijo asintiendo.

Me sacó los dedos y los lamió, saboreando mi excitación. Sus ojos se cerraron con un gemido,

haciéndome estremecer de necesidad.

"Te juro que podría quedarme enterrado en tu coño durante horas", gruñó.

Casi quería aceptar, decirle que podía hacerlo. Pero necesitaba algo más que su boca. Necesitaba sentir su cuerpo sobre el mío, estar conectada.

"Esta noche no", le dije, dándole un apretón en la polla. "Necesito más".

Asintió con la cabeza, sus ojos azules ardían de deseo. Dio un paso atrás y le dejé ir. Sacó un condón de su cartera y se lo puso mientras yo miraba, igual que en la habitación del hotel aquella primera noche. Pero esto era mejor. Ahora conocía a Nathan; nos habíamos acercado a pesar de nosotros mismos.

Nathan volvió a unirse a mí en la cama y yo abrí las piernas para que él pudiera meterse entre ellas. Le rodeé el cuello con los brazos para mantenerlo cerca.

"¿Estás lista?" Preguntó, alineándose. No se burló de mí como si supiera que no podría soportarlo después de negármelo durante tanto tiempo. Tal vez él tampoco podía soportarlo.

"Sí", dije.

Se deslizó dentro de mí de un solo golpe, sin detenerse hasta que sus caderas estuvieron contra las mías. Me rodeó la cintura con la pierna y me agarró el muslo con la mano, firme y sólido.

"Te sientes tan bien", dijo en voz baja, no del todo un susurro.

"Tú también", le dije, acercándole más.

Volvimos a besarnos y me empujó, haciéndome jadear en su boca. Casi había olvidado cómo se sentía. Nathan movía las caderas como si supiera exactamente lo que necesitaba, más que yo misma.

La cama crujía, pero a Nathan no parecía importarle. Se balanceaba contra mí, tomando lo que necesitaba de mí y dándome lo mismo a cambio.

Le acaricié la espalda con las manos, sintiendo cómo se ondulaban sus músculos. Podía oler su

colonia. El aroma masculino se intensificaba, ya fuera por nuestra cercanía o por el sexo. Podría haberme ahogado en él y ser feliz.

Se movía más rápido y la cama chirriaba más fuerte, pero ya no me importaba. El peso de Nathan estaba encima de mí; sus manos me sujetaban, sus labios se movían contra mi mandíbula y bajaban por mi cuello. Nada más me importaba. Suspiré y balanceé las caderas contra él.

"Eso es", me animó, con su voz un rumor grave que sentí en el pecho.

Clavé los dedos en su espalda y balanceé más las caderas, encontrando su ritmo. Nos sincronizamos, moviéndonos juntos como en una danza coreografiada.

"Justo ahí", jadeé cuando cambió el ángulo de sus caderas sólo un poco y mi placer pasó de ser bueno a ser alucinante.

"Voy a hacer que te corras tan fuerte que veas las estrellas", dijo, a la vez una promesa y una orden.

Aceleró el paso y me levanté para ir a su encuentro. El chirrido de mi cama quedó ahogado por el sonido de la piel sobre la piel y nuestra respiración agitada salpicada de gemidos. Cada vez estaba más cerca.

"Buena chica", me elogió. "Suéltate".

Era como si supiera que mi orgasmo se estaba gestando. Volvió a besarme y la técnica dio paso a la pasión. Bastó una embestida más para llevarme al éxtasis. Me aferré a él mientras las olas de placer me atravesaban como un tsunami. Pero en lugar de dejar un naufragio, no había más que costas tranquilas al otro lado.

Nathan se corrió antes de que lo último de mi orgasmo me abandonara, acurrucándome contra él y gimiendo tan hondo que lo sentí en el pecho. Lo estreché contra mí mientras sus caderas tartamudeaban.

Suspiró y se relajó contra mí, y yo agradecí su peso encima de mí; tan calmante y sensual.

"Te voy a comprar una cama nueva", murmuró en mi cuello.

Me reí roncamente. "Me alegro de que mi hermana haya salido con sus amigos esta noche".

Se retiró lentamente y se ocupó del preservativo antes de volver a la cama, rodeándome con sus brazos. Pero incluso después del orgasmo, me asaltó una duda.

"¿Qué significa esto para nuestro acuerdo?" Pregunté, pero lo que realmente quería saber era qué significaba para nosotros.

"No vas a darlo por terminado, ¿verdad?" Preguntó bromeando. "Porque tú lo empezaste esta noche".

"Claro que no", dije, poniendo los ojos en blanco.

"Bien", me abrazó un poco más fuerte. "Entonces podemos seguir con lo de la relación falsa y seguir teniendo sexo, ¿no? No tiene sentido seguir negándonos".

"Claro", respondí con ligereza.

No era la respuesta que buscaba, pero tampoco sabía lo que quería. Una relación real con Nathan no podía suceder. No quería casarse conmigo, sólo quería que su empresa estuviera a salvo. Si no fuera porque me pagaba, probablemente no habría aceptado salir con él. Mi ex me había alejado de las relaciones amorosas de todos modos. El hecho de que el dolor que solía sentir cuando pensaba en él se hubiera desvanecido se debía a que había pasado suficiente tiempo. Eso no significaba que estuviera lista para lanzarme a nada.

"Bien", dijo Nathan, acercándome más. "Porque definitivamente quiero hacerlo de nuevo. Eres increíble".

Sentí calor en el pecho y me abracé a Nathan.

Capítulo 19

Erica

"Tengo una sorpresa para ti", dijo Nathan mientras su chófer nos llevaba por Times Square. El sol se estaba poniendo y las luces de los carteles publicitarios iluminaban el espacio con un brillo deslumbrante. Como neoyorquina de toda la vida, no solía admirar las trampas turísticas de la ciudad, pero cuando estaba con Nathan, miraba las cosas con otros ojos.

"Creía que íbamos a salir a cenar", dije, preguntándome cuál sería la sorpresa.

"Sí, y haremos eso también, pero mencionaste la otra noche que siempre has querido ver Wicked y, bueno..."

El coche giró por una calle y apareció uno de los muchos teatros de Broadway.

"¿Hablas en serio?" Pregunté, aunque sabía que sí. Nathan no bromearía con algo así. "Gracias".

Me incliné sobre el asiento trasero para besar a Nathan, sólo con la intención de darle un beso de agradecimiento. Sin embargo, mis labios permanecieron por más tiempo. Después de dos semanas de esta nueva relación entre nosotros, la novedad de besar a Nathan no había desaparecido.

"De nada", dijo Nathan cuando por fin me aparté.

El coche se detuvo frente al teatro y nos bajamos. La emoción bullía en mi interior cuando atravesamos las grandes puertas y entramos en el vestíbulo. Había crecido en Nueva York, pero Broadway me había resultado tan inalcanzable como París, hasta ahora. Llevaba más de una década soñando con ver Wicked y todo gracias al hombre que tenía a mi lado. Deslicé mi mano por la suya y la apreté en señal de agradecimiento silencioso.

Mirando a mi alrededor, me alegré de haberme arreglado. Los vestidos de París estaban valiendo su dinero, con todos los lugares a los que Nathan me llevó.

Mostramos las entradas en taquilla y guardé el talón en el bolso para recordar la experiencia. Entrar en el teatro era como entrar en otro mundo. Rivalizaba en majestuosidad con el Arco del Triunfo, incluso el techo era una obra de arte.

"Conseguí los asientos con mejor vista", dijo Nathan en voz baja mientras nos acercábamos al escenario. Nuestros asientos estaban unas filas más atrás de la parte delantera, justo en el centro. Podríamos verlo todo sin tener que forzar el cuello de tanto mirar hacia arriba.

"¿Te he dicho ya hoy que eres increíble?" Pregunté mientras nos sentábamos en los asientos de terciopelo rojo.

"No, no creo que lo hayas hecho", sonrió satisfecho. Apoyó la mano en mi rodilla, un gesto tan reconfortante como excitante. La cubrí con la mía.

"Que no se te suba a la cabeza", me reí en voz baja.

"Ni se me ocurriría", dijo con fingida sinceridad. "Soy una persona muy humilde".

"Millones te creerían", resoplé.

Los asientos ya estaban medio llenos y seguían llenándose rápidamente. La expectación flotaba en el aire, el entusiasmo colectivo era embriagador. Ahora que podía permitírmelo, me daba cuenta de que me iba a convertir en una espectadora habitual. Fue difícil hacer el cambio mental después de toda una vida sin ayuda, pero Nathan lo hizo más fácil. Me facilitó muchas cosas.

Unas filas más atrás, un bebé lloraba. Algunas personas que estaban delante de nosotros se giraron, algunas con el ceño fruncido, otras con miradas compasivas. La mano de Nathan me rodeó la rodilla.

Por favor, no hagas una escena, Nathan.

Le acaricié la mano, intentando que se relajara. No sabía qué tenía en contra de los bebés. Aunque el sonido le molestara mucho, no era excusa para ser grosero.

Otro grito atravesó el aire, seguido de la suave voz de una madre que intentaba calmar a su hijo. Nathan retiró la mano, dejando mi rodilla fría sin su contacto. Torció el cuello y miró a la madre y al bebé, con los labios apretados en una fina línea.

"Nathan..." Murmuré. Si me oyó, no dio ninguna señal.

A pesar de los esfuerzos de la madre, el bebé seguía llorando. Un hombre, presumiblemente el padre, se inclinaba para ver cómo estaba el niño. Al cabo de un momento, la madre se levantó y sacó al bebé de la sala. Estaba a punto de dar un suspiro de alivio al ver que Nathan no había sido grosero, pero se puso en pie y abandonó nuestra fila de asientos antes de que yo pudiera siquiera pestañear.

El corazón me latía más deprisa. No entendía el problema de Nathan con los bebés, pero no iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que molestara a otra pobre madre desprevenida que ya estaba pasando una noche difícil.

Me levanté y le seguí, aunque me llevaba mucha ventaja. Subió los escalones de dos en dos, saliendo por la puerta antes de que yo pudiera siquiera salir de nuestra fila. En el vestíbulo, lo encontré hablando con la madre y el bebé que lloraba, con los hombros rígidos y encorvados.

"Yo no podría..." Decía la mujer, haciendo rebotar a su bebé en la cadera.

"Por favor, yo invito", dijo Nathan. "Me regalan entradas todo el tiempo por trabajo, me encantaría que les dieran un buen uso".

Me quedé atrás, reconstruyendo lo que estaba pasando, y aliviada de que Nathan no estuviera siendo grosero.

El padre salió del teatro detrás de mí, con el ceño fruncido y preocupado.

"¿Va todo bien, cariño?" Preguntó, uniéndose a su mujer y poniendo una mano protectora sobre su bebé, que aún lloraba.

"Sí, este amable hombre nos estaba ofreciendo entradas gratis para otra noche", dijo con una sonrisa. El hombre no parecía convencido. No le culpaba, siempre había estafadores merodeando por Broadway intentando timar a la gente.

"Puede recogerlos aquí, en la taquilla", dijo Nathan, anticipándose al escepticismo del hombre.

El bebé emitió otro fuerte gemido y Nathan se estremeció. Di unos pasos hacia él y uní mi brazo al suyo. Me dedicó una sonrisa tensa, pero sincera.

"Gracias", dijo la madre. "Ahorramos tanto tiempo para estas entradas y nuestra niñera canceló en el último minuto. No hemos salido desde que nació nuestro hijo y no queríamos perder nuestra única oportunidad de ver el espectáculo".

"El placer es mío", dijo Nathan amablemente, mientras su brazo se estrechaba alrededor del mío. "Déjame arreglar las cosas con la taquilla y luego puedes llevar a tu bebé a casa".

No esperó su respuesta, caminó a paso rápido y me llevó con él.

¿Qué le pasa a Nathan con los bebés?

En la taquilla, sacó su tarjeta de crédito y reservó dos entradas para la siguiente función con asientos disponibles, dentro de unas semanas. Pagó por dos asientos de primera, en un lugar similar al de nuestros asientos de esta noche. Le dijo al empleado que los asientos eran para las dos personas que estaban en el vestíbulo.

"Creía que habías dicho que tenías entradas gratis", dije en voz baja para que nadie me oyera.

"Mentí", se encogió de hombros.

Tuve que reprimir una carcajada. No entendía nada, pero al menos Nathan estaba siendo amable.

Los padres, agradecidos, recogieron los billetes y se marcharon con su bebé, que seguía llorando. Nathan no se relajó hasta que estuvieron fuera del alcance de sus oídos.

¿Es por el ruido?

"Volvamos dentro", dijo Nathan. "No queremos perdernos el inicio".

Asentí y emprendimos el camino de vuelta. Estaba a punto de preguntarle por qué le molestaban tanto los bebés cuando me detuve en seco y se me heló la sangre. Mi ex, Vince, se dirigía hacia las puertas del teatro. Hacía casi un año que no lo veía, pero lo reconocí al instante. Pelo castaño claro, ojos castaños oscuros, la mirada de superioridad que tenía permanentemente grabada en la cara. Y en su brazo estaba Cherie, mi ex empleada y sous chef que me había robado a mi novio y le había ayudado a robarme mi empresa. Dios sabía que Vince no sabía cocinar. Verlos de nuevo fue como una puñalada en el corazón.



Nathan

Erica se detuvo en seco, encogiéndose a mi lado mientras un hombre y una mujer se acercaban. Se me pusieron los pelos de punta.

"¿Quién es?" Pregunté, pero se acercaron antes de que pudiera explicarse.

"Hola, Erica", dijo el hombre, sonriendo como un tiburón. Acercó a la mujer que le acompañaba. "Recuerdas a Cherie, por supuesto".

Erica hundió sus dedos en mi brazo, aferrándose a mí.

"Por supuesto", murmuró ella, con los ojos en el suelo. "Vamos, Nathan, vámonos".

No era de los que huyen de una pelea, y no necesitaba conocer los detalles para ver la situación tal y como era. Si Erica estaba así de incómoda, algo iba mal. Y este tipo era un problema que estaba dispuesto a acabar.

"Esa no es forma de saludar a un viejo amigo", se rió el hombre. Cherie, la mujer que colgaba de su brazo, soltó una risita un momento después. Pasó la mano por el pecho del hombre, un anillo de compromiso que brillaba a la luz.

"Cuando vea a un viejo amigo, me aseguraré de recordarlo", respondió Erica con más del fuego que estaba acostumbrado a ver en ella. No iba a dejar que Erica se enfrentara sola a quienquiera que fuera.

"Soy Nathan, el novio de Erica", dije con firmeza. Mi instinto me decía que hiciera mi reclamo. "¿Y tú eres?"

El hombre me miró con los ojos entrecerrados, como una comadreja.

"Vince", dijo, hinchando el pecho como si eso significara algo para mí. "Un amor del pasado".

Recordé a Erica mencionando que su ex la había engañado. Yo estaba demasiado metido en mis problemas con mi ex como para hablar con ella de eso. La culpa me carcomía el estómago. Debería haberla escuchado cuando se sinceró conmigo.

"Creo que Erica ha estado bien sin ti", dije, rodeando los hombros de Erica con el brazo para protegerla. Se relajó un poco.

Si los ojos de este tipo se estrechaban más, estarían cerrados por completo.

Tuve que contener un bufido.

"¿Por qué no le cuentas a Erica adónde vamos de luna de miel?" Vince le dijo a Cherie.

Sonrió de forma poco amable.

"Nos vamos a Jamaica", chilló. "El negocio está en auge desde que te fuiste, Vince me está mimando".

"Jamaica", repitió Vince. "¿No era ese lugar el que siempre quisiste visitar, Erica?"

Sentí más que oí la respiración agitada de Erica. Pero cuando la miré, no parecía herida. Parecía enfadada.

"Era Bali, idiota", le espetó. Esta vez no oculté mi diversión. "Si no estuvieras tan ocupado engañándome, podrías haberlo recordado".

Cherie tuvo la delicadeza de hacer una mueca de dolor. Vince no. Era hora de poner fin a esto.

"Jamaica está bien si tienes un presupuesto limitado", dije despreocupadamente. "Cuando Erica y

yo viajamos, prefiero llevarla lejos de toda esa mierda de trampas para turistas".

Vince frunció el ceño, pero no había terminado.

"De todos modos, buena suerte en sus próximas nupcias, estoy seguro de que ambos se tomarán muy en serio ese voto de fidelidad", continué, disfrutando del destello de duda en el rostro de Cherie.

"Escucha, maldito..." Vince comenzó, pero Cherie rápidamente le tiró hacia atrás.

"Entremos", dijo rápidamente.

Casi quería que Vince me diera un puñetazo. Me encantaría tener una excusa para darle un puñetazo en su estúpida cara. Pero los hombres como él siempre eran cobardes y se escabulló hacia el teatro.

Los vimos irse y no hablé hasta que se cerraron las puertas del teatro.

"Sé que deseabas tanto ver el espectáculo", le dije, acariciando con mi mano la tensa espalda de Erica, "pero esta noche ya ha sido bastante interrumpida. Salgamos de aquí, podemos ver Wicked en otro momento, lo prometo".

"Sinceramente, me parece estupendo, no quiero pasar las próximas horas en una habitación con ellos, aunque no sepa ni dónde están sentados", admitió, sin que sus ojos se encontraran con los míos. Deseé poder localizar a Vince y darle un puñetazo como quería. "En realidad hay un restaurante cerca de aquí que me encanta, ¿podríamos ir allí si quieres?"

"Claro", accedí con facilidad, "llamaré a mi chófer".

"No hace falta, está a sólo una manzana".

Asentí y salimos del edificio. Erica caminaba deprisa, incluso más rápido que el ritmo neoyorquino habitual a que estábamos acostumbrados los dos. Con mis largas zancadas, no me resultaba difícil seguirla. Me llevó por una calle lateral y enarqué las cejas cuando se detuvo delante de un pequeño restaurante con un letrero descolorido.

"Sabes que puedo llevarte a cualquier restaurante de la ciudad, ¿verdad?" Dije, sin ocultar mi escepticismo.

"No seas snob", me dijo, con una sonrisa en la comisura de los labios. No me incentivaba a ser menos snob, no cuando era la primera vez que sonreía desde que nos sentamos en el teatro. Sólo había pasado media hora, pero me parecía demasiado tiempo. "Este es el mejor restaurante desconocido de la ciudad".

Si me lo hubiera dicho cualquier otra persona, me habría reído de ella. Pero Erica era chef, sabía de lo que hablaba.

"Ya veremos", dije. No tenía por costumbre capitular fácilmente.

En el interior, el restaurante había hecho un vago intento de decoración: cestas y cuencos tejidos colgaban de las paredes blancas y sillas de mimbre se sentaban en mesas cuadradas de melamina. El menú sobre el mostrador de servicio estaba descolorido, pero pude distinguir los platos que se ofrecían. Era un restaurante balinés. Esperaba que Erica no hubiera perdido la cabeza, porque lo mejor que podía decir del lugar era que al menos estaba limpio.

Erica saludó al anciano que estaba detrás del mostrador en un idioma que no reconocía, haciéndole sonreír ampliamente.

"¿Qué vas a tomar?" Me preguntó.

Miré el menú, pero estaba fuera de mi alcance.

"Elige tú", le dije. No creía que me fuera a equivocar. "Tú eres la experta".

Esta vez la sonrisa de Erica llegó hasta sus ojos y pidió por ambos. Nos sentamos en una de las mesas a esperar la comida. Sentía curiosidad por Vince, pero no quería disgustar a Erica cuando acababa de recuperar la sonrisa.

Debió de pesarle mucho, porque dijo: "Lamento que se haya estropeado esta noche".

"No fue así", le aseguré, moviendo los pies para que mis rodillas chocaran contra las suyas. "No tienes nada de qué disculparte".

Suspiró, pero asintió.

"Era mi ex, obviamente", dijo. Pude ver el pasado persistente en sus ojos, un dolor similar al que yo conocía. Una traición era una traición, en cualquier forma.

"Dijiste que te engañó, ¿verdad?" Le pregunté. "Supongo que con esa basura con la que estaba".

Erica resopló: "Sí. Era mi sous chef en el negocio de catering que Vince y yo teníamos juntos".

Levanté las cejas. Erica no había hablado mucho de su pasado, y yo no le había preguntado.

"Vaya mierda", dije, deseando una vez más haberle dado un puñetazo al tipo.

"También me robó el negocio", dijo, con los ojos fijos en la mesa rayada que teníamos delante. "Nunca estuve segura de cuál era la peor traición".

"Si quieres pelearlo, tengo abogados a los que puedo echarle encima", le ofrecí.

Por favor, déjame joder a este tipo.

"Él no vale la pena", dijo, sacudiendo la cabeza. Era muy maduro por su parte. Lo odié. Ella deslizó su mano en la mía. "Pero me encanta que me hayas defendido. Nadie lo había hecho antes por mí".

Se me apretó el corazón. Le apreté la mano y le pasé el pulgar por los nudillos.

"Te mereces algo mucho mejor", dije, casi gruñendo. Si hubiera podido despedazar a todos los que habían hecho daño a Erica, lo habría hecho.

Me miró con ojos brillantes.

"Eres increíble, ¿lo sabías?" Preguntó.

Sentí calor en las mejillas. No me sonrojé. La sola idea era ridícula. Nunca me había costado aceptar un cumplido. Debía de ser el calor que salía de la cocina.

"Lo sé", dije, un poco más despacio de lo que me hubiera gustado. Su sonrisa no hizo más que calentarme. "Entonces, ¿te gusta la comida balinesa?"

"Sí, probablemente sea mi cocina favorita", me dijo entusiasmada. Siempre podía contar con ella para entusiasmarme con la comida. "Siempre he querido visitar Bali, probar la auténtica comida

del origen, tal vez incluso aprender un poco, ¿sabes? Pero restaurantes como éste han traído aquí la comida tradicional balinesa. Espera a probarla".

El hombre que estaba detrás del mostrador nos llamó para coger nuestro pedido, aunque éramos los únicos que estábamos en el restaurante. Fui a por la comida, servida en gruesos envases de cartón para llevar. Intentaba fiarme de la opinión de Erica sobre este lugar, pero no era fácil.

Tras el primer bocado, me vi obligado a admitir la derrota. La comida no se parecía a nada que hubiera probado antes, llena de especias aromáticas y cocinada a la perfección absoluta.

"Te lo dije", se regodeó Erica.

"No he dicho nada", dije, con un gran tenedor de cerdo chorreando salsa a medio camino de mi boca.

"No tienes por qué", se rió. Todo rastro de la tensión de antes había desaparecido. Fue un buen intercambio, mi orgullo por su felicidad.

"¿Qué otro lugar quieres visitar además de Bali?" Pregunté, tanto por curiosidad como porque quería distraer a Erica para que no se regodeara más.

Pasamos la velada hablando de viajes y disfrutando de lo que probablemente fue la mejor comida que había probado nunca. Me aseguré de dar una propina extra de doscientos dólares cuando nos fuimos y, con la forma en que Erica me sonreía, estuve tentado de añadir otros cien por si acaso.

Capítulo 20

Erica

El sol estaba bajo en el cielo cuando subimos al yate privado que Nathan había alquilado para esa noche. Las últimas semanas con él habían sido maravillosas. Seguíamos yendo a actos públicos como pareja y pasábamos aún más tiempo en privado. Nathan me había comprado una cama nueva, como había dicho, algo que me había parecido un comentario sin importancia hasta que llegaron los repartidores con una cama matrimonial que dominaba mi dormitorio y era lo más cómodo en lo que había dormido nunca. Nathan no dejaba de cuidarme. Aunque él utilizara la cama casi tanto como yo. Sólo que no dormía tanto.

"¿Qué es esto?" Pregunté al salir a cubierta. Había una mesa con un cubo de champán al lado.

"Una cena al atardecer en el Hudson", dijo despreocupadamente como si fuera algo que la gente hiciera todos los días.

"Va a quedar bien en las redes sociales, muy romántico", comenté. Pero últimamente nuestras citas eran mucho más naturales.

"Eso pensaba yo", sonrió Nathan.

Nos sentamos a la mesa mientras el yate zarpaba. Nathan sirvió el champán.

"¿Por qué brindamos?" Pregunté.

"¿Qué tal una campaña exitosa?" Dijo, con sus ojos azules centelleando alegremente. "Ayer en el trabajo, mi tío comentó que parecía que iba en serio contigo, y mi madre me ha estado dando la lata para que te conozca".

"Es genial", dije, chocando mi vaso contra el de Nathan.

"Me hizo pensar: el verano está llegando a su fin; ¿qué mejor manera de rematar nuestro vertiginoso romance estival que con una proposición de matrimonio?"

Por un segundo, pensé que estaba a punto de arrodillarse allí mismo y me dije que el aleteo de mi pecho era sólo por la sorpresa.

"¿Oh?" Pregunté.

"Sí, así que deberíamos planearlo", continuó.

"Claro, por supuesto", me reí, sobre todo de mí misma. Nathan no iba a sorprenderme con una proposición. Eso era ridículo.

"Estoy pensando que podría llevarte a un restaurante y hacer que escondan un anillo en el postre..." Sugirió.

"¿No es un poco...?"

"¿Qué?" Frunció el ceño.

"No sé, ¿ordinario?" Sonreí disculpándome.

"Bien, ¿cuál es tu idea?" Preguntó cruzándose de brazos.

Nunca había pensado en planear una proposición, pero dejé que mi mente divagara.

"Tiene que ser personal y romántico", dije, pensando en voz alta.

"Tiene que ser público y vistoso", replicó. "De hecho, debería contratar a un fotógrafo para que haga fotos".

Me encogí internamente ante la perspectiva. Entendía que quisiera capturar el momento, pero una pedida de mano era algo muy personal. Si fuera real, preferiría conservar los recuerdos y mantener la intimidad. Pero Nathan tenía razón.

"¿Qué tal en tu casa?" Le sugerí. "Podrías llevarme a conocer a tu madre el fin de semana y luego sorprenderme con una proposición en la playa al atardecer".

Nathan hizo una mueca: "No quiero que mi madre participe en mi proposición, sea falsa o no".

Me quedé mirando el agua, los edificios de Manhattan a la deriva. El sol besaba el horizonte y moteaba el cielo de naranja y rosa. Me encantaba esta ciudad. Estaba deseando que llegara el otoño, aunque significara que el invierno estaba en camino. Todos los años esperaba con impaciencia el cambio de las hojas de Central Park.

"¿Y Central Park?" Pregunté. "Es romántico y público".

Nathan se frotó la barba incipiente, pensativo.

"Eso podría funcionar", estuvo de acuerdo. "Las fotos quedarían bien".

"¿Verdad?" Dije, empezando a emocionarme. "¿Podríamos hacerlo junto al cobertizo para botes? ¿O en los recreativos de Bethesda?"

"¿Qué tal el Bow Bridge?" Preguntó Nathan, con los ojos brillantes.

"Oh, es perfecto", me dije efusivamente. "Podrías tener al fotógrafo 'escondido' allí entre los turistas, para poder 'sorprenderme'".

"Suena bien", dijo con un asentimiento decisivo. "La única pregunta es, ¿eres lo suficientemente buena actuando para vender el ángulo sorpresa?"

"¿Hablas en serio?" Me reí. "Todo lo que tengo que hacer es jadear y ponerme a llorar. ¿Qué me dices de ti? ¿Crees que llevas dentro una proposición romántica? ¿Sabes que no puedes decir simplemente 'oye, quieres casarte conmigo'?"

"Perdona, puedo ser muy romántico", resopló, bebiendo su champán como si le ayudara a demostrar su punto de vista.

"Nombra una cosa romántica que hayas hecho", me burlé alegremente. Nathan abrió la boca para hablar, pero le corté con un añadido. "Que no te haya hecho gastar dinero".

"Oye, eso no es justo", argumentó. "Ya cantarás otra canción cuando veas el anillo de compromiso que te compraré".

"El anillo sólo es romántico si es personal y no sólo caro", repliqué.

"Entonces, ¿me estás diciendo que si te diera un anillo sencillo, quizá uno de esos de silicona, serías feliz?" Sonrió como si ya hubiera ganado.

"Eso es diferente, y lo sabes", le dije, lanzándole una mirada fulminante. Bebí un sorbo de champán. Nathan había comprado uno bueno y, aunque ahora no se lo admitiría, gracias a él había desarrollado el gusto por las cosas buenas de la vida.

"Ajá", goteaba escepticismo petulante.

"Cállate", puse los ojos en blanco. "No se trata de una gran piedra; se trata de saber lo que me gusta. Mi gema favorita es la esmeralda, por si te lo estabas preguntando".

"¿No quieres un anillo de compromiso de diamantes? ¿En serio? Todas las chicas quieren un anillo de diamantes", insistió.

"Esta chica no", me reí.

Uno de los empleados del yate se aclaró la garganta torpemente.

"¿Sí?" Nathan preguntó.

"Siento interrumpir, pero ¿están listos para cenar?" Preguntó, cambiando de pie. "Sólo que el sol está a punto de ponerse, y la mayoría de las parejas prefieren sus comidas servidas antes de que se ponga".

"Por supuesto, tráela", dijo Nathan.

El hombre asintió aliviado y volvió a bajar a cubierta.

"Probablemente piense que estamos locos", me reí.

"No sé yo, pero tú sí", bromeó, suavizando su comentario al poner su mano sobre la mía. El yate se balanceó suavemente mientras navegábamos hacia el puerto, justo a tiempo para ver la Estatua de la Libertad enmarcada en brillantes colores rosa y naranja, una silueta contra el sol.

"Me quieres, de verdad", dije bromeando.

Me puse rígida al darme cuenta de lo que acababa de decir, pero no tuve ocasión de ver la reacción de Nathan. Había llegado nuestra cena, llevada por dos empleados que nos sirvieron más champán.

"Disfruten de su cena", dijo uno de ellos.

"Estoy seguro de que sí", respondió Nathan, con los ojos fijos en mí.

El personal desapareció bajo cubierta y Nathan me soltó la mano para que pudiéramos comer.

"Por cierto, te voy a comprar ese anillo de diamantes", dijo con su característica sonrisa. "Será mejor que practiques tu mirada de sorpresa y adoración".

"Deberías agradecer que tengo hambre, o te tiraría la comida", le dije.

Nathan enarcó una ceja, ya a medio cortar su filete.

"Nunca desperdiciarías comida de esa manera, por mucho que te molestara", lo dijo tan seguro, como si me conociera tan bien.

"Cierto", respondí porque así era.



Nathan

Llevaba la caja del anillo en el bolsillo interior de la chaqueta mientras Erica y yo caminábamos por Central Park. El cálido aire de septiembre me hizo desear no llevar traje, pero si este compromiso iba a parecer real, tenía que ser visto con mi mejor aspecto.

"¿Estás preparada para esto?" Pregunté, con los nervios revoloteando en mi estómago. No debería estar ansioso, no era como si esto fuera real y ya sabía la respuesta de Erica. Pero este era un gran momento. Un paso tangible para conservar mi compañía. Si todo iba según lo previsto, Erica y yo podríamos estar casados antes de fin de año, y yo tendría seis meses libres antes de mi próximo cumpleaños.

"Como siempre", dijo con una media sonrisa. Llevaba un vestido de verano color crema, que complementaba su piel bronceada. Logró el equilibrio perfecto entre lo suficientemente informal como para creer que se trataba de una sorpresa y lo suficientemente guapa como para salir bien en las fotos. Se había convertido en una maestra.

Nos acercamos al puente donde ya estaba la fotógrafa que había contratado. Pasaba desapercibida como una turista, haciendo fotos sobre el agua. Me vio y le hice un pequeño gesto con la cabeza.

Caminamos por el puente y, cuando llegamos a la mitad, me volví hacia Erica.

"Vamos a parar aquí un momento", le dije, con la mano en la parte baja de la espalda.

"La vista es realmente preciosa", dijo, y me alegré de que la fotógrafa estuviera lo bastante lejos como para no haber oído la forma tan rebuscada en que Erica hablaba. Iba a tener que hacerlo mejor para las fotos.

La fotógrafa se acercó. Erica me miró expectante, y yo tragué saliva, las palabras que había estado repasando en mi cabeza me parecieron de repente inadecuadas.

"¿Nathan?" Erica susurró interrogativamente. "Ya es hora".

"De acuerdo", asentí espasmódicamente.

Dejé escapar un largo suspiro, intentando calmar las mariposas que no hacían más que empeorar.

"Erica", dije, tomando sus manos.

Se volvió hacia mí, con un cuidadoso interés grabado en el rostro.

"¿Sí?" Preguntó inocentemente, utilizando sus ojos saltones para acentuar su aparente inconsciencia.

Respiré hondo y me arrodillé. Erica se llevó la mano a la boca, sorprendida. Era ahora o nunca, y las palabras que había preparado cuidadosamente salieron de mi cabeza. Tuve que improvisar.

"Cuando nos conocimos, nunca pensé que me devolverías la vida", le dije. Erica había dudado de mi capacidad para ser romántico, y yo estaba decidido a demostrar que se equivocaba. "Antes de que llegaras, el trabajo era todo lo que tenía. Pero tú has llenado mi vida de alegría y sentido. No quiero vivir sin tu bondad y optimismo. ¿Quieres casarte conmigo?"

Erica era mucho mejor actriz de lo que pensaba. Se le empañaron los ojos. Saqué la caja de anillos de terciopelo del bolsillo y la abrí, mostrándole a Erica el anillo de diamantes que le había comprado. Era el más caro de la tienda. No había ninguna expresión de decepción en su rostro, si estaba interpretando su papel o realmente estaba contenta.

"Oh, Nathan", exclamó, con la voz un poco temblorosa. "Sí, claro que quiero".

Le puse el anillo en el dedo, deslizándolo lo bastante despacio para que la fotógrafa pudiera hacer una buena foto. Me puse en pie y tiré de Erica para darle un beso profundo y romántico, con las manos en su cara y doblándole un poco la espalda. No quería exagerar e ir a por el beso de inmersión.

Cuando nos separamos, me di cuenta de que teníamos público, tanto turistas como neoyorquinos nos aplaudían. No pude contener la sonrisa que se me dibujó en la cara, y Erica también estaba radiante.

"Ha sido precioso", dijo la fotógrafa acercándose a nosotros. "¿Puedo ver de cerca el anillo?"

"Nathan, ¿has organizado tú esto?" Preguntó Erica, sorprendida.

"Sólo quiero lo mejor para ti, cariño", le dije, insistiendo.

Erica soltó una risita y extendió la mano para que la fotógrafa le hiciera una foto. También me pidió que le cogiera la mano para darle un toque artístico.

"Hacen una pareja maravillosa", dijo sonriendo. "¿Hay algún otro lugar donde les gustaría hacerse fotos mientras estoy aquí?"

Miré a Erica, pero ella negó con la cabeza.

"No, eso es todo, gracias", dije. "Quiero llevar a mi futura esposa a casa".

"Por supuesto", dijo ella con complicidad. "Estaré en contacto con ustedes para hacerles llegar las fotografías".

"Muchas gracias por captar nuestro momento especial", dijo Erica amablemente.

La fotógrafa se fue, pero nos quedamos a pesar de lo que le había dicho. Era una tarde preciosa, parecía una pena desperdiciarla. Cogí la mano de Erica, uní nuestros dedos y paseamos por el parque. Sentí su nuevo anillo en mi piel todo el tiempo.

Capítulo 29

Erica

Dos semanas después de la proposición, Ivy, Carly y yo llegamos a la casa de la familia de Nathan en los Hamptons para encontrar el lugar transformado. La organizadora de fiestas de Nathan había convertido el lugar en un elegante país de las maravillas para nuestra fiesta de compromiso. Cuando entré en el cuidado césped, me encontré con una escena sacada de un cuento de hadas. Se habían levantado carpas decoradas con luces centelleantes y guirnaldas de flores.

"Guau", dijo Ivy, mirando alrededor del lugar. "Esperaba una mansión lujosa, pero no esto".

"Yo tampoco me lo esperaba, Nathan no me dijo cómo sería la decoración", dije, alucinada por lo perfecto que era todo.

"Si esta es la fiesta de compromiso, estoy deseando ver cómo será tu boda", se entusiasmó Carly.

Entramos en la fiesta, muchos de los invitados ya estaban allí. No conocía a nadie más que a Ivy, Carly y Nathan. No tenía a nadie más a quien invitar. Pero había probablemente un centenar de personas repartidas por el césped.

Bajo un dosel de luces parpadeantes y ondulantes carpas blancas, las mesas estaban adornadas con manteles crujientes y delicados centros de mesa florales. Vi a Nathan hablando con un hombre de unos sesenta años, que parecía una versión más vieja de él.

"Ahí está Nathan", señalé. Ivy y Carly aún no lo conocían. Parecía una tontería involucrarlas con un chico con el que sólo fingía salir, aunque últimamente no me parecía tan mentira. Me retorcí el anillo de compromiso en el dedo; aún no me había acostumbrado a él. El diamante era tan grande que no lo llevaba por mi barrio por si alguien intentaba robarme.

"Vamos a saludar", dijo Ivy con una sonrisa burlona. Llevaba semanas insistiéndome para que le presentara a Nathan, y yo no dejaba de darle largas. La única vez que lo invitaba era cuando ella no estaba.

"Claro", dije. Respiré hondo mientras caminábamos hacia Nathan. Sonrió al verme.

"Erica", dijo. Desde que nos conocimos, tenía una forma de decir mi nombre como si significara algo más que yo. Hoy mi nombre era alivio y agradecimiento.

Sonreí y le saludé con un casto beso.

"Quería presentarte a mi hermana, Ivy", dije, señalándola. "Y a mi mejor amiga, Carly".

"Es un placer conocerlas", dijo, estrechando las manos de ambas.

"Igualmente", respondió Carly. "Hemos oído hablar mucho de ti".

"Cosas buenas, espero", rió Nathan. Se volvió hacia el hombre con el que había estado hablando antes de que llegáramos. "Les presento a mi tío, John".

De cerca, pude ver que John tenía unos ojos fríos y marrones. Contrastaban con los ojos azules vibrantes de Nathan.

"Tenía ganas de conocer a la mujer que logró traspasar los muros de Nathan", dijo John. "Debe ser bastante notable".

Debería haber sido un cumplido, pero la forma en que lo dijo me hizo dudar.

Alguien llamó a Nathan a través de la carpa, un hombre de pelo castaño chocolate y ojos verde pálido. Estaba junto al chico de pelo castaño rojizo que había visto con Nathan en el club la noche en que nos conocimos, el chico montañés por el que se había interesado Carly.

"Discúlpenme, ahora vuelvo", dijo Nathan, yendo a reunirse con sus amigos y dejándonos con su tío.

"Entonces, ¿a qué te dedicas?" John me preguntó, sus ojos se desviaban entre Ivy y yo.

"Soy cocinera", respondí.

"¿Dónde trabajas actualmente?" Volvió a preguntar.

¿Está siendo sobreprotector o desconfiado?

"Tengo dos trabajos", respondí, tratando de no sentirme avergonzada. "Pero he estado pasando mi tiempo como voluntaria en una granja comunitaria local".

"¿Una de esas granjas urbanas de las que tanto he oído hablar?" Dijo, subrayando la palabra "urbanas". "Parece un desperdicio de un buen terreno. Pero un pasatiempo encomiable, seguro".

Comprendí por qué Nathan se había puesto tan tenso para que las cosas entre nosotros fueran creíbles. Era evidente que su tío era difícil de contentar y, por lo que yo sabía, desempeñaba un papel importante en la empresa de Nathan.

"Me mantiene ocupada", le dije de improviso. Su juicio no me afectó tanto como lo habría hecho hace unos meses.

John no parecía estar escuchando; seguía mirando a Ivy.

"Lo siento", dijo. "¿Nos hemos visto antes en algún sitio?"

"¿No lo creo?" Respondió Ivy frunciendo el ceño.

"¿Cuál dijiste que era tu apellido?" Preguntó. El hombre debería haber sido un detective con la forma en que nos estaba interrogando.

"Miller", respondí por Ivy, mi instinto protector de hermana mayor levantando la cabeza.

"Hmm", dijo sin compromiso.

Intercambié miradas con Ivy y ella se encogió sutilmente de hombros. Conocía a mi hermana lo suficiente como para darme cuenta de que no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

"Tal vez deberíamos ir a tomar unas copas", sugirió Carly.

"No dejen que les entretenga", dijo John. "Nathan debería haberse asegurado de que su prometida estaba atendida antes de hablar con sus amigos".

"No me importa", dije, sintiéndome casi tan protectora con Nathan como con Ivy.

John se alejó, dejándonos solas a las tres para buscar la barra en el lado opuesto de la carpa.

"¿Qué fue todo eso?" Ivy preguntó una vez que estábamos fuera del alcance del oído.

"No tengo ni idea. Pero todas sabemos la razón por la que estoy aquí", dije, aludiendo a la herencia de Nathan. "No pueden ser exactamente una familia normal".

"Cierto", resopló Carly. "Aunque lo normal es relativo".

Asentí con la cabeza. Todos teníamos nuestra parte de drama familiar.

En la barra, pedimos tres copas de vino y eché un vistazo al lugar.

En la terraza junto a la carpa, un cuarteto de cuerda acababa de empezar a tocar suaves melodías, lo que contribuía a crear un ambiente romántico. Los invitados se mezclaban y reían, todos ellos desconocidos para mí.

Nathan apareció entre la multitud, caminando con una mujer mayor y un hombre más joven. Reconocí al instante a la mujer por el retrato que colgaba en el vestíbulo. La madre de Nathan había envejecido con gracia desde que se hizo el retrato, su pelo castaño claro ahora salpicado de canas y las líneas de la risa adornando su rostro. Aquellos ojos azules eran inconfundibles, y el joven los compartía. También se parecía mucho a Nathan, aunque era más cuadrado y musculoso.

"Ahí estás", dijo Nathan al acercarse. "Quería que conocieras a mi madre, Sophia, y a mi hermano, Robbie".

"Erica, encantada de conocerte", dijo Sophia, cogiéndome la mano suavemente. "Bienvenida a la familia".

Se me hizo un nudo en la garganta, pero lo superé.

"Gracias, es un honor", respondí.

Le di la mano a Robbie y presenté a Ivy y Carly también.

"Nathan me dijo que ambos estuvieron en Europa", dije. "¿Estuvieron los dos juntos?"

"No, pero hemos quedado algunas veces", respondió Sophia mientras Robbie sonreía satisfecho. Al parecer era un rasgo familiar.

"Me encantaría que me contaras tus viajes", sonreí. "Nathan me llevó a París hace unos meses. Sólo pasamos allí el fin de semana, pero fue mágico".

"Nos lo pasamos bien", asintió Nathan.

"Qué bonito y qué romántico", dijo Sofía, claramente orgullosa de su hijo. "Solíamos veranear mucho allí, ¿aún lo recuerdan, chicos?"

"Era demasiado joven para recordar", dijo Robbie. "Dejamos de ir después de..."

Un escalofrío de tristeza recorrió a la familia Darby y sólo pude suponer que habían dejado de ir tras la muerte del padre de Nathan.

"Nathan me compró este vestido en París", comenté, intuyendo que la familia necesitaba alejarse de los malos recuerdos.

"Oh, es maravilloso", dijo Sophia. "Aquí no hay artesanía así. Y el vestido te queda precioso, querida. El champán es tu color".

"Gracias", me sonrojé.

"Hablando de champán", dijo Nathan, "los camareros no tardarán en llegar y tengo que dar un

discurso".

"Podemos sentarnos todos en la mesa de delante", dijo Sophia al grupo. "Nuestras dos familias están a punto de unirse después de todo".

Cuando todos nos dirigimos a la entrada y los camareros empezaron a moverse entre los invitados, Sophia me contuvo. Esperó hasta que todos estuvieran fuera del alcance del oído.

"No quería avergonzar a Nathan diciendo esto delante de él", habló en voz baja. "Pero quería darte las gracias".

"¿Sobre qué?" pregunté frunciendo el ceño.

"Por hacer tan feliz a mi hijo", sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas. "Hacía diez años que no veía a mi hijo sonreír así, y todo gracias a ti".

Tragué saliva, conmovida y cargada de culpa a partes iguales. No pensé que mentir a la familia de Nathan fuera tan difícil. Su madre era una mujer tan dulce, y el dolor por la pérdida de su marido seguía siendo tan evidente. También podía sentirlo a menudo en Nathan. Pero tal y como iban las cosas, quizá no estábamos mintiendo tanto después de todo. Nathan y yo aún no habíamos definido lo que había entre nosotros, pero era innegable.

"Me siento muy afortunada de tener a Nathan", dije. "Ha cambiado mi vida".

No podía explicárselo más a Sophia sin decirle la verdad, pero no había sido el dinero lo que había cambiado mi vida, aunque había sido de gran ayuda. Fue el propio Nathan. Me había demostrado mi valía sin ni siquiera intentarlo, me había dado experiencias que nunca habría soñado. Había traído más alegría a mi vida de la que jamás había experimentado.

"Entonces están hechos el uno para el otro", dijo Sophia, estrechándome en un fuerte abrazo.

Hacía mucho tiempo que no me abrazaba una madre y, aunque no fue lo mismo que si me abrazara mi propia madre, estuvo cerca.

Tuve que secarme los ojos cuando nos despedimos, y Sophia también se secó una lágrima.

"No sé cómo voy a aguantar tu boda si ya estoy lloriqueando así", se rió de sí misma.

"Tendremos que llevar pañuelos", dije, sintiendo una sacudida de ansiedad ante la inminencia de las nupcias. Volví a juguetear con el anillo de compromiso. Cuanto más nos metíamos Nathan y yo en esto, más difícil era separar la mentira de la realidad. Y lo peor era que no sabía si quería separarlas del todo.

"¡Atención todo el mundo!" Dijo Nathan desde la parte delantera de la carpa. Sophia y yo nos dirigimos rápidamente a nuestra mesa, donde nos esperaban copas de champán. Me senté junto a Ivy. El tío de Nathan estaba enfrente de nosotras, con su fría mirada fija en nosotras. Intenté ignorarlo en favor del discurso de Nathan.

"Me gustaría darles las gracias a todos por venir esta noche a celebrar mi compromiso con Erica", dijo, clavando los ojos en mí. "Ven aquí, cariño".

Con las mejillas enrojecidas, me levanté y me reuní con Nathan delante de todos. Me rodeó la cintura con el brazo.

"Creí que era de los tipos que no creen en el matrimonio, pero entonces conocí a Erica", dijo, acercándome más a él. "Los pocos meses que llevamos juntos han sido los más felices de mi vida y no quiero pasar ni un segundo más sin ella. Cuando sabes que estás con la persona adecuada, no tiene sentido esperar. Así que, por favor, únanse a mí para brindar por mi hermosa futura esposa, Erica".

Todos levantaron sus copas y brindaron por mí. Ivy y Carly fueron las más ruidosas y yo les sonreí.

Nathan me besó en la mejilla y sus amigos lanzaron algunos silbidos de lobo. Nathan y yo nos reímos y volvimos a nuestros asientos.

Poco después se sirvió la cena y estuvimos charlando, nuestras dos familias conociéndose. Robbie no hablaba mucho y John aún menos, pero Sophia era tan acogedora con Ivy y Carly que no importaba.

"Esto está delicioso", le comenté a Nathan después de probar la sopa de calabaza que habían servido como entrante. Se notaba un toque de canela y nuez moscada.

"Así es. He vuelto a contratar a Carlos", respondió.

"¿Dijo cómo están su esposa y su bebé?" Le pregunté.

"Ambos están muy bien. Quería enseñarme una foto, pero... no tuve tiempo".

Asentí con la cabeza. Sabía que Nathan traía algo hacia los niños. Era lo único que me hacía dudar sobre el futuro de nuestra relación si alguna vez definíamos lo que teníamos juntos. Yo quería tener hijos, y se me rompería el corazón si Nathan no estuviera de acuerdo.

Ivy se inclinó hacia mí y me susurró al oído: "Sabes, *realmente* parecen una pareja".

Me dirigió una mirada mordaz mientras se apartaba de nuevo, pero no pude responderle, no mientras estuviéramos rodeadas de gente. En realidad, era un alivio. Ivy sabía que las cosas entre Nathan y yo estaban progresando, pero en muchos sentidos, yo estaba en el limbo con él, y no sabía cómo responder a eso o al comentario de Ivy.

Después de cenar, mientras Nathan hablaba con unos socios y yo estaba en la barra tomando otra copa de vino, Angus, el amigo de Nathan, se acercó a mí.

"No nos conocemos oficialmente", dijo, "aunque, obviamente, lo sé todo sobre ti".

Lo tomé como que sabía del plan de Nathan.

"Creo que sé menos de ti", sonreí.

"No soy lo bastante interesante", se rió.

"Al ser un viejo amigo de Nathan, estoy segura de que eso no es cierto".

Pidió un vaso de whisky en la barra, pero se quedó a mi lado como si quisiera decir algo. Le di un sorbo a mi vino, esperando a que hablara.

"Dado que conozco toda la historia..." Dijo mirando a su alrededor. Asentí, haciéndole saber que entendía lo que estaba insinuando. "Quería decirte que has sido una buena influencia para Nathan. Hacía tiempo que no lo veía tan feliz. No desde que rompió con su ex".

"Me alegro. A mí también me ha hecho muy feliz", dije, con el corazón acelerándose un poco. Una cosa era escucharlo de Sophia cuando ella no sabía toda la verdad. Pero al parecer, Angus sí. Eso sí que significaba algo. "Hablando de su ex..."

Era algo que me había estado molestando desde la gala de los premios. No había presionado a Nathan, no cuando me había bloqueado, pero sabía que había algo más en la historia.

"Ah, Jennifer", dijo Angus con complicidad.

"Sí", confirmé. "¿Qué pasó realmente entre ellos? Nathan no ha hablado de ello".

Angus suspiró con tristeza.

"¿Le ha engañado?" Pregunté.

"Peor que eso", respondió, haciendo que mis cejas se alzaran.

¿Qué puede ser peor que haber sido engañado?

"Jennifer nunca estuvo realmente interesada en Nathan. Sólo lo usaba. Se coló para poder robarle secretos de la empresa".

"Eso es horrible", dije, cubriéndome el corazón con la mano. Para alguien como Nathan, podía entender por qué pensaba que eso era peor que engañar. Seguía siendo una traición.

"Esa no fue la peor parte", Angus se rascó la nuca. "Cuando Nathan empezó a tener dudas y a sospechar, ella le dijo que estaba embarazada. Resultó ser una mentira".

"Oh, Dios", jadeé.

"Nathan estaba encantado, creía que eso explicaba por qué ella estaba tan rara", continuó. "Y unas semanas después, ella rompió con él y le contó la verdad. Tenía un trabajo en una empresa de la competencia y, como Nathan se lo había contado todo de buena gana, no había nada que pudieran hacer para detenerla. Seis meses después, el padre de Nathan murió".

Me ardían los ojos de lágrimas no derramadas.

"Pobre Nathan", dije, aunque las palabras apenas parecían suficientes. Me dolía el corazón por él. No me extrañaba que actuara de esa manera en presencia de los bebés. Probablemente le recordaba lo que Jennifer le había hecho. Todo ese dolor relacionado con la muerte de su padre también.

"Fue muy duro", dijo Angus solemnemente.

Asentí con la cabeza. En la terraza, vi a Nathan riéndose de algo que alguien había dicho. El corazón me dio un vuelco.

"Gracias por contármelo", le dije a Angus.

Me miró un momento.

"Creo que tú y Nathan podrían ser una pareja de verdad", dijo. "Y no soy un romántico en lo más mínimo, sólo conozco a mi amigo".

Asentí, esperando que tuviera razón.

"¿Te importa si yo...?" Señalé a Nathan.

"Por supuesto", dijo Angus, haciéndome señas para que me fuera.

Me abrí paso entre la pequeña multitud de gente que no conocía y me dirigí hacia Nathan. Cuando llegué, lo abracé. Hizo un ruido de sorpresa antes de rodearme también con sus brazos.

"¿A qué se debe tanto afecto?" Preguntó, apretándome. "No es que me esté quejando".

"A nada", le dije. "Sólo te echaba de menos".

Me dio un beso en la parte superior de mi cabeza y sus labios se detuvieron.

"Deberías quedarte aquí esta noche", dijo. "No quiero que conduzcas de vuelta a la ciudad tan tarde. Podemos alojar a Carly e Ivy en las habitaciones de invitados".

"¿Y dónde voy a dormir?" Pregunté, teniendo un presentimiento.

"Conmigo, claro", dijo, curvando las comisuras de los labios.

"¿Tu madre va a estar de acuerdo con eso?" Le pregunté.

"Yo no respondo por mi madre", dijo. "Además, a ella no le importará, no es una mojigata. Y de todas formas nos casaremos en unos meses".

"Cierto", dije.

Nathan me pasó la mano por la espalda y se detuvo justo encima del culo. Fue como una promesa de lo que vendría.

Capítulo 22

Erica

El resto de la fiesta de compromiso transcurrió en un agradable desenfoque. Me alegré de que Nathan nos hubiera ofrecido pasar la noche allí, ya que los últimos invitados se marcharon a las diez de la noche y el viaje de vuelta a la ciudad duraba al menos dos horas. Pero más que la facilidad del viaje, me apetecía pasar la noche *con Nathan*.

Sophia mostró amablemente a Carly e Ivy las habitaciones de invitados, y yo las acompañé.

"Muchas gracias por permitir que nos quedemos, señora Darby", le dije. Ivy y Carly se hicieron eco de mi agradecimiento.

"Por favor, llámame Sophia; después de todo, estamos a punto de ser familia", sonrió. "Y es un placer. Espero que duerman muy bien".

"Gracias, seguro que sí", respondió Ivy.

Sophia nos dejó, y cuando estuvo fuera del alcance de nosotras, Carly se volvió hacia mí con grandes ojos.

"Este sitio es como un hotel. ¿Has visto la cama?" Me preguntó, señalando la enorme cama matrimonial con lujosas sábanas que me daban ganas de meterme en ella. Pero esta noche no dormiría aquí.

"Es una locura, ¿verdad?" Dije, feliz de compartir la experiencia con las personas más cercanas a mí. "Cuando estuve aquí la última vez, también dormí en esta habitación. Me dejó alucinada".

"¿No dormiste en la habitación de Nathan?" Carly sonrió con satisfacción.

"No", dije, tratando de no sonrojarme. "No estábamos... Todavía no..."

Ivy y Carly se rieron de mí.

"Su familia parece agradable, ¿verdad?" Pregunté, cambiando de tema.

"Sí, su *mamá* es genial", dijo Carly. "Aunque su hermano parece un cabrón".

Ivy resopló: "Sí, y su tío era un poco raro, supongo".

"Cierto", asentí. No había pasado mucho tiempo hablando con él, sólo con Sophia.

"Sus amigos son muy guapos, sin embargo", comentó Carly. "Especialmente ese chico, Angus".

La mención de Angus me recordó lo que había dicho sobre la ex novia de Nathan. Explicaba muchas cosas. Pero no estaba segura de si debía compartirlo con alguien más. Nathan ni siquiera me lo había contado.

"No es mi tipo, pero lo entiendo", dije.

"Sí, tampoco es mi tipo", comentó Ivy, empezando a explorar la habitación. "Pero si tiene algún otro amigo rico, buenorro y soltero..."

Recorrió con los dedos la tumbona de la esquina de la habitación.

"Me aseguraré de señalarlos", me reí.

Miré a mi hermana y a mi mejor amiga, las dos personas que más significaban para mí. Era una bendición tenerlas. Sobre todo ahora que mi mundo empezaba a ampliarse, con Nathan colándose en mi corazón.

"Gracias por venir esta noche", les dije. "Sé que esta situación es un poco rara, pero les agradezco que me sigan el juego".

"¿Estamos siguiendo el juego?" Dijo Carly con complicidad. "¿Cuánto están Nathan y tú fingiendo, y cuánto es real estos días?"

Ivy asintió con la cabeza.

"Esas líneas se están desdibujando mucho", admití. "Pero no sé cuál es la posición de Nathan al respecto".

"Quizá sea hora de averiguarlo", sugirió Ivy.

"Sí", dije, con mariposas revoloteando en mi estómago. Era difícil saber si eran de ansiedad o de felicidad. "Yo también creo que ya es hora".

Dije buenas noches y encontré a Nathan en su habitación, esperándome. No se parecía a ninguna otra habitación de mi infancia. Si no fuera por algunos cachivaches y libros viejos escondidos en los rincones, habría supuesto que no era más que una habitación de invitados. Una lujosa cama tamaño king dominaba un lado de la habitación y los elementos de diseño estaban en consonancia con el resto de la casa, neutros y azules que hablaban de elegancia costera. Todo cuidadosamente seleccionado, como el propio Nathan.

Pero en el escritorio del otro lado había trofeos, medallas y cintas de la infancia, tanto deportivos como académicos. A su lado había un osito de peluche que me recordaba al que yo tenía de niña y que se había perdido en una mudanza, cuando cambiábamos de piso. Una estantería estaba llena de libros de la infancia de Nathan, en su mayoría historias de aventuras con lomos agrietados que hablaban de múltiples lecturas. Me recordaba que Nathan no siempre había sido la persona enigmática y reservada que era hoy. Me hubiera gustado conocerlo antes de que sus experiencias lo endurecieran, pero al mismo tiempo, me gustaba el Nathan que conocía ahora. Más que gustarme.

"Estás pensando demasiado", dijo Nathan, rodeándome con sus brazos por detrás.

"Lo siento", me reí. "Tengo muchas cosas en la cabeza".

Me estampó un beso en el cuello, haciéndome suspirar de felicidad.

"¿Puedo ayudarte en algo?" Me preguntó, rozando mi piel con sus labios. "Tal vez distraerte".

"¿Esa es tu respuesta a todo?" Me reí, apoyándome en él. Nathan era siempre tan sólido, y no sólo físicamente. Sentía que podía confiar en él, lo que me daba un poco de miedo. No estaba acostumbrada a confiar en nadie.

"¿Es una queja?" Me susurró al oído, haciéndome estremecer.

"No, en absoluto", me giré en sus brazos para poder mirarle. Sonrió suavemente y le di un beso en los labios. "Me gusta mucho lo que hacemos juntos".

"Eso espero. Si no, eres mejor actriz de lo que pensaba", dijo con una sonrisa burlona.

"Me refería a algo más que al sexo", dije, con el corazón acelerado. No quería arruinar lo que teníamos por ir demasiado rápido, pero también necesitaba que Nathan supiera que esto no era sólo casual para mí.

Me miró fijamente. Sabía que no debía haber presionado y arruinado el equilibrio que habíamos encontrado. Intenté definir las cosas demasiado pronto en lugar de dejarme llevar por la corriente.

"Yo también lo estoy disfrutando", dijo tímidamente. Nunca había visto a Nathan más confiado y seguro de sí mismo.

"¿En serio?" Pregunté antes de poder contenerme. "Lo siento, es sólo que... no pensé que quería algo como esto. No planeé sentirme así".

"No creo que nadie planee estas cosas", dijo con una media sonrisa. "Pero tengo la sensación. Antes de conocerte, lo último que quería era una relación".

"¿Y ahora?" Pregunté, apoyando las manos en su pecho.

"Estoy cambiando de opinión", admitió.

Le besé. No necesitaba grandes declaraciones, no ahora. Estábamos en la misma página, y teníamos tiempo para ver a dónde iba esto.

Nathan tomó el control del beso con facilidad, pasando los dedos por mi pelo y acariciándome la nuca. Sus labios borraban todos mis pensamientos y preocupaciones.

Le empujé la chaqueta y él me ayudó a quitársela, sin romper aún el beso. Cuando empecé a desabrocharle la camisa, me besó a lo largo de la mandíbula y por el cuello. Extendí los dedos por su fuerte pecho. Nunca me saciaba del vello de su pecho ni de sus firmes músculos. Su camisa cayó al suelo y busqué su cinturón. Ya estaba medio empalmado, sólo de besarme.

"Date la vuelta", dijo. "Llevo toda la noche queriendo arrancarte este vestido".

Una sacudida de deseo me recorrió y abandoné mi labor en el cinturón de Nathan. Por el momento. Me di la vuelta y Nathan me bajó la cremallera del vestido. Sus dedos recorrieron mi columna y sus labios le siguieron. Mi vestido se unió a su ropa en el suelo, dejándome en la lencería que me había comprado en París. Nathan me estaba haciendo apreciar los lujos, ropa interior de satén incluida. Me desabrochó el sujetador y lo dejé caer al suelo.

"Dios, no tienes ni idea de lo sexy que eres", dijo, pasándome las manos por los costados y por el culo.

"¿Por qué no me lo enseñas?" Pregunté, fortalecida por el deseo de Nathan.

Gruñó, me rodeó con los brazos y me levantó. Reprimí un chillido cuando me tiró sobre la cama y prácticamente me arrancó las bragas. Había fuego en sus ojos, y no era solo lujuria.

Hizo una pausa para quitarse los pantalones y los calzoncillos antes de meterse entre mis piernas y abrirlas.

"Será mejor que cojas una almohada para amortiguar tus gritos porque no voy a parar hasta que te corras", dijo.

No esperó mi respuesta antes de lamer una franja desde mi entrada hasta mi clítoris. Mis piernas amenazaron con cerrarse ante el repentino placer, pero él las mantuvo abiertas, manteniéndome expuesta. Me agarré a sus manos mientras él sellaba su boca alrededor de mi lugar más sensible, lamiendo y chupando, besuqueando con mi coño. Me estremecí y me mordí el labio para contener el gemido que amenazaba con escaparse.

"No me sacio de tu sabor", gimió antes de volver a devorarme.

"Oh, Dios", gemí, aferrándome a las sábanas, a la almohada bajo mi cabeza, a las manos de Nathan... a cualquier cosa que pudiera agarrar mientras me volaba la cabeza.

Nathan me había introducido en todo un mundo de placer, no sólo sexual, sino en todas las facetas de la vida. Su hedonismo era seductor, y yo caía gustosamente en la tentación cada vez. Si seguía trabajando así su boca, le daría cualquier cosa. Le pasé los dedos por el pelo, empujando su cabeza hacia mi coño aunque no iba a ninguna parte.

Gruñó y lamió más fuerte, más rápido. Sus caderas ondulaban contra las sábanas, y saber que esto lo excitaba tanto era una experiencia embriagadora. Si Nathan no tenía cuidado, iba a darme un ego a su altura.

Mi orgasmo empezó a crecer, provocándome cosquilleos en los muslos y el vientre. Tiré un poco del pelo de Nathan y él redobló sus esfuerzos, comprendiendo sin necesidad de palabras.

Me metí los nudillos en la boca mientras me corría, sacudiéndome contra la boca de Nathan y controlada únicamente por sus fuertes manos en mis muslos. Me retorcí en su cama, aguantando el orgasmo hasta que no me quedó nada.

Nathan cedió y me dio un último lametón en el coño antes de levantar la cabeza.

"Sabes aún mejor después de correrte, ¿lo sabías?" Me preguntó. Se lamió los labios resbaladizos y sentí una réplica de mi orgasmo.

"Ven aquí", le hice señas, y se unió a mí en lo alto de la cama. Le besé y me saboreé en sus labios y en su lengua.

Le pasé la mano por el pecho mientras nos besábamos, recorriendo su vientre sin detenerme hasta que mis dedos rodearon su polla.

"Quiero hacerte sentir igual de bien", le dije. "Túmbate boca arriba".

Los ojos de Nathan se oscurecieron y obedeció. Le besé el pecho, me tomé un momento para acariciarle los pezones con la lengua y disfruté de cómo le crispaba la polla. Bajé besando su vientre hasta encontrar mi premio.

Sujetándolo por la base, lo rodeé con mis labios y lo succioné. Sus caderas se agitaron involuntariamente y se agarró a las sábanas. Saber que podía hacer que Nathan perdiera el

control era casi tan satisfactorio como los orgasmos que me provocaba.

"Dios, tu boca", gimió, con los ojos cerrados. "Se siente tan bien, nena".

Espoleada por sus elogios, alterné el movimiento de la lengua alrededor de su cabeza y la succión hasta el fondo, utilizando la mano para cubrir el resto. Subí y bajé, observando el rápido subir y bajar del pecho de Nathan y el placer extasiado en su cara.

Le toqué las pelotas con la mano libre, haciéndoselas rodar suavemente y disfrutando del gemido que retumbó en lo más profundo de su pecho.

"Joder", gruñó, con los dedos retorciéndose en las sábanas bajo él. Comprendí por qué disfrutaba tanto comiéndome. Tener el placer de Nathan bajo mi control, ver cómo se deshacía sin la bruma de mi propio placer, era un espectáculo digno de contemplar.

"Si no paras pronto, me voy a correr", me advirtió.

Me apreté de deseo. Un orgasmo no había sido suficiente para amortiguar mi excitación. Nathan tenía ese efecto en mí. A veces me preguntaba por qué le dejaba salir de mi cama.

"Quiero estar dentro de ti", jadeó, y aunque estuve tentada de empujarlo hasta el borde sólo para ver qué pasaba, el deseo de tenerlo dentro de mí era demasiado grande.

Lo dejé caer de mi boca con un chasquido húmedo, y él me miró con los ojos encapuchados.

"Ven aquí", me dijo tendiéndome la mano. Me moví hasta quedar a horcajadas sobre sus caderas. Unió sus dedos con los míos. "Nunca he necesitado tanto follar con alguien".

Su confesión me estrujó el corazón y el coño.

"Yo tampoco", admití, metiendo la mano entre las piernas para agarrar su polla de nuevo. "¿Listo?"

"Ve despacio; quiero que esto dure", dijo.

Lo coloqué en posición y me hundí lentamente, saboreando la sensación de que se deslizaba dentro de mí. Los dos respirábamos agitadamente cuando me senté del todo y me quedé allí un

momento.

"Te sientes tan bien a mi alrededor", dijo, recorriendo con sus manos mis muslos, mis caderas, mis pechos. "Podría quedarme enterrado en ti para siempre".

"No hay ningún otro sitio en el que prefiera estar", admití, preguntándome si sabía que estaba hablando de algo más que de sexo. Por la calidez de sus ojos, pensé que sí.

Me puso las manos en las caderas y me animó a moverme, guiándome para que lo cabalgara despacio. Apoyé las manos en su pecho y giré las caderas, apretándome contra él.

Nos miramos a los ojos, y la intensidad de su mirada hizo que me diera un vuelco el corazón. Aquello era mucho más que sexo, mucho más que algo físico. Estábamos conectados a un nivel que trascendía nuestros cuerpos. No esperaba nada de esto, que Nathan cambiara mi vida de la forma más mágica. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

"Dime a quién perteneces", dijo, sabiendo ya la respuesta. "Dilo".

Se me hinchó el corazón.

"A ti", respondí con un gemido. "Sólo a ti, Nathan. Nadie más podría..."

Me interrumpí. La sensación era demasiado grande para expresarla. Nadie más podía hacerme sentir como él.

Sus manos apretaron mis caderas y me balanceé más rápido.

"Sí", dijo, un acuerdo de que yo era suya y -esperaba- que él era mío.

"Eso es, nena", me animó.

Me incliné hacia delante y él me rodeó con sus brazos, abrazándome más cerca. Me estreché contra él, recibiendo y dando placer a partes iguales.

"Te sientes tan bien", gemí en su cuello.

Se apoyó en la cama y me empujó.

"No puedo contenerme más", jadeó, y su admisión no hizo más que aumentar mi placer.

Nunca me había sentido tan unida a alguien y cuando gimió y se tensó debajo de mí, mi orgasmo respondió como un eco. Nos envolvimos mutuamente en nuestro placer, fundiéndonos en uno solo.

El momento se alargó. El tiempo no tenía cabida aquí. Sólo estábamos Nathan y yo, conectados y trascendentes.

Nathan me acariciaba la espalda y me besaba el hombro. Me ayudó a zafarme de él y me arropó a su lado.

"Te tengo", dijo.

Mi corazón estaba a rebosar.

"Lo sé", me temblaba la voz mientras se me escapaban las lágrimas.

"Oye", dijo, preocupado. Me limpió la mejilla. "¿Qué pasa?"

"Nada", dije con una sonrisa acuosa. "Sólo estoy contenta".

Era más que eso. Finalmente sentí que estaba en el lugar al que pertenecía. En los brazos de Nathan. En su seguridad. Nunca pensé que pudiera sentirme tan segura con otra persona; aunque no nos hubiéramos dicho nuestros sentimientos en voz alta, estaban a la vista.

"¿De verdad?" Preguntó con una sonrisa ladeada. "Yo también".

Se inclinó hacia delante y apretó sus labios contra los míos como si pudiera hacer que todo fuera mejor. Y podía.

"Bien, te mereces ser feliz", le dije, mirándole.

Un destello de algo pasó por su cara, como si no acabara de creerme.

"Gracias", dijo finalmente, acercándome más. De algún modo, sentí que quería decir algo más que lo que había dicho.

Me acurruqué en su pecho mientras él tapaba nuestros cuerpos con las mantas. Se sentía tan cálido y sólido contra mí que me dormí fácilmente, preguntándome cómo había tenido tanta suerte.

Capítulo 23

Erica

Una semana y media después de la fiesta de compromiso, me senté en el sofá a mirar vestidos de novia. Nathan quería casarse cuanto antes y no reparaba en gastos para la boda.

"¡Tengo buenas noticias!" Dijo Ivy, entrando en el salón y dejándose caer en el sofá a mi lado.

Levanté la vista de mi teléfono. Después de la fiesta de compromiso y de la forma en que Nathan y yo habíamos conectado aún más profundamente, cada vez tenía más ganas de que llegara nuestra boda. Esto ya no parecía una actuación.

"¿Ah, sí?" Pregunté, prestándole toda mi atención.

"Sabes que he estado luchando por encontrar un nuevo trabajo", empezó.

"Y sabes que Nathan nos ha dado dinero más que suficiente para que puedas tomarte tu tiempo", le dije.

Ivy llevaba meses buscando trabajo, pero con el abrupto despido sin explicación, había sido duro para ella.

Ivy puso los ojos en blanco. "Y sabes que no quiero estar gorroneando a tu costa el resto de mi vida".

Asentí con la cabeza. Ivy no siempre respondía bien a mi instinto protector de hermana mayor.

"De todos modos", dijo ella señalando. "¿Adivina quién tiene una entrevista de trabajo?"

"Es genial", sonreí, tirando de mi hermana para abrazarla. "Estoy muy orgullosa de ti".

"Gracias", dijo sonriendo. "Y no sólo eso, sino que recibí una llamada inesperada de mi antiguo trabajo. La señora de Recursos Humanos dijo que iba a darme una referencia brillante".

"¿Qué?" Pregunté, confusa. Habían despedido a Ivy sin contemplaciones hacía meses. "¿Por qué de repente cambiaron de opinión?"

"No tengo ni idea", se encogió de hombros. "La señora dijo que alguien de la junta de la empresa matriz estaba revisando la reducción de personal y se fijó específicamente en mí por alguna razón..."

"Verás, te dije que eras una buena trabajadora", le dije. Ivy había estado en un mal lugar después de ser despedida, realmente había golpeado su confianza. "Probablemente desearían no haberte despedido".

"Tal vez estaba destinado a ser. No habrías aceptado la oferta de Nathan si no me hubieran despedido", señaló con una suave sonrisa. "¿Crees que ustedes van a seguir realmente juntos después de esto?"

Me mordí el labio y asentí: "Sí, creo que sí".

"Me alegro mucho por ti", dijo. "Mamá estaría tan orgullosa".

Asentí, sintiendo que se me cerraba la garganta. Conocer a la familia de Nathan había sacado a relucir muchas cosas, y últimamente lloraba por la cosa más insignificante.

"Ella también estaría orgullosa de ti", dije, por fin capaz de hablar. "Y yo también. Lo harás muy bien en esta entrevista. Lo sé".

"Gracias", dijo sonriendo.

Hice girar un mechón de pelo alrededor de mi dedo.

"¿Tienes algo en mente?" Ivy preguntó. Me conocía demasiado bien.

"Me preguntaba una cosa", dije, encontrándome con la mirada de mi hermana. "¿Te importaría que llevara los pendientes de diamantes de mamá para la boda?"

"Erica, por supuesto que no", dijo. "Ni siquiera tienes que preguntar".

"Lo sé, pero mamá los dejó para las dos, y no pensaba ponérmelos para la boda, cuando todo esto era fingido pero..."

"¿Pero ahora que sientes algo por Nathan es diferente?" Preguntó perspicaz.

"Sí", dije. No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mis labios.

"Creo que esto es exactamente lo que mamá hubiera querido", dijo, tomando mis manos y apretándolas. "Y por si sirve de algo, creo que le habría agradado mucho Nathan".

Mis ojos volvieron a arder en lágrimas y volví a abrazar a mi hermana.



Nathan

Saqué la foto de mi padre de su escondite en la estantería. Entre los avances que había obtenido con la empresa y mi inminente boda con Erica, por fin estaba cumpliendo con las expectativas que él tenía de mí.

Con la foto en la mano, inspeccioné la pared de donde lo había retirado. La pared estaba desconchada, pero el gancho seguía sujeto, aunque un poco tambaleante. Volví a colgar el marco con cuidado y me acordé de pedirle a mi ayudante que llamara a mantenimiento para que lo volvieran a colgar correctamente. Pero de momento funcionaba de esa manera.

"¿Señor Darby?" Llegó la voz de mi asistente a través del intercomunicador. "Su tío está aquí para verlo".

Al parecer, el tío John por fin había entendido lo de no irrumpir así como así en mi despacho.

Pulsé el botón del interfono de mi teléfono y dije: "Gracias, Duncan. Hazle pasar".

La puerta se abrió segundos después y entró el tío John.

"Nathan, hijo mío", me saludó.

"¿Qué puedo hacer por ti, tío John?" Le pregunté.

"Nada, sólo he venido a charlar", dijo, tomando asiento. "No pudimos hablar mucho en tu fiesta de compromiso".

Me senté detrás de mi escritorio, "Por supuesto, lo siento. Fue una gran noche".

"No te preocupes", dijo, haciendo caso omiso de mis disculpas. "Sólo quería decirte que es genial verte tan feliz".

En ausencia de mi padre, el tío John era lo más parecido a una figura paterna que tenía.

"Gracias, eso significa mucho para mí", le dije. El tío John y yo podíamos pelearnos por el trabajo, pero seguía siendo parte de la familia.

"Erica es una chica muy agradable", continuó.

"Definitivamente lo creo", ella era mucho más que agradable, pero para el tío John, esto era prácticamente efusivo.

"¿El resto de su familia no pudo venir?" Preguntó, reclinándose en su silla.

"No tiene más familia, que yo sepa", dije, dándome cuenta de lo sola que debía de sentirse Erica. E Ivy también. Estaba deseando conocer mejor a mi futura cuñada.

"¿Qué tanto sabes al respecto?" Las cejas del tío John se alzaron.

"Su madre murió hace unos años, y creo que su padre las abandonó cuando Erica era pequeña", respondí frunciendo el ceño. "No todo el mundo puede ser tan afortunado como nosotros, supongo".

Después de la muerte de mi padre, no podía imaginar que me consideraría afortunado. Pero por muy difícil que hubiera sido apoyar a mi madre y a mi hermano en nuestra pérdida, no podría haber imaginado pasar por ello sólo con Robbie. El tío John había ayudado a dirigir la empresa mientras yo también me recuperaba.

"Claro", dijo vagamente como si hubiera algo más en su mente. "Y la hermana, Ivy. ¿A qué se dedica?"

"¿Por qué el interrogatorio?" Pregunté. No me gustaba que me interrogara nadie, ni siquiera mi tío.

"No es nada", dijo, sacudiendo la cabeza como si estuviera tratando de desalojar un pensamiento. "Sólo me preocupo, después de lo que pasó con Jennifer".

Solté un resoplido frustrado.

"Erica no es Jennifer", dije, mis dedos se curvaron en puños. "Y no aprecio la insinuación".

"Nathan, lo único que me importa es que seas feliz", dijo apaciguadoramente, con las manos en alto. "Eres como un hijo para mí, y quiero honrar la memoria de tu padre cuidando de ti, eso es todo".

Asentí, desinflándome un poco. "Gracias. Pero confío en Erica".

"Entonces todo debería ir bien", dijo como *si me* estuviera tranquilizando. "Tres meses no es mucho tiempo para conocerse, pero si estás seguro, es suficiente para mí. Sé que has aprendido la lección sobre ir demasiado rápido después de Jennifer".

Tragué saliva. Las cosas sólo iban tan deprisa debido al plazo establecido en el testamento de mi padre, pero no podía decírselo a John. Pero que yo no me hubiera declarado tan rápido no significaba que Erica no fuera de fiar. Aunque no lo supiera todo sobre ella.

"Como dije, Erica es diferente".

"Por supuesto", respondió, poniéndose de pie. "No me hagas caso, sólo estoy siendo protector. Lo último que querría es que acabaras con una cazafortunas. La gente no siempre tiene la intención de serlo, pero una vez que prueban la riqueza, bueno, puede ser como una droga".

"Gracias, pero todo está bien", le dije, mostrándole la puerta.

El tío John asintió y se fue. Cerré la puerta y miré el retrato de mi padre, que colgaba precariamente de la pared. Aún recordaba cuando me llamó a su despacho después de que todo saliera a la luz con Jennifer. Su silenciosa decepción había sido peor que si me hubiera hecho pedazos. No había sabido lo enfadado que estaba hasta que me enteré de su testamento.

La vergüenza de haber confiado en Jennifer cuando lo único que había hecho era manipularme y utilizarme seguía ardiendo como ácido en mis entrañas. Pero Erica *era* diferente. No cometería el mismo error dos veces.

Erica

La cafetería cercana a la granja comunitaria donde Carly y yo trabajábamos como voluntarias era monísima, estaba decorada con cientos de plantas tropicales y tenía el mejor café de Brooklyn. Carly y yo elegimos una mesa cerca de la parte trasera, donde nos cobijaban las grandes hojas de la monstera.

"¿Cómo van las cosas con Nathan?" Carly preguntó después de tomar un sorbo de su capuchino.

"Bien", dije, intentando contener la sonrisa que siempre me salía cuando mencionaban a Nathan.

"Ajá", se rió. "Suéltalo. Quiero todos los detalles".

"No hay mucho que contar", me encogí de hombros. Le di un sorbo a mi café con leche e hice una mueca. No sabía como de costumbre.

"¿En serio?" Dijo escéptica. "Porque se les veía muy unidos en la fiesta de compromiso. Sé que las cosas se han vuelto más reales, pero esto parece serio".

"Es una situación extraña, pero sí, creo... creo que me estoy enamorando de él", confesé, finalmente diciendo las palabras en voz alta. "Y creo que tal vez él está en la misma página".

"¿Han hablado de ello?" Preguntó, inclinándose hacia delante.

"Hemos eludido el tema", me reí. Nuestra conversación no había durado mucho, pero nuestras acciones hablaban por sí solas.

"Me alegro por ti", sonrió. "Te mereces un hombre que te trate bien. Y él te trata bien, ¿verdad?"

"Oh, sí, es el mejor", dije, intentando no sonrojarme como una adolescente con su primer flechazo.

"¿Cómo van las cosas por tu parte?" Pregunté. Carly y yo no habíamos tenido mucho tiempo para ponernos al día últimamente, entre mis compromisos con Nathan y que Carly y yo ya no trabajábamos juntas.

"Bien, supongo", se encogió de hombros. "Ser camarera no es lo mismo sin ti, y Gerry está de mal humor desde que te fuiste. Te juro que tengo que buscarme otro trabajo, quizá de ayudante o algo así. Aparte de eso, los calambres menstruales me están pateando el culo hoy".

"Lo siento", le dije, dedicándole una sonrisa de apoyo. "¿Por qué no nos saltamos el jardín comunitario y comemos comida basura en mi casa?"

Ya había tenido una buena cantidad de dolores menstruales y me hacían querer hibernar hasta que se me pasaran.

Espera... ¿cuándo fue mi último período? Debería venirme pronto.

"Me sentiría mal por no ayudar a Grace con la cosecha, pero sinceramente, no sé cuánto podría hacer o ayudar", respondió.

Asentí automáticamente, pero en realidad no estaba asimilando lo que Carly decía. Estaba demasiado ocupada haciendo cálculos mentales.

"Erica, ¿pasa algo?" Carly preguntó. "Te has puesto pálida".

"Acabo de darme cuenta de que tengo un retraso", dije, con el corazón empezando a acelerarse.

"¿Retraso? ¿De qué?"

"Mi periodo", dije, apretando mi mano alrededor de la taza de café para evitar que temblara. "Llevo al menos un mes de retraso".

"Mierda", dijo ella, con los ojos muy abiertos. "¿Estás segura?"

Asentí con la cabeza.

"De acuerdo", dijo tranquilizándose. "Vamos a hacer una prueba. Puede que todos los cambios en tu vida te hayan despistado. Me he saltado meses antes. Suele pasar".

"Cierto", dije, aunque mi periodo siempre fue regular. "¿Vendrás conmigo?"

"Intenta detenerme", bromeó. Se lo agradecí, pero no pude soltar una carcajada.

Salimos de la cafetería y nos detuvimos en una tienda de camino a casa. Compré dos marcas distintas de pruebas, para asegurarme, y las llevamos a mi apartamento. Ivy estaba hoy en su entrevista de trabajo y, aunque me encantaba el apoyo de mi hermana, me alegraba de no tener público para esto.

Carly me ayudó a leer el envoltorio. Una prueba duró dos minutos y la otra tres. Usé las dos y Carly puso un cronómetro.

"¿Qué vas a hacer si dan positivo?" Me preguntó, siguiéndome con la mirada mientras me paseaba por el salón.

"No puedo ni pensar en eso hasta que lo sepa", dije. Mi mente era menos pensamientos y más un zumbido como ese que suena en las películas después de que explotan las bombas.

"¿Crees que Nathan se pondrá feliz?" Continuó.

"Yo no..." Me rodeé el medio con los brazos. "Eso espero".

Sonó el primer cronómetro y ambas nos apresuramos a ver la prueba.

"¿Era una o dos líneas?" Pregunté, mirándola fijamente.

Carly volvió a coger el envoltorio.

"Cualquiera", dijo. "Dos líneas es un fuerte positivo, pero una todavía puede indicar un positivo. Aquí dice que depende de qué avanzado el embarazo esté".

Había una línea en la prueba, pero cuando entrecerré los ojos, pensé que podría haber otra línea débil.

El segundo temporizador se disparó. La otra prueba era más sencilla. Había un espacio para embarazada y otro para no embarazada. Sin ambigüedades. Recogí la prueba.

"Estoy embarazada", me oí decir las palabras como si estuviera fuera de mi propio cuerpo.

Carly me envolvió en un fuerte abrazo, y tardé un momento en corresponderle.

"Sé que es una gran noticia, pero ¿cómo te encuentras? Si es que puedes imaginártelo", me dijo. Tuve mucha suerte de tenerla a mi lado.

"Siempre he querido ser madre, pero nunca me lo imaginé así", dije, hundiéndome en el sofá antes de que me fallaran las rodillas.

"¿Te lo vas a quedar?" Preguntó.

"Por supuesto", dije, quizá con demasiada dureza.

"Sólo lo comprobaba", dijo. "Sabes que no te juzgo de ninguna manera".

"Lo sé", dije con un suspiro. "Lo siento".

"No te preocupes", se sentó a mi lado. "Entiendo que es una gran noticia inesperada".

Asentí con la cabeza. La cabeza me daba vueltas, intentando averiguar cómo reaccionar ante la noticia. Esto iba a cambiar muchas cosas. Me pasé la mano por el estómago. Una cosa que sí sabía era que quería este bebé. Ni siquiera era una pregunta.

"¿Y Nathan?" Preguntó con dulzura.

"Tengo que decírselo", le dije. Si esto hubiera ocurrido antes de la fiesta de compromiso, me habría aterrorizado. Pero ahora sabía que la aversión de Nathan a los bebés no tenía nada que ver con odiarlos. Era un recuerdo de su dolor al pensar que iba a ser padre y descubrir que era mentira. Si entonces quería ser padre, quizá ahora siguiera queriendo serlo. "Creo que me apoyará".

Eso espero.

"Más le vale", me advirtió Carly. Logré soltar una suave risita.

"Iré a su despacho ahora mismo", dije, poniéndome en pie. Necesitaba saberlo ya. No podía esperar hasta esta noche.

"¿Quieres que vaya contigo?" Preguntó.

"No, tengo que hacerlo sola", dije. Respiré hondo. Todo estaba a punto de cambiar, pero Nathan y yo estábamos más unidos que nunca. Tenía que creer que esto iba a funcionar.

Capítulo 24

Erica

Nunca había estado en el despacho de Nathan. El rascacielos era uno de los edificios más nuevos de Manhattan, imponentemente alto y decorado con cristales reflectantes. Me presenté en recepción como la prometida de Nathan y me dirigieron a la planta 33. El viaje en ascensor fue insoportablemente lento en comparación con mis pensamientos acelerados.

Si las cosas iban bien, podría imaginarme a Nathan como un padre cariñoso y un marido increíble. Uno de verdad, no la falsedad que habíamos estado vendiendo. Pero entonces, eso no había sido tan falso por un tiempo. Tal vez nunca. Pero sólo llevábamos saliendo un poco más de tres meses, si contaba desde la primera vez que tuvimos sexo. Si contaba desde el momento en que desarrollamos sentimientos el uno por el otro... no lo sabía exactamente. Tal vez siempre hubiera habido *algo* ahí, pero seguía siendo muy poco tiempo para pensar en tener un bebé.

El bebé está aquí, lo hayamos planeado o no. Tengo que enfrentarme a los hechos.

Di un respingo cuando sonó el ascensor y se abrieron las puertas. Había estado tan ensimismada que no había prestado atención a los números de arriba. Salí y supe que estaba en la planta correcta cuando vi al tío de Nathan.

"Erica", dijo sorprendido. "No esperaba verte aquí".

"Sí", dije, pensando rápidamente en una mentira. "Quería sorprender a Nathan".

"Ah, joven amor", suspiró. "Déjame acompañarte a su oficina. Es como una madriguera de conejos aquí arriba".

"Gracias", dije agradecida. Necesitaba hablar con Nathan lo antes posible antes de que me estallara la cabeza.

"¿Cómo le va a tu hermana?" Me preguntó mientras me llevaba a una sala de conferencias. "Espero que Ivy haya encontrado otro trabajo".

Fruncí el ceño. No recordaba ninguna conversación sobre el trabajo de Ivy en la fiesta de compromiso, pero estaba tan aturdida que ahora mismo apenas recordaba el ayer.

"Ella está bien. Ahora mismo está en una entrevista de trabajo", le dije.

"Es una noticia maravillosa", sonrió. "Tengo que decir que te admiro, Erica".

"¿Por qué?" Pregunté. Me sonrojé al darme cuenta de lo grosera que había sonado.

"Sólo creo que es increíble que todavía quieras estar con Nathan después de todo", dijo, su explicación no ayudó en lo más mínimo. "Es raro encontrar una persona tan indulgente".

Me paré en seco y John se detuvo un paso delante de mí, dándose la vuelta.

"¿De qué estás hablando?" Pregunté, sintiendo frío. Podía oír la sangre bombeando en mis oídos.

"Creía que lo sabías", frunció el ceño.

"¿Saber qué?" Un escalofrío de terror me recorrió la espalda.

"Siento ser yo quien te lo diga", me dijo, poniéndome la mano en el hombro. "¿La empresa para la que trabajaba Ivy, BD Pharmaceuticals? Ben Darby era el padre de Nathan. Darby BioTech es la dueña de la empresa".

La habitación dio vueltas y, por un momento, creí que iba a caerme, pero la mano de John en mi hombro me mantuvo erguida.

"¿Qué estás diciendo?" Pregunté, necesitando oírlo en detalle antes de sacar conclusiones precipitadas.

John me miró con tristeza.

"Nathan fue quien hizo que despidieran a tu hermana", dijo. "Es muy manitas con estas cosas, evaluaba a cada empleado antes de hacer el corte. Después del incidente con su ex.... Él te ha hablado de Jennifer, ¿verdad?"

Asentí con la cabeza. Excepto que él no me había hablado de ella. Me había hecho creer que ella lo había engañado, igual que mi ex me había engañado a mí. Fue Angus quien me contó la verdadera historia.

"Bueno, estoy seguro de que puedes imaginarte que fue un duro golpe para la empresa, y las ramificaciones fueron muy amplias", explicó John. "Me temo que tuvimos que hacer recortes en algunos departamentos para seguir financiando el dispositivo médico en el que Nathan había estado trabajando. Después de que Jennifer le robara el diseño, él ha estado obsesionado con sacarlo al mercado antes que ella. Pero, claro, ella se nos adelantó y encima ganó un premio".

Me mordí el labio para no llorar. ¿Cómo podía Nathan haberme ocultado esto? Sabía lo meticuloso que era. Si hubiera sido él quien despidió a Ivy, se habría acordado de ella.

"Sé que esto debe ser un shock", dijo John, frotándome el hombro. "Me pareció reconocer a Ivy en la fiesta, así que la busqué. Cuando vi que Nathan ni siquiera se había molestado en darle una referencia, y mucho menos una indemnización por despido, tuve que hacer algo. ¿Deduzco que, como hoy está en una entrevista, Recursos Humanos se ha puesto en contacto con ella?"

Asentí con la cabeza, luchando por hablar.

"Bien", dijo. "Es una chica brillante, se merece algo mejor".

Con eso podría estar de acuerdo.

"Gracias", murmuré, frotándome la cara con la mano. Bajo la conmoción y la traición, una ira ardiente se abría paso por mi cuerpo, empezando por las tripas. Iba a ser madre, y si Nathan me había mentido... "¿Me acompañas ahora al despacho de Nathan?"

"Por supuesto", asintió solemnemente. Me llevó por el pasillo hasta el despacho de la esquina.

Un joven estaba sentado en un escritorio fuera.

"Duncan, ella es la prometida de Nathan, Erica. Está aquí para ver a Nathan", dijo.

El hombre asintió y descolgó el teléfono, diciendo a Nathan que yo estaba allí.

"Los dejo a solas", dijo John, retrocediendo. "Espero que puedan arreglar las cosas. Odiaría pensar que mi sobrino lo ha arruinado todo".

No tenía nada que decir a eso porque bien podría ser cierto.



Nathan

"Erica", sonreí, abriendo la puerta de mi despacho para dejarla entrar. "No te esperaba".

Me incliné para besarla, pero ella me esquivó, pasó rozándome y entró a grandes zancadas en mi despacho.

"Estoy segura que no", espetó.

Cerré la puerta con el ceño fruncido. Erica me miró con los brazos cruzados,

"¿De qué va esto?" Pregunté. Erica y yo nunca nos habíamos peleado y no se me ocurría nada por lo que pudiera estar enfadada.

"¿No lo sabes?" Se burló. La miré sin comprender y soltó una carcajada amarga. "Claro que no lo sabes. ¿Por qué ibas a preocuparte por alguien que está por debajo de ti?"

Apreté los dientes. Fuera lo que fuera lo que insinuaba, no me gustaba.

"¿Por qué no me cuentas de una vez?" Gruñí. Si iba a tener que defenderme, al menos quería

conocer las acusaciones.

"Ivy", dijo, con la cara como un trueno.

Sacudí la cabeza, tratando de entender lo que decía. No estaba de humor para adivinanzas después de la conversación que acababa de tener con el tío John.

"¿Tu hermana?" Pregunté al cabo de un momento.

"¿Significa algo para ti BD Pharmaceuticals?" Inclinó la cabeza como si ya supiera la respuesta.

"Sí, son una filial de Darby BioTech", respondí. "Pero parece que ya lo sabes. ¿Qué tiene esto que ver con Ivy?"

"Ella solía trabajar allí", espetó. "Y tú la despediste".

Me quedé mirándola, con la mente acelerada. Habían despedido a mucha gente. La empresa estaba perdiendo dinero. Jennifer se había llevado un montón de secretos cuando me dejó, y yo seguía pagando por ello.

"Así que no lo niegas", afirmó Erica, con los ojos entrecerrados y fríos.

"A veces, en los negocios, hay que tomar decisiones difíciles", dije. Me molestaba tener que dar explicaciones. Entonces ni siquiera conocía a Erica, y al recortar el personal no esencial, habíamos mantenido la empresa a flote y evitado una escasez de medicamentos esenciales si hubiéramos quebrado.

"Y mi hermana sólo fue un daño colateral", dijo, con la voz tensa.

"Sí", siseé. "Sé que no entiendes la carga que tengo al dirigir esta empresa".

Yo era responsable de decenas de miles de empleados, fabricando y desarrollando medicamentos y dispositivos médicos que salvan vidas. No iba a ver cómo se quemaba el legado de mi padre.

"Estoy segura que es muy duro ganar todo ese dinero mientras tus empleados apenas pueden reunir lo suficiente para vivir", su boca se torció de disgusto.

"Si Ivy era tan infeliz, debería haberlo dejado en vez de echarme la culpa a mí", dije, levantando la voz. "Las únicas personas en las que podemos confiar cualquiera de nosotros somos nosotros mismos. Pero tú tampoco lo entenderías. Estabas más que feliz de coger mi dinero".

Erica se echó hacia atrás como si la hubieran abofeteado.

"Vete al infierno", gritó. "Búscate a otra que te ayude a mentir a tu familia. Hemos terminado".

Se me apretó el corazón. Enderecé la espalda.

"Bien", dije, con la voz de acero.

Salió furiosa de mi despacho y cerré la puerta de un portazo tras ella. El cuadro de mi padre cayó al suelo, el cristal se rompió y se hizo añicos en la alfombra. Le di una patada al marco y resbaló hasta la esquina. Era eso o tirar mi silla por la ventana.

¿Quién coño se cree que es?

John tenía razón, yo no la conocía. Y ella no me conocía a mí. Toda esta idea había sido una locura desde el principio, y yo había quedado atrapado en la mentira. Igual que con Jennifer.

Estoy mejor solo, como siempre.



Erica

Me fui a casa aturdida, con el pecho dolorido por el corazón destrozado. Todo lo que John me había dicho era cierto. Nathan había despedido a Ivy, y lo que es peor, ni siquiera le importaba. No era más que un gilipollas despiadado.

Entré por la puerta principal, dispuesta a acurrucarme en la cama y olvidarme de todo.

"Erica", dijo Ivy, saltando hacia mí emocionada. "¡Me han dado el trabajo! Me lo ofrecieron en

el acto".

"Es increíble, me alegro mucho por ti", dije, intentando esbozar una sonrisa. Debí de fracasar estrepitosamente porque a Ivy se le cayó la cara.

"¿Qué pasa? ¿Va todo bien?" Preguntó rápidamente, cogiéndome las manos.

Sacudí la cabeza, los ojos se me llenaron de lágrimas y se me cerró la garganta.

"Me estás asustando", dijo. "La última vez que te viste así fue cuando mamá murió".

Mis lágrimas se derramaron, corriendo por mis mejillas mientras aspiraba un aliento estremecido.

"Nathan y yo rompimos", logré decir.

"Dios mío", dijo, tirando de mí para abrazarme. Solo me di cuenta de que estaba temblando cuando me abrazó.

"Eso ni siquiera es lo peor", dije, con la realidad de mi situación cayendo sobre mí.

"Ven, vamos a sentarnos y me lo cuentas todo", dijo con toda la calma que pudo, pero su voz estaba llena de estrés y miedo. Necesitaba controlar mis emociones. No era problema de Ivy.

Me llevó al sofá y me senté con las rodillas recogidas bajo la barbilla. Me dio unas palmaditas en la pierna, tratando de consolarme.

"Estoy embarazada", dije, sin más. La cara de asombro de Ivy podría haber sido cómica si la situación hubiera sido diferente.

"¿Lo sabe Nathan?" Preguntó. "¿Por eso rompió contigo? Ese bastardo, juro que..."

"Él no lo sabe", la interrumpí. No es que estuviera de humor para defender a Nathan. "Y no quiero que lo sepa. No después de hoy".

Mientras lo decía, me preguntaba si era lo correcto. No era una mentirosa, y me retorcía por

dentro pensar en ocultárselo. Pero hoy había visto un lado diferente de Nathan. O tal vez el verdadero Nathan detrás de la máscara. No tenía ningún problema en mentir a su familia para mantener su preciada compañía, que parecía ser lo único que realmente le importaba. No tenía ni idea de lo que haría si descubría que estaba embarazada, y no quería descubrirlo.

"¿Pero qué ha pasado?" Preguntó Ivy. "Todo parecía ir tan bien".

Sacudí la cabeza. ¿Cómo podía decirle a Ivy que Nathan era la razón por la que había perdido su trabajo? La causa de tanto estrés y miedo. Pero tampoco podía mentirle a Ivy, eso era el amor.

Algo que Nathan probablemente nunca entenderá.

Así que le expliqué a trompicones lo que John me había contado y le conté la pelea con Nathan lo mejor que pude. Todo estaba muy borroso.

"No me lo puedo creer", dijo Ivy una vez hubo escuchado toda la historia. "¿Crees que lo sabía cuando te ofreció el dinero para que fingieras ser su novia? ¿Fue todo para apaciguar su culpa?"

"No lo sé", dije. Ni siquiera había pensado tanto. "¿Siquiera siente culpa?"

Ivy me miró con tristeza: "¿De verdad crees que todo esto era falso? ¿Que nunca sintió nada por ti?"

Me enjugué algunas lágrimas. Tenía que ser fuerte, sobre todo ahora. No sólo por Ivy, sino por mi bebé.

"No estoy segura de que importe", dije. "Probablemente sólo le importaba mantener su compañía". *Y mantener el sexo a raudales.* "Pero tengo cosas más importantes de las que preocuparme ahora mismo".

"¿Qué quieres decir?" Preguntó ella.

"Necesitaré un seguro médico. Y un trabajo", dije, con la mente en blanco. Había tantas cosas que me sentía mal. O tal vez eran las náuseas matutinas, aunque fuera por la tarde.

"Seguro que ahora no tienes que preocuparte por un trabajo", dijo. "Tienes el dinero que Nathan te dio por adelantado, aunque te fastidie perderte esos cinco millones".

"Prefiero no tener el dinero a estar con un mentiroso sin corazón", afirmé, cuadrando los hombros. "Y aunque doscientos mil dólares siguen siendo mucho dinero, no es nada cuando se trata de gastos médicos y cuidado de niños".

"Cierto, pero con mi nuevo trabajo, puedo cubrir nuestro alquiler", dijo suavemente. "No estás sola en esto, lo sabes".

Unas lágrimas frescas brotaron de mis ojos. No podía dejar que mi hermana me cuidara así, pero la quería por intentar ayudarme.

"Gracias, pero es algo que necesito hacer", dije.

"Estabas más que feliz de coger mi dinero".

Las palabras de Nathan resonaron en mi cabeza. Yo no era así e iba a demostrarlo. Lo había perdido cuando acepté el plan de Nathan y dejé mi trabajo. Por su insistencia. Pero Nathan tenía razón en una cosa. Las únicas personas en las que podíamos confiar éramos nosotros mismos. Lo había demostrado alto y claro.

Capítulo 25

Nathan

Me metí de lleno en el trabajo. Sin Erica, mi empresa corría de nuevo peligro de desaparecer. Me puse en contacto con más abogados, incluso me desplacé a otras ciudades por si había agotado el talento en Nueva York, pero no tuve suerte.

Pasaba más de doce horas al día en la oficina. Debería haber prestado más atención a mi negocio que a perder el tiempo con Erica. Excepto que las horas se alargaban y el trabajo no podía mantener mi atención como antes. Después de Jennifer, no había hecho otra cosa que trabajar, y había logrado mucho en ese tiempo. No entendía por qué no mantenía mi atención de la misma manera.

Tal vez porque sé que tengo menos de nueve meses antes de perder la empresa de mi padre. Mi empresa. O tal vez Erica sólo me rompió, me hizo suave.

El jueves por la tarde, unas dos semanas después de que todo estallara con Erica, Angus entró en mi despacho. Hice una nota mental para conseguir una cerradura para mi puerta.

"Angus, ¿qué estás haciendo aquí?"

"No me has devuelto las llamadas ni los mensajes en dos semanas, así que pensé en asegurarme de que no habías muerto", dijo, dejándose caer en la silla frente a mi escritorio. También debería tirar esa silla. Impediría que la gente se sintiera cómoda aquí.

"Como puedes ver, estoy vivo", dije. "¿Eso fue todo?"

Angus enarcó las cejas. "Tío. ¿Qué es lo que pasa? La última vez que estuviste así, Jennifer acababa de..."

Se interrumpió, con los ojos muy abiertos.

"Erica y yo ya no estamos juntos", dije, cerrando los dedos en un puño.

"¿Qué demonios ha pasado?" Preguntó. "Pensé que ustedes eran en verdad el uno para el otro".

"Vete a saber", dije, frotándome la barba incipiente. Hacía tiempo que no me afeitaba; corría el riesgo de dejarme crecer la barba. "Irrumpió aquí hace unas semanas con todo tipo de acusaciones. Al parecer, lo único que le importaba era el dinero".

"Eso es duro, tío. Lo siento", dijo.

Odiaba que se compadecieran de mí. Después de la muerte de mi padre, todo el mundo me miraba con tristeza.

"No importa", me encogí de hombros. "Lo único que me jode es que voy a perder mi empresa. Debería haber contratado a una acompañante como dijiste, pero es demasiado tarde. No voy a volver a pasar por este espectáculo de perros y ponis. Yo sólo... realmente pensé que era diferente, pero es como cualquier otra mujer. Codiciosa y manipuladora".

Angus frunció el ceño, pero se guardó cualquier objeción.

"Ven a tomar una cerveza conmigo esta noche", dijo en su lugar. "Necesitas emborracharte o echar un polvo. Te ayudará".

Se me revolvió el estómago al pensarlo.

"No puedo", sacudí la cabeza. "Tengo una reunión de la junta mañana, y tengo que estar en mi mejor forma".

"Mejor" era una exageración, pero emborracharme no iba a ayudar. Y por alguna razón, la idea de dormir con alguien era intensamente poco atractiva.

"¿Seguro?" Preguntó. "Yo invito".

"No. Pero gracias", dije. Se me erizaba la piel. Tal vez me estaba enfermando de algo.

"Es una oferta abierta", dijo, poniéndose de pie. "Hasta luego".

Asentí con la cabeza.

Antes de que Angus saliera por la puerta se volvió.

"Y empieza a contestar mis mensajes, así no tengo que volver aquí", dijo. "Estaba empezando a pensar en llamar a tu madre".

Fue una amenaza que me tomé en serio. No necesitaba a mi madre encima ahora mismo.

"Lo haré", prometí.

Angus me abandonó a la paz de mi despacho. Me quedé mirando el desconchón en la pared donde había estado colgado el retrato de mi padre. Aún no había comprado un marco nuevo. ¿Qué sentido tenía cuando en unos meses dejaría este despacho para siempre?



El tío John dirigió la reunión del consejo al día siguiente. La mayor parte de la reunión la pasé en blanco, incapaz de prestar atención a las minucias.

"...y me complace anunciar que gracias a la adquisición de Colby Enterprise", continuó John, el nombre me hizo concentrarme. "El precio de nuestras acciones nunca ha sido tan alto, y prevemos un beneficio récord en el próximo trimestre".

Hubo muchas sonrisas y apretones de manos del resto de la junta. Uno de los miembros más veteranos de la junta directiva me dio una palmada en la espalda.

"Enhorabuena, Nathan", dijo sonriendo ampliamente. "Tu padre estaría orgulloso. Has llevado esta empresa viento en popa y has hecho lo que todos en el negocio creían imposible. Mike Colby no iba a vender su empresa a nadie más".

"Gracias", dije con voz hueca. Fue un momento agridulce, con énfasis en lo agrio. No sólo porque estaba a punto de perder la empresa. De alguna manera era peor que eso. No podría haberlo hecho sin Erica. El mayor éxito de mi carrera, y fue porque *Erica* había encandilado a los Colby, no yo.

La ira ardía en mi estómago, pero no podía ahogar la sensación de vacío en mi pecho.



Erica

Entré en el restaurante para mi entrevista con un plato de comida que había cocinado en casa. Mi cuarta entrevista en dos semanas. En las tres primeras había fracasado de inmediato: querían saber qué faltaba en mi currículum y no podía explicarles que me habían contratado como novia falsa de alguien.

Y resultó que había sido falso. Nathan no habría dicho esas cosas si yo le importara. Fui una estúpida por creer que quería algo de mí excepto sexo y una forma de mantener su compañía.

"Hola, soy Erica Miller", le dije al hombre que esperaba en una de las mesas. "Estoy aquí para la entrevista de trabajo".

Este lugar era un poco más de comida rápida de lo que esperaba, pero no estaba por encima de ningún trabajo. Lo importante era volver a subir en la escala profesional antes de que se me notara el embarazo. Si podía poner un pie en la puerta y tener más que mostrar en mi currículum, podría ver la posibilidad de conseguir un trabajo mejor con beneficios como el seguro médico.

"Bienvenida, soy Mark", me dijo, poniéndose en pie y estrechándome la mano. "Tengo que decir que estoy impresionado con tu currículum. No tenemos muchos solicitantes que hayan ido a la escuela culinaria".

"Gracias", dije, sintiéndome esperanzada por primera vez desde que Nathan y yo habíamos terminado.

"Veo que has preparado un plato como te pedí", dijo señalando el plato de comida que había preparado. El restaurante estaba especializado en comidas familiares y para niños. Había

preparado nuggets de pollo al horno con una salsa de verduras y trozos de patata asada. Era un buen entrenamiento para cuando tuviera que dar de comer a mi propio hijo.

"Sí, ¿quieres probar?" Pregunté, quitando el envoltorio de plástico.

El olor ácido de las verduras me llegó a la nariz, igual que cuando preparé el plato la noche anterior. Pero a diferencia de la noche anterior, cuando olía -y sabía- delicioso, hoy me daba náuseas. Muchas náuseas.

"Lo siento, ¿puedo usar su baño?" Me atraganté, tragando bilis.

"Por ahí", dijo Mark, señalando la parte de atrás.

Llegué justo a tiempo y vomité mi escaso desayuno porque me había despertado con malestar. Pensaba que eran los nervios, pero o estaba enferma o las náuseas matutinas eran muy inoportunas.

Tras cinco minutos de arcadas secas, mis náuseas remitieron como si nunca hubieran ocurrido.

Son las náuseas matutinas.

Salí del baño y me encontré a Mark con los brazos cruzados y una expresión poco impresionada.

"¿Supongo que la entrevista ha terminado?" Pregunté, intentando sonreír y fracasando.

"Sí", dijo brevemente.

Me llevé el plato de comida y estaba a punto de tirarlo a la basura cuando vi a un indigente. Le di la comida a él. No iba a llegar a casa si ese olor me hacía estallar de nuevo.

Suspiré mientras volvía a la estación del metro. Intentaba con todas mis fuerzas volver a mi vida anterior a Nathan y me paraban a cada paso. Era difícil no sentirme desesperada, sobre todo cuando mi corazón todavía se sentía tan en carne viva. Y lo peor era que lo único que quería era llamar a Nathan y contarle lo mal que me estaba yendo el día. Quería acurrucarme en sus brazos y olvidarme de todo lo demás.

Me froté los ojos para no llorar. Necesitaba olvidar a Nathan y seguir adelante. No era el hombre

que yo creía.

Capítulo 26

Nathan

Caminé por la entrada de la casa de mi familia con un peso de plomo en el estómago. Ya no podía aplazar más el contarle a mi madre lo de Erica, no cuando le dejaba mensajes a mi ayudante sobre la organización de la boda, preguntándole si quería celebrar la boda en casa o en un sitio diferente.

La encontré en la terraza, disfrutando de la borrasca y de las olas. Parecía más feliz de lo que la había visto desde la muerte de papá. No quería volver a romperle el corazón.

Maldita Erica.

"Nathan", dijo mamá con una sonrisa cuando me vio, levantándose y tirando de mí en un gran abrazo. "No te esperaba".

"Sí", dije, rascándome la nuca. Había ensayado la conversación durante el viaje, pero aún no sabía cómo decírselo. No se trataba sólo de Erica; sabía que mamá también quería que me quedara con la empresa. "Tengo que decirte algo en persona".

La preocupación le quitó la sonrisa.

"Siéntate conmigo", me dijo, acercándome una silla. Me senté, aunque hubiera preferido estar dando vueltas. O huyendo. "¿Qué pasa, cariño?"

Suspiré. No había forma fácil de decírselo. Tenía que arrancarle la tirita.

"Erica y yo hemos terminado", dije, con las palabras amargas en la boca. "Lo siento, mamá. No podré conservar la empresa. He fracasado".

"Oh, Nathan", dijo, con una voz llena de tristeza, que sonaba muy parecida a cuando murió papá. Me cogió las manos. "Lo siento mucho, cariño. ¿Qué ha pasado?"

Aparté las manos.

"Lo que pasó es que me precipité en una relación cuando no debía", dije, poniéndome de pie. No podía quedarme quieto y tranquilo cuando por dentro me sentía más agitado que el mar junto a la casa. "Papá estaba tan empeñado en castigarme por lo que pasó con Jennifer que me metí de cabeza en el mismo maldito problema".

A mamá se le cayó la cara de vergüenza y yo me sentí el peor hijo del mundo, pero había mantenido mi ira en secreto durante una década. Había aceptado mi castigo y dirigido la empresa como él quería. Y ahora no tenía nada que demostrar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y aparté la mirada.

"Nathan, mírame", me dijo, pero no pude. "¿De verdad crees que tu padre te estaba castigando?"

Eso era lo único que podía haber dicho para hacerme dar la vuelta.

"Claro que sí", dije, conteniéndome para no gritar. "Me había preparado toda mi vida para que me hiciera cargo de la empresa, y cometí un error, y me lanzó la única cláusula que debería haber sabido que me impediría hacerme cargo".

"Tu padre te quería tanto", dijo, sus palabras se sintieron como un cuchillo en el pecho. "No puso eso en su testamento para castigarte. Lo hizo porque no quería que cerraras tu corazón cuando él no estuviera para convencerte de lo contrario. Sabía que la única manera era obligándote".

La miré, sin ver ningún indicio de mentira, pero incapaz de creerlo de verdad.

"No soy un niño al que se pueda obligar para que coma verduras. Estamos hablando de mi vida", dije apretando los dientes.

"También solía obligarte a comer verduras", dijo con una risa cariñosa. No me acordaba de eso, pero sí de cómo obligaba a Robbie. Mi hermano había sido tacaño, todo lo que había necesitado había sido una propuesta de un paseo a caballito.

Parte de la rabia se me escapó, como un globo de helio al día siguiente de una fiesta.

"¿De verdad no intentaba castigarme?" Pregunté, volviendo a sentarme.

"No, en absoluto", dijo ella suavemente. "Siento que hayas pasado todo este tiempo pensando eso. No puedo imaginar cuánto debe haberte dolido".

"No más de lo que me dolió perderlo", me aclaré la garganta.

"Hay diferentes tipos de pérdida", Me tocó la rodilla. "Tu padre era un romántico. Siempre decía que cambiaría todo el dinero del mundo por un día más con nosotros. Quería que tú también conocieras ese tipo de amor".

Suspiré, mirando el mar embravecido.

"Ese tipo de amor casi te destruyó después de su muerte", dije en voz baja. "¿Realmente quieres que pase por lo mismo?"

Hubo un largo silencio. Volví a mirar a mi madre y la vi enjugándose las lágrimas, pero cuando habló, su voz era fuerte.

"Siento haberme apoyado tanto en ti", dijo. Se me apretó el corazón. "Y sí, el dolor de perder a tu padre casi me destroza. Pero de lo único que me arrepiento es de haberles defraudado a ti y a Robbie, de no haber estado a su lado tras la muerte de su padre. No me arrepiento de amarlo, incluso sabiendo el dolor de perderlo. Afrontaría el dolor mil veces por esa clase de amor. Eso es todo lo que tu padre siempre quiso para ustedes, chicos. No quería que la empresa se convirtiera en un yugo alrededor de sus cuellos. Quería que fueran felices. Realmente pensé que habías encontrado eso con Erica".

Apreté los puños.

"Yo también lo creía", admití. "Luego me tendió una emboscada con un montón de acusaciones sobre despedir a su hermana y que sólo le importaba el dinero".

Mamá parpadeó sorprendida.

"¿Despediste a Ivy?" Preguntó.

"No personalmente", dije. Intenté recordar la conversación. No recordaba todo lo que había dicho, sólo la sensación de estar acorralado. Me había atacado, demostrando que no me conocía ni le importaba.

¿Verdad?

"Eso debe haber sido un shock para ella", dijo mamá.

"Oye, ¿de qué lado estás?" Le pregunté. Pero ella tenía razón. Si lo pensaba con lógica, entendía por qué estaba enfadada. Ni siquiera sabía cómo había podido sumar dos más dos. No era como si le hubiera dado una lista de todas las filiales.

"Del tuyo", se rió mamá. "Pero a veces, estar de tu lado significa estar en desacuerdo contigo".

"No estoy seguro de que sea así", dije, intentando reírme.

"¿Crees que hay alguna posibilidad de arreglar las cosas con Erica?" Preguntó.

La idea no me llenó de la ira y la repulsión que habría sentido incluso una hora antes. Conocer las verdaderas intenciones de mi padre había curado una herida que llevaba tiempo supurando. Cuando dejé mi ego a un lado, pude entender por qué Erica había reaccionado así.

"No lo sé", dije, sin saber si Erica podría perdonarme. "Pero intentaré todo lo que pueda".

Erica

Trabajar como voluntaria en un comedor social me ayudó a olvidarme de Nathan y de mi falta de opciones profesionales. Hacía los turnos de tarde, así que ya se me habían pasado las náuseas

matutinas y no me pasaba la mitad del turno inclinada sobre un cubo. Lo había aprendido por las malas.

Solía trabajar como voluntaria en la cocina antes de que empezara a hacer turnos dobles en el restaurante para llegar a fin de mes y antes de Nathan. Era agradable volver a mis raíces y ayudar a los más necesitados. Aunque no me distrajera tanto como esperaba.

"¿Estás bien, Erica?" Me preguntó Naomi, la mujer que llevaba el comedor. "No estás tan animada como antes".

A menudo acabábamos en los mismos turnos antes de que yo dejara de ser voluntaria.

"Estoy bien", dije, intentando sonreír.

Vio a través de mí.

"Cuéntame", dijo. "Ayudará con la monotonía de cortar estas zanahorias".

No sabía cómo explicarle la situación de Nathan, pero al menos podía hablarle de mi problema más acuciante.

"Para ser sincera, me está costando encontrar trabajo", suspiré. "Por eso últimamente hago tanto voluntariado aquí. Si no puedo ayudarme a mí misma, al menos así puedo sentirme útil y ayudar a los demás".

Naomi me miró un momento y dejó de cortar zanahorias.

"Quizá no encuentres trabajo porque no es ahí donde se supone que debes estar", dijo. "¿Qué es lo que realmente quieres? No un trabajo cualquiera, sino algo que realmente te haga feliz".

Cerré los ojos porque mi primer pensamiento fue Nathan. Pero ya no podía tenerlo. Antes de Nathan, había una cosa con la que solía soñar.

"Siempre he querido abrir un restaurante, pero con los productos que se cultivan en los huertos comunitarios de los alrededores", expliqué. "Quiero devolver algo a la comunidad, no sólo abrir otro restaurante más, ¿sabes?"

A Naomi se le iluminaron los ojos.

"No me lo puedo creer", dijo.

"¿Qué?" Yo también hice una pausa en mi trabajo.

"La organización benéfica que financia este comedor busca formas de ampliarlo", explicó. "No tengo capacidad para hacer nada más, pero me preguntaron si conocía a alguien que pudiera trabajar. Serías absolutamente perfecta para ello, y es un puesto remunerado. Trabajar en equipo con los agricultores locales sería un gran triunfo para nosotros".

"¿En serio?" Pregunté, con la emoción bullendo en mi interior. "¡Sería increíble!"

El puesto me pareció perfecto. Más que tener mi propio restaurante. Me di cuenta de que hace unos meses me habría sentido indigna de un puesto así. Era una triste ironía que estar con Nathan me hubiera enseñado a valorarme más. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes con él, pero ahora tenía que pensar en mi bebé. Tenía que construirle una vida de la que pudiera sentirme orgullosa.

Capítulo 27

Nathan

No era frecuente que visitara al tío John en su despacho, pero mi conversación con mamá me hizo replantearme los últimos diez años de mi vida. Saber lo que mi padre realmente quería para mí cambió las cosas, recontextualizándolo todo, incluida mi relación con John.

"Nathan, hijo mío, ¿qué he hecho para merecer tu visita?" Me preguntó cuando entré en su despacho. Estaba en la misma planta que la mía, pero hacía meses que no la pisaba. "No es mi cumpleaños, ¿verdad?"

"No, sólo quería charlar", dije con una media sonrisa.

Recorrí su despacho con la mirada. Las paredes estaban repletas de premios de la empresa y artículos enmarcados sobre Darby BioTech que se remontaban a casi cuarenta años, cuando se fundó la empresa. Mi padre aparecía en la mayoría de las fotos, aunque John se centraba en sus propios logros. No era de extrañar que odiara venir aquí. Pero hoy ya no.

"Bueno, siempre tengo tiempo para mi sobrino favorito", dijo, indicándome que me sentara. "Pero no se lo digas a tu hermano".

"Mis labios están sellados", me reí entre dientes, ocupando la silla vacía frente a la suya.

"¿Qué tienes en mente?" Preguntó.

"En realidad quería un consejo sobre Erica", dije, sobrio.

John frunció el ceño: "Espero que no te estés replanteando la ruptura. Sé que debes sentirte presionado por la fecha límite en el testamento de tu padre, pero ésa no es razón para casarte con alguien que no te conviene".

"Bueno, esa es la cuestión", dije, rascándome la corta barba. Todavía no me había afeitado. "No estoy seguro de que sea la persona equivocada".

El surco en la frente de John se hizo más profundo.

"¿De verdad quieres estar con alguien que te acusó de despedir a su hermana cuando no lo hiciste? ¿Que no confiaba en ti?" Me preguntó.

"Sin embargo, despedí a su hermana", dije.

"No directamente", replicó. "Toda la junta votó al respecto, y yo fui el mayor defensor de la decisión. Hubo que convencerte, si no recuerdo mal".

"Cierto", dije distraídamente, con los engranajes de mi cabeza girando. "No recuerdo haberte dicho por qué nos peleamos".

Le había informado de la ruptura, pero no había mencionado ningún detalle.

"Les he oído pelear en tu despacho", dijo un poco demasiado rápido.

Era posible, pero cuando me encontré con los ojos de mi tío, no acababa de creérmelo.

"Por supuesto", dije, haciéndole creer que aceptaba su explicación. "Debería volver al trabajo. Agradezco tu consejo".

"Cuando quieras, hijo", dijo sonriendo. Sus ojos permanecían fríos. "Y superaremos esta transición. Quizá sea bueno que te independices en vez de seguir los pasos de tu padre".

"Claro", dije, poniéndome en pie.

Salí de su despacho con un nudo en la garganta. No me fiaba de John, pero iba a necesitar más información antes de poder decir algo rotundamente.

Tan pronto como estuve en mi oficina, llamé a Angus. Como contable forense, no podía pensar en una persona mejor para ayudarme a llegar al fondo de esto.

"Hola tío, ¿qué tal?" Contestó a la llamada.

"¿Podemos tomar una cerveza esta noche?" Le pregunté. "Hay algo en lo que necesito tu consejo".



Cuando se lo expliqué todo a Angus, parecía un bulldog sin correa. Le di acceso a nuestras finanzas y a todo lo que necesitara, y solo tardó un día en empezar a reconstruirlo todo.

"Espero que estés preparado para todo esto", dijo Angus al sentarse en mi despacho.

"Sólo me estás diciendo lo que ya sospecho", le dije.

"Sinceramente, es un poco insultante lo fácil que fue encontrar algo de esto", dijo, colocando unos papeles sobre mi escritorio. "Técnicamente él no está haciendo nada ilegal. Tus propios contables no se habrían dado cuenta, pero puedo decir que ha estado preparando una adquisición hostil de la empresa. Lo he visto bastantes veces".

Pensaba que me había preparado para ello, pero la noticia siguió pareciéndome una puñalada en el pecho.

"¿Y la hermana de Erica?" Pregunté. "¿Cómo encaja ella en todo esto?"

"No es nada extraordinario", explicó Angus, pasándose la mano por el pelo ondulado. "Trabajaba como asistente en BD Pharmaceuticals y la despidieron junto con otras cincuenta personas en mayo. John supervisó eso, ¿verdad?"

"Sí", confirmé. No había pensado mucho en ello cuando Erica sacó el tema. Estaba demasiado enfadado. Y en lo que a mí respecta, como Director General, *todo era* responsabilidad mía. "¿Y nada de eso fue raro? ¿No mostró favoritismo ni nada?"

"No, a menos que cuentes la falta de indemnizaciones por despido, que supongo que me sorprendió un poco, conociéndote", dijo.

"¿Qué?" Mis ojos se abrieron de par en par.

"¿No lo sabías?"

"No, en absoluto", dije, mordiendo cada palabra. "No me extraña que Erica estuviera tan cabreada. Sólo acepté los despidos por las generosas indemnizaciones. Cuando Erica se enfrentó a mí por ello, pensé que Ivy debía de ser una completa irresponsable para gastárselo todo tan rápido".

La ira que había estado hirviendo a fuego lento en mi interior desde mi conversación con John empezó a hervir.

"La pregunta ahora es: ¿qué vas a hacer?" Preguntó Angus.

"Primero, voy a hablar con John", dije, poniéndome de pie. "Luego voy a recuperar a Erica".

Dejé a Angus en mi despacho y fui furioso al despacho de John. Abrí la puerta de un tirón y golpeé la pared.

"Nathan", dijo John, poniéndose de pie. "¿De qué se trata esto?"

"Creo que lo sabes", le dije fríamente. "Mi propia carne y sangre, trabajando contra mí".

"Estoy seguro de que no sé a qué te refieres", dijo, intentando parecer dolido. Pero había fuego en sus ojos. "No he hecho más que apoyarte".

"Eso es mentira, y ambos lo sabemos", grité. "Estás planeando una adquisición".

"Bueno, no serás más Director General después de tu cumpleaños, y necesitaba preparar a la empresa para la transición", dijo apaciguadoramente. Su plan no iba a salir como él esperaba.

"Empezaste a hacer tus movimientos demasiado pronto para que me lo crea", repliqué. "Y sé que no diste a los empleados de BD Pharmaceutical sus indemnizaciones".

"El recorte de gastos forma parte del negocio", dijo, cuadrando los hombros. "Desangrarías a la empresa si no fuera por mí. Yo no soy el que vendió todos nuestros secretos a un pedazo de culo".

Tuve que hacer todo lo posible para no darle un puñetazo en la cara. Había estado pagando por un error durante una década y ya había terminado con ello.

"Eres un puto mentiroso y no voy a caer más en la trampa", siseé. "Me alegro de que mi padre no esté vivo para ver a su hermano traicionarme".

"Tu padre puede pudrirse en el infierno", escupió, perdiendo toda pretensión de cariño. "Le ayudé a construir este negocio desde los cimientos y, cuando murió, tuve que hacer de segundón del niño rey que no distinguía su culo de su codo. No tienes agallas para dirigir un negocio como éste, complaciendo a los empleados y pasando más tiempo hablando de las ventajas de lo que hacemos que de los beneficios. Igual que tu débil padre. Y después de cuarenta años de duro trabajo, entras con tu noviecita justo cuando estoy a punto de conseguir lo que es mío".

Di un paso hacia él, pero su respingo me detuvo. Aquí sólo había una persona débil, y no era yo.

"¿Qué has hecho?" Le pregunté. "Erica y yo estábamos bien".

"Todo lo que hice fue decirle la verdad", escupió. "Yo hago el trabajo sucio por aquí mientras tú te sientas en tu torre de marfil. Tú no habrías reconocido a Ivy, pero yo sí en cuanto la vi. No fue difícil poner a Erica en tu contra. Honestamente, fue casi decepcionante lo fácil que fue".

Dejé escapar un fuerte suspiro por la nariz, pero tenía cosas más importantes de las que preocuparme que de las estúpidas quejas de John.

"Recuerda lo que te digo, voy a hacer que te echen del consejo", le dije con una calma casi espeluznante. Simplemente ya no me importaba. "Pero primero, voy a recuperar a Erica. Luego me ocuparé de ti".

Erica

El sol de mediados de otoño era inusualmente cálido mientras cavaba en los bancales elevados del huerto comunitario. Las zanahorias que Carly y yo habíamos plantado estaban listas para la cosecha, grandes, de un bonito color naranja y difíciles de desenterrar con sus largas raíces.

"¿Cómo van las cosas?" Carly preguntó, trabajando a mi lado. "¿Están mejorando tus náuseas matutinas?"

"Uf, la verdad es que no", dije, secándome el sudor de la frente. "Aparentemente, me quedan al menos otros dos meses".

"Eso apesta", se compadeció. "¿Y la búsqueda de trabajo?"

"La semana que viene tengo una entrevista con la organización benéfica que gestiona el comedor social", dije, contenta de tener buenas noticias que dar. Aún deseaba poder contárselo a Nathan. Por mucho que intentara olvidarlo, no podía seguir adelante.

"Oye, eso es increíble", sonrió Carly. "Has pasado mucho tiempo allí; eso también tiene que contar a tu favor".

"Gracias", dije, escarbando alrededor de una zanahoria particularmente testaruda. El sol calentaba tanto que acababa con mis fuerzas. Parpadeé un par de veces, luchando por concentrarme. "Este sol... te juro que este día se siente más caluroso".

Carly frunció el ceño: "¿En serio? Lo estoy disfrutando después de los últimos días de clima más fresco".

Me encogí de hombros. Quizá el embarazo me estaba volviendo más sensible. La cabeza me dio vueltas un momento, pero el mareo fue breve.

"Creo que necesito un poco de agua", dije. Con todas las náuseas matutinas, me costaba mucho mantenerme hidratada, y más aún sudando bajo el sol abrasador.

"Erica, ¿estás bien?" Preguntó Carly, con preocupación en su voz. "Te has puesto pálida".

"Estoy bien", le dije, haciéndole un gesto con la mano. "Probablemente sea otro síntoma divertido del embarazo. Las náuseas matutinas pueden durar todo el día a veces".

"Muy bien, vamos a quitarnos del sol un momento y a traerte el agua", me dijo, llevándome entre

los arriates del jardín.

"Estoy bien. No hace falta que te preocupes", me reí. Pero mi visión volvió a nublarse, esta vez haciéndome tambalear.

"Erica", dijo, sonando alarmada.

"Te lo juro, estoy bien. Sólo necesito sentarme", dije, pero el mundo no dejó de girar. O tal vez era yo. Mis rodillas se doblaron y traté de estabilizarme en uno de los asientos a demasiados centímetros de distancia. El suelo se acercó a toda velocidad, dejándome sin aire. Lo último que oí antes de desmayarme fue a Carly gritando mi nombre, y luego que alguien llamara al 911.



Nathan

Hice que mi chófer me llevara al apartamento de Erica. Lo que tenía que decir era demasiado importante para hacerlo por teléfono. Si es que Erica me cogía la llamada. Había llevado aquella pelea tan mal como podía y tenía mucho que compensar. Si no estaba en casa, acamparía en el coche hasta que volviera.

Llegamos al edificio y respiré hondo. Tenía que hacerlo bien. No tenía por costumbre disculparme, pero ésta tenía que valer la pena. Para empezar, había sido un estúpido por dejar marchar a Erica. Ni siquiera estaba dispuesto a rebajarme, aunque esperaba no tener que llegar a eso.

Salí a la calle y me arreglé la chaqueta. Estaba a punto de pulsar el timbre cuando se abrió la puerta principal.

"Ivy", dije, sorprendido de verla. "¿Está Erica?"

"Oh, maldito bastardo", gritó, con la cara retorcida por la ira y el asco. Al parecer, las chicas Miller eran dulces y amables hasta que las agraviabas, y entonces no temían atacarte.

"Mira, puedo explicar..."

"No quiero oír ni una palabra de ti", dijo. *¿Son lágrimas lo que hay en sus ojos?* "¡Todo esto es culpa tuya!"

Se me cayó el estómago.

"¿Qué pasa?" Pregunté, con el miedo subiendo por mi espina dorsal. "Ivy, ¿dónde está Erica?"

"En el hospital", su voz vaciló con preocupación cuando habló. "Acabo de recibir una llamada de Carly. Erica se desmayó en el jardín comunitario. Dios, con el embarazo..."

Rápidamente cerró la boca, como si hubiera dicho demasiado.

"¿Embarazo?" Pregunté, con el corazón martilleándome en el pecho. "¿Erica está embarazada?"

"No tengo tiempo para esto", dijo rápidamente. "Tengo que llegar a mi hermana".

Tenía que actuar rápido.

"Entra en el coche", le dije, mientras Ivy me empujaba. "Te llevaré allí".

Ivy negó con la cabeza, caminando más rápido.

"Ivy, será más rápido si vienes conmigo", razoné. "Sólo dile a mi chofer a qué hospital vamos".

Casi me desplomé de alivio cuando asintió: "De acuerdo, pero sólo porque llegaré más rápido a ella".

"Por supuesto", dije. Podría haberme reído si no estuviera tan asustado.

Le abrí la puerta del coche y le dijo a mi chófer a qué hospital debía llevarnos. Al menos era aquí, en Brooklyn, y no teníamos que lidiar con el tráfico de vuelta a Manhattan.

Una vez en camino, me volví hacia Ivy.

"¿Sabes lo que le pasó a Erica?" Le pregunté.

Sacudió la cabeza: "Sólo sé que se desmayó".

"¿Y está embarazada?" Dije, necesitando oírlo confirmado. No tenía que preguntarme si era mío. Conocía a Erica lo suficiente; no volvería a cometer el error de dudar de ella.

Ivy se movió incómoda, pero ya había soltado la lengua.

"Sí, lo está", suspiró Ivy.

Tenía tantas preguntas, como por qué Erica me lo había ocultado y cuándo se había enterado. Pero no iba a poner a Ivy en una situación más incómoda. Ahora el centro de atención era Erica; las respuestas que necesitaba podrían llegar más tarde.

Por favor, que Erica esté bien.

Si le ocurría algo antes de que pudiera enmendarlo, nunca me lo perdonaría. El miedo me atenazaba la garganta. Ya había sentido una vez la pérdida de un hijo, aunque fuera a través de un engaño. No podía volver a pasar por eso. La idea era tan dolorosa como la de perder a Erica.

"Vine porque quería hablar con Erica y disculparme", le dije a Ivy, necesitando distraerme de mis pensamientos en espiral. "Pero yo también te debo una disculpa".

"No te voy a perdonar", soltó. "Esto no habría pasado si no le hubieras roto el corazón. Ella ha estado trabajando hasta los huesos, tratando de seguir adelante y superarte".

Hice un gesto de dolor. No había pensado mucho en lo que Erica podía estar pasando. Me había perdido en mi propio dolor. Pero no iba a permitir que eso siguiera ocurriendo.

"No tienes que perdonarme; no espero que ni tú ni Erica lo hagan", dije, esperando que Ivy entendiera lo serio que iba. "Pero aún así necesito disculparme. Y hacer las paces. Pagaré por esto el resto de mis días, especialmente si..."

No podía decirlo en voz alta, pero el dolor de mi voz llegó hasta Ivy. Su expresión se suavizó.

"De acuerdo, escucharé", dijo.

"Siento la forma en que te despidieron", dije. Supuse que debía estar agradecido por poder probar

mi disculpa con Ivy primero. Quizá pudiera perfeccionarla antes de hablar con Erica. "Se suponía que ibas a recibir una indemnización; es lo que pretendía cuando tuvimos que recortar personal, pero mi tío supervisó los despidos y no hizo lo que debía".

Ivy permaneció en silencio durante un tiempo incómodamente largo.

"Si todavía quieres un trabajo, te encontraré uno", dije, buscando cualquier forma de arreglar esto. "Y haré un seguimiento de todos los ex empleados y les haré llegar esos paquetes de indemnización".

"Más vale tarde que nunca", dijo finalmente. "En realidad acabo de conseguir un nuevo trabajo".

"Estupendo, enhorabuena", intenté sonreír, pero dadas las circunstancias, no pude reunir mucho.

Ella asintió y nos ahorramos más incomodidades al llegar al hospital. Seguí a Ivy hasta el servicio de urgencias. Era de la familia y la dejarían entrar a ver a Erica. Aunque tenía ganas de tomar el control y exigir algo. Pero estaba aquí para mejorar las cosas, no para empeorarlas. Erica era la prioridad. Nada más importaba.

Encontramos a Carly en la sala de espera.

"Ivy", dijo, corriendo hacia ella y abrazándola con fuerza. Cuando me vio, entrecerró los ojos. "¿Qué está haciendo aquí?"

"Es una larga historia", dijo Ivy, sacudiendo la cabeza. "¿Cómo está Erica?"

"No lo sé", los hombros de Carly se hundieron. "No me dirán nada porque no soy de la familia".

"Veré lo que puedo averiguar", dijo Ivy, dirigiéndose hacia el mostrador y dejándonos solos a Carly y a mí.

"¿Puedes decirme qué ha pasado?" Pregunté, desesperado por noticias, por cualquier signo de esperanza.

Carly me miró con frialdad y yo levanté las manos.

"Por si sirve de algo, Ivy ya me ha dicho todo", dije. "Sé que lo arruiné".

"Bien", mordió. Pero tanto si tenía un temperamento diferente al de Ivy como si estaba agotada por el susto con Erica, no me atacó como me merecía. "En realidad no sé qué pasó. Erica y yo estábamos en el huerto comunitario cercano, ayudándoles con la cosecha, cuando ella empezó a ponerse pálida. Estaba tratando de llevarla a la sombra cuando se desmayó, colapsó, no lo sé. El resto está borroso. Los paramédicos llegaron rápidamente y se la llevaron. Ella no estaba consciente cuando se la llevaron".

Podía imaginarlo en mi mente: Erica, cayendo al suelo. Normalmente estaba tan llena de vida.

Tragué para superar la opresión en la garganta.

Por favor. Por favor, no me dejes perder a Erica también. No hay mucho que pueda soportar.

"Está despierta", Ivy apareció a nuestro lado, pálida pero aliviada. "Dicen que ya podemos verla".

Exhalé un largo suspiro de alivio.

"¿Te importa si voy?" Pregunté, consciente de que era una situación delicada. Lo único que quería era volver corriendo allí y recoger a Erica en mis brazos, pero ése no era mi sitio. Todavía no.

Si las cosas salen bien y ella acepta mis disculpas.

Ivy me sorprendió asintiendo: "Sí, puedes venir. Pero si Erica no quiere verte..."

"Me iré", confirmé, terminando su frase, aunque me doliera decirlo.

Seguí a Carly y a Ivy por la sala de urgencias hasta la cama del fondo. Al mover las cortinas, me detuve en seco. Se me oprimió el pecho. Erica estaba más pálida de lo que creía posible, con el rostro demacrado. Aun así, la contemplé con avidez. A pesar de su estado, era aún más hermosa de lo que recordaba, y me dolió el corazón.

Estaba conectada a un montón de máquinas, todas pitando y mostrando líneas en sus pantallas que no significaban nada para mí. Tenía dos vías, una conectada a una bolsa transparente y la otra a una transfusión de sangre.

¿Pérdida de sangre? Carly no había dicho nada sobre su sangrado. Oh, Dios. El bebé.

Me apresuré a ir junto a su cama, olvidando todas mis razones para quedarme atrás.

"Erica", dije, y su nombre sustituyó a todas las preguntas que quería hacerle. Le cogí la mano y se me encogió el corazón cuando sus dedos rodearon los míos tímidamente.

"¿Qué haces aquí?" Preguntó, con una voz más fuerte de lo que esperaba.

"Es una larga historia, pero primero quiero saber de ti", le dije.

Ivy y Carly se adelantaron, ocupando el otro lado de la cama de Erica.

"¿Te han dicho algo los médicos?" Preguntó Ivy. "¿Por qué te desmayaste? ¿Estás bien?"

Había cubierto todo lo que quería saber, excepto una cosa.

¿Cómo está el bebé?

"Esto es muy embarazoso", respondió Erica. Sus dedos se agitaron contra los míos, pero no los soltó. "Es sólo anemia. Anemia grave, según parece. Debería haberme cuidado más. Fui una estúpida".

"No eres estúpida", dije rápidamente.

Me miró, confusa pero no descontenta.

Anemia. Me lo repetí hasta que pude creerlo. Peligrosa dadas las circunstancias, pero no mortal. Erica se iba a poner bien.

"¿Y el bebé?" Pregunté porque no podía contenerme más.

Erica levantó la vista hacia mí, con aquellos ojos ámbar humedecidos por las lágrimas no derramadas. Le apreté la mano con más fuerza.

"Ella está bien", respondió Erica.

"¿Ella?" Mi latido era tan fuerte que apenas podía oír mis propias palabras. Íbamos a tener una hija.

"Sí", sonrió. "Acabo de enterarme".

Carly se aclaró la garganta.

"Creo que deberíamos darles un poco de tiempo para hablar", sugirió, empezando a alejar a Ivy.

"De acuerdo, pero primero tengo que abrazar a mi hermana", dijo Ivy, inclinándose sobre la cama y abrazando a Erica lo más fuerte que pudo. "Me alegro mucho de que estés bien. Estaba muy preocupada".

"Lo siento", respondió Erica, abrazando a Ivy con un brazo. Aún no me había soltado la mano.

Ivy y Carly nos dejaron solos.

"¿Cómo te enteraste de que estaba embarazada?" Preguntó Erica.

"A Ivy se le escapó", dije. "Accidentalmente. Es una larga historia".

Erica asintió. Parecía cansada. Ojalá pudiera llevármela a mi apartamento y mantenerla a salvo allí, pero sabía que ahora estaba en el mejor lugar. También necesitaba decir algunas cosas antes de poder esperar algo así.

"Necesito disculparme", dije. "La forma en que reaccioné contigo estuvo mal. Tenías todo el derecho a estar enfadada por lo que le pasó a Ivy, pero hay más en la historia de lo que ambos sabíamos en ese momento".

"¿Ah, sí?" Preguntó.

¿Hay esperanza en sus ojos?

"Mi tío fue el responsable. Impulsó los despidos y yo sólo los acepté si todos recibían indemnizaciones, pero él impidió que eso ocurriera", expliqué. "No es que intente escurrir el bulto; sigue siendo mi empresa y, en última instancia, mi responsabilidad. Debería haber sido más consciente".

Erica asintió, pero no pude calibrar su reacción.

"Quiero que sepas que me estoy asegurando de que todos cobren como se suponía", añadí.

"John fue quien me habló de Ivy. Hizo como si la hubieras despedido personalmente y no te importó en absoluto", afirmó.

"Lo sé", asentí. "Intentaba abrir una brecha entre nosotros. No quería que me casara y me quedara con la empresa".

Erica deslizó su mano fuera de mi agarre, y mi corazón amenazó con romperse de nuevo. Pero no había terminado.

"Erica, te quiero", le dije, pronunciando por fin las palabras que llevaban tanto tiempo viviendo dentro de mí. "No me importa conservar la empresa. Lo único que me importa eres tú. Si me aceptas de nuevo, no te meteré prisa. Esta relación, si la hay, sólo será sobre nosotros y nada más. Nosotros, y nuestra bebé. Si no, quiero que sepas que seguiré apoyándote a ti y a nuestra hija. Nunca te abandonaré".

Los ojos de Erica se llenaron de lágrimas, derramándose por sus perfectas mejillas, actualmente pálidas.

"Oh, Nathan", dijo, cogiéndome la mano de nuevo. "Yo también te quiero. Y siento haber explotado así contra ti. Debería haber confiado más en ti".

"No tienes nada de qué disculparte", dije, inclinándome hacia ella. "Lo único que me importa es que estemos bien".

"Lo estamos", confirmó. "Te he echado mucho de menos".

"Yo también te he echado de menos", le dije. Ya no podía soportar ni siquiera la pequeña distancia que nos separaba. La besé.

Era como volver a casa.

Capítulo 28

Erica

"¿Ya puedo abrir los ojos?" Pregunté, emocionada por ver el lugar que Nathan había reservado para nuestras vacaciones. Bali había sido un sueño para mí desde siempre y casi no parecía real que por fin estuviera allí. El trayecto desde el aeropuerto me tuvo pegada a la ventanilla, contemplando el exuberante paisaje. No podía ser más diferente de Nueva York, era como estar en otro mundo. Habíamos dejado atrás el gélido y gris invierno y lo habíamos cambiado por un paraíso tropical. Pero llegaríamos a tiempo para Navidad. La madre de Nathan no sólo nos había invitado a nosotros, sino también a Ivy y Carly a pasar las fiestas con ella.

"Sólo un segundo más", dijo, inclinando mis hombros. No quería que viera el lugar que nos había reservado antes de llegar. "De acuerdo. Feliz luna de miel, Erica. Abre los ojos".

Parpadeé varias veces mientras mis ojos se adaptaban de nuevo a la luz. Me recibió una escena de belleza y serenidad incomparables. Enclavada entre palmeras ondulantes y vibrantes flores tropicales, nuestra villa desprendía un aire de discreta elegancia y tranquilidad. Una piscina infinita privada brillaba a la luz del sol y ofrecía vistas panorámicas del océano azul que se extendía ante nosotros. Las salas de estar al aire libre estaban adornadas con muebles de felpa y delicados detalles balineses, que nos invitaban a relajarnos y descansar en un lujoso confort. Mientras la suave brisa traía el aroma del frangipani, supe que en este paraíso aislado, Nathan y yo habíamos encontrado nuestro propio pedazo de cielo en la tierra.

"Nathan, esto es perfecto", dije, dándome la vuelta para besarle. Me cogió la cara con una mano y la barriga con la otra. A los seis meses de embarazo, la barriga me empezaba a crecer, pero aún podía moverme. A Nathan le encantaba frotarme y acunarme la barriga, y siempre se alegraba cuando nuestra hija le daba una patada. Iba a ser un buen padre.

"Cualquier cosa por ti", me dijo antes de darme otro beso furtivo. "Además, sé que dije que pasaríamos las vacaciones relajándonos, pero tengo otra sorpresa para ti".

"Tienes que dejar de mimarme", me reí. Había sido tan atento los últimos tres meses que rayaba en la sobreprotección. Incluso cuando estaba pasando por el estrés de la expulsión de su tío de la junta, Nathan siempre se aseguraba de que yo fuera lo primero.

"No, creo que no", me dijo cogiéndome la mano. "Sé cuánto te gusta la cocina balinesa, así que te he reservado una clase con un chef balinés con estrella Michelin para esta tarde. Sólo acepta unos pocos alumnos a la vez".

"¿En serio?" Pregunté, apretando la mano de Nathan. "Nathan, esto es..."

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Las hormonas del embarazo me hacían llorar mucho últimamente, pero, por suerte, la mayoría eran lágrimas de felicidad. O lloraba porque se me antojaba algo que no había en casa. O aquella vez que lloré porque el embarazo había hecho que los macarrones con queso me supieran raros.

"Espero que sean lágrimas de felicidad", dijo Nathan, acariciando mi mejilla.

"Lo son", respondí, apoyándome en su mano. "Soy afortunada de tenerte".

"Yo soy el más afortunado aquí", argumentó. Le dejé ganar esta vez.

Nathan vino conmigo a la clase, diciendo que podía ser mi sous chef. Me las arreglé para no resoplar ante la idea. Simplemente podía cocinar un buen filete y preparar una ensalada, pero eso era todo.

Sólo había otra persona en la clase con nosotros, también estadounidense. Frank, que había estado entrenando con el chef Nengah durante unas semanas. Frank ni siquiera me dio la mano cuando me presenté.

"No creía que el chef Nengah aceptara turistas", resopló. "Tenía la impresión de que esto era para chefs de verdad".

Puse mi mano en el brazo de Nathan para evitar que pusiera al tipo en su sitio. Podía luchar mis propias batallas.

"Supongo que tendré que volver a la escuela de cocina y decirles que quiero que me devuelvan el dinero, porque ya no soy una chef de verdad", sonreí dulcemente.

Nathan se dio cuenta de lo que estaba haciendo y añadió: "Puede que también tengas que dejar tu trabajo. Al New York Farm To Table Institute le entristecerá perder a su fundadora, pero si no eres una chef de verdad, tendrán que arreglárselas".

El ojo de Frank se crispó, pero no tuvo respuesta. Mi trabajo con la organización benéfica que gestionaba el comedor social se había convertido en algo más grande de lo que jamás hubiera imaginado. Con el apoyo de Nathan, convertí el trabajo en una organización benéfica hermana de pleno derecho. No me limitaba a vincular los huertos comunitarios con los comedores de beneficencia, sino que ayudaba a formar a jóvenes chefs que no podían permitirse estudiar cocina con productos de temporada cultivados localmente. Los cocineros también trabajaban en los huertos comunitarios, ayudando a cultivar los alimentos que utilizarían para cocinar en los comedores. Era más de lo que jamás hubiera soñado.

El chef Nengah entró en la cocina. "¿Están listos para empezar?"

Nos enseñó a preparar Ayam Betutu, un plato de pollo tradicional balinés, y aprendí mucho sobre la cocción lenta del pollo en hojas de plátano durante las cuatro horas que duró la clase. Nathan casi siempre miraba, aunque más de una vez le sorprendí probando a escondidas la comida que yo preparaba bajo la tutela del chef.

"¿Quieres parar?" Siseé a Nathan. "Puedes probarlo cuando esté listo".

"Sólo considérame control de calidad", rió en voz baja. "Quieres vencer a Frank, ¿verdad?"

"No es una competición", susurré mientras salteaba la mezcla de especias.

Nathan miró a Frank al otro lado de la cocina. Estaba picando algo con una mirada muy intensa.

"¿Estás segura?" Me preguntó Nathan.

No era una persona competitiva por naturaleza, pero hacía tanto tiempo que dudaban de mis capacidades, incluso yo misma, que no podía negar la chispa de excitación que me producía poner a Frank en su sitio.

"Sólo intento hacerlo lo mejor posible y aprender", respondí, retirando la sartén del fuego.

"Por supuesto", sonrió Nathan como si no me creyera.

"Cállate", puse los ojos en blanco. "No voy a ganar si sigues distrayéndome así".

"Entonces, *¿es* una competición?" Nathan sonrió. Ahora sonreía con mucha más libertad.

No respondí, sino que me concentré en mi trabajo.

Una vez elaborados los platos, el chef Nengah degustó ambos platos.

"Prueben esto", nos dijo a Frank y a mí. "Díganme la diferencia entre los dos platos".

Ambos probamos nuestros platos y luego el del otro. Yo estaba orgullosa del trabajo que había hecho, y sabía muy parecido al plato que había creado el chef Nengah. El pollo de Frank estaba bueno, pero tenía un sabor amargo que no podía distinguir.

Frank fue el primero en dar su opinión.

"Obviamente, lo estropeaste", me dijo. "La profundidad del sabor no estaba en ninguna parte".

Hace seis meses, el comentario de Frank me habría destrozado. En lugar de eso, me limité a resoplar.

"Sabes, Frank", le dije con calma. "Si quieres ser un buen chef, te sugiero que te centres en tu propio oficio en lugar de menospreciar a los demás.

Frank enrojeció de ira y abrió la boca para lo que sin duda iba a ser una diatriba, pero el chef Nengah habló primero.

"Erica tiene razón", dijo, dirigiendo a Frank una mirada mordaz. "Llevas aquí semanas, pero Erica ha aprendido más de mí en unas horas que tú en todo este tiempo. No eres mal cocinero, Frank, pero el ego debe estar respaldado por la habilidad, y tú eres demasiado arrogante para aprender. Quemaste tu mezcla de especias y cocinaste demasiado el pollo".

Frank parecía a punto de estallar, pero Nathan le dirigió una mirada de advertencia y se marchó furioso.

"Lo siento", dijo el chef Nengah.

"No es culpa suya", le contesté. "Gracias por su tiempo hoy; ha sido un honor aprender de usted".

"Tienes mucho talento, Erica", dijo. "Ha sido un honor enseñarte".

Después de terminar la comida, nos llevaron a Nathan y a mí de vuelta a la villa.

"Frank tiene suerte de que el chef Nengah te haya defendido", dijo Nathan, poniendo una mano protectora sobre mi rodilla. "Una palabra más de él..."

"Lo sé", puse mi mano sobre la de Nathan. "Pero yo también puedo luchar mis propias batallas. Estamos aquí para relajarnos. A quién le importa Frank".

Nathan asintió, pero seguía un poco tenso.

"Sólo quería que el día de hoy fuera perfecto", dijo.

"Lo es", intenté tranquilizarle.

De vuelta a la villa, nadamos en nuestra piscina privada. Podría haberme pasado todo el día en el cálido abrazo del agua, pero Nathan insistió en que saliéramos a cenar. Había organizado la cena con un chef privado y, para cuando me quité el bikini, el comedor ya estaba preparado. Hojas de palmera y brillantes flores tropicales formaban un precioso centro de mesa, con velas alrededor para crear un ambiente íntimo y acogedor.

Nathan me acercó la silla y se aseguró de que estaba sentada antes de sentarse frente a mí. Había preparado unos cócteles, sin alcohol para mí, afrutados y refrescantes. El primer plato de tofu relleno con salsa agridulce me hizo la boca agua antes de probarlo.

"Oh guau", gemí después del primer bocado. Estaba aún más delicioso de lo que olía. Esperé a que Nathan hiciera algún comentario sobre comida y sexo como solía hacer, pero se limitó a asentir.

"Sí, está bueno", dijo, con los ojos puestos en su comida.

Fruncí el ceño, pero enseguida lo olvidé, ya que el increíble sabor disipaba cualquier extrañeza.

El plato principal era aún mejor. Tuve que cerrar los ojos y saborear cada bocado.

"¿Puedo comer esto para siempre?" Pregunté entre bocado y bocado.

Como Nathan no respondía, abrí los ojos y me encontré con que me miraba fijamente.

"¿Qué?" Pregunté. "¿Tengo algo en la cara? Dios mío, Nathan, si tengo una araña encima..."

"No, no es nada", me aseguró, pero no me dio ninguna explicación del por qué su mirada estaba fija.

Empujaba la comida por el plato. No sabía qué le molestaba y me devané los sesos buscando una explicación. ¿Tenía algo que ver con el incidente de Frank? ¿Había dicho yo algo? Nuestra bebé me dio una fuerte patada en el estómago y me estremecí.

"¿Pasa algo?" Pregunté.

"No", dijo un poco demasiado rápido. "Vuelvo enseguida".

Se levantó de la mesa y me dejó sin más explicaciones. No se me ocurría qué podía haber cambiado tan rápidamente el humor de Nathan. Yo había querido quedarme en la piscina un rato más, pero él había insistido en que nos preparáramos para cenar. Incluso me había dicho que me vistiera y no sólo me pusiera el bikini. Pero nada de eso encajaba con su forma de actuar.

Volvió a la habitación al cabo de unos minutos, pasándose la mano por el pelo.

"Nathan, tienes que decirme qué..."

Dejé de hablar cuando Nathan se arrodilló a mi lado. Me puse la mano sobre el corazón, sintiendo cómo latía. ¿Nathan estaba...?

"Erica", me dijo, mirándome con sus ojos azules brillantes. "Te quiero más de lo que jamás creí posible. Has cambiado mi vida para mejor y quiero estar contigo el resto de nuestras vidas y más allá. No tenemos que precipitar la boda. No me importa si nos casamos antes de mi cumpleaños. Quiero que sepas que esto no tiene nada que ver con el plazo de mi padre. Simplemente no podía

aguantar contenerme ni un segundo más".

Se me saltaron las lágrimas cuando Nathan sacó una caja de anillos de su chaqueta y la abrió. Una esmeralda exquisitamente tallada, rodeada de delicados diamantes, engarzada en una fina banda de oro blanco. Era como si Nathan hubiera sacado el anillo perfecto de mi imaginación y lo hubiera hecho realidad.

Nathan me secó las lágrimas de las mejillas con el pulgar y me dijo: "¿Quieres casarte conmigo?"

Asentí, apenas capaz de encontrar mi voz, "Sí, sí, por supuesto que quiero. Nada me haría más feliz".

Nathan deslizó el anillo en mi dedo. Inmediatamente sentí que me pertenecía, como si lo llevara desde siempre. Nunca había sentido así nuestro falso anillo de compromiso. Me incliné para besar a Nathan, derramando en él un amor que desafiaba a las palabras.

Le acaricié la mejilla cuando me retiré. Solo había una cosa con la que no estaba contenta.

"No quiero que pierdas la empresa de tu padre", le dije. "Has trabajado demasiado y te importa demasiado. Me encanta que renuncies a ella por mí, pero no tienes por qué hacerlo. Quiero casarme lo antes posible. Estoy deseando llamarte marido".

"Gracias", dijo, con los ojos brillantes. Me besó la palma de la mano. "Sabes que haría cualquier cosa por ti".

"Lo sé", dije, con el corazón henchido.

Nos besamos una vez más antes de que Nathan volviera a su asiento.

"¿Por qué estabas tan nervioso?" Tuve que preguntar. "¿No pensaste que diría que sí?"

"Estaba seguro de que lo harías", se rió entre dientes. "Tenía todo esto planeado en el que se iba a sacar el postre y el anillo estaría en un lecho de rosas a su lado, incluso contraté a un violinista. Pero me di cuenta de que no quería que fuera una gran producción. Sólo quería que estuviéramos tú y yo".

Sonreí y cogí la mano de Nathan. "Esto fue absolutamente perfecto. No necesito todas las

campanas y silbatos. Sólo te necesito a ti".

Capítulo 29

Erica

Seis meses después

"Vamos a trasladar el arco de globos al vestíbulo, los verdes se verán mejor con la luz", le dije a una de las personas que Nathan había contratado para preparar la fiesta. Los globos de color verde salvia y verde menta se balancearon mientras el arco se trasladaba desde el comedor. En su nueva ubicación, el arco de globos estaba junto al retrato de Nathan y yo en París. No estábamos oficialmente juntos cuando nos sentamos allí, pero era evidente que nos estábamos enamorando. Sin embargo, no tuve tiempo de quedarme de brazos cruzados.

Me dirigí rápidamente a la cocina. Nathan había insistido en volver a contratar a Carlos en lugar de dejarme cocinar para el evento.

"Sólo quería revisar el menú una última vez", le dije a Carlos. "No es que no confíe en ti. Sólo quiero que todo sea perfecto".

"No pasa nada, Erica", dijo Carlos con una risa cómplice. "Sé que hoy es un día importante".

Asentí con la cabeza y miré el menú. Nada había cambiado desde las tres últimas veces que lo había mirado. Todos los platos favoritos de Nathan estaban allí.

"Debería haber sabido que estarías aquí", dijo Nathan. Me giré y lo encontré en la puerta. "Deja de acosar a Carlos. La cena llegará tarde si sigues interfiriendo".

"Lo sé", suspiré, dejando el menú. "Lo siento, Carlos".

Sonrió: "No pasa nada. Mi mujer estaba igual después de que naciera nuestro bebé".

Asentí con la cabeza. El instinto de anidamiento había empeorado después de que nuestra hija se nos uniera al mundo.

"Ven aquí", dijo Nathan, cogiéndome de la mano y llevándome lejos.

"Sé que estoy actuando como una loca", le dije a Nathan mientras me llevaba arriba.

"No estás loca, pero contraté a toda esta gente para que no tuvieras que hacer nada más que relajarte y divertirte", señaló Nathan.

"Es que sé que normalmente no te gusta tu cumpleaños porque es el aniversario de la muerte de tu padre. Pero éste es el primer evento que organizamos en nuestra nueva casa, y no sólo es tu cumpleaños, sino que hoy conservas oficialmente el título de Director General", divagué. "Y eso es muy importante".

Nos habíamos mudado a la casa un mes antes de que naciera Joy. Nathan había encontrado una casa preciosa en los Hamptons, cerca de la casa familiar donde vivía su madre, y a mí me encantaba todo lo que tenía, desde el elegante diseño hasta la vista del mar justo fuera. *Nuestra* casa familiar era perfecta.

"¿Quieres saber lo que es un problema aún mayor?" Preguntó Nathan, tirando de mí en sus brazos cuando llegamos a la parte superior de las escaleras.

"¿Qué? Pregunté, inclinándome hacia él.

"Hoy es el aniversario del día en que nos conocimos", dijo, sonriendo suavemente. "Eso es lo más importante de hoy".

"¿Cómo podría olvidarlo?" Dije, realmente sorprendida de que se me hubiera olvidado. Pero con todo lo que estaba pasando, supongo que tenía sentido. "Vaya, es una locura lo mucho que pueden cambiar las cosas en un año. Esta noche no podría ser una celebración más diferente".

"Espero que acabe igual que el año pasado", dijo sugestivamente. Se inclinó para besarme el cuello. Me fundí con él.

El llanto de Joy impidió a Nathan continuar.

"Si Joy duerme bien por una vez", me reí.

"Su sincronización es realmente asombrosa", dijo con cariñosa frustración. Nuestro bebé había interrumpido más de un momento de intimidad, pero no importaba. No cuando nos traía tanto amor y felicidad. La habíamos llamado Joy por una buena razón. "Probablemente tenga hambre".

Fuimos juntos a la habitación de nuestra bebé y Nathan cogió a Joy en brazos mientras yo me sentaba en la silla donde solía alimentarla y me preparaba. La meció suavemente y le dijo en voz baja y con calma: "Estás con papá, Joy. No pasa nada. Mami te dará de comer pronto".

Colocó a Joy en mis brazos cuando estuve preparada, y Joy se enganchó rápidamente, cesando bruscamente su llanto.

"Conozco la sensación", le dijo a Joy, acariciando su suave pelo castaño. Joy tenía los ojos azules de Nathan, pero por lo demás se parecía a mí. "Yo también quiero llorar cuando no veo las tetas de mamá en un rato".

"Cállate", me reí. "Joy no necesita oír eso".

"Creo que aún no conoce las palabras", sonrió.

Miré a la preciosa niña que nuestro amor había creado. Era perfecta en todos los sentidos.

"Es una locura pensar que hace un año éramos extraños", dije. "Ahora, no puedo imaginar mi vida sin ti".

"Como dije en mis votos matrimoniales, has traído a mi vida más felicidad de la que jamás creí posible", me dijo. Me besó a mí y luego a nuestra bebé.

Cuando Joy estuvo llena, Nathan la cambió y yo me vestí para la fiesta. Nuestros invitados y nuestra familia, no tardarían en llegar. Bajamos justo a tiempo para la primera llegada. Sophia, la madre de Nathan, nos abrazó a todos y enseguida quiso ver a Joy. Sabía que su abuela apenas la dejaría en toda la noche.

Carly e Ivy llegaron después, y abracé con fuerza a mi hermana y a mi mejor amiga. Seguíamos viéndonos mucho, pero no tanto como antes, ya que yo vivía en los Hamptons y ellas

permanecían en Brooklyn.

"¿Sigues disfrutando de tu nuevo trabajo?" Le pregunté a Ivy.

"Sí, mamá", bromeó, poniendo los ojos en blanco.

Se unieron a la madre de Nathan para arrullar a Joy.

Los últimos en llegar fueron Angus y Robbie, el hermano de Nathan, que habían estado de fiesta en Brasil.

Con nuestro grupo completo, se sirvieron las bebidas y me puse al día con las vidas de mi hermana y mi mejor amiga todo lo que pude.

"¿Alguna nueva perspectiva romántica?" Les pregunté a ambas, manteniendo medio ojo en Joy. Sophia estaba felizmente mimándola mientras le daba la lata a Robbie para que se estableciera.

"Ahora mismo estoy centrada en el trabajo", dijo Ivy. "No tengo ninguna prisa".

Asentí con la cabeza. Quería ver feliz a mi hermana, eligiera el camino que eligiera. Pero después de enamorarme de Nathan, no podía negar que quería la misma felicidad para ella. Y también para Carly. Me toqué los pendientes de diamantes que llevaba. Una de las pocas cosas que mamá nos había dejado. Esperaba que si Ivy se casaba, los llevara puestos igual que yo en mi boda.

"Las citas no están en mi radar", respondió Carly. "Sólo estoy tratando de ahorrar suficiente dinero para viajar. Quiero ver el mundo, no sentar la cabeza. Aunque, cuando veo a un hombre como Angus, no puedo decir que no me tiente a cambiar de opinión".

Los amigos de Nathan y mis amigas no se llevaban muy bien, pero no era la primera vez que Carly se fijaba en el atractivo de Angus.

"Sabes, Nathan me ha contado que Angus está buscando una nueva asistente personal, podría darle tu currículum, si estás de acuerdo", sugerí.

"Más vale que no sea un intento de emparejamiento", dijo Carly, entrecerrando los ojos.

"Ni se me ocurriría", dije. Pero si congeniaban, no me importaría. "Por lo que he oído, Angus paga muy bien a sus asistentes; me imagino que te vendrá muy bien para tu fondo de viaje, ya que no me dejas pagarlo".

Carly tenía una vena independiente, muy parecida a la de Ivy. Rechazaron la mayoría de mis intentos de ayudarlas, pero entendí por qué. Yo habría hecho lo mismo si la situación hubiera sido al revés.

"Lo pensaré", dijo Carly, volviendo a mirar a Angus.

Nos reunimos en el comedor cuando se sirvió la cena y disfrutamos de una comida perfecta. Carlos se había superado, y me aseguraría de que supiera cuánto se lo agradecía. Joy yacía en su moisés en un rincón de la habitación donde podíamos vigilarla.

"¿Cómo va el New York Farm To Table Institute?" Me preguntó Sophia.

"Realmente genial, estamos pensando en expandirnos a otras ciudades pronto", le dije, feliz de contarle nuestros logros. "Técnicamente estoy de baja por maternidad, pero sigo de asesora".

"Erica es tan apasionada que no puede evitar dirigir el barco", comentó Nathan con orgullo.

"Me suena a alguien que conozco", dijo Sophia riendo y mirando a Nathan con simpatía. Su empresa iba viento en popa.

"Has recorrido un largo camino", dijo Ivy. Sabía lo asustada que había estado de aventurarme en mi propio negocio, y dirigir una organización benéfica me parecía una responsabilidad aún mayor.

"Nathan ha sido de gran ayuda", dije, cogiendo la mano de mi marido. "Soy muy, muy afortunada".

Hacia el final de la comida, Joy empezó a llorar.

"Debería darle de comer otra vez y acomodarla en su cuna", dije, poniéndome de pie.

"Te ayudaré", se ofreció Nathan, levantando a Joy y llevándola arriba conmigo.

Nos sentamos en su habitación para darle de comer, con la rutina bien aprendida en los dos meses transcurridos desde su nacimiento.

"¿Estás disfrutando de tu cumpleaños?" Pregunté mientras Joy se enganchaba.

"Es el mejor que he tenido", dijo, arrodillándose a nuestro lado para poder estar más cerca. "He pasado el día con mis dos chicas favoritas, y tengo a nuestra familia a nuestro alrededor. La familia que importa. No hay nada que pueda mejorar el día de hoy".

"Bien", dije, inclinándome hacia delante para poder besarle. Joy se quejó un poco y nos separamos riendo. "Le estaba contando a Carly que Angus está buscando una nueva asistente personal. Creo que ella estaba loca por él".

"Debería tener cuidado; Angus es un poco mujeriego", se rió Nathan.

"¿Como solías ser tú?" Sonreí. Conocía bien el pasado de Nathan y sabía que, una vez que me conoció, no volvió a mirar a otra mujer.

"Supongo que el amor cambia a la gente", dijo acariciándome la pierna.

Oímos risas en el piso de abajo.

"Me encanta tener un hogar feliz", dije mientras Joy terminaba de comer.

"A mí también", respondió.

Como de costumbre, Nathan me quitó a Joy para hacerla eructar y tranquilizarla. Se durmió casi al instante. Se quedó de pie junto a la cuna, mirando a nuestra hija con tanto amor que se me saltaron las lágrimas. Me arrimé a su lado y él me rodeó con el brazo.

"Deberíamos volver abajo. Todavía tenemos que sacar tu tarta de cumpleaños", dije.

Nathan enjugó mis lágrimas y me cogió la mano.

A veces tenía que pellizcarme para saber que no era un sueño. Mi vida había cambiado tanto en un año que era difícil de creer. Pero entonces Nathan me sonreía, o Joy se acurrucaba en mí mientras se dormía, y yo sabía que todo era real. Tenía un trabajo que me encantaba, el mejor

marido del mundo y la bebé más hermosa que mis ojos jamás hayan visto. Mi familia había crecido e incluía también a la de Nathan.

"¿Estás bien?" Preguntó él, mientras otra lágrima corría por mi mejilla.

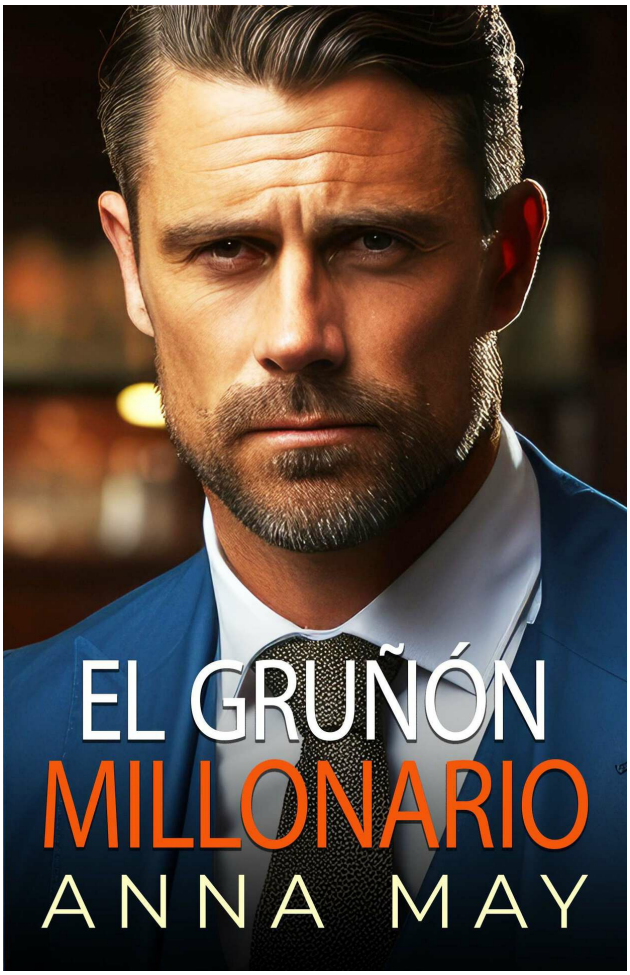
"Estaba pensando en lo mucho que los quiero a ti y a Joy", dije. "Soy la persona más afortunada del mundo".

"No, yo soy el más afortunado", dijo suavemente, cogiéndome la cara y dándome un suave beso en los labios. Me fundí en él como siempre lo había hecho y como siempre lo haría. En nuestros votos matrimoniales habíamos prometido amarnos y adorarnos para siempre, en esta vida y en la otra.

Volvimos con nuestra familia, de la mano, con los corazones entrelazados, tal y como habíamos prometido.

Leer más...

Si desea obtener el libro de Anna ahora mismo, puedehacerlo en la tienda de Amazon. El siguiente libro se titula **“**El gruñón millonario: Una novela romántica sobre bebés multimillonarios sorpresa”.



Este es el resumen:

Todos los libros de esta serie tratan sobre uno de los cinco hermanos Sullivan y su ultimátum.

Él necesita una esposa falsa.Yo necesito un lugar donde vivir.
Sin embargo, la parte difícil llega cuando todos los falsos coqueteos y falsosbesos terminan... cuando las lucesse apagan y nos quedamos solos...
Porque lo falso se vuelve serio para mí y entonces mi período se retrasa...

Grant puede ser un egoísta, gruñón y pomposo, pero ni siquiera él puederechazar a una chica temblorosa, empapada, con el pelo alborotado y una graveherida en la cabeza. ¿No es así?

Me cura y me manda de vuelta... Pero el problema es que no tengo adónde ir. ¡Nopuede echarme a la calle, ¿verdad?!

Como una verdadera romántica, nunca pensé que me casaría por conveniencia.
Pero ahora tengo una piedra brillante en mi dedo anular izquierdo y el hombreque está a mi lado en la cama me llama su esposa.
Es sólo por un año...

Cada novela romántica de esta serie es independiente. Sin embargo, están vinculadas por personajes recurrentes. Una lectura obligada para todos los aficionados a las novelas románticas de jefes, directores generales, millonarios, multimillonarios, bebés, embarazos y papás sorpresa.

https://www.amazon.es/dp/B0DMTPH9M7

Capítulo 1

Molly

Mis dedos volaban por el teclado, luchando por seguir el ritmo de mispensamientos acelerados.

"En el acto final de 'Amor bajo el cielo demedianoche', justo cuando parece que toda esperanza está perdida para Elena yMarcus, la autora da un giro audaz que me dejó sin aliento. La confesión deMarcus, un secreto que ha guardado desde el principio, no sólo cambia todo loque

creíamos saber de él, sino que también obliga a Elena a enfrentarse a suspropios miedos de una forma que se siente a la vez cruda y..."

Un golpe seco enla puerta me hizo dar un respingo, mi dedo golpeó una tecla al azar y esparcióuna retahíla de galimatías por la pantalla. "Maldita sea..." Murmuré,pulsando el botón de retroceso y tratando de aferrarme a mi siguiente pensamiento,pero los golpes persistían, cada golpe rompía aún más mi concentración. Sentíaque la frase perfecta de hacía un momento se me escapaba como arena entre losdedos. Tenía muy poco tiempo para escribir la reseña de un libro en mi blog.Tenía que mantener la coherencia para contentar a mis lectores, que, reconozco,son pocos.

Miré a Atticus,mi gato esmoquin, que estaba encaramado al alféizar de la ventana, mirándomefijamente con sus ojos grandes y críticos.

"Ahorano", murmuré, esperando que quienquiera que fuera se marchara. No esperabaa nadie. Si volvía a concentrarme, podría recordar lo que iba a escribir. Perolos golpes continuaron, esta vez más fuertes, acompañados de un ruido sordo,como si alguien se estuviera inclinando hacia ellos.

"¡Uf, estábien!" Me aparté del escritorio y casi se me cae la taza de té. Mi té, yatibio, se posó en el borde del escritorio y, antes de que pudiera cogerlo,Atticus saltó sobre él y lanzó la taza por los aires. El líquido salpicó miportátil y vi con horror cómo la pantalla parpadeaba y luego se quedaba ennegro.

"¡No, no,no!" Intenté revivirlo frenéticamente, pulsando botones y deslizandofuriosamente el dedo por el panel táctil, pero fue inútil. Mi artículo -horasde trabajo- desapareció en un instante. Sentí una oleada de pánico y se me hizoun nudo en el estómago. Quizá se había guardado en la nube...

Los golpesvolvieron, más insistentes. Me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón conmás fuerza de la necesaria. El pobre repartidor que estaba allí parecíaasustado, con una bolsa en la mano que desprendía un ligero aroma a trufa yqueso.

"Tengo unaentrega para el Sr. Sullivan", tartamudeó, cambiando de un pie a otro.

El repartidor nisiquiera estaba en la casa correcta. Todo ese trabajo potencialmente perdido,para esto.

"Vive en lapuerta de al lado", mordí, ya intentando cerrar la puerta para podervolver a mi portátil empapado de té. Pero el repartidor me detuvo.

"Susinstrucciones eran dejarlo aquí, con usted, hasta que pueda recogerlo",insistió, tratando de entregarme la bolsa.

Por supuesto quesí. Grant Sullivan. Mi adinerado, imposiblemente guapo y molesto vecinodesconsiderado. No era la primera vez que usaba mi casa como almacén para suslujosas entregas.

Suspiré,exasperada. "No soy su portera personal, ¿sabes?"

El repartidorparpadeó, claramente sin saber qué responder. "Eh, espere... Creo quetengo instrucciones sobre esto", sacó su teléfono y hojeó lo que supuseque eran notas de Grant. "Sí, aquí dice que 'si monta un escándalo,recuérdale que le daré propina como la última vez'".

Hice una pausa,recordando el crujiente billete de cien dólares que Grant me había entregado laúltima vez que acepté una entrega para él. No podía permitirme decir que no. Nocon el estado de mi antigua casa de piedra rojiza, las reparacionesinterminables y mi blog a duras penas.

"Bien",refunfuñé, arrebatándole la bolsa al repartidor. "¿Qué es, porcierto?"

"Pizza",respondió con una sonrisa, aparentemente contento de que hubiera cedido.

Puse los ojos enblanco. ¿Todo este alboroto porque mi vecino quería una pizza y ni siquiera semolestó en estar en casa para la entrega?

"Losé", dijo el repartidor al notar mi escepticismo. "Pero no es unapizza cualquiera. Es una creación del chef Giacomo Ricci, de la TrattoriaGiacomo. Me aterrorizo cada vez que tengo que entregar una de estas, por si meestrello y tengo que pagarla. Dos mil dólares, cubierta con langosta ycaviar".

Casi meatraganto. "¿Dos mil dólares? ¿Por una pizza?"

Asintió con lacabeza, disfrutando claramente de mi reacción.

"¿Verdad?"Aceptó. "¡Es más de lo que gano en un mes!"

"Dímelo amí", gemí, pensando en mi blog que no hacía más que tartamudear."Espero que mi vecino te esté dando buenas propinas".

"Hizo queel estrés de entregar la pizza valiera la pena", guiñó el tipo.

"Bien",asentí. "Y oye, siento haberte gritado antes. Estoy estresada y no debídesquitarme contigo".

"No hayproblema", el tipo se encogió de hombros como si nada. "Honestamentehe pasado por cosas peores".

Eso no me hizosentir mucho mejor.

"Disfrutede la velada, señorita", con eso, se dio la vuelta y se apresuró a bajarlos escalones, probablemente ansioso por escapar de la loca que ni siquierapodía recibir una pizza sin meterse el pie en la boca.

Me quedé mirandola bolsa que tenía en las manos, estupefacta. Dos mil dólares por una pizza. Ladejé sobre la encimera de la cocina, mirándola como si fuera a explotar. Laidea de que Grant comiera despreocupadamente algo tan absurdamente caromientras yo luchaba por pagar la compra me hizo sentir humilde. No es quedebiera sorprenderme. Grant Sullivan era la personificación del privilegio:guapo, alto y siempre impecablemente vestido con trajes de diseño.Probablemente ni siquiera tenía que pensárselo dos veces antes de gastarsetanto dinero en una comida. Me lo imaginaba descansando en su casa de al lado,saboreando cada bocado de pizza con una sonrisa de satisfacción.

A diferencia dellustroso palacio de Grant, mi casa era una reliquia de tiempos mejores. Elladrillo se estaba desmoronando en algunas partes y las ventanas, con susencantadores cristales originales, dejaban pasar más corrientes de aire queluz. Las cañerías gemían como un anciano con problemas de espalda y el suelocrujía a cada paso. La heredé de mi abuela, que había vivido aquí durantecincuenta años, dejando poco a poco que el mantenimiento decayera a medida quesu salud declinaba. Cuando falleció, la casa era lo único que me quedaba deella, junto con los impuestos imposibles de pagar y una pila de facturas dereparaciones que parecía no acabar nunca. A veces tenía la sensación de que ellugar se mantenía unido más por los recuerdos que por la argamasa, y lo amabaferozmente, aunque me volviera loca.

Volví a miescritorio, necesitaba terminar mi trabajo para poder, con suerte, ganarsuficiente dinero para pagar los impuestos y las facturas. O al menossobrevivir un mes más.

"¿Crees quevoy a poder hacer que vuelva a funcionar?" Le pregunté a mi gato mientraslimpiaba mi portátil con una toalla. Atticus me miraba con expresión aburrida.No le importaba si el portátil funcionaba o no. Su vida giraba en torno a la comida,el amor y algún que otro momento en el que se dignaba a jugar con alguno de susjuguetes. Se lamió la pata blanca lentamente, sólo para dejar claro su punto devista. "Sí, eso pensaba".

Golpeé lasteclas, esperando una chispa de vida, pero mi portátil seguía muerto, miartículo perdido en algún lugar del éter. Me quejé y saqué un viejo portátil dereserva que rara vez utilizaba. Era antiguo, lento y tenía tanta memoria comoun pez de colores. Esperé diez minutos a que encendiera y mis últimasesperanzas se desvanecieron cuando por fin entré en la nube y mi archivo noestaba allí. Tendría que reescribirlo todo desde cero. Justo lo que necesitabaademás de todo lo demás.

Dios, soy tantorpe.

Veinte minutosdespués, seguía intentando reconstruir de memoria mi trabajo perdido. Mis dedosrevoloteaban sobre el teclado, pero las palabras no salían. Estaba demasiadodistraída, demasiado enfadada, sobre todo conmigo misma. Era culpa mía porhaberme olvidado la taza de té cerca del portátil. Y entonces, como el universome tenía claramente preparada, llamaron a la puerta.

"Tiene queser una broma", murmuré, dirigiéndome de nuevo a la puerta. Esta vez, erauna mujer que sostenía una elegante botella de vino negro, del tipo que parecíapertenecer a un museo más que a un botellero. "Déjame adivinar", dijeantes de que pudiera hablar, "Grant Sullivan te pidió que me dejarasesto".

Sonriódisculpándose, con los ojos mirándome nerviosamente. "Sí, señorita. Sientolas molestias".

"No esculpa tuya", le aseguré.

Cogí la botellay miré la etiqueta. Parecía ridículamente caro. "¿Cuánto cuestaesto?"

La vendedora devino estaba a punto de responder, pero antes de que pudiera hacerlo, se oyeronpasos en las escaleras. Apareció Grant, tan exasperantemente perfecto comosiempre, con un abrigo a medida. Llevaba el pelo castaño peinado a laperfección y sus ojos marrones, enmarcados por gruesas pestañas, brillaban conuna mezcla de fastidio y diversión.

"Vecina",me saludó con una inclinación de cabeza, como si nada fuera de lo normal.

"Tengo unnombre", le dije con el ceño fruncido. Hacía una década que éramos vecinosy aún no se había molestado en saber nada de mí. Mientras tanto, yo lo sabíatodo sobre sus reformas cuando convirtió las cuatro casas de piedra rojizacontinuas que había comprado en una enorme mansión. Y las entregas que medejaba, de comida y vinos caros, sus trajes a medida y, una vez, incluso unreloj que costaba tanto que me daba miedo tocarlo. No tenía problema en seramable, pero era una calle de doble sentido.

"¿Yentonces?" Me miró expectante.

"¿Yentonces qué?" Fruncí el ceño.

"¿Vas adecirme tu nombre para que pueda recoger mis entregas o no?" Resopló.

Mis mejillas seencendieron de vergüenza.

"Molly",le dije. "Molly Markie".

"Genial,¿ahora podrías darme mis entregas?" Preguntó, dando golpecitos con el piecon impaciencia.

Le entregué elvino, intentando contener mi irritación. "Sabes, tengo una vida. No puedesseguir usando mi casa como tu almacén personal".

Grant me miró,con expresión ilegible. "No creí que te importara. Estás en casa todo eltiempo".

¿En casa todo eltiempo? Me hervía la sangre. Por supuesto, el Sr. Todopoderoso supuso que notenía nada mejor que hacer. Quería gritarle sobre mi artículo, mi portátilestropeado, la convención de blogs para la que tenía que prepararme... pero memordí la lengua. No cambiaría nada. Rápidamente me metí dentro para coger suotra entrega. Quería que se fuera cuanto antes para poder volver al trabajo.

Le empujé labolsa de pizza, apenas manteniendo la voz firme. "Aquí está tu preciadapizza. Sabes, algunas personas tienen que trabajar para vivir, Grant".

Cogió la bolsa,aparentemente imperturbable. "Gracias, Molly".

"Daigual", murmuré, dándome la vuelta para volver dentro. Pero entonces nopude contenerme. "Por cierto, es imposible que esa pizza cueste algocercano a los 2000 dólares, te están timando".

Grant hizo unapausa y miró la bolsa.

"El preciono me molesta", dijo rotundamente, como si no mereciera la pena seguirexplicándolo. "Es sólo pizza".

Un dolor decabeza empezaba a formarse en una gruesa banda a lo largo de mi cabeza. Cenabala comida más cara de la ciudad y ni siquiera la apreciaba. La ingratitud porlo que tenía era exasperante.

"Oh",dijo Grant, sacando su cartera. "Aquí está tu propina".

Abrió su carterade cuero y descubrió un montón de billetes, todos de cien dólares. Me dio uno.

"Gracias",murmuré, cruzándome de brazos y aplastando el billete en mi mano. Me resultabadifícil no sentirme como un instrumento, aceptando dinero por hacer algo amabley de buena vecindad, pero no estaba en condiciones de rechazarlo. "Nodeberías llevar tanto dinero encima. Si alguien te robara la cartera, perderíasmucho".

"Eh",se encogió de hombros. "Es sólo calderilla".

Me quedémirándole como si fuera un extraterrestre. No pareció darse cuenta.

Estaba a puntode dar un portazo a todo este ridículo encuentro, pero antes de que pudierahacerlo, Grant me lanzó una de esas miradas que sólo él podía lanzar, entredivertida y condescendiente. "Bonitas zapatillas", dijo, sonriendoligeramente mientras se daba la vuelta para irse. La curvatura de sus labios lohacía aún más atractivo.

Fruncí el ceño,viéndole alejarse. ¿Bonitas zapatillas? ¿De qué demonios estaba hablando? Miréhacia abajo y me ruboricé. Todavía llevaba puesto mi pijama de franela y unasudadera vieja, con mis zapatillas de conejo grandes y peludas, con orejas ytodo. Había estado tan ocupada todo el día que se me había olvidado cambiarmeel pijama.

"Genial",murmuré para mis adentros, cerrando la puerta de un portazo. ProbablementeGrant pensara que yo era una especie de reclusa loca que se pasaba el díaholgazaneando con ropa infantil. El Sr. Traje a Medida probablemente nuncaandaba en pijama como el resto de nosotros, los plebeyos. Eran las zapatillasde conejo lo que me molestaba que viera. Las había comprado para darle un toquede fantasía a mi vida, pero no esperaba que nadie las viera. Gemí y hundí lacara entre las manos. "¿Por qué siempre me pasa esto?"

Volví a sentarmeen mi escritorio. Atticus, sintiendo mi angustia, saltó a mi regazo y empezó aronronear; su cuerpo cálido era un pequeño consuelo contra mi frustración. Loacaricié distraídamente, aún furiosa por Grant y lo absurdo de todo aquello.

Pero no teníatiempo para regodearme en la vergüenza. Mi artículo no se iba a escribir solo yya

llevaba retraso. Respiré hondo, aparté de mi mente los pensamientos sobre miexasperante vecino y volví a sentarme en el escritorio. Atticus se acurrucócómodamente en mi regazo, proporcionándome un ronroneo tranquilizador que meayudó a concentrarme.

"No másinterrupciones", me dije con firmeza, decidida a terminar lo que habíaempezado. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Capítulo 2

Molly

Miré el reloj,consternada por lo tarde que se había hecho, y me invadió una nueva oleada decansancio. Eran más de las tres de la madrugada y por fin había terminado elartículo del blog. Me ardían los ojos, me escocían de mirar la pantalla durantehoras y horas, y sentía los dedos agarrotados, doloridos a cada pulsación. Medolían todos los músculos de la espalda, mi silla de escritorio de segunda manohabía pasado por mejores momentos e incluso después de unas horas en ellaempezaba a lastimarme. Me eché hacia atrás, estirándome, y un dolor sordo mesubió por el cuello.

"¿Atticus?"

Miré a mialrededor buscando a mi gato, pero no estaba por ninguna parte. Sin duda sehabía ido a dormir hacía tiempo, como debería haber hecho yo.

Entonces, comome gustaba castigarme a mí misma, revisé mi correo electrónico personal yapareció una nueva factura de Brookdale Memory Care. La residencia de mi madre.

Asunto: Recordatorio: Cita mañana alas 11 AM - Brookdale Memory Center

Querida Srta. Markie,

Este es un recordatorio amistoso de sucita programada para mañana, 8 de enero, a las 11:00 AM, para discutir lacuenta de su madre en Brookdale Memory Center.

Como usted sabe, la cuenta estáactualmente en mora. Revisaremos el saldo pendiente, abordaremos la factura másreciente de...

Cerré de golpeel portátil antes de leer el importe de la última factura, intentando ignorarel creciente nudo en el estómago. Sabía que necesitaba dormir, pero la ansiedadme mantenía despierta.

Tiré los restosde mi triste cena -una barrita de cereales a medio comer y unos fideos paramicroondas empapados- a la basura. El olor me revolvió el estómago: estabalejos de sentirme satisfecha. No dejaba de pensar en la lujosa pizza y el vinoque Grant había pedido antes, y en el maravilloso aroma a trufa y langosta.Incluso su recuerdo parecía burlarse de mí. Aquí estaba yo, esforzándome porescribir una entrada para el blog que me diera lo suficiente para pagar elalquiler y la comida, mientras que él podía gastarse dos de los grandes en unapizza sin pensárselo dos veces.

Me restregué lasmanos por la cara, intentando sacudirme la frustración que me corroía pordentro. No era sólo la comida, era todo. La incesante presión por mantenerme aldía con mi blog, la preocupación constante por el dinero, las constantesreparaciones que necesitaba esta vieja casa de piedra rojiza... Todo ello mepesaba como una manta pesada y deshilachada que me apretaba con cadarespiración. Me quedé mirando el cursor parpadeante de la pantalla, pero elestrés no me abandonaba a pesar de haber terminado. Nunca lo hacía.

Sentía que lasparedes de la casa se cerraban sobre mí, como si el aire fuera demasiado densopara respirar, así que cogí una manta del respaldo del sofá y la envolvíalrededor de mis hombros. El aire frío de enero me golpeó como una bofetada,pero fue un choque bienvenido, algo que me sacó de mis pensamientos en espiral.Las previsiones anunciaban una "mezcla invernal" y la aguanieveempezó a caer como estaba previsto. Me senté en el último escalón y me envolvíen la manta, con la esperanza de que el aire fresco ahuyentara el miedo que sehabía instalado en mi pecho como una pesada losa.

Eché un vistazoa la tranquila calle, donde las farolas proyectaban largas sombras sobre lanieve. El vecindario parecía dormir plácidamente, todas las ventanas a oscuras,excepto una. La de Grant. La luz se filtraba a través de las cortinas de una delas muchas ventanas de su enorme casa de piedra rojiza, resaltando en la fríanoche. Por supuesto, él también estaría despierto. Probablemente disfrutando dealgún capricho nocturno en su lujoso pijama o haciendo ejercicio en su gimnasioprivado con aparatos de última generación. O tal vez estuviera al teléfono,haciendo otro negocio que le reportaría una ridícula suma de dinero, todomientras yo estaba aquí fuera, envuelta en una manta como un vagabundo.

Si yo tuviera lo que él tenía, lo apreciaría y estaríaagradecida todos los días.

Me lo imaginabatumbado en un sofá de diseño, con un vaso de whisky en la mano, mirando alfuego de su perfecto salón digno de una revista, sin preocuparse de nada. O talvez estaba hojeando uno de esos libros gruesos y caros que siempre le traían:primeras ediciones o alguna colección rara que costaba más que mis facturasmensuales. Hiciera lo que hiciera, dudaba de que estuviera preocupado por cómollegar a fin de mes o estresado por la fecha de entrega de algún artículo. No,Grant Sullivan no tenía que estresarse. Se limitaba a ir por la vida con esaconfianza que tenía en sí mismo, sabiendo que todo le saldría bien.

Pero una partede mí quería creer que se había levantado porque algo también le preocupaba,que quizá no era tan inmune a las noches de insomnio y a los pensamientosansiosos. Pero probablemente no era más que una ilusión. Fuera lo que fuese loque le mantenía despierto por la noche, desde luego no era el mismo tipo depreocupación que me carcomía a mí.

Ojalá las cosasfueran más fáciles. Estoy trabajando hasta la extenuación para llegar a fin demes.

El crujido delas botas sobre la aguanieve me sacó de mi imaginación y me devolvió al mundoreal. Gabby, mi vecina, volvía a casa. Trabajaba de camarera en un bar cercanoy a menudo volvía tarde. Después de todo, Grant y yo no éramos los únicosdespiertos a estas horas de la noche.

Gabby se fijó enmí y esbozó una gran sonrisa, saludando con la mano mientras se acercaba."Hola, Molly. ¿Qué haces aquí fuera? ¿No podías dormir?"

El pelo rubio deGabby captaba la luz de la farola y sus ojos azules brillaban a pesar de lotarde que era. Llevaba un grueso abrigo, unos vaqueros negros ajustados y unasbonitas botas de ante debajo. Incluso a esa hora tan intempestiva, se lasapañaba para ir arreglada sin esfuerzo, como si perteneciera a la portada deuna revista en lugar de caminar a casa después de otro agotador turno en elbar.

"Algoasí", respondí, intentando esbozar una sonrisa. "¿Y tú? ¿Acabas desalir del trabajo?"

Ella asintió,aún sonriendo. "¡Sí! Un poco más tarde de lo habitual esta noche. El barestaba lleno. Pero bueno, más propinas para mí, ¿verdad?"

Se rió y yo meencontré riendo con ella, a pesar de mi mal humor. Así era Gabby: siempre veíael lado bueno de las cosas, siempre llena de energía por muy agotada queestuviera. Tenía un entusiasmo contagioso capaz de iluminar una habitación. Laenvidiaba por eso. Por la forma en que podía aguantar los golpes, mantener elánimo y hacer que todo pareciera un poco divertido.

Gabby se unió amí en la entrada, frotándose las manos para entrar en calor. Respirabaentrecortadamente, como de costumbre. Tenía un problema pulmonar, pero nunca mehabía contado toda la historia, algo sobre una lesión cuando era más joven.Compartí mi manta con ella y su respiración se hizo más fácil.

"¿Cómo vael negocio de los blogs de libros?" Preguntó, cruzando las piernas yechando los pies a un lado.

Suspiré,encogiéndome un poco de hombros. "Oh, es genial, realmente me encanta.Pero... no me da exactamente el dinero que necesito".

La sonrisa deGabby vaciló un segundo, pero luego volvió a iluminarse, siempre buscando unasolución. "Bueno, ¿sabes lo que deberías hacer? Deberías reformar el pisode arriba. Ponerlo bonito y alquilarlo. Podrías sacar un buen dinero. Yo vivoen el último piso de una casa de piedra rojiza reformada al final de la calle,y Dios sabe que ya pago bastante por ello".

Solté unapequeña carcajada. "Créeme, me encantaría. Pero eso requeriría fondos. Ylo de no tener suficiente dinero también se aplica a arreglar el piso",desvié la mirada, tratando de mantener un tono ligero, pero Gabby captó el filode mi voz y probablemente se dio cuenta de que había tocado un nervio.

Rápidamentecambió de marcha y me dirigió una mirada comprensiva. "¿Servirá de algoque te cuente la horrible cita que tuve la otra noche?"

"Claro",le dije, dedicándole una sonrisa. "Cuéntame".

"Fue undesastre. El tipo era un completo idiota. Se pasó toda la cena hablando de sucolección de coches antiguos Hot Wheels. Dos horas enteras hablando de cochesen miniatura", puso los ojos en blanco y yo me reí.

"Suena comoun verdadero ganador", dije, sonriendo a mi pesar.

Gabby se inclinóhacia mí y le brillaron los ojos. "¿Y tú? ¿Estás saliendo con alguienactualmente?"

Negué con lacabeza. "No".

"¿Por quéno?" Preguntó ella, ladeando la cabeza con curiosidad.

Me encogí dehombros. "Me invitaron a salir el otro día, pero no me pareció que el tipofuera tan bueno, así que lo rechacé".

Gabby jadeó y medio un codazo juguetón. "¡Oh, Molly! Siempre te pasa lo mismo. Lo dejasantes de empezar. Tienes que tener al menos una cita con un chico antes dejuzgarlo así. ¿Cómo sabes que no es genial si dijiste 'no' enseguida?"

"No meinteresa perder el tiempo, Gabby. Cuando conozca al hombre adecuado, losabré".

Gabby se echóhacia atrás, enarcando las cejas con escepticismo.

"¿Quéesperas sentir exactamente si encuentras al hombre adecuado?"

"Nosé", me encogí de hombros. "Ese aleteo del corazón, supongo. Como sitoda mi vida me llevara a conocerle. Quiero ser barrida de mis pies. Deberíahaber una conexión innegable".

"Oh, vamos,has estado leyendo demasiadas novelas románticas. Te has construido a ese chicoperfecto en tu cabeza... ¡Es una fantasía! Ningún chico va a estar a laaltura".

"Tengo unalista de comprobación", dije con una sonrisa burlona.

"Y ningúnhombre va a marcar todas esas casillas, Molly. Tienes que empezar aarriesgarte, salir y tener citas. Eres demasiado romántica para tu propiobien".

Le dediqué unapequeña sonrisa, sintiendo una mezcla de frustración y cariño. "Sólo...quiero sentirme bien, ¿sabes?"

El tono de Gabbyse suavizó. "Lo entiendo. Pero a veces, sentirse bien viene después deintentarlo. Nadie puede causar una buena primera impresión si siempre estásesperando a que llegue alguien perfecto. Pero si te abres, puede que tesorprendas".

Asentí, pero enel fondo no estaba dispuesta a renunciar a mis esperanzas de algo real, algoextraordinario. Aunque eso me convirtiera en un poco soñadora.

"¿Así quedices que tengo que besar unas cuantas ranas para encontrar un príncipe?"Me reí.

"Bueno,creo que podrías besar algo un poco mejor que las ranas", rió Gabby."Háblame del

último chico que rechazaste, ¿por qué no dijiste quesí?"

Era una buenapregunta, de la que no sabía la respuesta.

"Supongoque no tenía chispa con él", dije, apretando más la manta a mi alrededor.

"¿Puedesser más específica? ¿Qué es lo que dijo o hizo?"

Me mordí ellabio y reflexioné sobre su pregunta.

"No era tanmalo en realidad, era lo suficientemente agradable y atractivo", me encogíde hombros. "Simplemente no era lo que me imaginaba".

Quizá soydemasiado romántica.

"Lo queimaginabas", me repitió Gabby. "Ningún hombre va a estar a la alturade tu imaginación, Molly. Apuesto a que ni siquiera los héroes de tus librosfavoritos son tan perfectos".

"Tienesrazón", me reí. "Normalmente son del tipo gruñón y melancólico. Sinembargo, cuando pienso en los libros que escribía mi abuela... Esos héroes eranmás bien el caballero de brillante armadura, listo para salvar a la damisela enapuros".

Pasé demasiadotiempo de mi infancia imaginando a un héroe apuesto que venía a sacarme de misoledad.

Gabby chocó suhombro contra el mío.

"Nonecesitas que te salven", dijo con una mirada amable.

Algunos días meseguía pareciendo que sí, pero eso era sólo yo compadeciéndome de mí misma.

"Tienesrazón", asentí. "La próxima vez me arriesgaré, diré que sí cuandoalguien me invite a salir y veré a dónde me lleva".

Hacía tantotiempo que no le daba una verdadera oportunidad a alguien. Me había aisladodemasiado, me había atado a las preocupaciones y me había olvidado de vivir. Noera

como si el Sr. Perfecto fuera a llamar a mi puerta.

"Eso esgenial", sonrió Gabby. "Te mereces una oportunidad de serfeliz".

"Gracias",dije, con el corazón apretado. Gabby era una gran amiga. Tendría que hornearleunas galletas para mostrarle mi agradecimiento.

Cuando laaguanieve empezó a arreciar, Gabby se levantó para marcharse. "Deberíairme. Ya he tenido bastante de este tiempo por una noche".

"Graciaspor charlar, Gabby. Te lo agradezco", le dije, aunque me pesaban lospensamientos que me había suscitado.

Después de queGabby desapareciera de mi vista, a unos cuantos edificios de distancia, mequedé fuera un momento más, mirando la calle como si el aire de la nochepudiera ofrecerme alguna respuesta. Finalmente, con un suspiro, me levanté yvolví a entrar en mi casa. Al cerrar la puerta, mi mirada se posó en unafotografía que colgaba de la pared. Era una imagen en blanco y negro de unedificio derruido en algún lugar de una lejana zona de guerra, captada en elmomento exacto en que el sol se abría paso entre las nubes, un frágil rayo deluz que atravesaba las ruinas.

Mi madre,Isabella, había hecho esa foto. Era una de sus fotos más famosas, de una serieque le valió varios premios y una reputación de fotógrafa atrevida con un donpara captar el espíritu humano en medio de la devastación. Antes de que yonaciera, recorrió el mundo sin descanso: zonas de guerra, catástrofesnaturales, lugares donde la mayoría de la gente nunca se atrevería a ir. Susfotos eran crudas, reales y a menudo desgarradoras, y cada una de ellas contabauna historia que parecía saltar de la página.

El edificioparecía tan solitario.

Me quedé mirandola fotografía un momento más, con una sensación de pesadez en el pecho. Quizáhabía llegado el momento de dejar de esperar un gran momento cinematográfico yempezar a vivir en el mundo real, por incierto e imperfecto que fuera.

Ya era demasiadotarde para pensar en nada. Subí las escaleras, esperando que mi cerebro medejara dormir. La mejor manera de olvidar mis preocupaciones y calmar micerebro siempre había sido la misma.

Me metí en lacama, la manta desgastada apenas mantenía el frío a raya. Con un suspiro, saquémi libro de la mesilla de noche, con la esperanza de perderme en sus páginas ycaer en una evasión

temporal.

Mientras meinstalaba, no podía evitar una sensación de inquietud. La grieta del techosiempre me había recordado el estado de deterioro de mi casa. Había una finalínea de daños que se extendía por la escayola, pero yo la había apartado de mimente, con la esperanza de que se quedara ahí hasta que pudiera reunir eldinero y ocuparme de ella. Esta noche, sin embargo, en el estado de ánimo enque estaba, se sentía más como una fatalidad inminente.

Iba por lamitad de un capítulo cuando un repentino y agudo crujido resonó en toda lahabitación. Sobresaltada, levanté la vista justo a tiempo para ver cómo untrozo de moldura de escayola caía en picado desde el techo y me golpeaba delleno en la frente. Grité e instintivamente levanté una mano para protegermemientras una cascada de polvo y escombros caía a mi alrededor. Me estremecí altocar el lugar donde me había golpeado el yeso. Me dolía, pero no era nadacomparado con lo que estaba ocurriendo encima de mí.

La grieta sehabía abierto, dejando al descubierto las vigas, con daños por agua quemanchaban la madera. El pánico se apoderó de mí cuando me di cuenta de quedebía de haber una fuga en la parte superior de la casa, una sección que habíacerrado hacía meses para ahorrar en calefacción. Los daños causados por el aguaeran considerables y no hacían más que empeorar.

Resonó otroominoso crujido, esta vez más fuerte, y cayó más yeso. Me levanté de un salto,apartándome justo a tiempo para que más trozos del techo cayeran sobre mi camaen una lluvia de polvo y escombros.

"¿Atticus?"Llamé en pánico. Necesitaba saber que mi gato estaba a salvo. Afortunadamente,lo encontré escondido debajo de mi escritorio. El pobre gato estaba asustadopero ileso, y me miró con ojos muy abiertos y asustados. Estaba bien.

La herida de micabeza palpitaba. Era yo quien necesitaba ayuda. Alimentada por mispensamientos asustados, salí corriendo. Las luces de Grant seguían encendidas.Mis pies chapoteaban en los charcos y la lluvia helada empapaba mi delgadopijama y mis calcetines. Golpeé la puerta de Grant, esperando contra todaesperanza que abriera a esta hora. Los segundos parecían horas, y cada uno deellos se alargaba en el frío cortante. Finalmente, la puerta se abrió con unchirrido.

Grant se quedóallí de pie, con una mezcla de confusión y enfado al ver mi aspecto desaliñado.

"¿Puedoentrar?" Pregunté, ya empezando a temblar.

"Estáschorreando. Y polvorienta", señaló.

Me mordí ellabio. Fue estúpido por mi parte pensar que Grant me ayudaría.

"Nodebería haber venido aquí", balbuceé, ya retrocediendo."Simplemente... encontraré a alguien más que me ayude".

Sin mediarpalabra, se apartó y me hizo un gesto para que entrara. Dudé, pero se levantóuna ráfaga de viento e incluso el corto camino de vuelta a casa me pareciódemasiado. Traspasé el umbral a trompicones, temblando incontrolablemente alentrar en su cálida y bien cuidada casa.

"Gracias",dije, con los dientes castañeteando mientras intentaba recuperar el aliento. Lalluvia goteaba de mi ropa y caía al suelo, estropeando la calidez del entornoperfectamente cuidado de Grant. Yo era un completo desastre en su pulido y ordenadomundo.

Me miró con una mezcla de curiosidad y recelo,pero no dijo nada. En lugar de eso, cerró la puerta tras de mí y fue a buscaruna toalla. Me quedé de pie en su pasillo como una rata ahogada, sintiendo queel peso de mi hogar en ruinas me presionaba.

Leer más: https://www.amazon.es/dp/B0DMTPH9M7

Haga clic aquí para ver la serie completa: https://www.amazon.es/gp/product/B0CW18NXNZ

Sígueme en mi página de autora de Amazon y no te pierdasninguna de mis novedades y promociones.
https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Gracias

Gracias por comprar yleer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer los otros librosde la serie, puedes encontrarlos en este enlace:

https://www.amazon.es/gp/product/B0CW18NXNZ

Paraestar al día de misnovedades y promociones, sígueme en mi páginade autora de Amazon https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3